LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

1 setiembre 1943

30 centavos en todo el país

223

En este número, dos obras famosas COMPLETAS:

LA JAULA DE TUL, novela policial de ESTEBAN CORBIERE

LA ILUSTRE FREGONA, novela ejemplar de CERVANTES

LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 138.577

AÑO X - N.º 223
1 septiembre 1943
ESMERALDA 116
U. T. 33 - 0063
BUENOS AIRES

Sumario

Págs.

LA JAULA DE TUL, texto íntegro de la famosa novela policial de **Esteban Corbiere**. 50

LA ILUSTRE FREGONA, texto íntegro de la novela ejemplar de **Cervantes**.......... 86

LOS AMORES EN CUARESMA, otro episodio de "Escenas de la vida bohemia", la popular obra de **Enrique Murger**.......... 4

LAS TRES SORPRESAS DE AMANDA VARELA, impresiones de una actriz argentina en Hollywood, por **Pedro Patti**.......... 8

SACHEM, cuento dramático, por **Enrique Sienkiewicz**.......... 12

TERRANOVA ESPERA UN MILAGRO, nota al margen de la guerra, por **V. Asensio**. 16

EL ENIGMA, cuento trágico, por **Bojornstjerne Björnson**.......... 20

Págs.

LA CULTURA EN LA REGION DE CUYO, glosa literaria de **Juan Pablo Echagüe**.. 24

LA DESPEDIDA, cuento del mar, por **Leónidas Barletta**.......... 26

HISTORIA EN DOS FOTOGRAFIAS. - PAULINA Y BERTA SINGERMAN.......... 30

MEDA DIE, cuento cordobés, por **Manuel M. Alba**.......... 32

FIGURAS DE AMERICA. - ABRAHAM LINCOLN, por **Mario Braga**.......... 34

EL CABALLO, cuento árabe, por **Sliman Ben Ibraim**.......... 38

LA PAGODA DE LOS ATORMENTADOS, un exponente del infierno budista, por **J. R. Herreras**.......... 40

Págs.

GUIA CAPRICHOSA DE BUENOS AIRES, nuevas estampas de la vida porteña, por **Fernández Moreno**.......... 42

ACTUALIDADES GRAFICAS.......... 43

TIERRA BRAVIA, cuento campero, por **Rosario Beltrán Núñez**.......... 44

SIN COMPAS NI RITMO, sección recreativa. 46

CUANDO LUCILA WELLS VENCIO AL DESTINO, por **Víctor N. Nep**.......... 48

PARA MATAR EL TIEMPO, palabras cruzadas, problemas, jeroglíficos.......... 98

AQUI LE CONTESTAMOS, correo de "Leoplán".......... 98

Ilustraciones de **Arteche, Valencia, Premiani, Lisa, Bernabó** y **Mariano Alfonso**.-Historietas de **Cao, Villafañe, González Fossat, Tim, Barta**, etc. Fotografías y chistes de diversos autores.

En el próximo número:

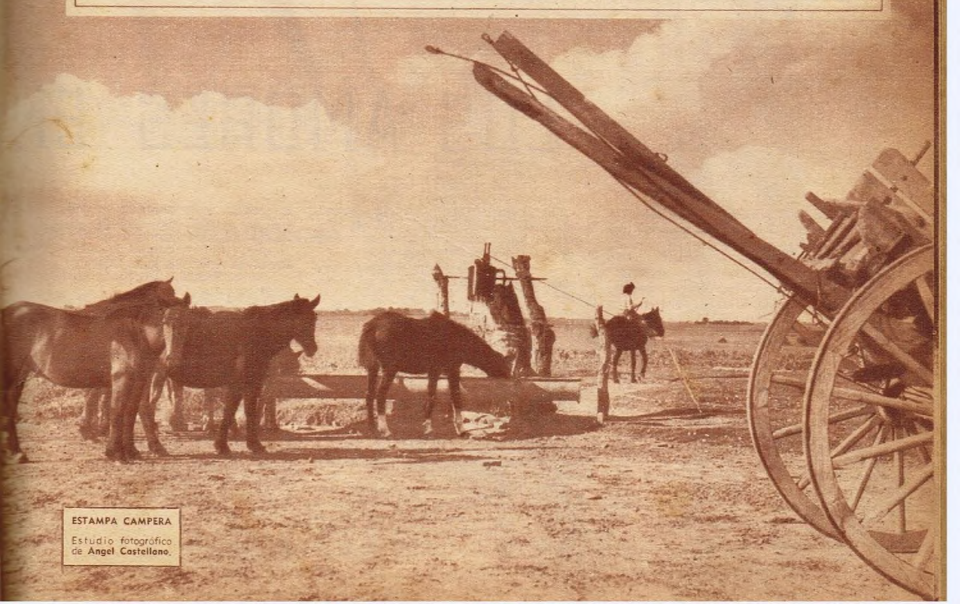
LA LUNA Y SEIS PENIQUES

TEXTO INTEGRO de la famosa novela de **W. SOMERSET MAUGHAM**

Con espectaculares fotografías de la película homónima

Y trabajos de:
LEON TOLSTOI ◆ ENRIQUE MURGER ◆ EDUARDO MALLEA ◆ SALVATORE DI GIACOMO ◆ NEDJET ◆ ETCETERA, ETCETERA

LEOPLÁN aparece el 15 de septiembre ◆ Treinta centavos en todo el país



ESTAMPA CAMPERA

Estudio fotográfico de **Angel Castellano**.



LOS AMORES EN

UNA noche de Cuaresma, volvióse Rodolfo a su casa temprano con intención de trabajar. Pero apenas se hubo sentado a la mesa y mojado la pluma en el tintero, cuando le distrajo un ruido singular, y aplicando el oído al indiscreto tabique que le separaba del cuarto vecino, escuchó y distinguió claramente un diálogo intercalado con besos y otras amorosas onomatopeyas.

—¡Diablos! — pensó Rodolfo mirando su reloj—. No es tarde..., y mi Julieta vecina retiene generalmente a su Romeo hasta mucho después del canto de la alondra. No podré trabajar esta noche.

Y tomando su sombrero, salió.

Al dejar la llave en la portería encontró a la mujer del portero medio aprisionada en los brazos de un galán. La mujer se quedó tan abochornada que permaneció más de cinco minutos sin poder tirar del cordón.

—Realmente — pensó Rodolfo—, hay momentos en que las porteras vuelven a ser mujeres.

Al abrir la puerta encontró en el rincón un bombero y una cocinera que se estrechaban las manos y trocaban prendas de amor.

—¡Eh! ¡Vaya por Dios! — exclamó Rodolfo aludiendo al bombero y a su robusta compañera—. Aquí tenemos dos herejes que no se acuerdan que estamos en Cuaresma.

Y se puso en camino para dirigirse a casa de uno de sus amigos que vivía en la vecindad.

—Si Marcelo está en su casa — se decía — pasaremos la noche hablando mal de Colline. Hay que entretenerse en algo...

Cuando llamaba dando golpes vigorosos, entreabrióse la puerta y se asomó un joven sencillamente vestido con un monóculo y en camisa.

—No puedo recibirte — dijo a Rodolfo.

—¿Por qué? — preguntó éste.

—¡Mira! — contestó Marcelo, señalando una cabeza femenina que acababa de aparecer detrás de una cortina—. Ahí tienes mi respuesta.

—No es linda — comentó Rodolfo, bajo cuyas narices acababan de volver a cerrar la puerta—. ¿Y ahora, qué hacer? — se dijo al encontrarse en la calle—. ¿Iré a casa de Colline? Pasaríamos la velada hablando mal de Marcelo.

Al cruzar la calle del Oeste, ordinariamente oscura y poco transitada, Rodolfo dis[illegible] guió una sombra que se paseaba melanc[illegible] mascullando rimas entre dientes.

—¡Eh! ¡Eh! — exclamó Rodolfo—. [illegible] espera ese soneto? ¡Calla! ¡Colline!

—¡Hola, Rodolfo! ¿A dónde vas?

—A tu casa.

—No me encontrarás en ella.

—¿Qué haces aquí?

—Espero.

—¿Y qué esperas?

—¡Ah! — exclamó Colline con énfasis [illegible] resco—. ¿Qué puede esperar uno a los [illegible] años, habiendo estrellas en el cielo y [illegible] nes en el aire?

—Habla en prosa.

—Espero a una mujer.

—¡Buenas noches! — repuso Rodolfo [illegible] continuó su camino monologando —. [illegible] ramba! ¿Es, pues, hoy San Cupido y no [illegible] dar un paso sin tropezar con enamorados? [illegible] es inmoral y escandaloso. ¿Qué hace, pues, [illegible] policía?

Como el Luxemburgo estaba todavía [illegible] to, Rodolfo entró para abreviar camino. [illegible] los paseos desiertos, veía de vez en [illegible] desaparecer ante sí, casi espantadas por [illegible] ruido de sus pasos, parejas misteriosam[illegible]



CUARESMA

Otro episodio de

"ESCENAS DE LA VIDA BOHEMIA"

la popular obra de

ENRIQUE MURGER

ILUSTRACIONES DE ARTECHE

enlazadas y buscando, como ha dicho un poeta: "La doble voluptuosidad del silencio y de la sombra".

—He aquí una noche — pensó Rodolfo — que parece sacada de una novela.

Y no obstante, impregnado a pesar suyo de un encanto lánguido, se sentó en un banco y se puso a mirar sentimentalmente a la luna.

Al cabo de un rato, estaba por completo bajo el yugo de una fiebre alucinante. Le pareció que los dioses y los héroes de mármol que pueblan el jardín bajaban de sus pedestales para ir a hablar de amor a las diosas y heroínas cercanas, y escuchaba distintamente al corpulento Hércules dedicar un ma-



drigal a la Velada, cuya túnica le pareció singularmente acortada.

Desde el banco donde estaba sentado, vió al cisne del estanque que se dirigía a una ninfa del contorno.

—¡Bueno! — pensó Rodolfo, que aceptaba toda aquella mitología —. Ahí va Júpiter que acude a una cita de Leda. ¡Con tal de que no los sorprenda el guarda!

Luego oprimió la frente entre las manos y se clavó más y más las espinas del sentimiento. Hallábase en lo mejor de su ensoñación cuando súbitamente fué despertado Rodolfo por un guarda que se le acercó y dándole una palmada en el hombro, le dijo:

—Señor, haga el favor de salir. Ya es hora.

—Más vale así — pensó Rodolfo —. Si permaneciese aquí cinco minutos más tendría en el corazón más *vergiss-mein-nicht* (¹) que las que puede haber en las orillas del Rin o en las novelas de Alfonso Karr.

Y continuando su camino, salió apresuradamente del Luxemburgo, tarareando en voz baja una romanza sentimental que era para él la Marsellesa del amor.

Media hora después estaba, ignoró cómo, en el *Prado*, sentado a una mesa ante un ponche y hablando con un mocetón célebre por su nariz, que, por singular privilegio, era aguileña de perfil y chata de frente: nariz ejemplar que no carecía de espiritualidad y que había tenido hartas aventuras galantes para poder, en caso semejante, dar buenos consejos y ser útil a su amigo.

—De manera — decía a Rodolfo, Alejandro Schaunard, el hombre de la nariz — que estás enamorado.

—Sí, querido. Eso me ha entrado de repente, hace un momento, como un profundo dolor de muelas que se declarase en el corazón.

—Dame tabaco — dijo Alejandro.

—Figúrate — prosiguió Rodolfo —, que desde hace dos horas sólo encuentro amantes, hombres y mujeres, en parejas. Se me ha ocurrido entrar en el Luxemburgo, donde vi toda una suerte de fantasmagorías. Esto me ha removido extraordinariamente el corazón. Me brotan de él elegías. Balo y arrullo. Me transformo en mitad cordero, mitad paloma. Mírame bien: debo tener lana y plumas.

—¿Qué diablos has bebido? — preguntó Alejandro, impaciente —. ¿Estás de broma, eh?

—Te aseguro que conservo mi sangre fría — contestó Rodolfo —. Es decir, no. Pero he de comunicarte que necesito besar cualquier cosa... ¡Ves, querido Alejandro! El hombre no debe vivir solo. En una palabra, es necesario que me ayudes a encontrar mujer... Vamos a dar una vuelta por el baile, y a la primera que te designe tu irás a decirle que la quiero.

—¿Por qué no irás tú mismo a decírselo? — replicó Alejandro con su magnífica voz nasal de bajo.

—¡Ay, amigo mío! — contestó Rodolfo —. Te confieso que se me ha olvidado por completo la manera de decir esas cosas. En todas mis novelas amorosas mis amigos han escrito el prefacio, y alguno hasta el desenlace. Nunca he sabido empezar.

—Basta con saber terminar — dijo Alejandro —; pero te entiendo. Conozco a una muchacha que siente gusto por las poesías pastoriles. Quizá le pueda convenir.

—¡Ah! — exclamó Rodolfo —. Querría que tuviese guantes blancos y ojos azules.

—¡Diablos! Ojos azules, puede ser... ¡pero guantes!... Ya sabes que siempre no se puede tener todo a la vez... En fin, vamos al barrio de la aristocracia.

—Mira — dijo Rodolfo al entrar en el salón donde se congregan las elegantes del barrio —. Ahí tienes una que parece muy dulce.

Y le indicaba una jovencita bastante elegantemente puesta, que estaba en un rincón.

—¡Está bien! — respondió Alejandro —. Quédate un poco atrás. Voy a lanzarle de tu parte el brulote de la pasión. Cuando tengas que acercarte ya te llamaré.

Durante diez minutos, Alejandro estuvo conversando con la muchacha, la cual, de cuando en cuando, prorrumpía en alegres carcajadas y acabó por dirigir a Rodolfo una sonrisa que quería decir: "Venga usted, su abogado ha ganado el pleito".

—Ve ya — dijo Alejandro —. La victoria es nuestra. La niña no es, sin duda, cruel. Pero hazte el tonto para empezar.

—No tienes necesidad de recomendármelo.

—Entonces, dame tabaco — dijo Alejandro —, y ve a sentarte junto a ella.

—¡Dios mío! — exclamó la jovencita cuando Rodolfo tomó asiento a su lado —. ¡Qué gracioso es su amigo! Habla como un cuerno de caza.

—Es que es músico — respondió Rodolfo.

Dos horas después, Rodolfo y su compañera se detenían ante una casa de la calle de San Dionisio.

—Aquí es donde vivo — dijo la joven.

—Y bien, querida Luisa, ¿cuándo la volveré a ver, y dónde?

—En su casa de usted, mañana por la noche, a las ocho.

—¿Es verdad?

—Aquí tiene usted mi promesa — respondió Luisa tendiendo sus frescas mejillas a Rodolfo, que hasta mordió aquellos hermosos frutos maduros de juventud y de salud.

Rodolfo entró en su casa, ebrio, loco.

—¡Ah! —exclamó recorriendo su habitación a grandes pasos —, esto no puede quedar así. Es preciso que haga versos.

Al día siguiente por la mañana su portero encontró en el cuarto una treintena de cuartillas en las que se destacaba con majestad como encabezamiento de una composición no escrita este alejandrino solitario:

"*¡Oh, amor! ¡oh, amor! ¡Tú reinas en pechos juveniles!*"

---

(1) "No me olvides".

Aquel día, el siguiente, contra su costumbre, se despertó Rodolfo muy temprano y, aunque había dormido poco, se levantó en seguida.

—¡Ah! — exclamó —. ¡Con que hoy es el gran día!... Pero, doce horas de espera... ¿Cómo llenar estas doce eternidades?...

Y como su vista fué a dar en la mesa de trabajo, le pareció ver estremecerse a su pluma como diciendo "¡Trabaja!"

—¡Ah, sí, trabaja! Asco de prosa... No puedo permanecer aquí, ¡hiede a tinta!

Y se marchó a un café donde tenía la seguridad de no encontrarse con amigos.

—Comprenderían que estoy enamorado — pensaba — y de antemano ridiculizarían mi ideal.

Después de comer frugalmente se fué a la estación y subió a un vagón.

Al cabo de media hora estaba en el bosque de Ville d'Avray.

Allí estuvo paseando todo el día, abandonado a la naturaleza rejuvenecida, y no regresó a París hasta la caída de la tarde.

Luego de poner en orden el templo que iba a recibir a su ídolo, se compuso Rodolfo lo mejor que pudo, sintiendo mucho no poder vestirse de blanco.

De siete a ocho fué presa de la fiebre característica de la espera, suplicio lento que le recordó pasados días y antiguos amores que lo habían encantado. Después, siguiendo su costumbre, soñó ya con una gran pasión, con un amor en diez volúmenes, verdadero poema lírico con claros de luna, soles ponientes, citas bajo los sauces celos, suspiros, y lo demás. Se ponía así cada vez que la casualidad conducía una mujer hasta su puerta y ni una se había separado de él sin llevar en la frente una aureola y un collar de lágrimas al cuello.

—Preferirían un sombrero o unas botitas — le decían sus amigos. Pero Rodolfo se obstinaba sin que hubiesen podido aleccionarle las experiencias sufridas. Esperaba siempre una mujer que quisiese ser su ídolo; un ángel en traje de terciopelo al que pudiera gustosamente dedicar sonetos escritos en hojas de sauce.

Al fin, Rodolfo oyó sonar la "hora santa", y al dar la última campanada en el timbre de metal creyó ver el *Amor y Psiquis* que coronaban su reloj y enlazaban sus cuerpos de alabastro. En el mismo instante sonaron dos golpes tímidos a la puerta.

Rodolfo fué a abrir. Era Luisa.

—Soy de palabra — dijo ésta —. Ya ve usted.

Rodolfo corrió las cortinas y encendió una bujía nueva.

Entretanto la muchachita se había quitado el chal y el sombrero, que fué a poner sobre la cama. La deslumbrante blancura de las sábanas le hizo sonreír y casi sonrojarse.

Luisa era más bien simpática que linda. Su fresco rostro producía una picante impresión de ingenuidad y malicia. Era algo así como un motivo de Greuze, retocado por Gavarni. Todos los atractivos juveniles de la muchacha estaban, pues, cuidadosamente puestos de relieve por un traje que, aunque muy sencillo, atestiguaba en ella aquella ciencia innata de la coquetería que todas las mujeres poseen desde sus primeros pañales hasta que visten el traje de novia. Luisa parecía, además, haber estudiado particularmente la teoría de la mímica y adoptaba ante Rodolfo, que la examinaba como artista, varias actitudes seductivas, cuyo amaneramiento tenía, a veces, más gracia que la misma naturalidad. Sus pies, finamente calzados, eran de una exiguidad satisfactoria... hasta para un romántico enamorado de miniaturas andaluzas o chinas. En cuanto a las manos, su delicadeza manifestaba la ociosidad. En efecto, desde hacía seis meses que no tenían ya que temer los pinchazos de la aguja. Para decirlo todo de una vez, Luisa era una de esas aves de paso, volanderas, que por fantasía y a menudo por necesidad, anidan por un día, o más bien por una noche, en las bohardillas del Barrio Latino y allí viven voluntariamente algunos días si se las sabe retener por un capricho... o por algunas cintas.

Después de haber charlado una hora con Luisa, Rodolfo llamó la atención de Luisa, como ejemplo, hacia el grupo del Amor y Psiquis.

—¿Son Pablo y Virginia? — preguntó ella.

—Sí — contestó Rodolfo no queriendo contrariarla con una rectificación.

—Está bien imitado — repuso Luisa.

—¡Qué lástima! — pensó Rodolfo mirándola — Esta pobre chica no sabe nada de literatura. Estoy seguro que se limita a la ortografía del corazón, aquella que no pone eses en el plural. Tendré que comprarle un Lhomond.

A todo esto, como Luisa se quejaba de estar molesta con su calzado, Rodolfo se prestó galantemente a quitárselo.

De pronto se apagó la luz.

—¡Calla! — exclamó Rodolfo —. ¿Quién ha soplado la vela?

Le contestó una jubilosa carcajada.

Unos días después Rodolfo halló en la calle a un amigo.

—¿Qué haces? — le preguntó éste —. No se te ve por ninguna parte.

—Hago poesía íntima — respondió Rodolfo.

El desgraciado decía la verdad. Había querido pedir a Luisa más de lo que la pobre muchacha podía darle. Mussete no tenía los sonidos de una lira. Hablaba, por decirlo así, la jerga del amor, y Rodolfo se empeñaba en hacerla hablar el buen lenguaje. De aquel modo no podían comprenderse. A los ocho días, en el mismo baile donde la había encontrado, Luisa halló a un joven rubio que la sacó a bailar varias veces y al fin de la jornada se la llevó con él. Era un estudiante de segundo año, que hablaba muy bien la prosa del placer, tenía hermosos ojos y sonoro bolsillo.

Luisa le pidió papel de escribir, pluma y tinta, y redactó una esquela para Rodolfo concebida así:

"No cuentes más conmigo: te vesa por húltima vez. Adiós. — Luisa."

Cuando Rodolfo leía aquel billete al volver aquella noche a su casa, la luz se apagó de pronto.

—¡Ah! — exclamó Rodolfo a manera de reflexión —. Es la vela que encendí la noche que Luisa vino. Debía acabarse con nuestra unión. Si lo hubiera sabido, la habría escogido más larga — añadió con acento mitad de desprecio, mitad de pena, y depositó el billete de su amante en un cajón que llamaba a veces la catacumba de sus amores.

Cierto día, estando en casa de Marcelo, al recogerle del suelo un pedazo de papel para encender la pipa, conoció Rodolfo la letra y ortografía de Luisa.

—Tengo — confesó a su amigo — un autógrafo de la misma persona. Sólo que tiene dos faltas menos que el tuyo. ¿Probará esto que me amaba más que a ti?

—Eso prueba que eres un tonto — le contestó Marcelo —. Los hombros blancos y los brazos blancos no necesitan saber gramática.

En el próximo número:

ALI - RODOLFO, O EL TURCO A LA FUERZA

LAS TRES SORPRESAS DE

Amanda Varela

En el "set" de Tamiroff

—¡EH, William, espera! ¿Sabes una cosa? — exclama excitadísimo, en perfecto inglés, un marroquí tomando del brazo a un oficial de la marina que en ese momento se le cruza en el camino.

—¿Qué te ocurre, Jack?

—Acabo de ver a Leni Riefensthal.

—¿Dónde?

—Aquí mismo, en el estudio.

—Imposible: hay orden terminante de no dejarla entrar.

—Sin embargo, la he visto. Más todavía: como la miré asombrado, ella me sonrió.

—Pero, ¿en dónde la viste?

—En el "set" de Akim Tamiroff.

—¿Leni Riefensthal en los estudios de la Paramount? No, no es posible, Jack.

—Te digo que sí. Ven, vamos a verla.

El marroquí y el oficial de marina apresuran el paso, echando a andar por el sendero de granza que conduce a las galerías de filmación.

—¡Aló, Mrs. Withney! — grita ahora el oficial a una señora que viene en sentido contrario —. ¿Se ha enterado de la novedad? Parece que la Riefensthal está en la galería 18.

La noticia se propala con velocidad alucinante. Conmoción en los estudios. No es para menos. Estamos a fines de 1938. Leni Riefensthal, la espléndida morocha, directora del Departamento Cinematográfico del Tercer Reich, y considerada la gran amiga de Hitler, acaba de llegar a Los Angeles con el propósito de visitar oficialmente los estudios de Hollywood. Pero los productores, que están en absoluto desacuerdo con el régimen político del führer alemán, no quieren saber nada de miss Riefensthal y han resuelto negarle el acceso a los estudios, desoyendo, inclusive, las gestiones extraoficiales del embajador alemán en Wáshington. Fácil es comprender entonces el inusitado alboroto que causa la noticia de la presencia de Leni Riefensthal en el estudio. Una multitud de incrédulos se precipita en la galería 18. ¡Sorpresa general! En efecto. Allí está sentada en una

He aquí a Amanda Varela, Paul Ellis, Alberto Vila y otras figuras conocidas, en un *night club*.

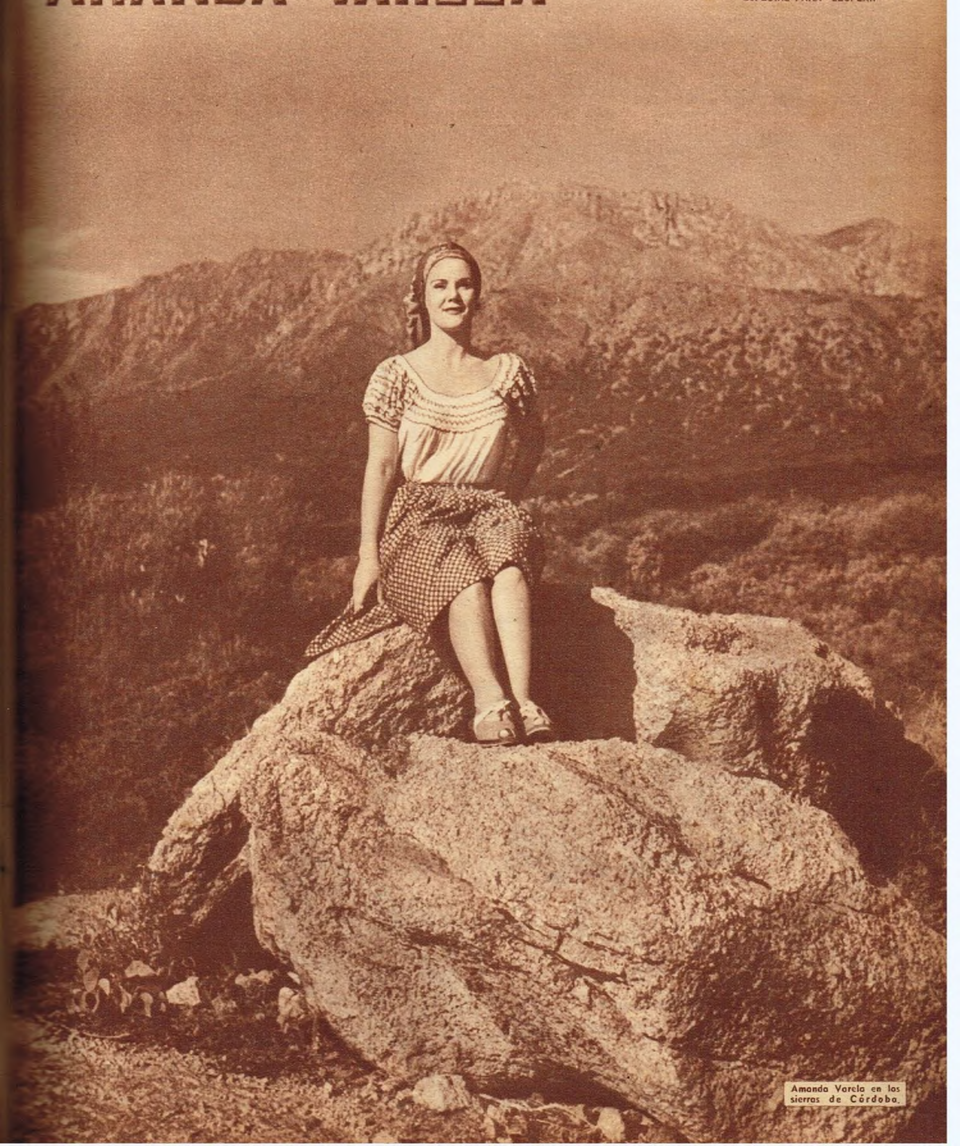


Lilita Fontaina, James Cagney, Amanda Varela, Dennis Morgan y Roberto Fontaina.



AMANDA VARELA

Por **Pedro Patti**
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



Amanda Varela en las sierras de Córdoba.

silla de lona, de tijera, mostrando las piernas espléndidas hasta más allá de la zona de las rodillas, una joven morocha, delgada, elegante, que observa con interés cómo Akim Tamiroff ensaya haciendo restallar diez, veinte, cincuenta veces el látigo larguísimo que deberá usar en su próxima película. Los curiosos —extras en su mayor parte, que visten indumentarias extraordinarias —, formando un semicírculo a tres metros de distancia, la miran serios. La forastera sonríe, creyendo que se trata simplemente de gente que viene a verla, a saludarla; pero pronto se muestra inquieta al advertir los gestos duros y la creciente hostilidad de los recién llegados.

—¿Qué es esto? — exclama de pronto Akim Tamiroff, dejando de sacudir el látigo —. ¿Qué significa esta invasión?

—Venimos a ver a la Riefensthal, Mr. Tamiroff — replica alguien, señalando con un movimiento de cabeza a la joven sentada en la silla de lona.

—¿A quién dice? — repite Tamiroff, buscando a su alrededor.

—A miss Leni Riefensthal... ¿No la ve?

—¡Ja!... ¡Ja!... ¡Jaaaaa! — estalla Akim Tamiroff —. Pero si esa joven es miss Varrrrela... Sí, sí, Amanda Varrrrela, que acaba de llegar de Buenos Aires. ¡Ah! Allí viene Luraschi. El les explicará.

En ese momento llega al "set" Luiggi Luraschi, jefe del Departamento Extranjero de la Paramount, quien explica que, efectivamente, aquella joven que tanto se parece a la alemana Leni Riefensthal es una actriz argentina que ha llegado a Hollywood ese mismo día para hacer un par de películas con Tito Guizar. La actitud de los curiosos cambia como por arte de birlibirloque. A la hostilidad del primer momento, siguen aplausos; y a continuación cada cual vuelve a sus ocupaciones.

25.000 fósforos

—Esta fué la primera sorpresa que me proporcionó Hollywood cuando asomé en un estudio — recuerda Amanda Varela.

—¿Y la segunda?

—La segunda vino en seguida, porque Hollywood es una caja de ellas. Calcule que a la noche siguiente alguien propone: "¿Vamos a la *taza de leche?*" Me encogí de hombros, sin saber qué responder. En cambio, una de nuestro grupo aceptó en el acto, agregando: "Sí, vamos; esta noche se clausura la temporada". Fuimos a la *taza de leche*. ¡Qué espectáculo inolvidable! Imagínese usted que...

Amanda continúa contando. *Taza de leche* llaman humorísticamente en Cinelandia al famosísimo Bowl de Hollywood, el teatro al aire libre más grande del mundo. Las gradas dispuestas en semicírculo, construídas en la roca viva entre espléndidas colinas, tienen capacidad para 30.000 espectadores. Esa noche cantan luminarias del arte lírico, algunas de las cuales acaban de llegar directamente desde Nueva York: Petipa, Brancato, Mansky, Von Essen, Beattie, Benson, Fischer, etc. Además interviene la compañía de "ballet" de Kosloff. Se representará "Las alegres comadres de Windsor". Para presenciar este espectáculo sensacional bajo las estrellas — ¡tomen nota las autoridades de nuestro teatro Colón! — se paga medio dólar.

Cuando termina el espectáculo — es cerca de medianoche —, Dim Taylor, el locutor número uno de los Estados Unidos, desde el escenario, frente al micrófono, pide a todo el mundo que se ponga de pie y saque un fósforo y que, al contar él hasta tres, lo enciendan y miren hacia atrás. Con increíble sentido de la disciplina, los espectadores obedecen al pie de la letra.

¡Uno..., dos..., tres!

Se encienden los fósforos.

Veinticinco mil lucecitas brillan por todas partes, en el gigantesco anfiteatro. ¡Espectáculo maravilloso! Estrellas arriba y abajo. Es como si durante un minuto el cielo desbordase dentro de la *taza de leche*.

Una ciudad sin piropos

Amanda Varela continúa con sus confidencias.

En Nueva York le ha llamado la atención la indiferencia que el hombre muestra por la mujer. En la calle ni siquiera la mira. La trata como a un igual, como si llevase pantalones. El piropo es ignorado y la mujer de Brooklyn o de Manhattan se muestra poco menos que desconcertada cuando un desconocido la sorprende al pasar con una amable e intencionada lisonja. De ahí el éxito, llamémosle sentimental, que tienen los latinos en la gran ciudad. Pero la cosa cambia de aspecto en California. Allí la mujer hermosa es lisonjeada en la calle y en donde se la encuentre, y el requiebro amoroso resulta más común e inflamado más al Sur, hacia la frontera mejicana. Y esta modalidad no se debe, precisamente, a la proximidad de la zona equinoccial, sino a que perdura la influencia, la costumbre que durante siglos ejercieron los españoles en los Estados del sudoeste de la Unión. Tal la diferencia temperamental, desde el punto de vista amoroso, entre el norteamericano de la costa del Atlántico y la del Pacífico.

—En Hollywood, el argentino tiene muchísimo éxito — añade Amanda —. La mujer norteamericana, incluso las grandes figuras, lo busca, porque lo sabe apasionado, vehemente, un poco aventurero. Barry Norton, hoy ciudadano norteamericano y en el ejército del Tío Sam, ha sido afortunadísimo en este sentido. Pola Negri, Anita Page y Mirna Loy fueron sus grandes amigas. Marlene Dietrich, primero, y una



Amanda Varela, morocha, a las pocas semanas de haber llegado a Hollywood, interpretando una escena con Tito Guizar, en "Papá Soltero".

de las hermanas de Loretta Young, después, estuvieron a punto de casarse con Barry. Paul Ellis, el primer galán que tuvo Greta Garbo en Hollywood, fué otro de los grandes afortunados en el amor.

Ficción y realidad de los galanes

—En cambio, los galanes que en la pantalla de plata emboban a las mujeres del mundo con su personalidad seductora e inigualable, resultan en la realidad, y aquí mi tercera sorpresa — prosigue Amanda Varela —, hombres increíblemente sencillos, asombrosamente normales, desesperadamente sensatos, insoportablemente juiciosos. Charles Boyer, por ejemplo, el galán número uno, el amado ideal, es la quintaesencia del *bourgeois* francés; su vida se concreta a un triángulo que ninguna fuerza puede cambiar: el estudio, el golf y Pat Patterson, su esposa. Robert Taylor tiene tres pasiones: Bárbara Stanwick, actriz; Bárbara Stanwick, mujer, y el café que prepara Bárbara Stanwick. En cambio, Clark Gable, Walter Pidgeon, George Sanders, Gary Cooper y Randolph Scott son los "wolfs", los lobos más peligrosos de Hollywood, no porque sean donjuanes por naturaleza, sino porque los buscan las mujeres. El magnetismo personal de todos ellos sobre el otro sexo es indudable. Basta que aparezcan en un salón, en una reunión cualquiera, para que las mujeres les rodeen y estén pendientes de lo que digan o hagan.

Un consejo de Carmen Miranda

Cuando la entrevista llega a su término, pregunto a Amanda:

—¿Piensa volver a Hollywood?

—Sí, pero cuando encuentre la canasta de fruta que ponerme en la cabeza.

Como no puedo disimular el asombro, Amanda Varela aclara su extraño concepto. Me cuenta que, al poco tiempo de llegar a la Meca del cine, se encuentra con Carmen Miranda en el "Pirates Deem", el "night club" que tienen en sociedad Bing Crosby, Rudy Vallée y Bob Hope. Hablan de esto y de aquello y cuando le dice que está tomando clases de inglés en la academia de Max Reinhart para perfeccionarse y luego hacer películas, Carmen frunce la nariz como si oliese a cosa desdichada, para explicar en seguida:

—¡Hum! Por ese camino no se va a ningún lado, y si es posible ir a alguna parte, se avanza muy despacio. Aquí, Amanda, hay que actuar a la manera de César: venir, ver y triunfar. Hollywood es un centro industrial cuyos directores buscan, hambrientos, novedades, ideas nuevas, motivos no explotados todavía. ¿Qué habría sido de mí si no hubiese venido aquí con esta canasta de frutas y hortalizas en la cabeza? ¡Nadie me hubiese visto! Y ahora, para que no me pierdan un momento de vista, voy de paseo, salgo de compras e, incluso, vengo a estos lugares de diversión con la canasta a cuestas. Quíteme usted la canasta y... adiós Carmen Miranda! Esta es la verdad, Amanda: para triunfar en Hollywood hay que saber elegir la canasta y exhibirla bien para que todo el mundo la vea. ¿Sabe lo que haría yo en su lugar? Andaría vestida de gaucho por las calles de Cinelandia. ◈

EL CUENTO DRAMATICO



Sachem

NADIE hubiera supuesto, de haberse acercado esa noche a los alrededores del gran circo levantado en la plaza principal de Antílope, que quince años antes no existía nada de esta ciudad, ahora tan floreciente. Ningún blanco se hubiera atrevido entonces a acercarse a la confluencia de los dos ríos, donde más tarde se construyera una ciudad. Las pocas chozas indias que se veían allí resultaban temibles para los colonos alemanes de las cercanías. Indios de Texas, los "Serpientes Negras", que las habitaban, sabían defender su territorio, y más de una cabeza de audaz europeo había conocido el horror del escalpelo.

Ese estado de cosas no podía durar.

Una noche de luna llena, varios centenares de "caras pálidas" cayeron sobre el pueblo indígena dormido. Y el triunfo de la buena causa se reveló completo a la luz de la mañana. Chiavatta — así se llamaba dicho pueblo — había sido quemado, y sus habitantes degollados sin distinción de sexo ni edad. Sólo escaparon a la muerte algunos guerreros que estaban de caza en la llanura.

Destruído el pueblo, sus destructores dieron buenas noticias acerca del lugar, y pronto, con la ayuda de la inmigración alemana, surgió sobre las cenizas de la bárbara Chiavatta una Antílope civilizada.

Dos mil habitantes la poblaban al cabo de cinco años, y esta cantidad se duplicaba y triplicaba poco después, gracias a la explotación de unas minas de mercurio existentes a corta distancia.

En virtud de la ley de Lynch, diecinueve guerreros de la tribu de los "Serpientes Negras" — los últimos que fueron capturados — habían sido colgados, siete años después del triste fin de los suyos, en la plaza donde resuena esta noche la fanfarria del circo.

La fanfarria del circo resuena, y bien perspicaz sería quien pudiera señalar entre los espectadores que esperan el comienzo de la función — negociantes enriquecidos o modestos trabajadores — a los despiadados hombres que quince años antes incendiaban y mataban en esta misma plaza en fiesta.

Millares de curiosos amontonábanse sobre las gradas. ¿Qué era lo que producía tanto éxito? Tal vez el legítimo deseo de proporcionarse algún placer después de la ruda labor de la jornada; o el orgullo, quizá, de ser honrado por la *troupe* del célebre "barnuun" Dean, cuya llegada testimoniaba evidentemente la importancia de la ciudad. Estas eran las razones, sin duda; pero había también otra, y sobre todo, esta otra:

El número 2 del programa anunciaba:

Paseo sobre la cuerda floja a 15 metros de altura, con acompañamiento de música, por el célebre acróbata, "el Buitre Rojo" Sachem, jefe de los Serpientes Negras, último descendiente real de la raza, único sobreviviente de la tribu.

El honorable señor Dean había dicho en la Taberna que, pasando por Santa Fe, hacía quince años, había encontrado allí, acompañado por un muchacho, a un viejo indio moribundo. Antes de morir, el indio le contó que ese muchacho era hijo y heredero del Sachem de los "Serpientes Negras", asesinado, y que sería en adelante el único jefe incontestable de su tribu destruída o dispersada. Y el niño, recogido por la compañía de cómicos, se convirtió con el tiempo en el primero de los acróbatas. El señor Dean, que ignoraba lo de Chiavatta cuando llegó a Antílope, sólo aquí supo que su bailarín en la cuerda iba a bailar sobre la tumba de su padre.

El Sachem se tornó la *great attraction*, y los burgueses de Antílope fueron todos al circo para ver al único sobreviviente de una raza que ellos habían destruído, para mostrarlo a sus mujeres, a sus hijos, y a los que, recién llegados de Alemania, nunca habían visto un indio.

¡Qué orgullo poder decir!:

—Miren, miren, éste es el último de aquellos "Serpientes Negras" que nosotros exterminamos.

—*Ah! Herr! Ych!*

¡Qué dulce satisfacción del amor propio! Las exclamaciones admirativas se mezclaban a los relatos de las proezas pasadas, mientras de un extremo a otro de la ciudad se oía esta palabra muchas veces repetida:

—Sachem... Sachem...

Desde temprano habían rondado por el circo los muchachos más audaces, dominando su miedo y esforzándose por ver a través de las rendijas de las tablas mal unidas... Y los más grandes de los muchachos, animados ese día de un espíritu guerrero, sacaban pecho y marchaban con aire amenazador.

Al fin sonaron las ocho.

Era una maravillosa noche, clara, estrellada.

De lo lejos, la brisa traía a la ciudad el perfume de los naranjos, que se mezclaba con el olor de la malta.

En el circo brillaban grandes luces provenientes de enormes antorchas de resina que llameaban, arrojando altos penachos de humo, lo mismo que una inmensa lámpara a kerosene que dominaba la pista.

Afuera, ante la puerta, se agolpa la multitud de los que no consiguieron localidades, los que asisten al desfile de los carros de la *troupe* y miran y comentan la gran tela pintada, que representa un combate entre blancos y pieles rojas. Y detrás del telón, *bocks* de cerveza se chocan sobre las mesas del ambigú, y resuenan los pedidos:

—*Frisch wasser! Frisch bier!* ¡Agua fresca! ¡Cerveza fresca!

Pero suena una campanilla, y se hace silencio.

Aparecen seis palafreneros calzados con botas y se alinean en doble fila, a la entrada de la pista.

Por entre ellos se precipita un caballo al galope, sin riendas y sin montura, llevando sobre él una nube de muselina, cintas y tul.

Es la *écuyère* Lina, que hace su entrada.

La función comienza, con acompañamiento de orquesta.

Lina es tan bella que la joven Matilde, hija de un cervecero de Oppunciagasse, se inclina de pronto inquieta y murmura al oído del joven Floss, su vecino, propietario de un *grocery*.

—¿Me querrás siempre?

El caballo galopa, jadea como una locomotora.

Los látigos restallan.

Los payasos, algunos de los cuales han entrado bruscamente tras la bailarina, gritan a más no poder y hacen sonar cachetadas, mientras ella remolinea siempre sobre su caballo.

Estallan los "bravos", que se multiplican cuando ella desaparece.

¡El espectáculo es magnífico!

Pero la palabra "¡Sachem!" "¡Sachem!", vuela de boca en boca entre los espectadores, cuyos "bravos" cesan.

Y mientras, ante la indiferencia general, los payasos ejecutan sus gestos de monos, unos palafreneros traen caballetes de madera que colocan a los dos lados de la pista.

Tienden un alambre de un caballete al otro.

Y, de repente, un haz de luz de Bengala roja parte de la entrada e inunda la arena



por

ENRIQUE SIENKIEWICZ

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

con sus reflejos de sangre.

Se espera, con angustia, al terrible Sachem, el último de los "Serpientes Negras".

Pero, ¿qué sucede?

No es el indio quien aparece, sino el director de la *troupe* en persona, el honorable Sr. Dean.

Saluda al público y habla.

Tiene "el honor de rogar a los honorables y benévolos *gentlemen*, así como a las hermosas y no menos honorables *ladies*, que permanezcan completamente quietos, que no aplaudan y que se mantengan en el silencio más absoluto, porque el jefe indio está muy irritado y más salvaje que nunca".

Estas palabras producen gran impresión y, ¡cosa rara!, esas mismas notabilidades de Antílope, que destruyeron Chiavatta hace quince años, experimentan en este instante una sensación muy desagradable.

Hace sólo un momento, cuando la bella Lina hacía piruetas sobre el caballo, ellos se sentían contentos de estar sentados cerca de la pista, en ese lugar bajo desde donde se podía ver todo tan bien; mientras que ahora lanzan tristes miradas hacia las filas más altas del circo, sintiendo, contra las leyes de la física, que cuanto más bajo se está, más se ahoga uno.

Ese Sachem, ¿recordaría el pasado? ¡No ha crecido en la *trou-*

pe del honorable Sr. Dean, compuesta de alemanes?

¿Sería posible que no hubiera olvidado?

Esto parece increíble.

El medio ambiente, quince años de ese oficio ambulante, el mareo del éxito, deben haber ejercido su influencia.

—¡Chiavatta! ¡Chiavatta!

Ellos mismos, buenos alemanes, ¿no se encuentran acaso en un país que no es el suyo, lejos de su patria..., y sólo piensan en ella cuando el *business* lo permite?

Lo primero es comer y beber. ¡De esta verdad debe compenetrarse, así como los burgueses, el último de los "Serpientes Negras"!

Pero las reflexiones de los espectadores son, de golpe, interrumpidas por un silbido salvaje que sale de la caballeriza. Sachem, impacientemente esperado, aparece por fin en la pista.

Se oyen, como un murmullo de la muchedumbre, estas palabras:

—¡Es él! ¡Es él!

Y en seguida se hace el silencio.

Sólo crepita el fuego de Bengala, a la entrada.

Todas las miradas convergen hacia la figura del jefe que aparece en el circo... sobre la tumba de los suyos.

Tiene un aspecto altivo..., la altivez de un rey.

El manto forrado de armiño blanco, insignia de los jefes de tribu, subraya su aspecto altanero y destaca su cuerpo ágil y tan salvaje que evoca al temible jaguar.

Su rostro, como esculpido en bronce, recuerda la cabeza del águila; y en ese rostro brillan dos ojos con reflejos fríos; dos verdaderos ojos de indio, calmos, diríase indiferentes.

Pasea su mirada por sobre el público, como si quisiera elegir una víctima.

Encima de su cabeza vacilan las plumas. De su cintura cuelgan una hacha y un cuchillo de escalpar.

En su mano, sin embargo, en lugar de un arco, tiene un largo palo, balancín del bailarín en la cuerda.

Y he aquí que después de detenerse en medio de la pista, lanza un grito de guerra.

Es el grito de los "Serpientes Negras".

Los que asesinaron a la población de Chiavatta recuerdan bien ese alarido siniestro, y, quién sabe por qué, aquellos mismos que hace quince años no temblaron al grito de los guerreros indios, sienten ahora la frente inundada de sudor.

—¡Chist!

El director se acerca al jefe y le habla, como si quisiera apaciguarlo, calmarlo.

¿La fiera ha sentido el freno?

Sin duda, puesto que ahora, muy tranquilo, Sachem se balancea sobre el alambre.

Con los ojos fijos en la gran lámpara, avanza.

La cuerda se tiende fuertemente y se hace invisible por momentos; entonces parece que el indio queda suspendido en el aire.

Sube, baja, avanza, retrocede, avanza de nuevo, haciendo equilibrio.

Sus brazos extendidos, cubiertos por el manto de armiño, parecen enormes alas.

¡Se tambalea..., va a caer!... ¡No; se endereza!

Oyense breves aplausos, como contenidos; en seguida se calman.

Pero he aquí que la cara del jefe se vuelve amenazadora.

En su mirada, fija en las lámparas, brilla un resplandor terrible, y de pronto un canto de guerra se escapa de su pecho.

Cosa singular: ¡el jefe canta en alemán!

Todos piensan, con cierto alivio:

—¡El jefe no conoce más la lengua de los "Serpientes Negras"!

Pero todos escuchan el canto, que se hace más y más violento.

Es medio canto, medio llamado quejumbroso; salvaje y bronco, lleno de acentos feroces.

Se oyen las palabras siguientes:

"Después de las grandes lluvias, cada año, quinientos guerreros salían de Chiavatta por los senderos de la guerra, por los de las grandes cazas de primavera".

"Y cuando regresaban, venían ornados de cabelleras escalpadas si no traían carne y pieles de bisonte".

"Y sus compañeros los saludaban con alegría, y danzaban por la gloria del Gran Espíritu".

"¡Chiavatta era feliz! Las mujeres trabajaban en los *wigwams*, los niños se convertían en hermosas muchachas y en guerreros valientes".

"Los guerreros morían en el campo de la gloria y se iban de caza con sus padres a las Montañas de Plata".

"Sus hachas no fueron jamás manchadas con sangre de mujeres ni de niños, pues los guerreros de Chiavatta eran hombres generosos".

"Chiavatta era poderosa cuando los "caras pálidas" vinieron del otro lado de los lejanos mares para poner fuego a Chiavatta".

"Se deslizaron furtivamente hasta los *wigwams* dormidos, y sus cuchillos se hundieron en los pechos de los hombres, de las mujeres y de los niños".

"¡Chiavatta no existe más! Sobre sus ruinas, los blancos han establecido sus casas de piedra".

"¡La tribu asesinada no existe más, y Chiavatta destruída clama venganza!"



La voz del jefe se vuelve bronca.

Su balanceo sobre la cuerda parece el de un arcángel rojo de la venganza planeando encima de la muchedumbre humana.

El director mismo está aparentemente intranquilo.

En el circo reina un silencio de muerte sobre el que pesa la amenaza del indio.

"¡De toda la tribu, sólo quedó un niño! ¡Era pequeño y débil, pero juró al Espíritu de la tierra que vengaría a los suyos!"

"¡Que vería los cadáveres de los blancos, hombres, mujeres y niños, en el incendio y la sangre!"

Estas últimas palabras, apenas articuladas, son más un rugido que un canto.

De las gradas del circo se eleva un ruido que parece el soplo del viento.

Mil preguntas sin respuestas se atropellan en las cabezas.

—¿Qué va a hacer ese tigre rabioso?... ¿Qué es lo que anuncia?... ¿Se vengará él..., solo? ¿Hay que quedarse o escapar?... ¿Defenderse?... ¿Y cómo?...

—*Was ist das? Was ist das?* ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? — murmuran las voces asustadas de las mujeres.

Y he aquí que un aullido que nada tiene de humano se escapa del pecho del jefe.

Se balancea más violentamente que antes, salta sobre la plataforma del caballete de madera que está bajo la lámpara y levanta su palo.

Un pensamiento terrible atraviesa las mil cabezas de los espectadores:

—Va a romper la lámpara y a inundar el circo de kerosene encendido.

De todos los pechos se escapa un grito de terror.

Pero, ¿qué sucede?

Una voz ordena:

—¡Quédense! ¡Quédense!

El jefe ya no está allí.

¿No ha incendiado el circo? ¿Adónde se ha fugado? ¿Dónde está escondido?

¡Aquí está! ¡Helo aquí de nuevo!

Aparece sin aliento, cansado, abatido... Tiene en su mano una gamella de lata que tiende a los espectadores, y mendiga con voz suplicante:

—¡Sean generosos, señoras y señores! ¡Esta es mi pequeña ganancia!

El pecho de los espectadores se dilata.

Todos piensan:

Pero, entonces..., ¿todo eso formaba parte del programa..., no era más que un ingenioso truco del director..., un golpe de efecto?

Y los dólares y medios dólares caen en la gamella.

¿Cómo negar ayuda al último de los "Serpiente Negras" ¿No se está en Antilope, sobre las cenizas de Chiavatta?

¡Esta buena gente tiene buen corazón!

* * *

Después del espectáculo, Sachem bebe cerveza, fraternizando con los matadores de los suyos.

Sobre él, la influencia del medio es evidente. ◈

¡DEBE USTED PREPARARSE!



EN POSICION PRIVILEGIADA
Esta antigua Escuela ocupa un lugar privilegiado por contar con Sucursales en la mayoría de las Capitales del Continente, de donde rinde rápido y esmerado servicio a sus educandos. Diríjase Ud. a la de su país.

FUNDADA EN LOS ANGELES CALIFORNIA EN 1905

NATIONAL SCHOOLS
VICTORIA 1556
Buenos Aires, Argentina

Pida LIBRO Gratis

¡Envíe este cupón!

Dr. J. A. ROSENKRANZ, Presidente:

Depto. Num. X 380-9

Mándeme su Libro GRATIS con datos para ganar dinero en la Industria que he seleccionado y marco con una "X"

RADIO ☐
DIESEL ☐
AVIACION ☐
ELECTROTECNIA ☐

NOMBRE________ EDAD______
DIRECCION________
LOCALIDAD________ PROV.______

AL MARGEN DE LA GUERRA

TERRANOVA ESPERA UN

Newfoundlan‘

Entre los muchos fenómenos que producen las guerras continentales, quizá sea uno de los más singulares el de la "movilización geográfica".

Hoy, como las distancias no son un obstáculo para que los países más distantes se declaren la guerra y hagan chocar sus ejércitos en los puntos más apartados de sus bases, el conflicto bélico origina, casi inmediatamente de haberse producido, una verdadera zarabanda de nombres geográficos que obligan al informante a realizar estudios sobre fauna, flora, razas, hábitos, costumbres, riqueza, etc., para servírselos al lector, ávido siempre de novedades.

Más conocida por isla de Terranova, la Newfoundland de los ingleses adquirió su prestigio y paseó su nombre por el mundo gracias a la industria del bacalao, muy abundante en sus costas.

No se le conocen otros productos o industrias que impulsaran su fama, y al disminuir esa pesca como consecuencia de la presente guerra, casi cayó en el olvido, hasta que la misma guerra, con sus giros caprichosos, la vuelve a poner de actualidad. Y su destino, que está marcado por circunstancias que no dependen de ella misma, la moviliza ahora para hacerla intervenir en forma pasiva, como siempre, en el eterno pleito de los hombres.

Separada de las costas occidentales de Irlanda por sólo 3.150 kilómetros, está tan próxima a las occidentales de América que en algunos puntos existe una distancia de 15 kilómetros. Es la más extensa del continente americano, con una extensión de 300 millas y 6.000 de litoral.

Puede decirse que prácticamente Terranova es una isla abierta, pues no tiene ni la más insignificante fortificación. El 98 por ciento de su población de 300.000 habitantes es nativa, pero de origen británico, y vive en una ininterrumpida serie de aldeas que se extienden a todo lo largo de



La catedral de Saint-John, que con sus severas líneas arquitectónicas contribuye al embellecimiento de la capital de Terranova.

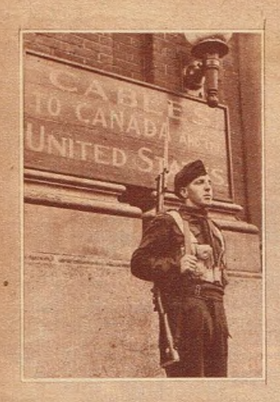
MILAGRO...

Por
Vicente Asensio de Aledo

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



El territorio está cruzado por una red de caminos que conducen al mar y desde los cuales se dominan hermosos panoramas, como el que ilustra la foto.



Frente a la oficina de cables transatlánticos, está apostado siempre un miembro de la "Milicia de Terranova", para custodiar el edificio.



El pequeño cuerpo de ejército de la isla, conocido también con el nombre de "Defensa del Hogar", fué organizado e instruído por oficiales ingleses. Helo aquí en un día de revista.

Desaparecida la pesca a consecuencia de la guerra, la actividad industrial de Terranova ha quedado reducida a la elaboración de celulosa.

las costas. La educación no es obligatoria y está librada a la buena voluntad de las tres parroquias principales, sostenidas por el gobierno inglés. Fuera de Saint-John, la capital, no existe el impuesto a la propiedad. Como no posee una producción agrícola que abastezca a la población de artículos de primera necesidad, algunos de éstos, como la papa y la carne, han de ser importados, pagando un alto derecho de introducción. Las gentes allí no temen a una invasión porque están convencidas de que su pobreza es muy difícil que pueda tentar a nadie.

Un poco de historia

Las referencias históricas de Terranova antes del siglo XV son un tanto vagas e imprecisas. Parece ser que allá por el año 1000 las costas del golfo de San Lorenzo y las de la isla fueron visitadas por navegantes escandinavos. En cambio, son más exactas las noticias sobre esas regiones a partir del año 1498, fecha en que se da como cierta la llegada a Terranova de marinos venecianos, concretándose aquellas en el año 1524, dándose por seguros los frecuentes arribos de navegantes normandos, bretones y vascos.

Finalmente, en el año 1623, un caballero francés, Georges Calvet, estableció allí una colonia, hecho del cual se valió Francia para declarar sus derechos de propiedad sobre la isla; pero 90 años después pasó a ser posesión inglesa en virtud del tratado de Utrech.

Los indígenas de Terranova, pertenecientes a la antigua raza de los algonquines, fueron desapareciendo exterminados por los blancos y sus enemigos continentales, los mic-mács, en tal forma que en la actualidad sería muy difícil encontrar un representante de aquellos pobladores.

El trampolín de América

Antes de la guerra, Terranova no poseía fuerza militar alguna, pero a poco de producirse aquélla se organizó un pequeño grupo militarizado, que en un principio recibió el nombre de "Milicia de Terranova" y luego "Defensa del Hogar".

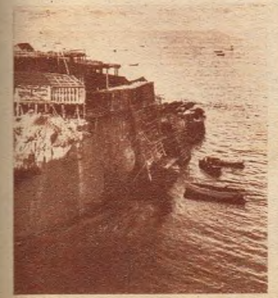
Recientemente se terminó de construir un magnífico aeropuerto muy bien equipado, como asimismo un aeródromo civil que cuenta con un excelente campo de aterrizaje, circunstancia que ha sido aprovechada por Norteamérica en su tarea de suministrar una gran cantidad de aviones de guerra al imperio británico.

De esta manera la isla ha comenzado a conocer de nuevo una actividad que había perdido y que tanto añoraban sus habitantes, afectados por la paralización absoluta de sus pesquerías. Desgraciadamente esa actividad se ha circunscripto a la capital, Saint-John, y las pequeñas poblaciones restantes sobrellevan pacientemente las vicisitudes de su pobreza.

Pero siempre hay un motivo para mantener viva la esperanza, y en la actualidad los habitantes de la isla sueñan con que, por un golpe feliz de la suerte, a los norteamericanos se les ocurra instalar allí algunos establecimientos fabriles, haciéndoles participar así de la abundancia que siempre han gozado ellos.

Mientras espera el milagro, Terranova vive satisfecha con el papel que le ha correspondido en el presente conflicto bélico: el de trampolín de Norteamérica y de la quinta arma de guerra. ◈

Vista del muelle de una aldea de pescadores, cuyo aspecto da una idea de las características de la isla.



EL CUENTO TRAGICO

El enigma

Bojornstjerne Björnson es una de las más grandes figuras de la literatura escandinava y universal. Su producción dramática, en un tiempo, impresionó tanto como la de Ibsen.

Nació el 8 de diciembre de 1832, en Kvikné, Noruega. Toda su vida fué de lucha polémica, literaria, política y filosófica. Murió en 1910.

Por qué hemos de sentarnos aquí?—dijo ella.

—Porque es un lugar alto y soleado.

—Pero, allá abajo es profundo; siento el vértigo, y el sol brilla en el agua con demasiada fuerza. Mira detrás de ti aquel cerco verde. ¡Sería tan lindo allá!...

—No; aquí.

Y se sentó en el suelo, como si no pudiera o no quisiera seguir andando más. Ella se detuvo, con los ojos siempre fijos en él.

—Aasta — dijo Botolf —, debes decirme por qué has tenido miedo cuando el capitán extranjero pasó, en la bruma.

—Justamente en eso pensaba yo — murmuró ella, y quiso escaparse.

—Es necesario que me lo digas antes de irte; si no, no te seguiré.

Ella se dió vuelta.

—¡Botolf! — le gritó.

Y se quedó inmóvil. El prosiguió:

—Te prometí no preguntártelo más, es verdad. Cumpliré mi palabra, si lo consientes; pero que sea ahora.

Ella rompió a llorar súbitamente y se acercó a él. Su fino y delicado cuerpo, sus pequeñas manos, sus sedosos y brillantes cabellos que la pañoleta había dejado escapar, sus ojos y su boca, todo, era en ella resplandeciente. Los rayos del sol la envolvían.

De un salto, él se incorporó:

—Sí; bien sabes que cuando me miras así ya no puedo exigir nada; pero estoy seguro de que después sería peor. No comprendes que sería inútil prometerte cien veces no tratar de conocer lo que tú has hecho antes; no viviré en paz mientras no lo sepa.

Su rostro no podía ocultar el sufrimiento que lo dominaba.

—Botolf — le dijo ella —: ¿es eso lo que me has prometido? No me dejas tranquila, y me has jurado no hablarme de lo que no podré decirte nunca. Me lo prometiste solemnemente, asegurándome que ello te era indiferente, ¡que era sólo mi persona lo que tú querías!... ¡Botolf!

Y se arrodilló sobre los brezos. Lloraba como si sufriera por su existencia; lo miraba y sus lágrimas le decían más que cualquier palabra; era la más bella y más desgraciada mujer que él había visto en su vida.

—¡Dios me perdone! — dijo Botolf, volviéndose a sentar —. Si me quieres bastante como para tener confianza en mí, seremos felices los dos.

—¡Si pudieras tener tú un poco de confianza en mí! — gimió ella, acercándose más a él, siempre de rodillas —. ¿Amarte? La noche en que nuestro barco tocó el tuyo, cuando subí al puente, tú estabas en los obenques dando órdenes... Nunca había visto a nadie que se te pareciese; y en seguida te quise. Después me llevaste a tu barco mientras el mío se hundía... Entonces sentí una vez más la alegría de vivir, cosa que, pensaba, no volvería a experimentar.

Se detuvo y lloró. Después, juntando sus manos sobre las rodillas de él:

—¡Botolf — exclamó —, sé grande, sé grande como el día en que me tomaste sin nada, nada más que yo, Botolf!

El respondió casi con dureza:

—¿Por qué me tientas? Bien sabes que no puedo. Es el alma lo que queremos poseer y no... Así era en los primeros tiempos, pero no después.

Ella retrocedió, y dijo con desesperación:

—¡Ah!, una vida deshecha no se rehace más — y estalló en sollozos.

—¡Dame toda tu vida y yo haré con ella una vida nueva!

El hablaba fuerte, para animarla. Ella no respondió. Su espíritu luchaba.

—¡Sé dueña de tu voluntad! Nunca será peor que ahora.

—¡Tú me arrastrarás a casos extremos!

El se equivocó sobre el sentido de estas palabras y prosiguió:

—Si es la mayor de las infamias, trataré de soportarla, pero esta duda es superior a



Por
BOJORNSTJERNE BJÖRNSON
ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA



mis fuerzas.

—¡Y a las mías también! — gritó ella, irguiéndose.

—Yo te ayudaré — le dijo él, levantándose a su vez —. Te ayudaré cuando conozca la verdad. Soy demasiado orgulloso para ser guardián de una cosa que ignoro, y que, tal vez, interese a algún otro.

—¡Deberías avergonzarte! — exclamó ella —. De los dos, yo soy la más altiva, ¡no ofrezco nada que pertenezca a otro! Ahora, es necesario que te atengas a ello.

—No; si eres orgullosa, disipa primeramente mi sospecha.

—¡Oh, Jesús, no puedo sufrir este suplicio por más tiempo!

—En efecto, he jurado que esto terminaría hoy.

—¿No es cruel — exclamó ella — que atormentes y aflijas a una mujer que se ha confiado a ti y que te ha rogado tan tiernamente como yo lo hice?

Iba a llorar de nuevo, pero dominándose, estalló:

—¡Te comprendo: quieres humillarme hasta hacerme gritar, y crees que entonces yo me traicionaré!

Lo miró con cierta expresión de resentimiento, y se alejó:

El pronunció, lentamente, estas palabras:

—¿Quieres o no quieres?

—No..., ni siquiera si me dieses todo lo que vemos desde aquí — respondió ella tendiéndole la mano.

Se separó de él. Su pecho se levantaba, y sus ojos extraviados se fijaban en cualquier parte, principalmente sobre él, unas veces con dureza, otras con dulzura; pero las más con dureza. Se apoyó contra un árbol, sollozando. Después se enjugó el llanto y echó a andar.

—¡Bien sabía que tú no me querías! — dijo Botolf.

Y, de nuevo, ella fué la más humilde, la más apesadumbrada. Dos veces trató de contestar, pero después de un esfuerzo se tendió sobre los brezos y ocultó su rostro.

Entonces él se aproximó y permaneció a su lado. Aasta sintió que él estaba allí; esperó a que hablara, y hundió su cabeza entre las manos. Pero como él continuara callado, sintió miedo y se vió, por decirlo así, obligada a mirarlo. Al mismo tiempo, respiró. La seca y larga cara de Botolf, sus ojos hundidos, sin cejas, su ancha boca apretada, su cuerpo de gigante, la impresionaban de tal manera, que de pronto le pareció verlo entre las jarcias, la noche del naufragio. Allí estaba, grande como entonces y de una fuerza sin límites, ¡pero estaba a su lado!

—¡Has mentido, Aasta!

Ella retrocedió, pero él, siguiéndola, continuó:

—Y también me has hecho mentir. No hubo un solo día de plena verdad desde que nos encontramos.

Tan cerca estaba de ella que sentía su cálido aliento. La miraba a los ojos, y todo se obscurecía a su alrededor. No sabía lo que iba a decir o hacer, y entornó los párpados. Estaba a punto de caer o huir; había llegado la hora de la decisión. También él sintió miedo ante el profundo silencio que los envolvía. Y, cambiando de nuevo, le dijo:

—¡Dame esa prueba! Déjate de evasivas. Hazlo ahora.

—Sí — respondió ella sin pensar en la palabra.

—Ahora, te digo.

Lanzó un grito. Aasta corría ya hacia el precipicio... El vió sus cabellos brillantes, sus manos extendidas; la pañoleta, agitada por el aire, se le desprendió y flotó sola sobre ella. No se oyó ni un grito, ni un choque, porque el abismo era profundo; él no oyó nada...

Del mar, pensó, le había llegado una noche; en el mar se había perdido, y con ella la historia de su vida. En el abismo sombrío como la noche había desaparecido todo lo que poseía su alma... ¿La seguiría él? Había llegado hasta allí con la voluntad inquebrantable de poner fin a su tormento, y ese tormento no había concluído, no concluiría nunca; sólo estaba en su comienzo. El acto de Aasta le decía bien claro que se había equivocado sobre ella, y que él la había matado. ¡Su angustia aumentaba, y debía seguir viviendo para descubrir aquel pasado! ¡A ella, la única, o casi la única que sobrevivió a la espantosa noche, él no la había salvado sino para matarla! ¿Entonces era un hombre malo? Jamás le habían dicho eso, ni él lo había pensado. Pero, ¿qué era entonces? Se levantó, se alejó del abismo e inició el descenso; no quería morir en el momento en que tenía un misterio que esclarecer...

¿Hallaría alguna vez el enigma? Ella había vivido en América, allá había crecido y de allá venía cuando naufragó la nave. ¿Por dónde comenzaría la búsqueda? ¿En qué lugar de Noruega estaba su pueblo? No lo sabía; sólo estaba seguro de que su nombre era el que su familia había llevado en Noruega. ¿El capitán extranjero? ¿Dónde estaba? ¿Y la conocía él, o solamente era ella quien lo conocía a él? Igual habría sido preguntar al mar; ponerse a buscar, era perderse entre las olas.

❦ ❦ ❦

Sí, se había equivocado acerca de ella. Culpable y arrepentida, se habría consolado confiándose a su marido; culpable, pero sin sentir arrepentimiento, hubiera recurrido a subterfugios. No había querido confiarse ni había buscado subterfugios. Se había precipitado en la muerte cuando él quiso obligarla. Esa decisión no era de una culpable. Sí, ¿pero, por qué? ¿Cómo prefirió eso en vez de confesar? No era la fuerza para confesar todo lo que le había faltado, puesto que manifestara que había algo que no podía decir. Sólo podía ser la falta misma lo que lo impedía; no obstante, no parecía cargada con el peso de ningún crimen; frecuentemente se mostraba alegre, hasta traviesa; era impetuosa, aunque buena. Si hubiera sido la falta de algún otro, todo se habría remediado. Pero si no era ni la suya ni la de otro, ¿cómo era eso? Ella misma había dicho que había algo... ¡Y el capitán extranjero que la atemorizara tanto! ¿Qué sería eso? Por Dios, ¿qué sería eso? Si aun estuviera allí, la habría seguido torturando... Quizá no era tan culpable como ella creía, o tal vez era tan culpable como parecía serlo; ¡cuántas veces la verdadera inocencia se esconde en actos culpables, la pureza bajo el pecado, aunque pocos puedan comprender tal cosa, y ella no lo había creído capaz de esa comprensión, a él, que era todo sospechas! La había interrogado demasiado en nombre de su desconfianza, y por eso había preferido confiarse a la muerte antes que a él. ¿Por qué no la había dejado, nunca, nunca, tranquila? Por él había escapado del pasado, en él había buscado un refugio contra ese pasado, ¡y era él quien volvía a traerle ese pasado, cada día, hasta agobiarla! Ella le era abnegada, era bella y ardiente para él!... ¿Qué le importaba, entonces, su existencia pasada? Cada vez que aumentaba la ternura de ella, mayor se hacía su inquietud. Cuanto más suya se mostraba, por admiración y reconocimiento, aunque de todo corazón, más quería saber si ella había significado algo para otro, y cómo había vivido antes. Cuanto más parecía sufrir, más la acosaba, porque sentía entonces que valía la pena.



Así, por primera vez, tuvo este pensamiento: él mismo, ¿le habría dicho todo? ¿Era posible que se hubieran dicho todo el uno al otro? ¿Estaba establecido que debía ser así? Ciertamente que no.

Los gritos de dos niños que jugaban le llamaron la atención, y miró en su derredor. Se encontraba sentado en el cerco verde adonde ella trataba de llevarlo, y no se había dado cuenta. Cinco horas lo separaban del drama, y él tenía la sensación de que habían pasado sólo unos minutos. Quizá hacía mucho tiempo que los niños jugaban allí, sin que él se diera cuenta hasta ese momento. ¿Esa niña, no era Inés, la hija del clérigo, una chiquita de seis u ocho años, a quien Aasta había querido apasionadamente y la cual se le parecía en extremo?... ¡Dios!, ¿dónde estaba el otro? Ella había ayudado a su hermanito a subir sobre una piedra; jugaban a la escuela y ella hacía de maestra.

—Repite lo que te digo — comenzó la niña—: Padre nuestro...

—¡Padre nueto!

—Que estás en los cielos...

—¡Cielos!

—Santificado sea el tu nombre...

—Santi...cado sea tu nombe!

—Venga a nos en tu reino...

—¡No!

—Hágase tu voluntad...

—¡No, no quiero!...

Botolf se había deslizado por detrás. No era la oración lo que le atraía, ni siquiera se había dado cuenta de que era una oración, sino que, mientras miraba a los niños y los escuchaba, él se volvió a sus propios ojos una bestia impura, rechazada de la sociedad de Dios y de los hombres. Se escondió detrás de las zarzas para no ser visto por los niños. Jamás había experimentado un miedo como el que sentía ahora ante ellos. Y desapareció, en el bosque, lejos del gran camino.

¿Dónde ir? ¿A la casa vacía que había comprado y adornado para Aasta? ¿O más lejos? ¡Qué importaba! En cualquier lugar donde fuese, estaría ella siempre presente. Se dice que los muertos se llevan en la retina la última imagen que sus ojos contemplaron; el que se despierta después de haber cometido una mala acción, guarda también la impresión de la primera cosa que mira, y de ella no se libra más. Y ya no era Aasta lo que él veía sobre la cresta del acantilado, sino una niña inocente: Inés. Hasta la imagen de la desaparecida se confundía con la pequeña en ese mismo gesto de las manos implorando. Y he aquí que la idea del cariño de Aasta por la niña transformaba la serie de sus recuerdos, y el efecto de esta semejanza extraordinaria se esparcía ahora por sobre todo lo que él recordaba de aquel mes de duda y de tortura. ¿No había muerto Aasta con la imagen de esa niña en su corazón? Sí, sí, sólo ahora se daba cuenta de que lo había visto en su alma.

En cualquier punto hacia donde dirigiera su pensamiento en procura de luz, encontraba a la niña. La vía que debía seguir su búsqueda estaba obstruída. Cada escena de su corta intimidad, desde la noche del naufragio hasta el drama sobre el acantilado; cada escena giraba alrededor de su rostro, y este extraño fenómeno lo agotó tanto, que al cabo de algunos días se sintió incapacitado hasta para alimentarse, no pudiendo mantenerse de pie nada más que una hora seguida. Todo el mundo pensó que iba a morir.

Aquel que lleva consigo un enigma, termina siendo un enigma él mismo. Nadie sospechaba lo que había sucedido; ni los que habitaban a lo largo de la ribera y sobre las colinas, ni quienes pasaban por allí habían mirado hacia el lugar de donde ella se había precipitado, la mañana del domingo, a plena luz del sol. Y su cadáver no había vuelto a la costa como testimonio. Nació una curiosa leyenda. Tendido, con su larga cara hueca, su barba roja y sus cabellos erizados y revueltos, Botolf presentaba un aspecto horrible; se hubiera dicho que sus ojos miraban desde el fondo de un lago interior, y las gentes, que no sabían si iba a vivir o morir, aseguraban que se trataba de un combate entre Dios y el diablo. Algunos habían visto al "malo" mismo, rodeado de llamas, cuando trepaba a su ventana para llamarlo. También lo habían visto rondando en la proximidad de las casas, bajo la forma de un ovillo de hilo. Otros, que pasaban cerca de la granja, lo habían visto enfrente; y no faltaban los que habían oído una procesión, gritando

aullando, burlándose, que salía del mar y avanzaba lentamente hacia la casa, entraba, aunque la puerta estuviera cerrada, se atormentaba furiosamente, y, con los mismos gritos, los mismos ladridos y los mismos aullidos, tornaba al mar, de donde saliera. Los criados del enfermo, hombres y mujeres, se iban y contaban estas cosas. Nadie osaba acercarse a la granja, y si no hubiera sido por un viejo matrimonio, para quienes él había sido muy bueno y que en agradecimiento decidieron cuidarlo, se habría quedado sin nadie que lo atendiera. La vieja mujer, su guardiana, sentía un gran miedo; quemaba paja debajo de la cama de Botolf para espantar al "maligno", pero, aunque casi llegó a chamuscarlo, no lograba salvar al amo. Éste sufría de una singular enfermedad. Al fin, la vieja llegó a pensar que él esperaba a alguien.

Una mañana le preguntó si quería que le trajera un sacerdote. Él sacudió la cabeza. ¿No existía nadie a quien quería ver? A esta pregunta, no respondió. Al día siguiente pronunció con toda claridad el nombre de Inés. Seguramente no fué una contestación a la pregunta que la vieja le había hecho la víspera, pero ella creyó que sí.

Muy decidida fué en busca de su marido, le pidió que enganchara los caballos con prontitud y que fuera a casa del sacerdote para traer a Inés. En el presbiterio se pensó que se trataba de un malentendido y que lo que se quería era el clérigo para que le diera la comunión; pero el anciano insistió en que debía llevar a Inés. Esta oyó la conversación y sintió miedo, porque conocía la historia del diablo y de la procesión que salía del mar; pero también sabía que el enfermo esperaba a alguien para morir, y ella no encontraba extraordinario que ése alguien fuera ella misma, puesto que la mujer de Botolf tenía la costumbre de venir a buscarla muy a menudo. Lo que un moribundo deseaba, debía ser cumplido, le dijeron, y si rogaba a Dios con todo su corazón, no sufriría ningún daño. Lo creyó y fué a vestirse.

Era una fría y clara noche con espesas sombras. El bosque enviaba el eco de las campanillas. Todo eso era un poco angustioso, pero ella permanecía inmóvil y juntaba las manos. No vió al diablo ni oyó la procesión cuando pasó junto al mar. Sólo veía las estrellas, cuya claridad caía sobre la colina. Arriba, cerca de la granja, reinaba una calma impresionante. Pero la vieja salió de la casa y le hizo entrar; le tomó su tapado y la invitó a calentarse al fuego. Entretanto, le dijo que debía ser valiente, ir hacia él sin temor y rezar el Padre Nuestro. Luego, cuando la vió repuesta del frío, la tomó de la mano y la condujo a la habitación. Botolf estaba acostado allí, con su larga barba y sus ojos hundidos. Miró a la niña fijamente. Pero ella no tuvo miedo, porque no le pareció espantoso.

—¿Me perdonas? —murmuró Botolf.

La niña juzgó que debía responder que *sí*, y respondió *sí*. Entonces él sonrió y trató de levantarse, pero volvió a tenderse, sin fuerzas. Rápidamente, la niña comenzó a rezar el Padre Nuestro, y él hizo un movimiento de rechazo, mostrando al mismo tiempo su pecho. Entonces, la niña puso sobre él las dos manos, pues así había comprendido su gesto, y, cerrando los ojos, Botolf colocó las suyas, huesudas y frías, encima de las manitas tibias de Inés. Terminó su plegaria, pero como él no dijo nada no se atrevió a retirarlas, y recomenzó. Después que hubo rezado tres veces, la vieja mujer entró, vió todo, y exclamó:

—¡Basta ya, niña; él está salvado! ◈

LA CULTURA EN LA REGION

A principios del siglo XIX, San Juan de Cuyo era una pequeña aldea perdida en los aledaños andinos. Si el viajero curioso llegaba a ella desde las riberas del Plata, donde también Buenos Aires era aldea algo mayor, había debido atravesar pampas semibárbaras, yermos y salitrales, serranías y desiertos. Ahogada entre la doble inmensidad de la cordillera y del llano encontraba el viandante una población modesta y quieta, sólo rica en huertos fragantiosos. Calles polvorosas y estrechas, tal cual campanario, algunas rejas moriscas, las silenciosas y herméticas paredes de un convento, casonas de patios anchos y floridos; en suma, la típica población colonial mediterránea.



Doctor Edmundo Correas

Al evocar aquel núcleo urbano, generador de la ciudad del presente, imagino el asombro de un hipotético pasajero europeo escuchando incidentalmente, tras los postigos de una de aquellas moradas, música de Mozart ejecutada al clave. ¡Cómo!, ¿en ese predio primitivo de agricultores y pequeños funcionarios se cultivaba ya el arte?

En efecto: una niña sanjuanina interpretaba, entre otros, a Mozart, y hasta leía a Virgilio en la penumbra del estrado familiar, sin que eso le impidiera rezar su devocionario, asistir a misa, cuidar un esclavo enfermo, vigilar el trabajo de las criadas o regar las plantas de su ventana.

Fué Sarmiento quien rememoró a la muchacha lectora del poeta de Mantua y ejecutante del músico famoso en el apartado y soñoliento Valle de Tulum. Llamábase María del Tránsito del Carril, y era hermana de cierto inquieto joven que contribuiría no poco, después, a cambiar la fisonomía política y moral de su tierra. Niñas como ésta, adelantadas a su medio y a su tiempo, hubo otras muchas en San Juan, en Mendoza y en San Luis. Su inteligencia y su gusto naturales suplieron la escasez de elementos ilustrativos del lugar y de la época. Como ellas, sus contemporáneos varones se sobrepusieron frecuentemente a las restricciones coloniales renuentes al desenvolvimiento de una cultura superior. Por fortuna, la vida espiritual de los pueblos no se nutre únicamente en los colegios: lo prueba el precoz florecimiento cultural de Cuyo, debido en primer término al tesón vocacional con que sus hijos se aplicaron a cultivar, venciendo considerables obstáculos, las propias posibilidades sensitivas e intelectuales.

Un reciente libro del doctor Edmundo Correas, esclarecido escritor y propulsor cordial de toda empresa cultural, destaca el proceso evolutivo del pensamiento en aquella región, refiriéndose no sólo al pasado, sino también a la bella realidad actual, afanada por escrutar todos los horizontes. Encontramos allí un índice del florilegio artístico, un informe sobre la producción historiográfica en los centros especializados del oeste, un esquema de la actual vida universitaria pletórica de energías e ideales conductores, una síntesis de los problemas educacionales y de las iniciativas mejor orientadas en cuanto a la extensión y al intercambio cultural, así como oportunas recordaciones de figuras cuyanas desaparecidas. Citemos entre éstas la de Manuel Antonio Sáenz, mendocino, a un tiempo doctor en leyes, periodista, escritor, bibliófilo, magistrado, fundador de bibliotecas; verdadero representante-tipo del varón ejemplar que para bien de su provincia supo alternar en ella de fecundo modo la actividad pensante con la política.

Esta obra del doctor Correas implica un llamado a la atención nacional sobre aquella zona argentina adherida a los Andes, que poseyó siempre fuerte personalidad sociológica, marcada por el sello genuino de su paisaje, su idealismo, sus costumbres, sus tradiciones y su historia.

Ni la poesía ni el hombre de la montaña son idénticos a los de la llanura limítrofe. Hasta ahora se ha querido ver en el errabundo habitante de las pampas, el único emblema psicológico y artístico de la tradición nacional; ¿pero no es de justicia reconocer que junto a él existió y existe en cumbres y valles otro tipo tan genéricamente representativo del agro argentino, como el decantado gaucho de las planicies? Sólo que su individualidad muestra facetas y matices diferentes del alma colectiva. La más nítida característica del montañés es esa capacidad de lucha consciente e indomable que le asiste en todos sus afanes. No hubo en Cuyo jinetes trashumantes, sino agricultores apegados al territorio donde levantaron hogar y abrieron surco; o también arrieros casi consubstanciados con la Cordillera materna. Más sedentarios y reconcentrados que el gaucho pampeano, menos dispersas sus energías y su disciplina interior más arraigada, más dramática tuvieron también la rebeldía y más rudas las pasiones. En ciertos perfiles, el montañés aparece tan distinto del llanero como la montaña de la planicie. Otros cánones rigieron allá la vida, el espíritu tuvo otras inquietudes, la voluntad otros resortes, otra cadencia y otra voz la poesía. Todavía aguarda la montaña al sociólogo, al intérprete o al artista que le asigne su debido lugar en la evolución formativa del "yo" argentino. Así como fué de potente esa evolución para modelarse a sí propia, así fué de tenaz en la persecución de sus ideales. Aspiró a un nivel espiritual muy alto, y lentamente, porfiadamente, fué forjando su cultura, como va el minero pertinaz buscando filones entre la hosca dureza de las rocas.

Un libro sobre vida espiritual cuyana puede ser, pues, un documento psicológico e histórico. El del doctor Correas lo es. Surge de él la imagen de un pueblo fuerte, tesonero, que vivió y vive entrañablemente unido con el suelo nativo, y que, como el Anteo del mito milenario, cobra renovadas fuerzas al contacto de la tierra maternal. Hombre lanzado al porvenir fué siempre el cuyano. A él no lo desplazaría el progreso como al gaucho errátil, pues desde el principio se habituó a luchar por alcanzarlo. Sacudido por todos los dramas de la historia patria, desde el sacrificio épico hasta la turbulencia anárquica, desde la opresión tiránica hasta la lucha con el salvaje, hallóse también sujeto el cuyano a las fatalidades telúricas que desencadenan catástrofes en sus comarcas. Mas las convulsiones de su historia no le estorbaron el acceso a las altas esferas del espíritu. Así como convertía en praderas fértiles salitrales y pantanos; así como trocaba sus montes en riqueza, luchó contra la soledad, contra la falta de comunicaciones, contra las restricciones del ambiente, contra la barbarie del interior librado a sí mismo, contra las tormentas civiles, y, en fin, contra todos los influjos adversos, para elevarse cada vez más en el plano existencial.

La obra de Correas sigue el ritmo del intelecto de su tierra, y va destacando el largo esfuerzo pasado. Evoca los días lejanos de la colonia, cuando el libro era un artículo de lujo traído con sacrificio desde Chile o Buenos Aires, y cuando los jóvenes debían atravesar todo el país para acercarse a los colegios superiores o a los claustros universitarios. A través de coloridas estampas nos lleva a las poblaciones primitivas en tiempos de la independencia y asistimos allí a las fundaciones iniciales de cultura popular, realizadas gracias a la liberalidad de los gobiernos patrios. Presenciamos, por añadidura, el penoso proceso de desintegración que en aquella obra incipiente desató la anarquía. No habría de malograrse en Cuyo, sin embargo, la siembra de los Godoy Cruz, del Carril, Videla, Laprida, Oro y Zapata, entre otros precursores procéricos. La simiente brotó y fructifica ahora copiosamente, después de labrada y fomentada por sus dignos sucesores: Sarmiento, Calle, Cortínez, Lafinur, Bustos, Laspiur, Aberastain y tantos otros, que ni aun en lucha abierta con la tiranía cejaron en la empresa. Cuando la violencia y la barbarie triunfantes los arrojaron de su patria, ellos siguieron su brega en el destierro. La Reorganización que trajo paz y libertad pudo, pues, encontrar incólumes en Cuyo los cimientos de la civilización.

Ya resurgía, pujante, el pensamiento autóctono; ya seguía el periodismo regional las huellas del viejo "Zonda" de Sarmiento; ya se reabrían los colegios; ya cantaban los poetas y documentaban el reciente pasado los historiadores; ya volvían a soñar y a crear los artistas. Iban a gravitar ahora los sostenedores de esta poliédrica corriente iluminista, como sus antecesores, en las actividades del pensamiento y la belleza. Carlos Salas, los dos Berutti, los hermanos Larraín, Gez, Llerena, Agustín Alvarez, Pedro Echagüe y muchos otros promueven la evolución de las ciencias y de las artes en el orden nacional, pero tenazmente enraizados al solar ardino. La juventud cuyana avanza desde entonces en apretadas filas por las viejas rutas ideales que el sacrificio de sus mayores abrió entre las ásperas marañas del pasado. Y vino la Universidad, por fin, a coronar tanto esfuerzo, plasmada ya según los rasgos esenciales del solar comarcano, cuya significación espiritual se afirma y se agigantará en los tiempos, pues Cuyo tiene un alma secular forjada a la vez por el choque y por la armonía del hombre y del paisaje, que recíprocamente se modelan y se integran.

¿Cómo podría no ser así, si existe una cultura cuyana, salida de esa fragua; cultura hecha con la substancia de la naturaleza grandiosa, del pasado aborigen, de la tradición hispana, del folklore, del sentimiento nacional, del pasado común y con destellos de la conciencia universal? Todo cabe y se fusiona en el cuño montañés. Como las vides regionales que prosperan hundiendo en la tierra la raíz tenaz mientras prenden en la altura su dorado zarcillo, así se ahinca el alma de Cuyo en el suelo natal para lanzarse hacia arriba y florecer en la luz.

Porque ayuda a comprender a Cuyo, es el del doctor Correas un libro de acción, de justicia y de fe.

Y es además un bello libro, porque en un estilo pulcro, flexible y pleno, refleja el talento del educador apostólico que lo escribió.

Juan Pablo Echagüe

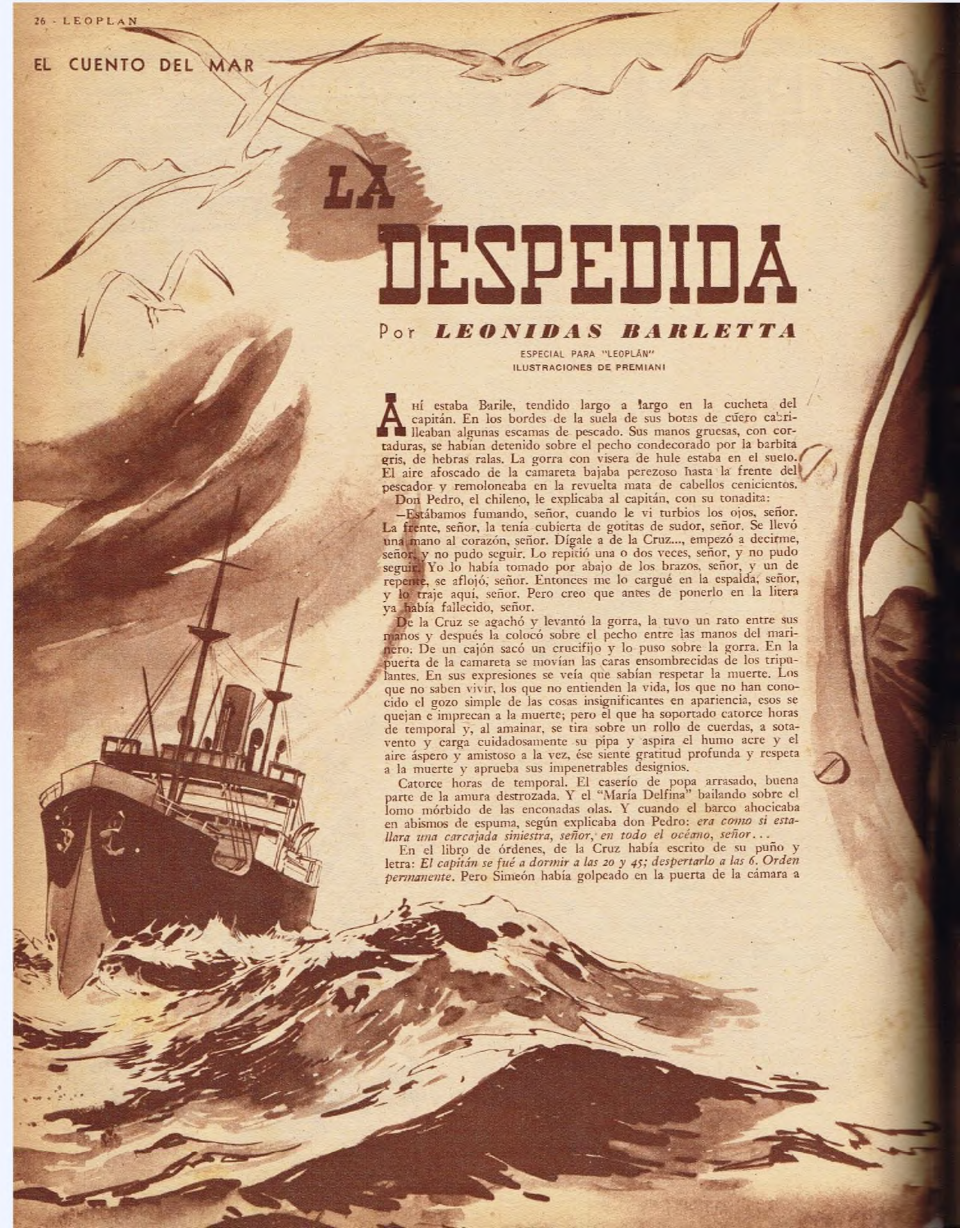
DE CUYO

Por JUAN PABLO ECHAGÜE
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Paisaje típico de la región, visto desde la boca de un túnel.

Es el arriero cuyano la antítesis del gaucho pampero, como lo es la montaña de la planicie.

EL CUENTO DEL MAR



LA DESPEDIDA

Por **LEONIDAS BARLETTA**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
ILUSTRACIONES DE PREMIANI

Ahí estaba Barile, tendido largo a largo en la cucheta del capitán. En los bordes de la suela de sus botas de cuero cabrilleaban algunas escamas de pescado. Sus manos gruesas, con cortaduras, se habían detenido sobre el pecho condecorado por la barbita gris, de hebras ralas. La gorra con visera de hule estaba en el suelo. El aire afoscado de la camareta bajaba perezoso hasta la frente del pescador y remoloneaba en la revuelta mata de cabellos cenicientos.

Don Pedro, el chileno, le explicaba al capitán, con su tonadita:

—Estábamos fumando, señor, cuando le vi turbios los ojos, señor. La frente, señor, la tenía cubierta de gotitas de sudor, señor. Se llevó una mano al corazón, señor. Dígale a de la Cruz..., empezó a decirme, señor, y no pudo seguir. Lo repitió una o dos veces, señor, y no pudo seguir. Yo lo había tomado por abajo de los brazos, señor, y un de repente, se aflojó, señor. Entonces me lo cargué en la espalda, señor, y lo traje aquí, señor. Pero creo que antes de ponerlo en la litera ya había fallecido, señor.

De la Cruz se agachó y levantó la gorra, la tuvo un rato entre sus manos y después la colocó sobre el pecho entre las manos del marinero. De un cajón sacó un crucifijo y lo puso sobre la gorra. En la puerta de la camareta se movían las caras ensombrecidas de los tripulantes. En sus expresiones se veía que sabían respetar la muerte. Los que no saben vivir, los que no entienden la vida, los que no han conocido el gozo simple de las cosas insignificantes en apariencia, esos se quejan e imprecan a la muerte; pero el que ha soportado catorce horas de temporal y, al amainar, se tira sobre un rollo de cuerdas, a sotavento y carga cuidadosamente su pipa y aspira el humo acre y el aire áspero y amistoso a la vez, ése siente gratitud profunda y respeta a la muerte y aprueba sus impenetrables designios.

Catorce horas de temporal. El caserío de popa arrasado, buena parte de la amura destrozada. Y el "María Delfina" bailando sobre el lomo mórbido de las enconadas olas. Y cuando el barco ahocicaba en abismos de espuma, según explicaba don Pedro: *era como si estallara una carcajada siniestra, señor, en todo el océano, señor...*

En el libro de órdenes, de la Cruz había escrito de su puño y letra: *El capitán se fué a dormir a las 20 y 45; despertarlo a las 6. Orden permanente*. Pero Simeón había golpeado en la puerta de la cámara a



las ocho. Estaban extenuados y hubo que acortar las guardias. Entreabrió la puerta y oyó a de la Cruz que decía:

—Está tranquilo el Atlántico...

—Como una taza de leche, señor.

—¿La avería es grande?

—Regular, señor. Más por la popa. Se llevó todo ese maderamen acebollado, que daba tanto trabajo.

—Total..., había que cambiarlo...

Salió a cubierta saludando a los que encontraba a su paso y fué a apreciar los destrozos de la tormenta. Barile le había dicho:

—Hace mucho que no teníamos un temporal como éste.

A las quince, la tempestad había arreciado. No había modo de conservar la dirección. Los bandazos hacían retemblar el armazón del "María Delfina". Las máquinas se detuvieron y toda resistencia cesó. De vez en vez los que estaban alrededor del capitán en la timonera, miraban de soslayo su semblante impasible. Martínez dijo, con la voz velada, pegando la nariz al vidrio:

—¡Barco a babor!

Y todos sintieron un inmediato alivio. Desde el buque negro que ahora tenían enfrente, como a trescientos metros, preguntaban por telégrafo si necesitaban ayuda. De la Cruz hizo responder que no. Pero el buque no se apartaba y maniobró como pudo alrededor del "María Delfina" hasta que encendieron las primeras luces a bordo.

El "María Delfina" parecía que iba a zozobrar. Subía a la cima de montañas de bullente espuma y descendía vertiginosamente a negros abismos que se cerraban sobre su casco rechinante. Pájaros de tormenta se arrojaban con graznidos de gozo sobre las rachas furiosas del vendaval que los arrollaba o bajaban hasta rozar las embravecidas aguas. Tito, en el telégrafo recibía este mensaje: *Capitán Júpiter. Stop. Podemos darle un cabo de remolque antes que llegue la noche. Stop.* De la Cruz escribió con lápiz en el mismo papel que le había llevado Tito: *Capitán María Delfina. Seguimos por nuestros propios medios. Agradecido.*

El buque negro, con su grueso penacho de humo, saltaba sobre las olas, de proa al huracán.

—Debe ser de bandera chilena — dijo Martínez con la boca endurecida.

—Los chilenos — afirmó de la Cruz — son buenos marinos.

Era alentador tener aquel barco a la vista, aunque todo salvataje hubiese sido imposible, en caso de naufragio. Al menos se descartaba la aterradora posibilidad de zozobrar en aquella inmensa soledad, bajo la indiferente cúpula gris del cielo. Toda la tarde anduvieron dando tumbos en la timonera, en el sollado, poniendo ahorcaperros en todas las cosas que podía llevarse el agua. Y entretanto don Pedro, Barile y Celesia trataban de reparar la máquina con las manos ennegrecidas y las caras tiznadas, con agua hasta arriba del contrafuerte de las botas. Como decía Cordero:

—¡Cuando más necesita trabajar el barco, se produce la avería!

De la Cruz gritaba:

—¡Larguen la cadena!

Simeón y Loreto, trincados por la cintura, avanzaron como borrachos, cayendo de rodillas, arrastrándose a trechos, abrazándose a los molinetes, sepultados un instante por el golpe de mar, que al retirarse los descubría unos metros más atrás del trecho que habían avanzado. El ruido de los grilletes al deslizarse por el escobén apenas se oyó, ahogado por los bramidos del temporal.

Bueno; vino la noche y seguía el baile. Las lucecitas del barco negro desaparecieron. El viento cambió; pero no decreció en su furia. Las máquinas funcionaban de nuevo. La campanita del control sonaba irritante dentro de la cabina del timón. Orden repetida. Después, cuando ya uno empieza a abandonarse un poco a su suerte, el viento va amainando, los golpes de agua son menos violentos, los ojos se van achicando, la tensión se afloja...

—¡A ver uno... aquí..., parece que va a escampar..., yo me voy a dormir!

Eran exactamente las 20 y 45. A las ocho, Simeón había golpeado la puerta de su cámara. A las ocho y veinte, estaba rectificando el rumbo en la bitácora, no recordaba quién había llegado sofocado a la timonera, Teodoro o Martín, no recordaba su rostro:

—Capitán; Barile..., parece que le llegó la hora...

—Pero, ¿cómo?... ¡A ver..., quédate aquí!

Bajó en dos saltos. Ahí estaba Barile, tendido largo a largo en su litera. Lo sacudió agarrándolo por los hombros:

—¡Barile! ¡Viejo!... A ver..., traigan esa botella de ron.

—No hay nada que hacer, señor... — masculló don Pedro.

De la Cruz se inclinó y puso el oído sobre el corazón del viejo. Al incorporarse lentamente, ya se confirmaban en su expresión las palabras del maquinista.

Don Pedro empezó a explicarle cómo había sobrevenido el ataque, con esa abundancia de "señor" que le cortaba la frase como si hablase jadeando. Y de la Cruz dijo, al rato, con la voz contenida, como si temiese despertarlo:

—¡Vamos a ver sus cosas!

Bajó con Celesia y Cordero y abrieron el pequeño armario que Barile tenía junto a la litera. De la Cruz fué sacando media libra de chocolate, una barrita de jabón de afeitar, una cajita con etiqueta: *Bicarbonato de soda — Vivorato de soda — a a 30 gs.;* pero adentro había unos anzuelos de pejerrey. Mientras iban sacando cosas sin importancia, una toalla, un atadito de escobillas para limpiar la pipa, apareció un librito grueso, de viejas tapas que conservaban restos de una inscripción en oro. En cada página había una fotografía pegada y en una de ellas podía verse a tres marinos con enristrados bigotazos y chaquetones de los que se llevaban antes, y al propio Barile, sonriente, a horcajadas en un caballito de juguete y los otros, quien con un tambor, quien con una corneta, haciendo como que tocaban. Y en otra página estaba el retrato de una mujer, de mirada noble, con un peinado de bucles y tirabuzones y amplio descote velado por un peto de encaje. Y en esta página había una flor, un pensamiento descolorido y seco. Y en la siguiente, el retrato de una nena mofletuda, con largos rulos y esta dedicatoria, hecha con letra redondita: *A mi querido padrino, su cariñosa Poli.* Entonces, de la Cruz cerró el álbum y ordenó que empaquetaran esos efectos para entregar a los deudos, como se decía en el lenguaje oficial.

Así transcurrió la mañana, una mañana de sol, de aire suave que borraba hasta el último recuerdo del bárbaro temporal.

El barco navegaba liviano sobre las aguas mansas y sin embargo algo había en la suavidad con que hendía las aguas, en el amortiguado rumor de las máquinas, en el obstinado silencio de los tripulantes, en los círculos que describían planeando unos pájaros, en la lentitud con que se desflecaba el humo algo había que señalaba de modo preciso en el "María Delfina" al marinero muerto.

El barco navegaba con su muerto. Y todos estaban tocados por cierto orgullo, revestidos de alguna pompa, hasta el mismo barco, con una solemnidad que acaso quería significar que a ellos también les alcanzaba la muerte, aun en alta mar, lejos de donde se congregaban las muertes comunes y donde con tanta diligencia se procedía a ubicar a los muertos entre los muertos, con una certificación de cintas violetas y de flores achicharradas.

Loreto dijo de modo que pudiera oírlo de la Cruz:

—Vivió en el mar y tiene que ser sepultado en el mar. No va a sentirse contento de que lo lleven a tierra.

De pronto, salió Sidonio de la cocina, golpeando estrepitosamente en la sartén con el cucharón, y los que no estaban ocupados bajaron al rancho y silenciosamente se sentaron a la mesa.

Era el mediodía.

En el lugar que solía ocupar Barile, junto al ojo de buey, como de costumbre estaban sus cubiertos y su servilleta anudada al aro de madera y su plato y su jarro de lata. Sidonio sirvió la sopa de pescado y llenó hasta los bordes el plato de Barile. Un olor fuerte y estimulante corrió por el rancho. Entonces el capitán se levantó con movimientos pausados y, del plato del ausente, fué sacando y repartiendo a cada uno una cucharada de sopa.

El plato de Barile quedó vacío. Se hizo un respetuoso silencio. Luego, dijo de la Cruz:

—Hay que tomarla calentita. A Barile le gustaba bien caliente.

Y todos, haciendo mucho ruido, empezaron a tomar la sopa. ◈



Historia en 2 fotografías

Paulina Singerman



Ayer

Esta foto presenta a Paulina Singerman cuando sólo tenía dos años. Nació en el barrio de Palermo, "el año... en que en esta ciudad nacieron otras muchas niñas", según ella misma declara. Todos los recuerdos de su infancia están ligados al teatro, pues apenas sabía hablar cuando ya interpretaba las huerfanitas de algunas comedias que se representaban en la capital. A los diez años ingresó en el Teatro Infantil Labardén, con cuyo conjunto recorrió las plazas y los hospitales de Buenos Aires, representando comedias dedicadas al público minúsculo. Luego, después de estudiar un curso completo de arte escénico, debutó en la compañía de Florencio Parravicini, en calidad de primera actriz, compartiendo con dicho actor la responsabilidad de los principales papeles en la comedia "Una cura de reposo". Desde entonces, Paulina Singerman jamás ha abandonado el teatro. Ahora...



Hoy

...la encontramos en el Odeón, a la una de la mañana, cuando termina la representación de "Himeneo", comedia de Eduardo Bourdet, que la actriz ha incorporado a su repertorio. El cronista conoce el poco tiempo de que dispone su entrevistada, y apura las preguntas. "¿Cuándo se produjo su incorporación a las actividades cinematográficas?" — inquirimos. — "Mi primer trabajo para el cine figura en "La rubia del camino", que se estrenó en 1938. ¿Qué me agrada más interpretar, el cine o el teatro? Las dos cosas me entusiasman por igual, siempre, naturalmente, que tengan verdadera calidad artística". Sobre una silla del camarín hay un libro de ensayos literarios. "¿Lee usted ese libro?" — preguntamos — "¡Oh!... No. Como soy mujer y joven todavía, prefiero leer novelas y buenas poesías. En cuanto a los ensayos... con los del teatro tengo bastante..."

Berta Singerman



Ayer

Aquí tenemos a Betzabé, es decir, Berta Singerman. Alguien le ha atribuído nacionalidad rusa, pero lo cierto es que ella ha nacido en la Argentina; en cuanto al año, la excelente intérprete de la poesía hace suya la respuesta de la hermana. "La edad de una artista — dice — no es la que tiene, sino la que representa". Contestando a una de nuestras preguntas, Berta Singerman declara: "La inclinación por los versos nació en mí cuando era niña de muy pocos años. Recuerdo que una vez, cuando cursaba el tercer grado, tuve que sufrir las iras de mi maestra por haber arrancado de un libro dos páginas, en las que figuraba un poema que yo tenía interés en recitar esa noche en la casa de mis padres... La profesora — agrega — se reconcilió conmigo ocho días más tarde, regalándome un libro de versos".



Berta Singerman, en una de sus últimas fotos. Vive ahora en la calle Viamonte, al mil cuatrocientos, en un amplio piso lleno de claridad y detalles de buen gusto, que revelan el exquisito temperamento de su dueña. En la conversación con el cronista, evoca los momentos culminantes de su vida de viajera y artista. "Entre esos recuerdos — dice —, quizá ninguno conservo en mi espíritu con más grata emoción que el de la noche en que un hotel de Granada me deparó la suerte de hacerme amiga de Falla y de García Lorca, dos de las más puras expresiones del genio español..." Berta Singerman se inició en el cine en los Estados Unidos, el año 1935, en la película "Nada más que una mujer". En nuestro país ha filmado "Cenizas al viento". Con la labor cumplida en ambas producciones, sólo relativamente está conforme, pues en ninguna de las dos — dice — figura el personaje al que hubiera podido dar una interpretación de verdadero mérito artístico.

EL CUENTO CORDOBES

Medá Dié...

Por **Manuel M. Alba**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACION DE MARIANO ALFONSO

¡MEDÁ Dié!... El muchachote lo pensó un momento, se quedó mirando a una torcacita que se esplumaba en el tala, y luego contestó, con voz indolente:

—Voooy...

Siesta. Una siesta pesada y caliginosa; una siesta que ablandaba los huesos perezosos de Medá Dié. Con la lengua afuera, jadeando, y la lana agresiva de abrojos, Chucho contemplaba a su amo, como admirando su pereza, que de cuando en cuando prolongaba en su bostezo.

—¡Medá Dié!... ¡Vení, pues, hombre!...

Don Acevedo lo llamaba para atar el sulky. El muchacho se levantó de golpe, como con miedo a arrepentirse, se restregó los ojos colorados de sueño, alzó los pellones que había tendido en el suelo para la siesta y se fué rumbo al llamado de don Acevedo.

Le llamaban Medá Dié desde chiquito. Nadie le sabía otro nombre. Ni él tampoco. Se podía llamar José, como don Acevedo, o Vicente, como el muchacho de la Juana, o Antonio, como el hijo del Tuerto. ¿Quién sabe? Pero dicen que era mamón todavía cuando pidió en su media lengua los primeros diez centavos:

—¿Me da dié, don...?

Por costumbre había pedido siempre, que para su dormir bajo el tala y su comer en la olla de don Acevedo, para su vestir con los trapos viejos que le daban en la casa de los Castro, no necesitaba monedas. Fumaba chala, y beber... sólo a escondidas de don Acevedo; había ido dos veces al boliche de Amaro, aceptando un envite de los mayores, que querían reírse de sus traspiés...

No los necesitaba los diez. Pero no se le iba un porteño sin el pedido, aunque muchos se le escaparan sin la respuesta:

—¿Me da dié, don?

Haragán y calmoso, era de asombro ver cómo, todos los días, estaba a su hora en la estación con su sulky de llanta de goma, esperando al pasajero que le brindara la casualidad. Allí estaba su voz aflautada, con esos tonos variantes del muchacho que se está haciendo hombre, rompiendo el coro cerrado de los cocheros y choferes que peleaban el viaje:

—Tiiilburcito, don... Llanta e goma el tiiilburcito, don... Balijas, le cargo las balijas, don...

Y muchas veces, en aquel asalto agresivo al pasajero, Medá Dié se quedaba olvidado y volvía a lo de Acevedo con el sulky vacío.

—¿No hiciste nada?

—Nada. Me alelé...

—Y cuándo no alelado, vos.

Pero don Acevedo no se enojaba. Y eso que el peso del sulky era la base del presupuesto...

Pero muchas veces caía el hombre de la ciudad que, para adelantarse un poco de vida de campo, subía al tilburcito de Medá Dié y hacía la delicia del muchacho. Don Javier, que era el único que tenía Ford en Adelina, nunca pudo explicarse cómo había gente que subiera al sulky.

Cuando caía pasajero, el muchachote respiraba hondo, levantaba al tordillo con las riendas para darle importancia, le daba un chicotazo y allá salía el cochecito huella adelante.

—¡Vamos, lerdo!...

—No lo apure, si va muy bien...

—Es que usté no lo conoce, pué... Si le da la güena sale como liebre... No hay en Güenos Aire otro como éste, pué...

Pero al tordillo nunca le daba la "güena" y seguía al trotecito cansino. Allá, como a las tres cuadras, Medá Dié soltaba la primera pregunta:

—¿Viene de Güenos Aire, don?

—De Buenos Aires...

—¿Está lindo ahora, ah?

—Lindo.

Y allí se callaba otra cuadra para seguir preguntando:

—¿Terminaron el Congreso, ah?

—Siempre falta un poco...

—¿Y la Avenida, ah?

Medá Dié escuchaba las contestaciones fugaces del porteño, preparando un viaje que no iba a hacer nunca. No sabía lo que era el Congreso, ni la Avenida, pero sí sabía que en Buenos Aires todo era tan lindo y tan grande como el chalet de don Ignacio Alcorbe. Y al trote lento del tordillo se le iba acompasando el sueño: entreveía paisajes maravillosos, noches iluminadas y quién sabe cuántas cosas raras que estaban del otro lado del tren...

Adelina era un campo apenas salpicado de casas al pie de la sierra. ¡Pero Buenos Aires!...

Sin embargo, cuando llegaban a destino despertaba de pronto, y después de cobrar el importe del viaje, abría la boca en una sonrisa amistosa para alargar el pedido:

—¿Me da dié, don?...



❦❦❦

—Apurate, muchacho. Ya is l'hora...

—Yastoy...

Y el tílbury partió por la cuesta incrustada de piedras. Firme en las riendas, Medá Dié apuraba al tordillo para no perder los viajes del tren de las siete. Tren de porteños, que tantas veces le había dado pasajero...

—Andaaa...

Llegó a la estación justito cuando movían la señal para dar entrada. El cambista lo saludó con la mano y lo miró como reprochándole la tardanza. Medá Dié se largó del tílbury, ató las riendas, y se fué a charlar con los cocheros:

—¿Tabas durmiendo?

—¿Y no?... Y se me pegaron los pellones...

Sobre el paso a nivel brillaba ya el ojo rojo de la locomotora, en las primeras sombras de la tarde. Se prepararon todos en fila para el asalto a los porteños. Cuando llegó el tren, antes de que parara, se desataron los gritos en el andén.

—Cooche, don...

—La balija, señor...

—Al for, don, al for...

—¿Al hotel, niño Pablo?

—¿A lo de los Castro, don?

Y arrinconado contra un acacio, el tílbury de Medá Dié se quedaba sin viaje. Y el muchacho había gritado más que nunca:

—Tiiilburicito... Llanta e goma el tiiilburicito...

La gente se fué del andén antes de que el tren saliera. Y ya cuando iba a sonar la campana de partida, una mujer vestida de negro bajó del último coche:

—¿Tiiilbury, niña?

Ella, nerviosa, miró al muchachote preguntándole:

—¿Es Adelina, esto?

—Adelina es, pué...

—Bueno...

—¿Quiere el tílbury, niña?...

—¿No hay coches?

—El mío es coche, pué...

—Bueno... ¿Conoces la quinta de Alcorbe?

—¿Y no...? Suba no más.

Medá Dié subió las valijas, ayudó a la joven y se ubicó en su asiento. Restalló el látigo.

—¡Tordillo...!

El caballo soltó el trote cansado. Medá Dié se dió vuelta por primera vez para observar a su pasajera. Le miró los ojos y se quedó asombrado. Nunca había visto unos ojos así, enormes y azules. La miró toda: joven, rubia, magnífica con su traje negro...

—¿Me conocés?

No. No la conocía. Pero comprendió que estaba siendo impertinente. Se sentó duro en su sitio, mirando hacia adelante. Sin volverse, soltó la pregunta, que más bien era una afirmación:

—Usted es de Güenos Aire.

—Sí, muchacho...

¿Muchacho? Ahora era cuando debía preguntarle lo del Congreso y la Avenida, pero se le quedó la voz en la garganta. ¿Muchacho? Se lo había dicho con un tono amigo, con una sonrisa que lo desarmaba. Apenas de reojo, la miró de nuevo. Enormes los ojos azules, magnífico el cabello dorado...

Medá Dié había pensado muchas veces en una mujer así. Sus dieciséis años adivinaban que allá en Buenos Aires las mujeres eran así. Petra, la sirvienta de los Castro, era una negrita linda con ganas. Y le hacía miradas. ¡Pero ésta!

—Sí, muchacho...

Le hacía cosquillas en el oído aquel "sí, muchacho", con una voz que no había escuchado nunca. Recordaba: "Ya sos grandote — le había dicho una vez don Acevedo —, pero si te hacés de novia pedime consejo, que sos muy alelado."

—¡Toordillo...!

Le gritó al caballo como para gritarse él. Estaba pensando pavadas y aquella señorita le iba a leer los ojos y reírse. También él tenía ganas de reírse. ¡Qué bueno; Medá Dié, rotoso y sucio, con una novia porteña y linda! ¡Ni para risadas iban a tener los cocheros...!

—¿Vos conocés Buenos Aires?

La pregunta de la joven le golpeó en la cabeza. Otra vez aquella voz tibiecita acariciándole el oído.

—Sí, niña...

¿Qué había dicho? Por Dios que no quiso mentir. Aclaró en seguida.

—No, niña, no. No lo conozco. Es que me trabé al hablar, nada más... ¿Sabe?

La muchacha, sin duda, se estaba dando cuenta. No tenía arte, Medá Dié, para el disimulo.

—Tendrás aquí tu novia...

Una sed rara le picaba la garganta al muchacho. Sentía al lado el calor del cuerpo de la porteña, porque la valija grande se le había volcado del otro lado y le achicaba el asiento. Ahora no miraba los ojos azules: los recordaba. Y en el recuerdo eran todavía más grandes y más hondos.

—Que hi de tener, niña...

Y se rió con una risita zonza y pegajosa.

—¿No te gustan las muchachas?

¿Y de áhi? ¿Acaso si Medá Dié se lava y se viste bien, no es tan hombre como los otros? ¿Acaso las porteñas no pueden estar cansadas de los porteños? Al muchacho le parecía que todo aquello que recién era sueño, empezaba a volcarse en realidad. ¡La niña hacía cada pregunta...!

—Me gustan... si son lindas... como...

Y se quedó nervioso, temblando como un perro mojado. Se empezaba a hacer noche y allá cerca aparecieron las luces del chalet de los Alcorbe. Medá Dié respiró. Le parecía mentira que iban a flojar sus nervios, a descargar aquella valija que lo apretaba cada vez más. Quiso dar vuelta la cara para decir que llegaban, pero en el reojo adivinó la mirada de la joven que estaba fija en él. ¿Por qué lo miraba? Se sintió más hombre, menos poca cosa y hasta tosió un poquito:

—Llegamos, niña.

Ahí no más tenía que decirle, con los ojos bajos: "¿No quiere que la vea otra vez?", pero eso era ya demasiado, para tan pronto. Otra vez le salió al encuentro la voz de la joven, quebrando un silencio:

—Bueno. A ver si me visita alguna vez...

Saltó la joven ágilmente del tílbury, tomó en sus manos la valija, y abrió la cartera para abonar el viaje.

Medá Dié no sabía lo que estaba haciendo. Automáticamente estiró la mano mientras decía:

—Dos pesos...

Se le alborotaban las ideas, y algo, entre risa y llanto, le bullía en la garganta. Era el momento de decir una palabra, una sola palabra, linda, redonda, una palabra de hombre que lo dejara bien ante la moza. Los ojos azules lo estaban mirando y una mano blanca se tendía hacia él para decirle adiós. Los labios del muchacho temblaron un poco, estiró la mano, y casi entre llanto le salió de la boca una frase absurda, que tantas veces había repetido:

—¿Medá dié?

La rubia entró corriendo a la quinta de los Alcorbe. En la calle, el muchacho se dió cuenta de golpe de que esa frase sonsa le había roto todos sus sueños. Allí estaban, en la palma de su mano extendida, los diez centavos de la limosna. De esa limosna que recién ahora le dolía como limosna... ❖



Reproducción fotográfica de un cuadro de H. B. Hall, que muestra al presidente Lincoln con sus generales y los miembros del gabinete, en el primer consejo de guerra, en 1861.

FIGURAS DE AMERICA

ABRAHAM

El primer "bravo"

—BRAVO, bravo muchacho! Dale fuerte que le tienes...

—¡Magnífico! Aprieta que se acaba el campeón... Vas a destrozarlo...

—Ya lo pone, ya lo pone...

Rugen cientos de voces en torno al cuadrado. Dos hombres están luchando con todas sus fuerzas: uno, grueso, enorme, imponente; el otro, flaco, alto, de músculos recios. El primero es el campeón de lucha del estado de Illinois, que ha lanzado su desafío con una sonrisa de hombre invencible. El otro, un joven campesino de Kentucky, leñador o marino, que ha aceptado el reto. Y el que vence, el que estremece de entusiasmo al público, es ese joven flaco que muy pocos conocen

—¡Lo vence, lo vence!... ¡Ya lo tiene en sus manos!...

—¡Bravo, bravo muchacho!...

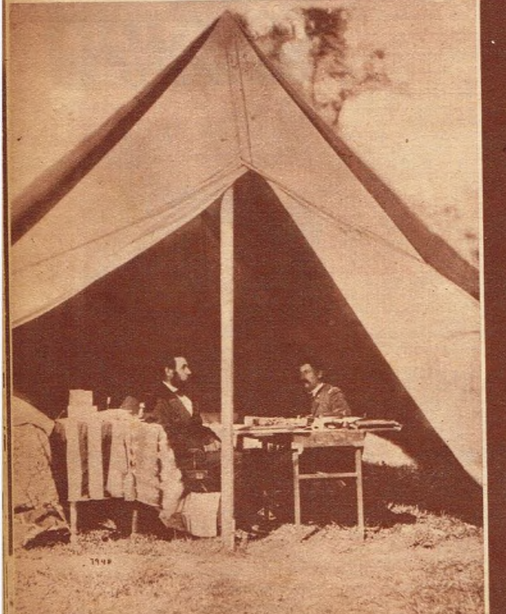
Es, quizá, la primera vez que ese muchacho oye que le grita "bravo". En su vida ha de escuchar, después, muchas veces la misma palabra envolviendo su figura severa de pastor. Ahora nadie le conoce. Después, le conocerá el mundo:

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Venció el leñador! ¡Cayó el campeón! ¡Bravo! ¡Bravo!

¿Cómo se llama ese muchacho que acaba de asentar sobre la lona la espalda del campeón de lucha del estado de Illinois? El mismo lo aclara, con voz firme, pero sin vanidad:

—Soy Abraham Lincoln, de Kentucky.

Esta fotografía, obtenida por Guillermo Brady, primer fotógrafo americano de guerra, muestra al presidente y al general McClellan, en la tienda que servía de cuartel general, en Antietam.



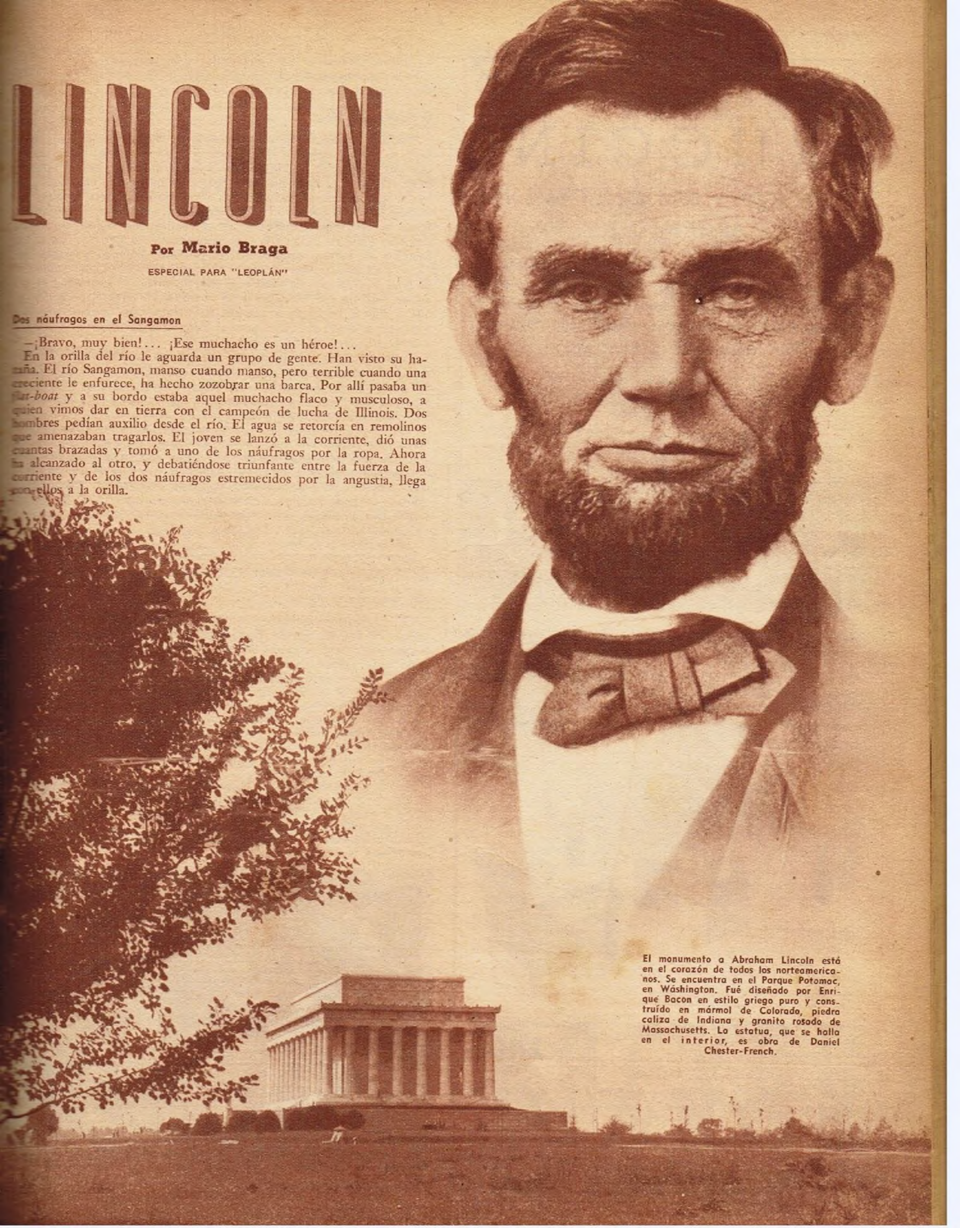
Un soldado lleva a su esposa y a sus hijos a visitar la estatua de Lincoln, la más conocida de todas las que se le erigieron, situada al frente del monumento a su memoria.



LINCOLN

Por Mario Braga

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



Dos náufragos en el Sangamon

—¡Bravo, muy bien!... ¡Ese muchacho es un héroe!...

En la orilla del río le aguarda un grupo de gente. Han visto su hazaña. El río Sangamon, manso cuando manso, pero terrible cuando una creciente le enfurece, ha hecho zozobrar una barca. Por allí pasaba un *flat-boat* y a su bordo estaba aquel muchacho flaco y musculoso, a quien vimos dar en tierra con el campeón de lucha de Illinois. Dos hombres pedían auxilio desde el río. El agua se retorcía en remolinos que amenazaban tragarlos. El joven se lanzó a la corriente, dió unas cuantas brazadas y tomó a uno de los náufragos por la ropa. Ahora ha alcanzado al otro, y debatiéndose triunfante entre la fuerza de la corriente y de los dos náufragos estremecidos por la angustia, llega con ellos a la orilla.

El monumento a Abraham Lincoln está en el corazón de todos los norteamericanos. Se encuentra en el Parque Potomac, en Wáshington. Fué diseñado por Enrique Bacon en estilo griego puro y construído en mármol de Colorado, piedra caliza de Indiana y granito rosado de Massachusetts. La estatua, que se halla en el interior, es obra de Daniel Chester-French.

—¡Bravo, bravo!... Este muchacho es un valiente.

Es la segunda vez que Abraham Lincoln, de Kentucky, ha escuchado esa palabra de boca del pueblo.

El recuerdo del Sur

Abraham Lincoln nació en el condado de Hardin. Su padre, carpintero; su madre, camisera. Nadie sabe leer en la casa ni nadie piensa que este muchacho tímido, al que le gusta corretear por el bosque, sabrá leer un día. Es la madrastra que llega más tarde, una madrastra buena que redime en su historia a todas las madrastras, la que una mañana le manda a la escuela. Y Abraham lee con pasión. Los primeros libros le agrandan el mundo y ya el condado de Hardin le resulta pequeño. Hará de todo en la vida: dependiente de almacén, timonel y fogonero de barcos, leñador, cartero, soldado, diputado y presidente. Como para todo se ingenia bien y el bosque ha sido su cuna, adquiere de muy joven el arte de hacer jangadas; de armar, en formación cerrada, los maderos que ha de arrastrar el río. Y así surge el primer viaje que le abre el horizonte y que fija su destino. Conduciendo jangadas remonta un día el río Ohio hasta el Misisipí, y por el río padre sigue a ritmo de corriente hasta Nueva Orleáns...

Veámosle ahora, subido en una mesa de un bar de Spingfield, Illinois. En torno a él, atento a su palabra, un auditorio improvisado por los parroquianos. Tomando sus solapas con los pulgares, actitud que repetirá cien veces y que recordará la historia, el joven leñador de Kentucky habla con palabra pausada:

—He visto a los esclavos del Sur, he visto que se les trata como a bestias, he visto cómo los señores pretenden que los negros son una raza que sólo tiene derecho a trabajar. Los esclavos no conocen otro alimento que el maíz, viven en infectas viviendas, no tienen derecho a sus hijos ni a sus mujeres. No tienen derecho a la vida, amigos míos. Si vemos eso sin reaccionar, si no se nos crispan las manos contra esas injusticias, mal podemos llamarnos cristianos...

—¡Bravo! ¡Bravo!

—¡Muy bien, muy bien!

Illinois ya tiene su héroe. Por tercera vez le ha gritado "¡bravo!". Por tercera vez le ha aplaudido con toda su alma.

Abe interpreta su destino

El joven leñador es ya célebre. Todos le llamaban Abe, y cuando el pueblo de Estados Unidos llama a un hombre por su diminutivo, es porque ya le ha consagrado. Abe sigue trabajando rudamente, en cualquier trabajo. Pero ya ha intuído su destino, y prepara su arma: le... Ordena sus lecturas cuidadosamente, se preocupa de todo lo que tiene relación con el derecho, con la justicia, con el bien del pueblo. Se hace abogado y pronto, empujado por los acontecimientos, aborda la carrera política. Tiene 37 años cuando entra en el Congreso como diputado por Illinois. Llega a su banca desde los más bajos niveles del pueblo, después de convivir con todos los desheredados de la suerte. Y por eso su voz suena extraña y nueva, y trae verdades que hasta ahora habían quedado en silencio.

Su voz es demasiado clara. Todas las tentaciones y todas las trampas se cruzan en el camino de Lincoln para acallar esta voz. Los más poderosos intereses del Estado, y del país están dispuestos a dar mucho oro para que el leñador de Kentucky cese en sus campañas. Pero Abraham Lincoln es mucho más que un hombre: es un destino. Y a un destino nadie puede torcerlo.



Reproducción fotográfica de un retrato que muestra al presidente y a su familia en la Casa Blanca.

El viejo Abe

Siempre flaco, musculoso, erguido y severo, Lincoln maduro era a la distancia igual que Lincoln joven. Pero ya cuando ingresó en el Congreso, arrugas en su frente y canas en su cabello marcaban las huellas de la lucha. El pueblo de Illinois comenzó entonces a llamarle "El viejo Abe", que más tarde había de quedar en aquello que fué uno de los grandes títulos de su vida: "El honrado viejo Abe".

"El honrado viejo Abe" no olvidó nunca los días de su juventud. Aquellos "bravo" que culminaron su primer discurso en un bar de Springfield señalaron su destino. Siempre con la visión de aquel Sur esclavista que pusiera ante sus ojos el viaje en la jangada, llevó a los más altos triunfos a su partido republicano abolicionista. Y un día, el 9 de noviembre de 1860, el leñador de Herdin fué elegido presidente de los Estados Unidos de Norteamérica.

Tan honrado le sabían los hombres del Sur, que comprendieron que para evitar que su antiesclavismo se convirtiera de inmediato en una realidad libertadora, no quedaba otro expediente que la revolución. Y así comenzó aquella guerra terrible que había de prolongarse cuatro años, destrozando al país...

El final inesperado

54 años y dos meses tenía el viejo Abe aquella noche en que, celebrando la capitulación del general Lee y el final de la angustia terrible de la guerra, concurrió a una representación del teatro Ford, en Wáshington. Al asomarse al palco, la sala estalló en un cerrado aplauso, en un solo grito de entusiasmo:

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo!

El hombre flaco, con aspecto de pastor, agradeció con la cabeza. Pudo haber llorado en ese momento todas las lágrimas que contuvo en aquellos cuatro años terribles de la secesión. Pudo haber dicho cualquier cosa enorme, con aquella voz profunda y esas palabras concisas y claras que todos admiraban en él. Pero calló y ocultó su emoción. Era el hombre que había educado su carácter en la severidad y en el pudor de sus emociones.

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo!

Seguramente, en una instantánea cabalgata desfilaron en ese instante por la mente del honrado viejo Abe, todos aquellos "bravo" que habían ido jalonando su vida hacia la cumbre que le marcaba el destino: el cuadrado de lucha, los náufragos del Sangamon, el bar de Springfield, su proclamación de diputado, su discurso de Gettpskury...

La sala no acalló sus aplausos y sus gritos hasta que comenzó la representación. El viejo Abe escuchaba, miraba y sonreía. Pero estaba lejos de allí, estaba en aquel distante pedazo de Nueva Orleáns donde había visto sufrir a los esclavos, estaba en los ojos llenos de lágrimas agradecidas de las madres negras que ya sabían que sus hijos iban a nacer libres...

El destino estaba a la espalda del viejo Abe. El destino se llamó esa noche Juan Wilkes Booth, un actor loco, un apasionado esclavista. Un tiro de su pistola deshizo de pronto la calma de la sala y se incrustó en la cabeza del presidente, que desde ese momento se sentó al lado de Jorge Wáshington en la historia de los Estados Unidos.

Ocho horas después moría "el honrado viejo Abe", y sus honras fúnebres fueron presenciadas por un millón quinientos mil americanos. Todos guardaron en el pecho ese último "¡bravo!" que no le pudieron gritar.... ◈



Una escena del baile y recepción efectuados con motivo de la inauguración de la segunda presidencia de Lincoln, en 1865. A la izquierda se ve a su esposa Mary Todd de Lincoln.

EL CUENTO ARABE



El caballo

ILUSTRACIONES DE LISA

Por
SLIMAN BEN IBRAIM

El autor del cuento que publicamos a continuación, Sliman Ben Ibrahim, es considerado como uno de los escritores árabes más representativos. Nació en Bou Sâada, en 1870, y durante años fué compañero inseparable del pintor Etienne Dinet, a quien acompañó en sus correrías por Arabia. Este cuento le fué inspirado por el cuadro "El caballo", del citado pintor. Sus obras, tales como "Espejismos", "Rabia el Kouloub", etc., tienen un doble valor, etnográfico y literario. "El caballo" es un cuento de recio sabor árabe, cuya lectura permite adentrarse en el alma de los Hijos del Desierto.

En árabe, la misma palabra significa a la vez caballo y ciudadela; es que, para el jinete, el caballo es una verdadera muralla. Su bala, pasando a través de la tronera que forman las orejas de su cabalgadura, va a herir al enemigo, mientras él está protegido por la rapidez de su marcha.

Porque esa ciudadela está construída sobre el viento y se desplaza con la velocidad de las centellas del huracán.

Y el corazón del caballo fué animado por el Altísimo de sentimientos semejantes a los del corazón del hombre, al cual él debía servir de compañero inseparable.

Ben Merzoug recibió el sobrenombre de Ben Aouda – Hijo de la Yegua –, porque su madre, desde que lo privara de la leche de sus pechos, lo confió al lomo de una yegua, que lo llevaba y lo mecía en lugar de ella.

Y, antes aun de saber caminar, era ya un cumplido jinete.

Más tarde, cuando hubo alcanzado la edad del hombre, montado sobre su fiel El Azreg, cuyo pelo era del gris azulado de las piedras del río, se hizo célebre por sus proezas en todo el Hodna, donde se cuentan, no obstante, tantos jinetes intrépidos.

Había que verlo, de pie sobre sus estribos, jugando al juego de la pólvora, pasando como la sombra de una aparición y excitando con su audacia los gritos de gozo de las mujeres.

Había que verlo cuando sabía que la esbelta Ferahoha, su prima, lo seguía con la mirada, apartando los cortinajes de su palanquín.

Y El Azreg, él también, sentía los ojos del ama de su amo fijos sobre él, y dejaba bien lejos tras de sí a los otros caballos de la tribu, para venir a arrodillarse ante ella.

Después, llevaba a su amo hacia apasionantes partidas de caza y hacia los espejismos perturbadores de las rutas del desierto.

Encontrábanse en los alrededores de Mdoukal, en la época en que los peregrinos se reúnen allí para visitar la *Koubba* (monumento) de Sidi Mohammed el Hadj, cuando los alcanzó una carta que venía de Bou Sâada, el país de su prima.

"Moja tu cabeza en Mdoukal – le escribían –, y procura llegar a Bou Sâada antes de que esté seca, si quieres ver a tu prima antes de que haya entrado en la tierra, desapareciendo en ella para siempre jamás".

Espantado por esta noticia, Ben Merzoug ensilló rápidamente su caballo y le dijo:

—Esta es tu noche, ¡oh, El Azreg!

Y el caballo pareció responder:

—¡Oh, mi amo; estarás en Bou Sâada al amanecer o no me llamo El Azreg el Relinchador!

Y llegaron, franqueando dos largas etapas en una sola noche.

La luz del sol acababa de extinguirse en capas de oro sobre el umbral de la puerta, cuando El Azreg relinchó. Ferahoha, agonizante, se irguió en seguida en su lecho, gritando:

—El relincho de El Azreg ha llegado a mis oídos.

Incrédulo, su hermano salió afuera y divisó a Ben Merzoug, a quien saludó, diciéndole su estupefacción.

—¿Cómo has podido llegar tan rápidamente? ¿Es por la ruta de los aires o por la de la tierra?

—Alaba a El Azreg, que aproxima las largas distancias, antes de pensar en mí.

Y Ben Merzoug, agradecido, besó a su caballo sobre la estrella blanca de su frente; después lo puso entre las manos del *Khammes* negro y penetró en la casa.

Cuando sus ojos encontraron los ojos de Ferahoha, la pobre enferma se incorporó, pero volvió a caer, agotada.

Ben Merzoug levantóle de nuevo la cabeza, la apoyó contra su seno y le dijo:

—Toda criatura debe pagar un duro tributo a la enfermedad; pero la primavera llega, trayendo nuevas fuerzas a todos [...] seres animados, y pronto, si Dios qu[...]re, viajaremos el uno al lado del [...] respiraremos el aire vivificante de [...] grandes llanuras: tú, mecida en tu [...]lanquín de colgantes adornos de co[...]res; yo, montado en mi fiel El Azre[g]. Y los cascos de nuestras cabalgadu[ras] pisarán tapices de flores embalsamad[...]. Pero, en este momento, ¿hacia [...] manjar reparador de tus fuerzas so[...] el viento de tu deseo?

—Hacia la carne sorprendida, y [...]bre todo hacia la carne sorprendi[da] por un cazador como tú.

Sin tomarse el menor descanso, Ben M[er]zoug ensilló El Azreg, aun cubierto de su[...] y de espuma, pidiéndole un nuevo esfuerzo, [...] mientras montaba sobre su lomo, dijo a [...] prima:

—Queda tranquila; esta tarde te traeré [...] carne impregnada con los aromas del Sah[...].

Partió; pero apenas hubo salido de la c[iu]dad cuando vió en seguida volar un cue[rvo] que croaba, y sintió que un fúnebre presa[gio] se abatía sobre su alma, al oír el saludo de [...] pájaro de feo plumaje, considerado como [...] separador de los amigos.

Pronto le rodeó una cintura de colinas [...] las que abundaba la caza. La emoción de [...] cacería triunfó sobre sus ideas tristes, y [...] fusil desgranó los collares de perdices fu[...]tivas con las cuales llenó su mochila de [...].

Luego, tomó el camino de regreso. H[...] un pastor que acababa de capturar una jo[...] *Rim*, graciosa gacela blanca de las are[...] cuyos ojos suplicantes le recordaron los gra[n]des ojos negros de Ferahoha.

Ante el recuerdo corrieron sus lágrimas, [...] ofreció al pastor dos camellas gordas a ca[m]bio de la tímida *Rim*, a la que besó entre [...] ojos y libertó, diciéndole:

—Queda en libertad, en honor de aquel[la] [...] quien me recuerdas.

En las proximidades de la ciudad, el cam[...] bordea el cementerio del Norte, donde di[...] una tumba recién excavada.

Por las tres piedras superpuestas allí, re[co]noció que era una tumba de mujer; los [...] sentimientos fúnebres lo asaltaron nuevam[en]te, y su corazón palpitó: el corazón sabe [...]



noticias mucho antes de que las reciban los ojos o los oídos.

Le pareció que esa tumba era la de una criatura salida hacía muy poco tiempo de esa tierra donde ella había ya entrado.

Lloró, y El Azreg fijó sus ojos en el suelo dentro del cual parecía querer enterrarlos.

Y mientras se alejaban, apurados por entrar en la ciudad, una hierba de la tumba, que había verdecido bajo la humedad de esas miradas amigas, marchitóse y se secó súbitamente.

Ben Merzoug llegó a la vista de la casa; una multitud de mendigos se agolpaba a la puerta esperando la comida que se acostumbra a ofrecer de parte del que acaba de entrar en el otro mundo.

Comprendió; sus fuerzas le abandonaron y se deslizó por el flanco de su caballo, que se inclinó para dejarlo en tierra suavemente.

Después suspiró y dijo:

—El mundo se ha hecho para mí más estrecho que mi anillo. ¡Solamente la tumba es lo bastante grande como para contener mi desesperación!

De pronto resonó un relincho lúgubre que hizo temblar hasta los mismos muros, y El Azreg, después de haber golpeado rabiosamente con su casco esa tierra maldita que había arrebatado el único tesoro de su amo, cayó muerto de repente.

El Azreg era la energía y el coraje del jinete.

No podía ya vivir. ¿Qué hubiera podido hacer en lo sucesivo en ese mundo, vacío de lo que inspiraba tan nobles pasiones?

Ben Merzoug amortajó a ese fiel amigo en un mortaja de seda, cuyo color verde simbolizaba la frescura de las pasadas alegrías.

Luego, después de haber dado un supremo adiós a su coraje, que abandonaba en esa mortaja, fué a tenderse sobre la otra tumba, que contenía ya su corazón.

Y cuando fueron a levantarlo, no levantaron más que un cuerpo privado de corazón, privado de energía, cuyo aliento acababa de dejarle a su vez y que la tierra ávida reclamaba implacablemente. ◈

TEMPLOS Y CULTOS EXTRAÑOS

LA PAGODA DE LOS



Los budistas también tienen su infierno. En realidad, la idea del infierno nació de los viejos religiones hindúes. Este cuadro antiguo representa a la muchedumbre presenciando con regocijo, en la pagoda de los atormentados, los suplicios que sufren quienes desdeñaron en la tierra las enseñanzas de Budo.



Una perspectiva de Benarés, la antigua ciudad donde Sidartha comenzó su predicación.

Los tres encuentros de Sidartha

NO hay indicio alguno de que Sidartha, el hijo del rey de un pequeño territorio enclavado en las estribaciones del Himalaya, consintiera nunca en que le llamasen *budha*, que quiere decir *el ilustrado*, el que ha alcanzado la *bodhi* o ciencia perfecta.

Era demasiado sencillo, demasiado poeta para ello.

Estando todavía más en la niñez que en la adolescencia, fué a salir una tarde del real palacio paterno y halló en la puerta a un anciano con todos los ingratos estigmas de la decrepitud... Retrocediendo, intentó una segunda salida por puerta distinta y se tropezó con un enfermo... La tercera vez hubo de presenciar el paso de un entierro.

¡La vejez, la enfermedad y la muerte!

Estos espectáculos de las humanas miserias conturbaron su ánimo hasta tal punto que desde aquel momento sólo pensó en remediarlas, en hallar una fórmula salvadora y en ir a predicarla a los hombres... Enterado de ello su padre, le hizo vigilar estrechamente para que no pudiera abandonar el palacio.

Cuando el joven llegó a los dieciséis años, se pensó en casarle. Negóse a ello si no lo hacía con una mujer perfecta. Esta mujer existía: era su prima, la bellísima Gopa. Y Gopa fué la esposa de Sidartha.

El rey empezó a tranquilizarse: su Sidartha era feliz en palacio... Luego Gopa le dió un hijo... Y entonces el monarca del pequeño reino al amparo del Himalaya, se sintió seguro: el heredero del trono no le abandonaría ya por nada. Ignoraba que ante el pequeñuelo, sangre de su sangre, Gautama había murmurado en el fondo de su alma:

—Un lazo más que habrá que romper.

Y aquella misma noche, después de contemplar a la joven madre que dormía con el nardo de sus amores entre los brazos, Sidartha montó a caballo y desapareció en la oscuridad con dirección al sur, hacia los montes de Vindhuya donde, albergados en cuevas, vivían unos ermitaños... Era por el año 600 antes de Jesucristo.

Anticipándose a su aparición terrenal, el espíritu de Gautama había alcanzado ya, merced a sus dos existencias anteriores, el estado de *bodhisatva*, a saber: *el ser que tiene la esencia de un budha*, y vivía en el cielo tushita, honrado por incontables genios y glorificado por los coros de los seres celestes... Pero tenía que reencarnar... Y *bajó al pecho* de Mayadevi, una de las siete esposas de Sadhodama, en Kapilavastu, el reino a cuyo suelo daban sombra las cumbres del Himalaya... Llegó a la mujer elegida como un rayo de siete colores, los mismos del iris, y ella le concibió sin haber tenido contacto alguno con varón. Acudieron a recibirle en su nacimiento, a bañarle y ungirle con sus propias manos, Indra, el rey de los dioses, y Brahma, el señor de las criaturas... Cuando su padre, el rey, le presentó en el templo, las imágenes divinas, todas, sin excepción alguna, se levantaron para ir a humillarse ante los pies venerables del infante... Otros signos del excepcional destino de Sidartha se habían manifestado al venir éste al mundo: cantos de aves, músicas misteriosas, iluminaciones sobrenaturales.

Sidartha empieza su predicación en Benarés... Ha descubierto el secreto de la felicidad humana y se lo comunica a sus semejantes... La culpa de nuestros males está en las aspiraciones, en los anhelos, en las ambiciones, en las apetencias. Hay que ahogar al deseo, hay que llegar al *nirvana*, que es la anulación absoluta del *yo*.

El budismo está fundado.

El infierno de Budha

En la nueva religión se establecen las categorías clericales. En el Tibet existen, como estrellas en el firmamento, monasterios, conventos y eremitorios hasta tal punto que la quinta parte de su población está constituida por sacerdotes budistas. Al frente de todos ellos, el *Dalai-Lama* o sumo pontífice... Hay también religiosas. El mismo Gautama tuvo interés en reclutarlas.

Además de las jerarquías eclesiásticas, el budismo tiene también su cielo y su infierno.

La tierra para los budistas es como un inmenso navío circular cuyo mástil es el monte Merú... Desde ella hasta el vacío de las grandes alturas, existen veinte pisos celestes. De su superficie para abajo hay dieciséis infiernos, ocho de fuego y ocho de hielo.

La idea del infierno nace, en verdad, en las viejas religiones hindúes... Los Vedas nos hablan de los demonios, sus clases y los menesteres a que se dedican. Pero las torturas que se infligen a los condenados sólo se concretan con el brahmanismo: quebrantamiento de huesos, dislocaciones de miembros, quemaduras atroces, baños en agua hirviendo...

Los demonios son de dos órdenes: demonios que luchan contra los dioses y demonios que se dedican a hacer daño a los hombres: *asuras* y *rackschas*. El más notable de los asuras fué Vrta, que combatió con Indra; luego viene Vala, después Arbuda, Svarbhanu, que tiene poder para eclipsar al sol... En el museo Guimet de París hay una notable diosa infernal budista, Mkha-sgro-Ma, y los anamitas, en cuya nación se profesa casi exclusivamente el budismo, tienen también diablos de pintoresca representación.

Los *rackschas* persiguen a los hombres, les saquean, les causan enfermedades, entre ellas la locura... Son seres ávidos de carne y de sangre y tienen una especie, la de los *pisacas*, devoradores de cadáveres... Estos *rackschas* comprenden individuos de ambos sexos, constituyen familias y son mortales. Aparecen en forma de animales o con aspecto humano para engañar a sus víctimas. A veces presentan monstruosas deformidades. Suelen ser amarillos, verdes o azules.

Hay una pagoda famosa en Cambodge en la que se representan los tormentos infernales con un primitivo verismo. Es la de Yohan-Fou. Se ven allí hombres que sólo tienen torso; el verdugo, con un instrumento hermano del tenedor del diablo del catolicismo, pincha a los reos; hay figuras sumergidas en el agua que hierve. Llámase a esta pagoda la *pagoda de los atormentados*. Budha se muestra furioso, decretando suplicios; un público cruel, que nunca falta en estos casos, se regocija con los sufrimientos de los condenados; y en el rostro del sayón que tortura, de

ATORMENTADOS

Por J. R. Herreras

ojos saltones y coléricos, se advierte una satisfacción entre horripilante y cómica. Hay un condenado que reza de rodillas... ¿Será un redimido? Porque el infierno budista no es eterno. El atormentado, cumplido el castigo, se convierte en una cosa ínfima o inmunda, un animal inferior, por ejemplo, que vuelve a la tierra para regresar después al infierno a título de *preta*, demonio a la par que condenado, que padece hambre y sed que no se saciará nunca. Más tarde se trueca en hombre y, por último, asciende a dios.

En esos *pretas*, distinguen los sacerdotes tibetanos hasta treinta y seis especies. El *preta* más conocido se encuentra en los bajorrelieves, con apariencia humana, tan flaco que se pueden contar sus costillas, con un vientre abultadísimo, hinchado, con una boca irrisoria, cual un pico, pero estrecha como el ojo de una aguja para que no puedan pasar por ella ni una miga de pan ni una gota de agua.

Gran contradicción

¿No ofrece un punzante contraste tanta crueldad con la dulzura de la doctrina de Sidartha?

El mito budista empieza por hacer morir a Mayadevi siete días después de alumbrar al budha, para librarla del dolor de verse abandonada por éste al empezar su predicación, detalle piadoso de una ternura infinita. Y Gautama estima en tan alto grado la mansedumbre, que merece recordarse este diálogo suyo con el converso Purna que quiere ir a catequizar a una tribu de costumbres feroces:

—"Cuando los hombres de Sronaparantaka te dirijan palabras groseras, ¿qué harás?

—Pensaré que son buenos porque no me maltratan con las manos ni con piedras.

—¿Y si lo hacen?

—Pensaré que son nobles porque no me hieren con bastón ni espada.

—Y si te golpean con ellos ¿qué harás?

—Pensaré que son benévolos y mansos porque no me quitan la vida.

—¿Y si te la quitaran?

—Pensaré que son generosos al librarme, con tan poco dolor, de este cuerpo miserable.

—¡Oh, Purna! —exclama Sidartha—. Puedes, con la perfección de paciencia de que estás dotado, fijar tu residencia en el país de los Sronaparantaka."

¿No son estas palabras, gemelas de aquellas otras:

—Mi ley es una ley de gracia para todos?

¿Cabe la menor concordancia entre el gesto sereno de los discípulos de Budha, que se observa en sus estatuas, y las expresiones odiosas de la pagoda de Yohuan-Fou?

Y sin embargo el templo es francamente budista por su emplazamiento, ya que la nueva religión, combatida por los sacerdotes brahmánicos a los que censuraba, emigró de la India hacia la China, Indochina, Siam, Japón...

Desde luego, a la visión de Budha furioso preferimos la imagen del joven esposo de la bella Gopa, del príncipe errante que con palabras de paz y amor dirigidas a todos los seres, hombres y animales, con la exaltación de la pobreza y la castidad, consiguió reunir en torno a su recuerdo quinientos millones de adeptos que se renuevan incesantemente como se renuevan las hojas del árbol bajo cuyas ramas estaba sentado, cuando descubrió el secreto de la humana felicidad: la renunciación. ◈





Para llegar al *nirvana* hay que ahogar el deseo y dar tormento al cuerpo. Estos creyentes dan aquí un ejemplo de perfecta calma, rezando con velas encendidas en sus brazos.

GUIA CAPRICHOSA DE BUENOS AIRES







ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
ILUSTRACIONES DE
RAUL VALENCIA

Baldíos

SI queréis ver lo fea que es una ciudad, no tenéis más que derribar una casa o un grupo de ellas. En seguida se hace el milagro: aparece el baldío. Y con él, la tierra auténtica, la hierba tierna, algunas gallinas y los chicos de la cuadra. El cielo baja o se eleva, cargado de pájaros, o de curvas de pájaros. Todo se colma de claridad, y el alma, en fin, siente como un arrobamiento, como una renovación. ¿Qué sería si se derribara un barrio entero, la ciudad íntegra?

Por aquí, en la calle Rivadavia, han echado abajo un palacio antañón rodeado de una quinta lóbrega y ha quedado un tajo maravilloso que, como un ancho rayo de sol, atraviesa la manzana de parte a parte. Han surgido los muros vecinos con sus ventanitas y las tapias de algún jardín interior con sus ramajes. Se ve lo que ocurre en la calle paralela. Cada vez que paso vuelvo los ojos al terreno vacío, luminoso, como hacia un consuelo efectivo. Imaginar otra vez el viejo fantasma arquitectónico, la vieja sombra, angustia como cerrar de golpe una ventana.



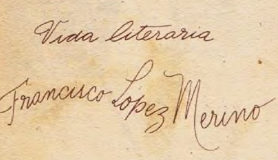
Pero no va a durar mucho mi gozo. Ya empieza a brotarse de nuevo, aunque lentamente. En una esquina le ha salido una calesita, hoy, día de lluvia, cónica, bélica, gris como una tienda de campaña. Y en la otra, ladrillos mojados y maderas, ya están edificando una casita, la primer casita.

Un cartero

AHI va, en el subterráneo, en el ángulo que forman un barrote blanco y un espejo, tapado a medias por un aviso. Ignoro qué edad puede tener. Mucha. Hace frío, pero va vestido de brin, con los botones resplandecientes, y un cuadradito azul en las solapas con las letras C. y T. Lleva una cinta de luto sobre el corazón, y debajo, paralelas, cinco estrellas duras como cinco cabezas de clavo. El rostro bien afeitado, arruga tras arruga, valle tras valle. Es un rostro de una mansedumbre extraordinaria, bajo la visera lustrosa. No me explico cómo no está jubilado o en su casa, al fuego.

Va distraído, con las manos atrás, sin darse cuenta de que yo lo miro con crueldad. El subterráneo lo traquetea, sobre un fondo de correíllas danzantes. Está blando, macerado de traer y llevar correspondencia, alegrías y dolores. Me fijo más, y veo que mueve los labios continuamente: no sé si reza o canturrea.





EL primer recuerdo que conservo de Francisco López Merino, salvo las alusiones literarias, que son algo así como los balbuceos de la fama, es el de un muchacho apoyado con negligencia en una ventana de mi casa de Chascomús, cuando yo era médico. Después, ya en Buenos Aires, en la rueda casi diaria del R. Bar de la calle Florida. López Merino avanzaba con timidez, entre el bullicio, y se sentaba un poco ladeado. Era alto, le sobraba esqueleto, hablaba poco, y al hacerlo con la cara vuelta hacia uno, arqueaba las cejas, la boca y las palabras. Yo lo sabía muy noble, muy niño, pero, sin duda, se reservaba. El humo del cigarrillo lo envolvía en algodones claros que sólo dejaban ver pestañas y bigotes muy negros. Venía o se iba sobre el pasillo central con un vaivén lento de los hombros: de La Plata o para La Plata. Pero, según el aire que tenía, y el tono con que lo anunciaba, esta ciudad adquiría en su voz un matiz misterioso, recóndito, lejano, como si realmente se tratara de un país desconocido y exótico, lleno de peligros.



ACTUALIDADES GRAFICAS

EL 93° ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE SAN MARTIN

Extraordinario relieve alcanzaron los actos realizados en todo el país para recordar el nuevo aniversario del fallecimiento del prócer. En Buenos Aires efectuáronse numerosas ceremonias a las que el público se adhirió con hondo fervor cívico. Los actos culminaron con los realizados el 17 de agosto en la Plaza de Mayo y en la Plaza San Martín, donde, con asistencia de las altas autoridades de la Nación, rindióse emocionado homenaje a la figura del Libertador. Las presentes fotos muestran diversos aspectos de esas emotivas ceremonias.



Una vista del palco de las autoridades, en Plaza de Mayo, durante la ejecución del Himno Nacional.



Un sector del público en la Plaza de Mayo.



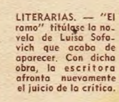
Los granaderos montan guardia frente a la estatua del prócer, en la Plaza San Martín.



EN EL CONSEJO DE MUJERES.—Otro de los actos públicos realizados en homenaje a San Martín efectuóse en la biblioteca del Consejo de Mujeres. En una brillante reunión se recordó al prócer, evocado en la poesía, en el arte y en la oratoria. Colaboraron en dicho acto la Dra. Gisberta Smith de Kurth y la Sra. Enrique Addesso de C. Lapalma, que aparecen en la foto.

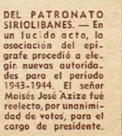


EXPOSICION.—Un nutrido conjunto de cuadros al óleo presentó el pintor Demetrio Lubovsky en la Galería Van Riel. En la fotografía, obtenida el día de la inauguración de la muestra, aparecen, junto al pintor, el escultor Stephan Erzio, monseñor Ignacio Aburrus y otros asistentes al acto.



LITERARIAS. — "El ramo" titúlase la novela de Luisa Sofovich que acaba de aparecer. Con dicha obra, la escritora afronta nuevamente el juicio de la crítica.





DEL PATRONATO SIRIOLIBANES. — En un lucido acto, la asociación del epígrafe procedió a elegir nuevas autoridades para el período 1943-1944. El señor Moisés José Azize fué reelecto, por unanimidad de votos, para el cargo de presidente.



Tierra bravía

SENTIA la mirada sobre su frente, sobre su boca, sobre sus manos lánguidamente cruzadas en la muselina de la falda; pero conteniendo sus nervios seguía escuchando con afectada atención.

—En aquella época, Elvira — decía don Pedro señalando la lejanía dorada del ocaso —, todito esto era bosque tupido, en algunos lugares enmarañao como cosa del diablo. A machete, sí, a purito machete nos abrimos paso. ¡Cuando me acuerdo lo que hemos luchao con el finado tu padre!

Don Pedro hizo una pausa para tomar el mate que le servía una china parsimoniosa. Elvira, como sin querer, deslizó una rápida mirada en aquellos ojos fijos en ella; pero con la misma prontitud los desvió en seguida y pareció entretenerse contemplando las moreras que sombreaban el patio, frente a la galería donde se encontraba sentada con el anciano.

—Goyo me quiere... — decíase en tanto sus ojos vagaban por las copas opulentas — y yo también lo quiero, pero..., ¡ay, Dios mío!... Hoy debo aprovechar; el resto de la familia no vuelve hasta mañana, y si don Pedro y Goyo me dejan sola... ¡es la ocasión!



—Como te digo — recomenzó el anciano devolviendo el mate a la criada —, esto era un desierto. ¿Te imaginas, m'hijita, a dos porteños metidos a estancieros por estos yuyales? ¡Era como meter dos frailes a bailarines, ja, ja, jay!...

Elvira rió a su vez como una autómata.

—¿Por qué no me dejará de mirar?... — preguntábase con fastidio. Y de pronto, clavando las pupilas por encima de la cabeza del anciano: — ¿Por qué no te sientas con nosotros, Goyo?

—¡Ah!, ¿estás ahí, m'hijo? — preguntó don Pedro volviéndose —. Sentate, po...

—Reciencito he venido.

"¡Dice reciencito y hace media hora que está apoyado en el pilar", pensó ella; y dijo mirándolo con intención: — Tu padre me está contando lo que lucharon para formar esto. Aunque en Buenos Aires nos parece fácil... ¡Debe ser duro, duro, vivir aquí!..., ¿eh?

Goyo entornó los párpados sonriendo con amargura, hizo resonar la lonja del talero en su bota y le volvió la espalda. Elvira, con repentina angustia, lo vió descender al patio y alejarse por la calle de paraísos.

—Uno se acostumbra a todo... — afirmó don Pedro e hizo chirriar la bombilla de un nuevo mate.

Elvira ya no lo escuchaba en absoluto.

—Lo quiero; pero, qué voy a hacer... — reflexionaba con íntima desesperación —. Empecé por coquetear de puro... ¡Siempre soy la misma!... ¡Y le he prometido responderle definitivamente hoy mismo!...

—Ni te sueñas, Elvira, cómo era nuestra vida — continuaba el anciano, ajeno por completo a los problemas de la joven —; no probábamos otra cosa que mate y mazamorra. ¿Bañarnos? ¡Sólo cuando llovía!... ¡Y qué tormentas hay por aquí! No te imaginas. Una tromba te descuaja un árbol y lo arroja lejos, igualito que una brizna. Yo temblaba por mi rancho, y no en vano. Una noche el huracán se llevó el techo. Me salvé de morir porque Dios es grande; con instinto de animal en peligro huí a tiempo y me guarecí bajo ese mistol grande, ¿ves? Ese que está ayí... ¿No te ha tocao ninguna tormenta desde que estás aquí, m'hijita?

—No... — repuso ella, que apenas si había oído la pregunta.

—¿Cuánto tiempo hace que viniste?

—Cuatro meses — contestó más dueña de sí misma.

—¿Yaa? ¡Caramba, cómo se pasa el tiempo! Así se me han pasao a mí treinta y nueve años — tras un suspiro continuó: — ¡Qué tierra, qué tierra esta, hija mía! Pero a ella le debo todo lo que tengo: la mujer, los hijos, la fortuna...

—¡Pobre papá, él no tuvo la suerte de usted!... ¡Murió tan joven!

—¡Tu padre, m'hija, no era hombre pa esto!... ¡Qué esperanza! Le atraía otra vida... ¡No era pa esto!

—No era pa esto... — repitióse Elvira a sí misma con amargura —: No era pa esto...

—Para dominar esta tierra hay que ser muy fuerte y duro pa todo — continuaba don Pedro —. Poco a poco la fuimos conquistando; talamos el monte, abrimos caminos... En fin, hijita, otro día te he de seguir contando. Ahora ya se me está haciendo muy tarde y me tengo que ir a ver el corte de la alfalfa... A ver hasta donde han llegado hoy...

Elvira lo siguió con la vista, admirando su apostura y energía. Al verlo a lo lejos le pareció la encarnación del espíritu de esa tierra donde la vida aun tenía la fuerza de las primeras edades.

—Así será Goyo cuando sea viejo — pensó, y sus ojos se ensombrecieron repentinamente —, y tendrá mujer, hijos...

Mejor era no pensarlo. Levantóse y lentamente fué hacia su cuarto.

—Estoy decidida, sí... Ahora mismo... — díjose sintiendo que su corazón se rebelaba contra su secreto propósito —. ¡Pobre Goyo! ¿Por qué le habré coqueteado? ¡Qué se yo! ¡Soy tan sin cabeza!

Se detuvo un momento en el umbral de la pieza y volvió la mirada hacia el campo. Por entre los troncos vislumbró la violencia con que ardía el crepúsculo en el horizonte; ni una hoja se movía en la limpidez del aire; sólo frente al alero revoloteaba una nube de golondrinas.

—¡Ay! — suspiró Elvira entrecerrando los parpados —, ¡qué maravilloso debe ser el amor en esta tierra! ¡Goyo! — imaginó su talle, sus manos, su boca.

Reaccionó en seguida; se volvió bruscamente, penetró en su cuarto y luchando consigo misma, mordiéndose los labios como si quisiera acallar con un sufrimiento físico la voz de su sangre, fué hasta el ropero y comenzó a sacar sus trajes.

—Rápido, rápido... — decíase — ¿Dónde están las valijas?

Las extrajo de debajo de la cama y se puso a llenarlas sin orden, apresuradamente.

—¡Ah, que soy aturdida! Me olvidaba de lo principal.

Salió a la galería.

—Adelaida, Adelaida... — llamó.

Por el otro extremo de la galería apareció una criada, la misma que sirviera el mate a don Pedro.

—Dígale al cochero que aliste inmediatamente el *break*.

Volvió a sus valijas. Iba a cerrarlas cuando oyó pasos.

—¿Quién será?... — escuchó conteniendo la respiración —. ¡Goyo!

—Elvira, Elvira... — llegó la voz varonil, contenida, aterciopelada.

—Valor... — se dijo, y salió a la galería sonriendo con fingida tranquilidad.

—¿Qué quieres, Goyo? — y mintió: — Te esperaba; me ima-

Por ***Rosario Beltrán Núñez***

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN" ILUSTRACION DE MARIANO ALFONSO

giné que te ibas á dar cuenta de que estaba sola.

—Sí; y como no veía la hora de que llegara este momento... Me dejaste tan desesperado cuando dijiste esta tarde que era duro vivir aquí...

—Como siempre que tu padre me habla de su vida y de la de mi padre, me hace reflexionar, y tú comprendes...

—¿Y ahora? — le tomó las dos manos y la atrajo hacia él.

—Ahora, ahora... — y encandilándolo con esa coquetería que la tornaba irresistible, agregó: — ¿Qué mejor para un hombre que ir descubriendo poco a poco el corazón de la mujer que ama?

—Dime de una vez, Elvira, y clarito... — repuso él soltándola y frunciendo el entrecejo —. ¿No me quieres?

—¿Que no te quiero? Ja, ja ja... — e inesperadamente lo besó y huyó hasta su pieza.

El la alcanzó en el umbral; pero ella logró cerrar la puerta.

—Te ruego, te pido por favor que ahora te vayas — le suplicó desde adentro —. Ya te he dado una buena respuesta. ¡Por favor! ¡Me vas a hacer enojar!

—Elvira... — insistía empujando la puerta suavemente.

—¡Me enojo!... Sé bueno, por favor...

—Haré todo lo que quieras...

—Hasta luego, entonces.

—Hasta lueguito...

Ella escuchó pegada aún a la puerta.

—Se va, se va... — y su decisión de huir le dolió en el alma —. ¡Ah, si me quedase, si me quedase!...

Tomó el sombrero de viaje y fué a ponérselo frente al espejo; pero al mirarse quedó suspensa ante su propia imagen, como si quien estuviera allí, desencajada de angustia, temblando de pasión, fuera otra mujer y no ella misma.

—Coqueta, falsa — comenzó a injuriarse estrujando el sombrero entre las manos — ¿Cómo vas a quedarte aquí al lado de un hombre que no mereces? No eres para esta tierra, como no era tu padre: ¡te morirías vencida por ella, como él! Tampoco puedes decirle toda la verdad de tu vida...

Unos golpecitos en la puerta la sacaron de su tortura. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Niña, niña, ya está el coche.

Abrió la puerta; dió una valija a la sirvienta y tomó la otra.

—¿No ha vuelto nadie?

—Naide, niña...

Apresuradamente fueron hasta el *break* que esperaba frente a la calle de paraísos.

—Adiós, Adelaida; y diles a la señora, a don Pedro que...

Al poner el pie en el estribo se contuvo sorprendida, alelada.

—¡Arriba, arriba!... — le ordenó con violencia Goyo desde el pescante con las riendas en la mano.

Subió aturdida, rápidamente.

—Vamos..., vamos... a dar una vuelta. ¿O te crees que te vas a reír de mí? ¡Ahijuna!

Restalló el látigo. Los caballos arrancaron. La sirvienta quedó allí siguiendo con ojos maliciosos el coche que se alejaba por la calle de paraísos.

El azoramiento de Elvira no tenía límites; sentíase sin voluntad ni para hablar. Sólo cuando él repitió:

—No te vas a reír de mí...

—¡Ay, Goyo!, es que... ¡Dios mío!... hay cosas — atinó a decir.

—Ya me imagino lo que te pasa. Y sé también que me quieres. ¡Me quieres! ¿O te crees que soy tonto para no darme cuenta? Ahora los dos solos por el campo me vas a hablar sin vueltas ni remilgos.

—¡Goyo! ¡Goyo! — sentíase vencida, trémula de temores y de pasión.

—Me quieres y te quiero hasta la médula de los huesos. Y tené en cuenta que no soy hombre de ahogarme en un vaso de agua ni de dejarme embromar por polleras.

Elvira lo escuchaba mareada de sensaciones, vencida por la energía que emanaba de aquel hombre tan seguro de sí mismo y tan orgulloso de su hombría. En medio de aquella tromba de pasión que arrasaba con su voluntad y sus propósitos, que se apoderaba decididamente de su destino, no pensaba, no razonaba; pero sentía, sentía con todo su ser, que Goyo era distinto por completo a aquellos hombres con los cuales su coquetería jugara hasta el hastío.

—Te quiero y te vas a quedar aquí conmigo... ¡Mía, mía!

En el silencio del campo anochecido oíase la voz de Goyo, varonil y ardiente, sobre el trote de los caballos. De vez en cuando el látigo chasqueaba sobre las ancas lustrosas de las bestias.

De pronto, del caos íntimo de Elvira, surgió un recuerdo: don Pedro.

—¡Qué tierra! ¡Qué tierra, Dios mío!... — suspiró profundamente como si aspirara el hálito del campo bravío; se reclinó en el respaldo y entrecerrando los ojos repitió — ¡Qué tierra!

En tanto, en la voz de Goyo oía vibrar una absoluta certeza.

—¡Mía!

LA PELOTA DE FUTBOL

Un año, y a veces más, se tarda en hacer una pelota de las que se emplean en el popular juego del fútbol. La piel con que se fabrica este objeto de juego, hay que tenerla once o doce meses en el curtiente, y luego hay que dividirla en dos capas, de las cuales sólo una de ellas es la que se aprovecha.

ALGUIEN DIJO:

El dinero es un buen criado; pero un mal amo.

La amistad y el negocio

Cena con tu amigo, pero no hagas negocios con él. — PROVERBIO ARMENIO.

DATO SEGURO

Quejándose uno a un capitán de ladrones de que le habían despojado unos individuos de su compañía, para ver si era cierto le preguntó:

—¿Traía usted esa capa cuando lo robaron?

—Sí, señor.

—¿Y esa chaqueta?

—También.

—Pues no son de mi compañía — dijo el capitán —, porque, a ser ellos, lo hubieran dejado a usted en ropas mucho menores.

PINCELITO PURAPOSE — Ilusiones



EN EL SUELO Y CON LOS DEDOS

Por lo menos un tercio de los habitantes del mundo come sentado en el suelo o en cuclillas. Más o menos la misma proporción come directamente con los dedos.

Sin compás

COSAS RARAS, CURIOSAS, ILUSTRATIVAS,

JUEGOS DE SOBREMESA

Este es el último juego de sobremesa de nuestra serie. Con tal motivo, vamos a obsequiar al lector con el más estupendo que jamás se haya visto. Los grandes "truquistas" están acostumbrados a lucirse colocando las cucharas como muestra la foto, pero sobre una mantequera en posición horizontal. Nosotros las colocamos, por el contrario, en sentido vertical, lo cual constituye la hazaña máxima en tales asuntos. Al lector que logre realizar lo que aquí ve, le enviaremos un gran premio.

EPITAFIO

Aquí don Diego reposa,
Y en su vida hizo otra cosa.

ANÓNIMO

VANIDAD DE MOREAS

Hablando Baragnon con entusiasmo de Mistral, ante Moreas, éste le preguntó:

—¿Cree usted realmente que Mistral es tan gran poeta como dicen?

—¡Claro que sí! — afirmó Baragnon.

—Vamos..., ¿tan gran poeta como yo?

—Sí.

—Usted no piensa lo que dice.

FRESCURA

—Caballero; acabo de llegar de afuera y no conozco... ¿Podría usted decirme dónde se come por dos pesos?

—Sí, señor. En el restaurante.

—Muchas gracias. Y ya que es usted tan amable; ¿querría decirme dónde podré conseguir los dos pesos?

SALIO DEL PASO

—La sal se saca del agua salada, ¿verdad, papá?

—Sí, hijo mío.

—¿Y el azúcar?

—Del agua dulce.

LA LINDA MUCAMA



—Es que acaba de llegar el teniente Wilson que viene a verla a usted, señorita.

EL PERRITO DE NINON

La hermosa Ninón de Lenclos, célebre por haber conservado toda su belleza hasta muy avanzada edad, tenía un perrito pequeño que le servía para cuidar de la higiene de las comidas de su ama.

Si servían a Ninón alguna salsa con demasiadas especias o algún embutido grasiento e indigesto, se agitaba en su asiento y se arrojaba sobre el plato, no con ánimo de comerse el contenido, sino para evitar que la bella Ninón lo probara.

Era un perro aficionado a la higiene, que aprobaba el consumo del agua y ladraba en cuanto olía el vino o los licores fuertes.

MEDIAS

¡Estas sí que son medias! Baten el record de altura. Pero su elaboración no fué muy costosa; sólo hubo que continuar tejiendo. Podrían llegar a constituir una moda. Moda útil para los fabricantes. Aunque terrible para las muchachas; reparar los puntos que se corren ha de ser cosa seria y laboriosa. Sin embargo, el mundo está curado de espanto; venga lo que venga. Peor es la guerra.

SUERTUDO

—Dime, mamá: ¿de dónde han traído a mi nuevo hermanito?

—De Nueva York.

—¡Dichoso de él que no tendrá que estudiar el inglés!

CONSTRUCCION MODERNA

En la construcción de un transatlántico entran más de 50.000 piezas de acero diferentes.

POBRE OFICIO

Enrique el Grande, rey de Francia, preguntó a un autor que le presentó el anagrama de su nombre con la esperanza de una recompensa:

—¿Qué profesión tienes?

—Señor, hago anagramas, pero soy pobre.

—No es extraño que seas pobre — contestó el rey —, porque tienes un pobre oficio.

JACINTO PIESFELICES — Lectura





perdidas — por DOMINGO VILLAFAÑE



Con tal de que se casaran



Hace tres décadas la compañía del ferrocarril canadiense del Pacífico daba pases gratis a los trabajadores del territorio del Noroeste cuando pretendían viajar en busca de esposa.

A la vuelta tampoco tenían que pagar asiento ni ellos ni sus mujeres, siempre que presentasen el certificado de casamiento.

LA MUJER EN LAS RAZAS *La mujer es entre los salvajes una bestia de carga; en el Oriente un mueble de lujo; entre los europeos un niño mimado.*

DUCLOS.

Refrán español
Sanan cuchilladas, mas no malas palabras.

ni ritmo

PINTORESCAS Y HUMORISTICAS

CURIOSIDAD

Los doctores Galambos y Griffin, de Harvard, informaron que los murciélagos pueden volar a ciegas (con los ojos vendados) sin tropezar con objeto alguno.

¡MEJOR QUE ESA!

LA MUJER.—*Cítame una buena acción que hayas hecho en tu vida.*

EL MARIDO.—*¡Impedir que murieras vieja y solterona!*

DE LA BELLEZA

La belleza y la fealdad desaparecen por igual bajo las arrugas de la vejez: la primera, se pierde, y la segunda se oculta.

ANONIMO.

LA NECESIDAD DE HUIR DE CASA

Hacía veinte años que un hombre casado pasaba las tardes en compañía de su vecina, la señora N.

Murió la mujer propia y entonces le aconsejaron sus amigos que se casase con la señora N., puesto que le unía a ella una amistad tan estrecha y tan antigua.

—Pero, necios — contestaba enojado —, ¿no veis que si me caso con ella ya no tendré donde ir a pasar las tardes?

NO BAILE ASI



El lector pensará, ante esta foto, que no se trata de un baile. Porque, ¿quién baila así? ¿En qué posición pueden haberse colocado los bailarines para que en un descuido ocurra esto? ¿O es que ella, furiosa por el pisotón que acaba de sufrir, se halla en el preciso momento de la venganza femenina? Pues, no; la soberbia patada que el caballero recibe en el pecho no es voluntaria; de ahí lo extraordinario del hecho. Ella sólo quiso levantar elegantemente la pierna, y ¡zas! Ya ven ustedes lo que puede suceder.

NO ERA LO MISMO

Reprendían sus amigos a un célebre jurisconsulto porque descuidaba los negocios después de casado, y le citaban, como ejemplo de lo contrario, a Sócrates, que no había perdido con el casamiento el entusiasmo por el estudio.

—No me sorprende — respondió el abogado —; pero no puede haber comparación, puesto que no hay igualdad de circunstancias. Xantipa, la mujer de Sócrates, era mala, sucia y fea, mientras que mi mujer es amable, dulce, buena, y sobre todo hermosa.

OJO POR OJO... por González Fossat



POR AMOR A LA MUSICA

En 1793, plena época del terror en Francia, fué condenado ante el Comité de Salud Pública el famoso violinista Poppo, acusado de relaciones con los aristócratas.

El presidente del tribunal interrogóle así:

—¿Cuál es vuestro nombre?

—Poppo — contestó el violinista.

—¿Qué hacéis?

—Toco el violín.

—¿Qué hacíais en tiempos del aborrecido tirano?

—Tocar el violín.

—¿Qué hacéis en estos sagrados días de la libertad?

—Toco el violín.

—¿Y qué pensáis hacer por la patria?

—Tocar el violín.

Ante estas razones, el tribunal puso en libertad al célebre violinista.

DEL VIEJO VIZCACHA

"Jamás llegues a parar donde veas perros flacos".

PATRIA GRANDE

—Acusado: dígame cuál es su patria.

—¿Mi patria? ¿Y quién podría saberlo?

—Explíquese.

—Mi padre era inglés, mi madre francesa, yo vi la luz a bordo de un navío americano que navegaba bajo bandera turca en aguas de Grecia...

—¡Basta! Señor escribiente, ponga usted: patria, el globo terráqueo.

LA MUJER HERMOSA

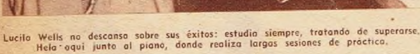
La hermosa de hoy es, sin duda, la más bonita de cuantas hemos presentado hasta ahora. No quiso posar para esta página; pero le pedimos que pose para otra, y aquí está. Se llama Frances Gifford. No consigue amigos; todos son pretendientes. Dice que eso constituye su desgracia, y que, por eso mismo, quisiera no ser tan linda. Esto último no se lo creemos. Porque tal cosa, dicha por una mujer, es siempre una mentira.



interesante — por CAO






Lucila Wells no descansa sobre sus éxitos: estudia siempre, tratando de superarse. Hela aquí junto al piano, donde realiza largas sesiones de práctica.



Todas las manifestaciones del arte interesan a Lucila Wells: a la vez que reposa se ocupa del arte francés. Al fondo puede verse uno de los cuadros que ella pinta.

DE LA VIDA ARTISTICA

CUANDO LUCILA WELLS VENCIO

Una pregunta...

—¿DESEARIA usted actuar ante el micrófono? —interroga el hombre.

—Pero... ¿Cómo? —balbucea la muchacha, sorprendida por la pregunta.

Quien ha interrogado es Carlos López Buchardo, profesor del Conservatorio Nacional. Quien contesta, una de las alumnas de su curso.

Esa pregunta y esa respuesta fueron el comienzo de la brillante carrera artística de una de las más celebradas cantantes de nuestro Teatro Colón: Lucila Wells.

He aquí la interesante historia:

En la progresista ciudad bonaerense de Junín, una niña había organizado un elenco teatral con sus amigos. Recitaba poesías, cantaba, representaba. A veces, el elenco se presentó en público. La niña tenía aptitudes sobresalientes, pero no había en Junín quien pudiera conducirla por el camino de la perfección, y Lucila Wells —que así se llama— fué, poco a poco, volcando sus inquietudes en otro arte: la pintura. Unos óleos, algunas acuarelas y otros trabajos que ella posee aún, demuestran que no fué en vano.

Pasaron algunos años; joven aun, Lucila se casó, trasladándose con su esposo a Buenos Aires. Un día, López Buchardo la oyó cantar en casa de unos amigos y, gratamente impresionado por su voz, le aconsejó que ingresara al Conservatorio para perfeccionarse.

Corría el año 1934; por esos días, el profesor sostuvo una conversación con su amigo el escritor Agustín Remón.

—Escucha —le dijo este último—, estoy preparando algo nuevo para la radio con mi amigo el compositor Jacobo Fischer: una comedia musical. Necesito, para primera actriz, una joven de bella voz y dotada de temperamento artístico.

—¿Y por qué me lo dices a mí?

—Como tú estás en el Conservatorio...

Y fué entonces cuando López Buchardo hizo aquella pregunta a Lucila Wells:

—¿Desearía usted actuar ante el micrófono?

De frente al destino

Lo demás se adivina con facilidad: Lucila debutó como actriz en una popular *broadcasting* porteña, triunfando plenamente. Era el primer paso hacia la consagración definitiva. Ese mismo año actúa también en el teatro Argentino, siendo primera figura en la comedia "Roma", de don Enrique Larreta.

Al año siguiente, y en 1936 y 1937, la joven actriz sigue ascendiendo por el camino del éxito, siempre en el teatro. Ella misma nos lo dice:

—En 1935 actué como primera actriz en la Compañía Argentina de Comedias, en el teatro Moderno.

—¿Y después?

—Después, en la temporada siguiente, en el teatro Astral, con la dirección de Armando Discépolo, y en 1937, siempre como primera figura, en la Compañía Nacional del Uruguay.

En seguida Lucila Wells nos cuenta la parte más interesante de su historia. Ella, en efecto, no estaba satisfecha. Había triunfado, es cierto, pero el destino le jugó una broma: cuando era niña, ansiaba actuar en el teatro y el destino la impulsó hacia la pintura;



La belleza física de la diva no cede a sus condiciones artísticas. Esta original pose es la prueba más evidente de ello.

AL DESTINO

Por Víctor N. Nep

luego, cuando todas sus aspiraciones estaban puestas en el canto, ese mismo destino la retenía en la comedia.

Entonces Lucila se cuadró frente a su destino. Y triunfó una vez más.

El 28 de noviembre de 1938

Con ejemplar perseverancia continuaba perfeccionándose en el canto, hasta que por fin, cuatro años después de su debut en la radio, Lucila Wells veía colmada su máxima aspiración.

En la noche del 28 de noviembre de 1938, en efecto, personificaba a Mimí, de la ópera "La Bohème", en el Teatro Colón. Desde entonces Lucila Wells ha sido una de las más notables divas del Colón, y hasta 1942 fué primera figura femenina en "Pagliacci", "La hija del regimiento", "Madame Butterfly", "Ariana", etc., etc.

Hoy, la exquisita soprano se halla momentáneamente alejada de su arte, pero pronto volverá, sin duda, a deleitar al público argentino con su voz privilegiada. Su perseverancia, su capacidad de trabajo y su reconocido talento artístico, así permiten augurarlo. ◈



LA JAULA DE

TEXTO INTEGRO

de la famosa novela policial de

ENRIQUE CORBIERE

Traducida especialmente para "Leoplán" por la doctora Clara Campoamor

TAPA E ILUSTRACIONES DE PREMIANI

LA AMENAZA

Con el fin de dominar su impaciencia, Carlos Birmón caminaba a grandes trancos a todo lo largo de la calle de Réamur, completamente bañada por el sol; llegó hasta la esquina de la Bolsa, y retornó sobre sus pasos.

Como había renunciado hasta a sacarse el sombrero de paja que le cubría la cabeza, para secarse la frente, el sudor le corría a lo largo de las mejillas. Era un hombre bajito, delgado, de rostro flaco y tez oscura. Mientras caminaba, apretaba las mandíbulas, para no hablar en alta voz, exponiéndose a que lo tomasen por un loco.

Pero en sus ojos, negros y penetrantes, se leía la impaciencia. Era una inquietud que iba convirtiéndose en angustia. Por tercera vez acababa de preguntar al portero si el señor Nicolle había llegado a la oficina, y el señor Nicolle no había llegado aún.

Ni siquiera había tratado Carlos Birmón de ver a la secretaria, a Julieta Larbeau, que debía estar allí desde las dos; cuando habló con ella por teléfono por la mañana, le había dicho que el patrón no había venido; que iría seguramente después de almorzar, como lo hacía dos o tres veces por semana. El señor Nicolle no se tomaba nunca vacaciones, pero de julio a septiembre, durante el verano, pasaba de vez en cuando una noche en Saint-Cloud, en la villa que se había edificado sobre el ribazo.

—Con tal de que venga, y pronto... — refunfuñó Carlos Birmón.

Había telefoneado a Saint-Cloud sin que nadie le contestara, y desde que acabó de almorzar, iba y venía de un lado a otro, derritiéndose bajo el sol. Sintió pronto los efectos de la sed, pero para no perder de vista la puerta del inmueble, cruzó la calle hasta un bar de enfrente y se hizo servir una cerveza en el mostrador. No había terminado aún el vaso cuando arrojó los cuarenta centavos sobre el cinc y salió rápidamente, llegando por la portezuela contraria, en el momento en que el señor Nicolle salía de su auto

—Buenos días, Nicolle — dijo.

Volvió el otro apenas la cabeza y le contestó sin asombro alguno:

—¿Es usted?

Cerró lentamente con llave la portezuela de su coche, y tendió después, sin apresurarse, su mano ancha, entre la que estrechó la mano delgada de Carlos Birmón.

Era una especie de gigante, antipático a primera vista, tan ancho por arriba como por abajo, con hombros de cargador y reventando de gordo, bajo el traje marrón, que parecía a punto de estallar. El rostro muy encarnado, los ojos azules y tiernos, con una cabeza de borracho anglosajón, reciamente conformada, sobre la que caía mal el sombrero de paja, clavado sobre los rojos cabellos y un poco inclinado sobre la oreja.

—Le esperaba con impaciencia — dijo Birmón —. Estamos a 30 y...

—¡Ah! Es verdad, que estamos a 30. ¿Y qué?

Birmón lo contempló con asombro.

—¿Y lo que le pedí? — exclamó.

—Ya me he ocupado de ello. Pero creo que podríamos subir en vez de tostarnos aquí.

Y Nicolle se dirigió hacia la puerta, siguiéndole Birmón, al que le flaqueaban las piernas. El portero, que regaba las losas del pasillo con una manguera, suspendió la operación.

—Un señor... — comenzó a decir.

Entonces vió a Birmón.

—Bueno — agregó —; era éste.

Nicolle había llegado en tanto a la escalera. A pesar de su mole, subió sin detenerse los tres pisos. Mientras que Birmón le seguía secándose la frente. Sobre la puerta de su estudio había una placa esmaltada que decía: "Adrien Nicolle. Importaciones. Exportaciones".

Uno en pos del otro, atravesaron la oscura entrada, y después el escritorio de la secretaria, Julieta Larbeau. Esta, cesando de escribir a máquina, se levantó; era una muchacha alta, sonriente, de lindo aspecto y elegante.

—No hay novedad, señor — dijo.

—Bien. Firmaré la correspondencia a las cinco.

Y Nicolle se hizo a un lado, para dejar pasar a Birmón a su estudio. Tiró el sombrero sobre un diván y se instaló en su sillón, detrás de la mesa.

—¿Y los cuarenta mil francos? —preguntó Birmón sin más preámbulos.

—No he podido encontrarlos — contestó Nicolle.

—¡Es imposible! Me los había usted casi prometido, y estamos a treinta...

—Sí, estamos a treinta...

—Y los necesito para mañana, antes del mediodía.

Nicolle hizo un marcado gesto de impotencia.

—Todos dicen lo mismo, pero no hay dinero.

—¡Pero cuarenta mil francos los tiene usted! ¡Su negocio marcha bien!

—¡Marcha, sí! Pero como todos los negocios, sin dinero en efectivo.

—Entonces, ¿por qué cuando se los pedí me dijo que era posible, que era fácil? Hace días que me hace usted aguardar y perder el tiempo. Y ahora no tengo tiempo para acudir a otro. Vamos, Nicolle, hágame ese favor. Usted sabe bien que...




TUL

—¿Qué es lo que sé?

Bien sabía él lo que Birmón no quería, por delicadeza, poner sobre el tapete: que había sido salvado por él dos veces, en 1920 y en 1926, y que si "Adrien Nicolle, Importaciones y Exportaciones" no había quebrado, que si la casa se había desenvuelto admirablemente, era gracias a los dos préstamos de doscientos cincuenta y ciento ochenta mil francos hechos por Birmón, amigablemente, sin garantía y sin firma. Sabía también que de aquellos préstamos le debía todavía un centenar de miles de francos, y que era muy extraño que el otro tuviera que presentarse como un pedigüeño.

—¿No ha buscado usted por otra parte? — le preguntó —. Yo no puedo hacer nada, absolutamente nada.

—He buscado y no he encontrado. Necesitaba además proceder con prudencia para no dar la alarma a los bancos, que están dispuestos a hundirle a uno a la menor sospecha de flaqueza. Le ruego, Nicolle, que haga lo imposible, y sin demora, antes de que salga de aquí. No tiene usted más que decir una palabra, que dar una firma, para encontrar en su banco, o en otro, todo lo que necesite...

—¿Pero no le digo que estoy acorralado y que no puedo hacer nada?...

Birmón se había dejado caer sobre una silla, del otro lado de la mesa; con las manos colgando entre las piernas, la espalda encorvada, buscaba un argumento que decidiera a su amigo a actuar y lograr lo que deseaba, cuando entró Julieta Larbeau, con su bloque en la mano; Nicolle la había llamado.

—Haga el favor de tomar una carta para Porrey — dijo —. Discúlpeme un minuto — agregó dirigiéndose a Birmón.

Y dictó a la secretaria:

"Le acuso recibo de su cheque cruzado número 43.547 de 132.528 francos, para pago de su pedido de maní del 6 de marzo..."

A Birmón se le cortó la respiración. Tuvo el valor de esperar a que la secretaria saliese de la pieza, pero apenas se cerró la puerta, exclamó:

—¡Ha cobrado usted el dinero de Porrey!

Nicolle le había prometido reembolsarle el saldo de su último préstamo, tan pronto como realizara este asunto del maní.

—¿Dónde está ese dinero?

—En el banco, en mi cuenta... ¿Qué ocurre?...

Con sus anchas y peludas manos sobre la mesa, Nicolle se inclinaba ligeramente hacia adelante sin separar sus ojos de Birmón; su mirada tenía ahora una expresión distinta, netamente agresiva.

Birmón tardó un minuto en rehacerse y medir el alcance del golpe que se le asestaba. La actitud de aquel con quien contaba para salir de un apuro financiero, se mostraba abiertamente hostil. Aquel hombre, al que había salvado de la ruina, cuya fortuna había asegurado, que era su amigo, que se había conducido siempre como un amigo, le hundía deliberadamente en la ruina, si no en algo peor, a causa de aquel vencimiento del día siguiente.

—¿Qué es lo que ocurre, Nicolle? — pudo al fin balbucear —. Parece como si de repente estuviera usted irritado conmigo, por algo que ignoro. Ese dinero me lo debe usted.

—Yo no le debo a usted nada — cortó Nicolle apretando los dientes.

—¡Cómo! Me debe usted todavía cerca de cien mil francos...

—¡Nada! Cuando se tiene un crédito contra un comerciante hay que probarlo. ¿Tiene usted un recibo? ¿Un reconocimiento de deuda? ¿Me ha entregado usted maní? No, ¿no es verdad? Entonces, déjeme trabajar en paz...

Aquello era tan brutal, de un cinismo tan monstruoso, que Birmón pensó por un momento si Nicolle se habría vuelto de repente loco. Pero éste no le dejó durante mucho tiempo en la duda. Sin moverse, con las manos siempre apoyadas en la mesa, sin levantar la voz, dijo con voz clara:

—¿Desde cuando un comerciante presta a otro ciento y doscientos mil francos sin un papel, sin una firma?

—La amistad...

—Deje usted la amistad en el cajón de los accesorios. También yo creí que era por amistad, porque en esos casos todos somos imbéciles, y tenemos una venda sobre los ojos. Lo que usted me prestó hubiera podido guardármelo, no devolverle nada, y usted lo hubiera encontrado muy natural. Jamás me hubiese usted reclamado nada, si no hubiera surgido esta necesidad. Porque usted sabía muy bien lo que pretendía pagar con ese dinero que me prestaba... ¡Lo sabía usted! ¿No?... Era mi mujer... Porque era usted su amante es por lo que me ha prestado ese dinero, por lo que me lo ha dado... Y ahora, si se la buscase bien, se acabaría por encontrarla en alguna parte, instalada por usted, en un departamento, pagado por usted...

—¡Eso es monstruoso! ¡Monstruoso! — tartamudeó Birmón —. ¡Y ha sido por eso!...

—Sí, por eso es por lo que aprovecho un momento difícil en su vida para hundirle todavía más. Y ahora, ¡márchese usted o lo echo a puntapiés!

Pero, lejos de marcharse, Birmón se irguió.

—Es usted repugnante — gritó —. Yo no he sido jamás el amante de su mujer, y usted va a devolverme mi dinero.

El otro rió burlonamente.

—¡Jamás hubo nada entre ella y yo! — afirmó Birmón —. ¡Devuélvame mi dinero!

—¡No!

—¡Canalla! Pero óigame bien, Nicolle: voy a remover cielo y tierra para encontrar esos cuarenta mil francos; pero le aseguro a usted, que si no los consigo, si me voy al fondo, puede usted tener su piel en muy poco.

Nicolle rióse de nuevo.

—¿Qué? — dijo —. ¿Pensará usted en matarme después de haberme quitado mi mujer?

—Le mataré, sí.

—Hace usted bien en advertírmelo.

Nicolle descolgó el teléfono y marcó sin apresurarse un número en el disco.

—¿Es la comisaría? — preguntó en cuanto se estableció la comunicación... El señor comisario, haga el favor... De parte del señor Nicolle, de la calle de Réamur. Sí, importaciones... Gracias... ¿El señor comisario?... Aquí el señor Nicolle... Es para informar a usted que un tal señor Carlos Birmón. B, cobo Bertrand, sí; que está en mi estudio, acaba de amenazarme con matarme... No, no presento denuncia... Solamente le prevengo a usted por si ocurriera algo... Muchas gracias, señor comisario... Perfectamente — dijo burlón a la vez que colgaba el auricular.

Birmón sentía deseos de destrozarlo todo en el estudio, y de romperle una silla en la cabeza a su antiguo amigo. Abrió varias veces la boca, sin encontrar nada capaz de traducir su furor. Decidióse entonces a marcharse y al cruzar la pieza dióse cuenta de que había sido dejada entreabierta por la secretaria que debía haberlo oído todo, y antes de salir volvióse para decir.

—Es usted un perfecto bribón, pero ya nos encontraremos.

Y ya en la escalera, que bajó corriendo, gruñó todo lo que hubiera querido gritar arriba, y salió a la calle Réamur.

A las seis de la tarde, los empleados comenzaron a descender ruidosamente las escaleras, desde los pisos del inmueble en el que había oficinas. Todos estaban apurados por ir a encontrar un poco de aire y de libertad. Desde la una de la tarde estaban sufriendo del calor que era abrasador en las piezas reducidas a pesar de los estores bajados y de las persianas tendidas; afirmaban que no habían conocido un estío más cálido.

Todos saludaban familiarmente al portero al pasar.

—Adiós, señor Lefort.

Pero ninguno se detenía.

Parado en el umbral de la portería, Lefort les devolvía el saludo, llevándose dos dedos a la frente. También él sufría del calor y aun más que ellos, pues estaba muy gordo. Hacía una semana que se pasaba las tardes regando hasta inundarlo, el pasillo; pero el agua parecía volatilizarse instantáneamente, y por la puerta, apenas entreabierta, de la calle Réamur, llegaban grandes bocanadas de aire ardiente y saturado de nafta mal quemada.

Julieta Larbeau fué de las últimas en bajar. Estaba tan ansiosa como los demás de escapar, pero, a pesar de ello, se detuvo ante la portería.

—El señor Nicolle está todavía en su estudio — dijo —; no creo que tarde mucho, pero tenga usted la amabilidad de dar una vuelta por arriba tan pronto como baje.

—Perfectamente, señorita — dijo el portero.

Y la siguió con ojos de admiración.

—¡Qué linda muchacha! — murmuró.

Sí, era una linda muchacha, esbelta, que llevaba con gracia su traje de crespón verde, sus guantes blancos y su leve capelina. Viéndola en la calle, era difícil determinar su clase social, y adivinar que pagaba todo lo que llevaba puesto con sus novecientos francos aproximados de sueldo.

El señor Lefort entró en su portería, encendió la pipa y abrió un diario; siempre se concedía a sí mismo una media hora, desde la salida de los empleados y antes de ir a realizar su primera visita a las oficinas. Dos hombres y luego una joven, bajaron aún, entrando en la portería para entregarle sus llaves. A las siete menos cuarto colgó detrás de los vidrios de su puerta el letrerito: "El portero está en la escalera", y subió con un paquete de llaves en la mano. Pasaba rápidamente por cada una de las habitaciones, vigilaba si las llaves de electricidad estaban bien cerradas y calculaba el trabajo de limpieza que tendría que hacer al día siguiente, antes de la llegada de los empleados. En invierno vigilaba también si alguien había dejado encendida alguna luz, que en ese caso hubiera lucido durante toda la noche.

La inspección del primero y segundo piso le ocupó durante un cuarto de hora. La casa estaba ahora en silencio; las piezas olían a encerrado y a tabaco, a pesar de las ventanas abiertas. Durante la noche sólo quedaban en el inmueble el portero en su portería, la señora Méliard, una mucama de unos cincuenta años, que tenía alquilada una buhardilla en el piso séptimo y un estudiante de derecho que ocupaba otra de las buhardillas.

Ya en el tercer piso, el señor Lefort abrió con su llave la puerta del estudio del señor Nicolle. Estaba en la puerta, cuando recordó lo que le había dicho Julieta Larbeau. Quizá el señor Nicolle estaba todavía en su estudio, a menos que hubiera descendido mientras que el conserje estaba en los pisos inferiores.

Cruzó el portero la pieza de Julieta Larbeau, y llamó a la puerta del estudio; como nadie le contestara, abrió la puerta.

Inmediatamente vió el cuerpo del señor Nicolle, su imponente masa tendida en medio de la pieza, con la cara vuelta contra la oscura alfombra y los brazos en cruz. Había sangre sobre la alfombra, en el cuello y en las ropas de la víctima.

—¡Ah, la gran flauta! — exclamó el señor

Lefort sin emocionarse ni aturdirse demasiado.

Acercóse rápidamente al cuerpo y tocó una de sus manos; estaba aún tibia. Si el señor Nicolle estaba muerto no debía de hacer mucho tiempo.

El portero fué al teléfono para llamar a la comisaría.

—... Aquí el señor Lefort, el portero... El señor Nicolle quizá no esté muerto. No he tenido tiempo de comprobarlo, pero su mano está aún tibia... No, no me moveré..., nadie entrará... En el tercero... Sí, espero...

Un cuarto de hora después, el comisario, su secretario y un inspector de policía judicial llamaban á la puerta.

—¡Entren! — gritó Lefort —; está abierto.

Una vez ante el cuerpo, el comisario se agachó, tomó la mano y tanteó el pulso.

—No está muerto — dijo levantándose —. Sería preciso llevarle hasta el diván.

Lo hicieron entre el portero y el inspector. Cuando el cuerpo quedó tendido sobre la espalda, los cuatro hombres vieron la herida, un agujero casi en mitad del cuello, del que manaba un poco de sangre.

—Hubiera debido estar en guardia — dijo el comisario —, pues sabía lo que le esperaba. Pero el otro es un imbécil, porque si he comprendido bien, estaba en esta misma habitación en el momento en que Nicolle me telefoneaba.

—Eso es precisamente lo que a mí me extraña — contestó el inspector, al que el comisario había referido la llamada telefónica de la tarde.

—A menos — observó el secretario — que se trate de un suicidio.

Llamaron a la puerta; el portero fué a abrir: era el médico, que había sido llamado por el comisario. En verdad que no había tardado mucho en llegar.

Estrechó la mano del comisario y se dirigió rápidamente al diván, donde, inclinándose sobre el cuerpo, le tomó el pulso.

—El pulso es normal — dijo.

Examinó entonces la herida del cuello, levantó el busto, pasó su cabeza por detrás de la del herido, volvió con cuidado el cuerpo a su posición y examinó la pieza.

—¡Qué cosa curiosa! — dijo.

Recorrió con la mirada toda la habitación, repitió: "Qué curioso", y luego preguntó:

—¿Dónde se hallaba el cuerpo?

—Allí — le contestó el portero señalando el medio de la pieza.

—¿Y el arma?

Todos miraron al suelo. Ninguno había pensado en el arma, no obstante la sugestión emitida por el secretario del comisario: "¿Un suicidio?" El comisario se había encogido de hombros al oírlo. El crimen era evidente para él, después de la llamada telefónica del señor Nicolle.

—No hay ningún arma — dijo al fin el inspector Girardón-Collet.

El médico volvió al lado del cuerpo, abrió su estuche de urgencia y, tomando de él una sonda acanalada, sondó la herida.

—La bala está dentro — afirmó —. Ha sido disparada a distancia, porque los bordes de la herida están limpios de humo; y no se ha empleado un revólver de juguete, propio para damas, según lo demuestra el agujero de entrada. ¿Está usted seguro — añadió dirigiéndose al portero — de que el cuerpo estaba exactamente en medio de la pieza?

—Sí, exactamente — contestó el interpelado —; yo no lo toqué antes de la llegada del comisario.

—¿Qué le sorprende a usted? —preguntó es...

—Que a primera vista, parece que el ar... era de grueso calibre; como el cuarto mi... cuatro o cinco metros, aproximadamente, ... cluso a esta última distancia, la bala hubie... debido atravesar el cuello como si fuera m... teca, y con mucha más razón, por tanto, ... menor distancia, a no ser que el disparo ha... ya sido hecho desde el exterior, por la pue... ta abierta.

—Pero estaba cerrada cuando yo lleg... — contestó espontáneamente el portero.

—Pues bien, la bala ha quedado dentro de... cuello, como si hubiera llegado al pu... muerto de su velocidad.

Dirigióse entonces el médico a la pue... abrióla y midió con la vista las distancias.

—Nada, nada — dijo —. Aun partiendo de ... hipótesis de que el asesino se encontrase ... la pieza vecina, no habría mayor distancia ... seis metros; el cuello hubiera debido ser ig... mente atravesado por la bala... A menos ... me equivoque yo, y que la bala pertenezc... un revólver de pequeño calibre... Pero ha... ría falta transportar al herido al hospital.

—¡Oh! ¡Al hospital, no! — protestó el por... tero —. El señor Nicolle pagará de seguro ... clínica. Hace dos años que se hizo ope... de apendicitis en la del doctor Champard, ... tuada en la calle de la Pompe.

—Vaya usted a pedir que venga una am... lancia — dijo el comisario a su secretario.

El médico examinaba de nuevo al her...

—Ha tenido suerte — dijo —. La bala ha ... zado la tráquea, lo que tiene poca impor... cia; pero también rozó la carótida... ... hubieran debido trasladarle al diván; la ... teria ha podido reventarse... La bala, en ... trayectoria oblicua, ha debido causar al... estrago en el plexo...

La hemorragia había quedado detenida ... un coágulo que tapaba el orificio.

—¿Podría indicarme usted la trayec... exacta de la bala? — preguntó el inspector ... llet, que, sin moverse de su lugar, en ... la cabecera del diván, había inspecciona... pieza. Al examinar la herida ha hundido ... la sonda en una dirección especialmente ... la de la trayectoria del proyectil?

—Evidentemente; la bala ha penetrado a ... altura de la nuez, y hubiera salido ro... el borde del omoplato.

—Lo que quiere decir que el disparo ... sido hecho de costado y de alto abajo.

—Así es, precisamente.

Volvióse bruscamente el inspector ... el portero, y le preguntó:

—¿Conocía usted a un tal señor Bir...

—Sí que le conozco; precisamente hoy ... mo, por la tarde, vino tres veces a pre... tar por el señor Nicolle, y subió con ... cia las tres.

—Y hacia las tres y media fué cuando me ... foneó el señor Nicolle — agregó el com...

—¿Cómo es ese señor Birmón? — co... el inspector, sin detenerse por la inte... ción —. ¿Qué estatura tiene?

—Más bajo que yo — contestó Lefort —; ... be medir un metro sesenta y tres, o to... más sesenta y cuatro...

—Ya le verá usted muy pronto en la co... ría — dijo el comisario —; voy a hacerle a...

—Hágale ir a la comisaría, si quiere, ... vaya usted con precaución, si es que no ... re exponerse a tener que darle excusas.

—¿Cómo darle excusas?

—¿Le considera usted culpable?

—Me parece que después de la llama...

...fónica que recibí del señor Nicolle...

—Simple coincidencia —cortó el inspector—. El señor Nicolle estaba en medio de la habitación en el momento de ser alcanzado por el disparo, porque, doctor, después de oír su explicación acerca de la herida, supongo que ha debido caer de súbito.

—Sí.

—Además, que no hay sangre sino aquí, en medio de la habitación. Dejo ahora a un lado la hipótesis de que se haya empleado un revólver de grueso calibre y la anomalía que representa la bala que entró y no salió, porque su extracción nos lo explicará. Repito que el señor Nicolle se encuentra en pie en medio de la pieza. Es un hombre alto, mide por lo menos un metro ochenta. Vuestro Birmón es mucho más pequeño que él; si la trayectoria de la bala indica que el disparo fué hecho de arriba abajo, habría que suponer, siendo Birmón el autor, que se subió a una silla para disparar...

Llamaron. El portero abrió la puerta al secretario, que había esperado en la vereda la llegada del coche de la ambulancia, y que subía acompañado por los dos enfermeros. En el momento en que éstos se disponían a levantar el cuerpo, el herido lanzó un gemido y abrió los ojos. Su ancho rostro sanguíneo parecía no conservar ni una gota de sangre; bajo su piel terrosa, las venillas formaban ramalazos violados. El señor Nicolle lanzó un nuevo gemido y abrió la boca; pero no pudo dejar escapar un solo sonido; tan sólo por el movimiento de los labios comprendieron todos que pedía agua.

—Vaya y tráigale usted un vaso de agua —dijo el comisario al portero.

Y mientras éste se precipitaba a la cocina, el magistrado se inclinó sobre el herido y le preguntó:

—¿Tiene usted sed? ¿No puede hablar?

El médico intervino entonces.

—No le pregunte nada... Y usted no trate de hablar, señor... Ahora le traen el agua.

Regresó el portero con un vaso de agua, que el médico tomó de sus manos y llevó a los labios del herido, mientras le levantaba un poco y con precaución la cabeza. Nicolle bebió hasta la última gota, y luego, visiblemente calmado, cerró los ojos.

—Pueden ustedes llevárselo —dijo el médico—. Caminen con precaución.

Los enfermeros lleváronse el cuerpo tendido en una camilla. El portero, que los acompañó hasta el descansillo para abrirles la puerta, volvió rápidamente al estudio.

—Perdone usted —dijo—, pero me ha parecido que hace un momento suponía usted que el señor Nicolle había sido herido por el señor Birmón. ¿No es así?

—Sí —le contestó el comisario.

—Bien; pues eso no es posible.

—¿Y por qué?

—Lo primero, porque el señor Birmón era un amigo del señor Nicolle, un buen amigo suyo; de antes que el señor Nicolle hubiera tenido conflictos en su hogar, según tengo entendido.

—¿Qué clase de disgustos?

—Creo que su mujer le ha abandonado...

—Bueno, ¿y eso qué importa?

—Que el señor Birmón venía a menudo aquí, y se llevaba al señor Nicolle en su coche para ir a cenar juntos, o bien se iban en el coche del señor Nicolle. Pero no es eso sólo lo que yo quería decir, sino otra cosa; que el señor Birmón no puede haber disparado contra el señor Nicolle, porque bajó de aquí alrededor de las cuatro de la tarde...

—Eso no prueba nada. ¿Usted vió al señor Nicolle a las cuatro?

—No, no le he visto, pero la señorita Julieta, su secretaria, permaneció aquí con él hasta las seis y cuarto, y cuando se marchó no tenía ni mucho menos el aspecto de alguien que ha visto herido a su patrón. Incluso me dijo...

Detúvose bruscamente el portero y se quedó con la boca abierta. Un pensamiento que acababa de asaltarle le abría perspectivas inquietantes.

—¿Qué le dijo a usted? —preguntó el inspector Collet.

—Me dijo que el señor Nicolle no tardaría en bajar y me pidió que viniera a dar una vuelta después de su salida.

—¿Y qué hay de extraordinario en eso?

—Pues que no hay razón alguna para que me dijera que viniese a dar una vuelta, porque estamos en verano. En invierno sería comprensible, ya que puede quedarse encendida una lámpara y no vale la pena que se consuma electricidad durante toda la noche; pero ahora es de día hasta las nueve.

—¿En qué términos estaba la secretaria con el señor Nicolle?

—En buenas relaciones, ya que actuaba con él desde hacía tres años. Es una linda muchacha, siempre sonriente. Y sonreía como de costumbre cuando me dijo adiós, hace poco.

—¿No hubo nunca nada entre ellos?

—¿Quiere usted decir que si no regañaron nunca?

—No. Pregunto si era sencillamente su secretaria.

—De seguro que sí. Hace dos años hubiera yo creído otra cosa, porque se iba por la noche en el auto con su patrón; yo creía que era para ir a cenar juntos, pero luego me di cuenta de que la llevaba a su casa para trabajar.

—¿La señora Nicolle no había abandonado todavía a su marido?

—No; su mujer se fué en enero del año pasado. Y después, la señorita Julieta no ha sido sino una secretaria como las demás, sin horas extraordinarias. Desde entonces se marchaba siempre de seis a seis y cuarto. Y creo, además, que tenía un amigo.

—¡Ah! ¡Un amigo! ¿Y por qué lo cree usted?

—Porque hace tres semanas, una tarde que tuve que hacer una comisión hacia la hora de cerrarse las oficinas, la vi dar vuelta a la esquina de la calle de Aboukir, y agarrarse del brazo de un hombre moreno, con aire de americano del sur, que la estaba esperando.

—Gracias; puede usted bajar a su portería.

El médico descendió al mismo tiempo que el portero; en el estudio se quedaron el inspector con el comisario y su secretario.

Contempló el primero la mancha de sangre de la alfombra, y murmuró:

—He debido preguntarle qué estatura tenía la secretaria.

—¿Sospecha usted que haya sido ella? —preguntó el comisario.

—Por ahora, no; pero si es alta, y, durante el curso de la discusión, el señor Nicolle estaba inclinado, eso explicaría la trayectoria de la bala en el cuello. Aunque eso no explicaría que la bala llegase sin velocidad en una distancia tan reducida. Porque el disparo no ha sido hecho con un revólver de señora. El médico podrá vacilar, pero no yo, que conozco las heridas. La puerta estaba cerrada; en el peor de los casos, la secretaria pudo dejarla abierta... ¿Quiere usted abrirla, Chapelle?... Gracias. Veamos: Nicolle está aquí, en medio de la pieza; de pronto oye ruido en la habitación de al lado; compruebe usted mismo que no hay campo para el disparo... Espere...

En tres zancadas llegó el inspector hasta una de las dos ventanas, que abrió y volvió a cerrar; dirigióse a la segunda, que sólo estaba entornada. Collet examinó la falleba, abrió la ventana y la cerró de nuevo.

—No hay balcón fuera, desde el cual se hubiera podido tirar —dijo—. No encuentro la solución. Tratemos ahora de saber por qué se realizó el hecho.

La habitación estaba en calma, los muebles eran pocos; la mesa de escritorio se hallaba colocada cerca de la puerta, entrando a la derecha, e iluminada de frente por las dos ventanas. Era un mueble de encina, macizo, muy ancho y que descansaba sobre dos cuerpos de cajones. Tras de ella había un sólido sillón de cuero, que había sido retirado hasta tocar

con la pared. A la derecha estaba el diván, que se encajaba exactamente entre el ángulo y la chimenea, la que tenía la cortinilla de hierro echada. Una gran papelera situada entre ambas ventanas, y, a la izquierda de la entrada, dos sillas y un sillón adosados al muro, completaban el mobiliario. El centro de la pieza, sobre el que se reflejaba una lámpara de techo, de cristal esmerilado, estaba libre de muebles.

El inspector Collet pasó al otro lado de la mesa. De uno de los cajones pendía un llavero; abrió todos los cajones, levantó con precaución los expedientes y acabó dejando todo en el mismo lugar.

—Parece claro que no se ha tocado nada —dijo—. Además, no parece ningún mueble de secreto donde guardar papeles o dinero, como tampoco la papelera. Es evidente que aquí no hay dinero.

—Sin embargo será preciso echar mano a ese Birmón.

—Evidentemente —dijo el comisario—, aunque no sea más que para obtener algún indicio. No ha sido el robo el móvil. No queda otra hipótesis que la de la venganza...

—Birmón...

—O la del drama pasional... ¿Conocía usted a ese Nicolle? ¿Caía bajo su competencia?

—Le vi dos veces en la comisaría, una vez para registrar su firma y otra por una contravención de estacionamiento.

—¿Y a su mujer?

—Me es totalmente desconocida. Ambos vivían en Passy.

—Podemos marcharnos. Pediré la dirección al portero e iré a hacer una investigación allí. Y me ocuparé de la dactilógrafa.

—¿Y de Birmón?

—También.

TRES MANCHAS DE SANGRE

El inspector Girardon-Collet se había propuesto encontrar aquella misma noche a Julieta Larbeau. Pero en la calle de la Estrapade, donde la joven vivía, la portera le había dicho que Julieta no había vuelto aún.

—Eso no tiene nada de extraordinario —agregó—. Vuelve siempre muy tarde, hacia medianoche o la una de la mañana. Y algunas veces no vuelve a casa. Son cosas de la juventud. Por otra parte, es una buena inquilina.

—¿Conoce usted a su amante?

—¿Tiene un amante?

—Vamos, no trate usted de hacerse la tonta. No creo que su inquilina vaya a plantar lechugas hasta la una de la madrugada.

—Puede que vaya a bailar.

—Pero su amigo, un moreno, de tipo latinoamericano, ¿no viene nunca a su casa?

—Nunca, señor inspector. Jamás ha traído un hombre a la casa, y para mí eso es lo único que importa. Lo que ocurre fuera de la casa no me interesa.

—Pero, ¿y su amigo?

—Puesto que le conoce usted, sabe ya tanto como yo. Tan sólo lo he visto dos veces; la esperaba siempre en la esquina de la calle, mientras que ella subía a cambiar de traje para ir a bailar.

—Sin duda a la calle de la Huchette —comentó socarrón el policía.

—No, a la calle de la Huchette, no. Va sobre todo a Montmartre. Una vez me encargó que dijera a su amigo, si venía, que iba directamente al *Poisson bleu*.

—Y entonces fué usted a decírselo a la esquina...

—Aquella noche él no vino y ella no regresó a casa. ¿Es por él por quien usted investiga? Porque respecto de ella no creo que pueda tener nada que ver con la policía. Tiene una buena colocación en la calle Réamur...

El inspector Collet llegó al *Poisson bleu* a las once de la noche. Apenas traspuso la puerta y levantó una cortina, tropezó con el patrón, que inmediatamente le identificó como policía, y le preguntó cortésmente, tratándole de señor comisario, qué era lo que buscaba en el establecimiento. La sala, muy larga, no tenía recodos; a lo largo de las paredes se alineaban mesitas cuadradas sobre las cuales había lámparas con pantallas rosa. Los muros estaban tapizados de terciopelo granate. En el fondo, a la derecha, el *jazz* tocaba en aquel momento, y todos los consumidores, una treintena entre hombres y mujeres, bailaban. El lugar era bastante elegante y sin duda alguna correcto.

El inspector fué derechamente a su asunto:

—¿Conoce usted a una tal Julieta Larbeau?

—Es una cliente de hace seis meses, una buena cliente. Está allí, al fondo de la sala. ¿No la ve? Es la rubia; está con José Souverán, que viene a bailar.

—¿Es su amante?

—Eso no lo sé, señor comisario. No habrá escándalo, ¿verdad?

—En absoluto. Sírvame usted algo de beber, en una mesa cerca de ellos.

Con sus piernas cortas y sus anchos hombros, cruzó el inspector hasta el fondo de la sala, evitando hábilmente chocar con los que bailaban. Tenía treinta y dos años y aparentaba cuarenta. Al iniciar su carrera en la policía judicial abrigaba ciertas pretensiones de elegancia, y hasta había adoptado el aspecto de un detective americano. Pero luego había vuelto a su natural, dejándose el bigote, que llevaba cortado a ras del labio superior. En otros tiempos había frecuentado bastante las *boites* de noche, más por su cuenta personal que por razón del oficio; por ello no experimentaba ninguna cortedad al rozarse con aquellas gentes ricas y elegantes.

Una vez ante su mesa, no rindió sin embargo pleitesía al champaña, sino que pidió una cerveza y encendió un cigarrillo. La pareja, muy próxima a él, ni siquiera había observado su presencia. El hombre y la joven discutían y no parecían hallarse de completo acuerdo.

Collet tardó algunos segundos en comprender el objeto de su discusión.

—Haré lo que me parezca —decía Julieta Larbeau—, y volveré a mi casa. Estoy ya harta de tu habitación...

—Es ya la décima vez que me lo repites desde las seis —dijo tranquilamente José Souverán, en tono más bajo—. No te desgradaba tanto cuando la alquilé...

—Pero estoy ya cansada. ¿Crees que no me he dado cuenta de por qué la alquilaste?

—Para que estuviéramos más tiempo juntos, querida, y para que no tuvieses que hacer unos cuantos kilómetros por la mañana para ir a tu oficina.

—Así lo creí...

Con un guiño le hizo el acompañante seña de que los escuchaban. Julieta bebió entonces un poco de champaña y volvió ligeramente la cabeza para ver a Collet.

Tenía un interesante perfil y era bella. Sus cejas castañas y sus pestañas oscuras y muy largas formaban contraste con los rubios cabellos, hacían más oscuros sus azules ojos y daban relieve a su rostro. La mirada era viva, inteligente y voluntariosa. Como Collet no tratase de volver a otra parte su mirada, Julieta se levantó diciendo:

—Bailemos.

La pareja fué a mezclarse con las demás. Ambos bailaban admirablemente. José Souverán era más bajito que Julieta Larbeau, pero los dos eran delgados, ágiles y se movían con perfecto sentido del ritmo.

El patrón, que vigilaba con inquietud al inspector, se le aproximó.

—¿Han hecho alguna tontería?—le pregun

—¿Es que ese Souverán tiene dinero? — terrogó a su vez el aludido sin contest

—Lo tenía, e incluso mucho, hasta hace lamente un año. Su padre debía poseer muc hacienda en América. Pero ha cesado mandarle dinero, a menos que sea por haya hecho malos negocios. Es la cri ¿comprende? El caso es que José, que sumía mucho, ahora no nada precisam en oro. Estamos en tratos: él quisiera e aquí como bailarín profesional. Yo ha mis cuentas.

—¿Es ella quien le sostiene?

—No lo creo. Aunque, acaso. Ella paga vez en cuando las consumiciones.

—¿Le pasa también el dinero para que gue él?

—Sí, y él se guarda el vuelto. Pero me trariaría mucho si tuvieran algo pendi con usted, porque, como comprenderá, un puede volver a marchar bien en su patri

—¿Dónde vive?

—Antes tenía un departamento en la Tilsit, cerca de la plaza de la Estrella; ahora no sé.

No estaba muy convencido el inspect que Julieta Larbeau sostuviese a su aco ñante, como acababa de preguntárselo al trón, por más que así debía de suceder, todas las apariencias, porque, ¿de dónde ella el dinero para vestirse tan bien, pa al *Poisson bleu* todas las noches o casi y para pagar el champaña a su amante? llet sabía que sólo tenía novecientos fr de sueldo.

—Esto no tiene probablemente nada que con la bala de Nicolle —reflexionó—, pe sin embargo curioso.

Los dos jóvenes volvieron a su sitio. Al sar junto al inspector, le lanzaron una da oblicua y luego se sentaron sin decir palabra. Era sin embargo notorio que J deseaba reanudar la querella que había ciado con su amigo.

—Es irritante de todos modos el sentirse gilada —murmuró al cabo de unos mi en voz bastante alta para que su reflexi escapara a su vecino.

El policía sonrió.

"Te apuntaste un tanto, muchacha" —p Porque una mujer con la concienci bada no hubiera buscado la provocación desconcertarse, Girardon-Collet se le tomó por el respaldo su silla y la ace la mesa de la pareja.

—Permitan ustedes —dijo sin parar en su sorpresa y sin esperar sus protestas tra tal desenfado—. Soy el inspector don-Collet, de la policía judicial. Y la b usted...

—¡A mí! —dijo con asombro Julieta L

A pesar de su aire despreocupado, no perdía un solo gesto de sus rostros. creía ver tan sólo un levísimo relámpa inquietud en el sudamericano, en la ca la joven no veía otra cosa que el asom un poco de curiosidad.

—Quisiera pedirle algunos informes del señor Nicolle.

—¿Del señor Nicolle? Pues vaya un y una hora para venir a pedir info Puede usted estar seguro de que no darle ninguno.

—Pues será una lástima, señorita; sí, en ese caso tendrá usted que avenirse a pañarme hasta la jefatura de policía.

—Vamos, Julieta — terció entonces Souverán—, deja que el inspector te menos lo que desea...

Julieta Larbeau dióse cuenta clara de amigo estaba inquieto.

—¿Qué quiere saber? —inquirió del

—¿Cuándo vió usted por última vez ñor Nicolle.

—Hoy mismo...
—¿A qué hora?
—A las seis de la tarde, quizá a las seis y cinco, pero, ¿por qué?
—¿Estaba bien? ¿No observó usted nada extraño?...
—¿Me inquieta usted? ¿Le ha sucedido algo?
—No me ha contestado usted...
—¡Ah, sí! Estaba bien.
—¿Cómo estaba en su oficina, sentado o de pie?
—Sentado, tras de su mesa.
—Cuando salió usted, ¿dejó cerrada la puerta que comunica las dos piezas, la de usted y la de su patrón?
—Desde luego; siempre la dejo cerrada, a causa de las corrientes de aire, que molestan al señor Nicolle.
—¿Las corrientes de aire?
—Sí, la que hay con las ventanas abiertas.
Al inspector costóle trabajo contener una exclamación y se calificó a sí mismo de imbécil. El, que jamás omitía detalle por observar en el teatro del crimen, y que estudiaba cuidadosamente todas las salidas, se había olvidado de las ventanas. Se había contentado con comprobar que no correspondían a ningún balcón en el que pudiera haberse escondido el agresor.
—Recuerde usted bien, señorita, todo lo ocurrido en el momento en que se separó usted del señor Nicolle. ¿Estaban abiertas las ventanas?
—La de la izquierda estaba cerrada, yo misma la había cerrado, por la mañana; la de la derecha quedó abierta.
—¿Está usted segura de ello?
—O entreabierta; no recuerdo con exactitud; pero, desde luego, no tenía echada la falleba.
—¿Pero tenía las hojas cerradas?
—Puede ser que sí, aunque yo sentí pasar un poco de aire, cosa que llamaba la atención en seguida en esta tarde de tanto calor.
—¿Y el señor Nicolle estaba tras de su mesa, sentado en el sillón?
—Sí, sentado en su sillón. Pero yo no hice más que entreabrir sencillamente la puerta, para anunciarle que me marchaba; y él me dijo que también iría dentro de algunos minutos.
—¿Precisó así: "dentro de algunos minutos"?
—Así mismo.
—¿No tendría que examinar algún expediente, algún asunto, ya que se quedó allí más de una hora?
—No comprendo qué haya podido retardarle tanto tiempo, a menos que esperase a alguien, de quien no me habló.
—¿Quizá al señor Birmón?
Collet había lanzado aquel nombre, como hubiera podido pronunciar cualquiera otro; pero Julieta no se engañó acerca de su intención.
—¿Entonces viene usted por Birmón? ¿Por la llamada telefónica al comisario?
—¿Cómo sabe que hubo una llamada telefónica al comisario? ¿Es que el señor Nicolle le habló a usted de las amenazas del señor Birmón?
—Es que yo estaba en la habitación de al lado, cuya puerta estaba sólo entornada.
—¿A pesar de las corrientes de aire? —preguntó irónicamente el policía.
—A pesar de las corrientes de aire —contestó con tranquilidad la joven—; el señor Nicolle me había dado orden de que dejase la puerta entreabierta y no me moviera de mi sitio, mientras que el señor Birmón permaneciera en su oficina.
—¿Cuándo le dió a usted esa orden?
—Hace ya algunos meses. Era una consigna general. El señor Nicolle estaba convencido de que las cosas se pondrían feas entre ambos.
—Ya hablaremos de eso. ¿Puede usted decirme todo lo que ha hecho a partir del momento en que dejó al señor Nicolle y la oficina?
—¿Y por qué tengo que decírselo?
—Porque una hora después de su salida se ha hallado al señor Nicolle tendido sobre el suelo, en medio de su cuarto, y con el cuello atravesado por una bala...
—¡No es posible! ¡Nunca le hubiera creído capaz de eso!
—¿Cómo? ¿Qué quiere usted decir?
—¡Ah! De ningún modo...; el señor Birmón no puede ser el autor...
—¿Y por qué no él?
—Tendría que haber vuelto después de mi marcha. ¿Le hubiera ido a abrir el señor Nicolle? ¡Cuando pienso que me hizo reír la amenaza de Birmón al señor Nicolle!
—¿Quiere decirme qué hizo usted después?
—Ahora, con mucho gusto... Crucé la calle Réamur y fuí hasta la esquina de las calles de Aboukir y Montmartre, para esperar allí a mi amigo, José Souverán, con el que estaba citada, como todas las tardes. Vinimos directamente, a pie, por la calle Víctor Massé, cenamos en el restaurante de la "*Dinde bourrée*", que está al lado, y luego vinimos a bailar aquí.
Desde que el interrogatorio había comenzado, sin dejar de mirar a la muchacha, Collet vigilaba también al americano, que permanecía con la boca cerrada, pero sin perder una sola palabra de la conversación, y cuyos maxilares se contraían de vez en cuando, ¿en virtud de qué reflejo? Collet dejaba para más tarde el ponerlo en claro. Sacó un cigarrillo, pero al tratar de encenderlo se le escapó la caja de fósforos

de las manos; inclinóse para recogerla, y permaneció inclinado bajo la mesa durante más tiempo del que parecía necesario. Cuando se irguió miró a la joven con aire muy distinto.

Era que en la parte inferior de su vestido de crespón verde, y hacia el lado derecho, había visto una mancha de sangre del tamaño de una moneda de diez centavos, y otras dos, más pequeñas; tres manchas oscuras, que eran manchas de sangre.

—La verdad es que no estamos tranquilos para hablar en medio de todo este ruido. ¿Quiere usted venir hasta el muelle de los Orfebres, a la jefatura?

—¡Dios mío! — contestó precipitadamente Julieta Larbeau, y añadió volviéndose hacia su amigo: — José, volveré directamente a casa, cuando el señor inspector quiera dejarme en libertad. Nos veremos mañana en el mismo sitio.

—No, el señor Souverán nos acompañará también — dijo Collet.

Los tres se observaron durante un momento; Julieta y el policía dispuestos al combate, y el americano más turbado a cada instante.

—Si usted lo ha resuelto así — acabó diciendo la joven.

Un taxi les condujo a la policía judicial.

Los amantes siguieron en silencio al inspector, a lo largo de los pasillos mal iluminados y casi desiertos. Al llegar al segundo piso, un hombre, con la cabeza cubierta por un sombrero de fieltro, apareció al fondo del pasillo.

—Pierre — llamó Collet.

—No he podido echarle la mano encima — dijo el interpelado.

Se refería a Birmón.

—Ya hablaremos de eso. ¿Quieres venir a mi oficina?

Era ésta una pequeña pieza, con puerta vidriera, que estaba al final del pasillo, iluminada por una bombita de luz sin pantalla ninguna, que pendía de un cordón eléctrico del techo. No había en el cuarto más que una mesa de cajones y cuatro sillas de paja. Encima de la mesa, un tintero plano, una carpeta casi nueva y ni un papel. Del muro pendía un plano de París, arrancado de una agenda de algún gran almacén. Y eso era todo.

Collet sentóse detrás de la mesa, el inspector Pierre cerca de la ventana, y un poco apartado; Julieta Larbeau y Souverán tomaron dos sillas y se sentaron frente a Collet.

—¿Lleva usted un revólver consigo, en su cartera? — le preguntó bruscamente el inspector.

—Sí — contestó sin inmutarse Julieta Larbeau a la vez que abría su carterita y sacaba de ella una browning, pequeño modelo. Como vuelvo todas las noches a hora muy avanzada por la calle de la Estrapade...

—Tenencia de armas prohibidas... — murmuró el policía, no muy convencido con la explicación.

—Debo hacerle observar — replicó irónicamente la joven —, que no está cargado, y que no llevo cápsulas en la cartera. Pero tengo tanto miedo a los accidentes... o a las tentaciones... Así, descargado y todo, me ha servido ya dos veces para alejar a algunos que se me arrimaron demasiado, cerca del Panteón.

El inspector le devolvió el arma que había tomado de su mano, después de haber examinado el cargador.

—Y usted, señor Souverán, ¿está armado?

—Jamás — contestó el sudamericano.

—Decía usted, señorita, que, cuando salió del tercer piso de la calle de Réamur, el señor Nicolle quedaba sentado, sano y salvo, detrás de su mesa. Eran entonces las seis y cinco. ¿A qué hora se encontró usted con el señor Souverán?

—Diez minutos después, aproximadamente.

—¿Así que no fué él el primero en llegar a la cita?

Julieta dió pruebas de cierta vacilación, y se la vió visiblemente resistir a la tentación de volverse hacia su amante, que en aquel momento se secaba la frente con su pañuelo.

—En efecto — dijo al fin —; hube de esperarle unos cinco minutos.

—Y usted, señor Souverán, ¿podría indicarme el empleo de su tiempo a partir de las seis menos cuarto y la causa de su retraso?

—Yo — respondió el joven —, subí a mi departamento para cambiar de cuello, y mi reloj retrasaba unos minutos...

—¿Así que usted habita ahora cerca de la calle de Aboukir?

—En la misma calle de Aboukir, en la esquina de Réamur. La casa tiene la entrada por la calle de Aboukir, pero mi balcón da a la de Réamur...

El inspector comenzaba a estar satisfecho del giro que tomaba el asunto. Sin detenerse demasiado en las hipótesis, iba estableciendo una bastante plausible: que el sudamericano, por celos o por interés, cosa que ya se determinaría, había disparado contra el comerciante; que la joven, que había asistido al drama, creyendo a su patrón muerto y deseando salvar a su amante, huía inmediatamente después del hecho, y que el autor del mismo, luego de borrar todas las huellas de su paso, salía minutos después, e iba a reunirse con ella en la esquina de la calle Montmartre.

—¿Vive usted en una pieza?... ¿Una pieza amueblada?...

—Sí, una piecita, en el piso quinto, que la portera del inmueble alquila amueblada...

A punto estuvo Collet de lanzar una exclamación de triunfo. Aquella pieza situada en el piso quinto explicaba muchas cosas.

—¿Tira usted bien con revólver? — le preguntó.

—Muy bien, con revólver y con carabina. Anteriormente he ganado varios premios...

Y al pronunciar estas palabras se sonreía forzadamente. Es que en otros tiempos, cuando tenía dinero, practicaba los deportes.

—¿Cuáles son ahora sus recursos?

Collet ponía el dedo en la llaga, y el americano tuvo una sonrisa forzada.

—Mi padre me envía dinero.

—¿Cuándo se lo envió por última vez?

—Hace tres o cuatro meses.

—¿Y cuánto?

—Dos mil francos... Los he ido estirando...

—Yo le he prestado dinero — dijo interviniendo, vivamente Julieta —. ¡Oh! No es la primera vez; el señor Souverán me lo ha devuelto siempre, cuando recibía dinero de su casa.

Si no estuviera por medio la tentativa de asesinato, hubiera podido creerse que aquella cuestión del dinero prestado era la única cosa que inquietaba a los dos amantes.

—¿Así, que es usted rica, señorita?

—No soy rica — dijo con sequedad Julieta Larbeau —, pero puedo hacer eso.

—¿No tiene usted novecientos francos de sueldo?

—¡Gana tres mil francos por mes! — lanzó el acompañante.

Así se lo había dicho ella, para explicarle el costo de sus trajes, el dinero que gastaba y el que le prestaba a él. El joven le había lanzado una mirada de sospecha.

—Sí, tres mil — dijo ella.

Collet tomó nota de aquella mentira flagrante, descubierta entre ambos, sin la menor satisfacción, porque aquella mentira venía a destruir en parte su naciente hipótesis: la de la complicidad en el interés. José Souverán no era entonces más que un verdadero amante, con apuros de dinero, que aceptaba adelantos de su amiga, y que no habría matado, de acuerdo con ella, para despojar al comerciante. La hipótesis del robo se desvanecía al primer examen, el policía se daba cuenta clara de ello; ambos amantes se [illegible]bieran al menos asegurado de que su víct[illegible] estaba en efecto muerta. Quedaba sólo la [illegible]pótesis del crimen pasional.

—Si he comprendido bien — continuó [illegible] inspector —, la pieza de usted da a la calle [illegible] Réamur, no lejos de la oficina del señor [illegible]colle.

—Enfrente mismo.

—¿Tiene usted armas en su casa?

—Tengo una carabina de concurso y un [illegible] de pistolas de duelo.

—¿Revólver, no?

—No. Y además, no he tocado mis arm[illegible] que están en el fondo de un baúl, desde [illegible] dejé el departamento que ocupaba en la [illegible] Tilsit, hace un año.

Todo aquello se comprobaría; no había [illegible] que impedir al americano que volviera sol[illegible] su casa, y entretenerle hasta que fuera de [illegible]

El quinto piso lo explicaba todo, y [illegible] especialmente que la bala de un revólver [illegible] no hubiera atravesado, de parte a parte, [illegible] cuello de la víctima. La bala había sido [illegible]parada desde el otro lado de la calle, de [illegible]ba abajo, del quinto piso al tercero. [illegible] veía con el pensamiento la sonda del mé[illegible] que iba a buscar la bala en el cuello del [illegible]merciante, y el trayecto oblicuo que para [illegible] hacía.

Pero quedaba un único punto oscuro: [illegible] las dos ventanas de la oficina del señor [illegible]lle se hallaban cerradas o empujadas. Aun[illegible] en esto era donde Julieta Larbeau podía ha[illegible] representado su parte en el drama.

—¿Podría usted — dijo amablemente el [illegible]licía trazarme una descripción de la situac[illegible] de su pieza, de la calle y de la oficina del [illegible]ñor Nicolle, tal y como la ve desde su ca[illegible]

—Sí, señor.

—¿Es que sospecha usted que el señor S[illegible]verán haya matado al señor Nicolle? —[illegible]clamó Julieta Larbeau.

Trataba de dar un tono de indignació[illegible] sus palabras, pero lo lograba mal. Desde [illegible] momento en que el policía le había habla[illegible] de sus recursos económicos, la joven de[illegible] traslucir su nerviosidad. Collet juzgó que [illegible]bía llegado el momento.

—Pierre — dijo —, ¿quieres llevarte al se[illegible] Souverán a tu cuarto, y darle papel para [illegible] plano?

El inspector Pierre se levantó, hizo [illegible] delante de él al americano, y después [illegible] la puerta.

Apenas desaparecieron los dos hombres [illegible] antes de que Collet hubiera tenido tiempo [illegible] preparar su frase de ataque, la joven rom[illegible] a llorar. A pesar de su energía y de los [illegible]fuerzos que hacía por dominarse, tardó [illegible] rato antes de poder hablar. Al cabo, pasó [illegible] gesto brusco el pañuelo sobre sus ojos.

—¿Por qué — preguntó con vehemenci[illegible] insistió usted en lo que yo ganaba? Ya [illegible] había costado no poco trabajo hacerle [illegible] que ganaba tres mil francos por mes y que [illegible]nía algunos ahorros. Ahora tendré que [illegible]menzar de nuevo... José es un hombre [illegible]rado, un hombre leal. Si no hubiera sido [illegible] la crisis, estaríamos casados, y seríamos [illegible]ces. Pero no ha querido casarse desde el [illegible]mento en que su padre experimentó difi[illegible]tades grandes. No quería vivir a costa de [illegible] mujer. Y tampoco quería que después de [illegible]sados continuase yo trabajando... Int[illegible] trabajar, pero no encontró nada... Quizá [illegible] admitan como bailarín en el *Poisson* [illegible] en espera de que se arreglen los asuntos de [illegible] padre... Y yo hago todo lo posible por [illegible]servarle hasta entonces... Pero era nece[illegible] que no sospechase que yo pertenezco a [illegible] que no sea él... Me había ya perdonado [illegible] pasado... Todo eso había terminado, [illegible] sido olvidado. Y ahora usted le ha dado [illegible] nuevo motivo para que sospeche...

—Usted, señorita — le interrumpió el [illegible]

licía –, se olvida de que hay un hombre herido, que acaso no salga con vida de ello. Y que al lado de eso sus historias personales son mucho menos importantes...

–¡Y a mí que me importa el asesinato del señor Nicolle! ¡Qué viva o muera me tiene sin cuidado! ¡Lo que me interesa es mi felicidad, y José... Lo demás puede venirse abajo!

Aquel apasionado arranque hubiera podido conmover al inspector, si no existieran las tres manchas de sangre en el borde del traje verde.

–Y ahora – continuó con mayor violencia la joven –, va usted a sospechar de él, a molestarle.

–Basta, señorita. Yo cumplo con mi obligación. Mi misión es hallar a la persona que disparó contra el señor Nicolle, y, hasta que haya prueba en contrario, puedo sospechar de José Souverán.

Julieta Larbeau rió despreciativamente.

–¡A él! Pero si estaba conmigo cuando el señor Nicolle fué herido.

–No, él no estaba con usted; pero usted sí estaba con el señor Nicolle.

–No comprendo.

–Me sorprendería mucho. Usted mintió al afirmar que en el momento de salir, el señor Nicolle se quedaba sentado detrás de su mesa y que no estaba herido...

–Yo no he mentido...

–El señor Nicolle fué herido cuando usted estaba en su habitación.

–Eso es falso...

–La ventana de la derecha estaba abierta...

–Estaba cerrada o empujada...

–Pero no lo suficiente para no dejar el paso a una bala. Su amante ha disparado desde el quinto piso. La dirección de la herida lo prueba. El disparo ha sido hecho de alto abajo, en dirección oblicua; ya calcularemos el ángulo... Y usted se ha dado perfecta cuenta de que había sido su amante, quien, sin duda por celos, había disparado. Creyendo que el señor Nicolle estaba muerto, usted salió, sin más preocupación que disimular su alteración, para salvar a su amante y salvarse a sí misma. Pero usted misma se ha traicionado...

–¡Yo!...

–Sí, usted. ¿No recuerda la recomendación que le hizo al portero al salir?

–Le dije que el señor Nicolle iba a bajar...

–Y le pidió que diera una vuelta por la oficina cuando saliera el señor Nicolle.

–Es una recomendación normal que le hacía todas las tardes cuando me iba la primera y el señor Nicolle se quedaba arriba. Muchas veces le ha ocurrido dejar encendida alguna luz.

El policía se echó hacia atrás y rompió a reír.

–¡Una luz encendida! ¡En pleno mes de agosto, a las seis de la tarde y en una pieza en la que se ve perfectamente hasta las nueve de la noche!

La observación alcanzó el blanco. Julieta Larbeau mordió nerviosamente los labios y no respondió nada.

–De consiguiente, usted deseaba que el crimen se descubriese lo bastante pronto para que quedase completamente envuelto en el misterio. Era preciso que entre su salida de la oficina y el descubrimiento, no hubiese lugar para colocar la visita de una tercera persona. Acaso ha hecho usted todo eso para que los cargos contra el señor Birmón no fuesen demasiado aplastantes, desde su ridícula amenaza.

Julieta Larbeau pareció medir al policía con la vista, evaluando su inteligencia y su perspicacia.

–Nada le permite semejantes sospechas – dijo al fin –. Le aseguro a usted que el señor Nicolle no estaba herido cuando yo salí de

la oficina. Pero espero, además, que su herida no sea tan grave como dice usted y que él mismo confirme lo que yo digo. ¿Adónde le han llevado?

—A la Clínica Champard.

—Me alegro; allí le han atendido ya muy bien.

—Espero, como usted, que el señor Nicolle pueda hablar — replicó el inspector, levantándose y pasando sin prisa al otro lado de su mesa.

Y, bajándose súbitamente, tomó el borde del vestido de la joven.

—¿Y esto? — dijo mirándola de hito en hito, para no perder ninguno de sus gestos —. ¿Puede usted decirme de dónde proceden estas manchas?

Julieta Larbeau tuvo un movimiento de sorpresa y de viva contrariedad, que no probaba nada en fin de cuentas, porque podía explicarse de muy diversas maneras. Tomó la tela entre sus dedos y la levantó para iluminarla mejor.

—Esto — dijo — son manchas no sé de qué; tendré que llevar el traje a la tintorería para que lo limpien.

—No le llevará usted a la tintorería, porque, si no me equivoco, son manchas de sangre...

—¡De sangre!

—Hasta que se demuestre otra cosa. ¿Podría decirme dónde ha podido usted mancharse de sangre?

Julieta Larbeau frunció el entrecejo e hizo un esfuerzo como para recordar rápidamente en qué momento y circunstancias podía haberse causado aquellas manchas. Mientras ella permanecía con la cabeza inclinada, buscando en su memoria, el policía, en pie ante ella, esperaba la respuesta.

—Pues no sé dónde — empezó a decir.

Pero volvió la cabeza al oír que la puerta se abría. Eran el inspector Pierre y José Souverán que entraban; el policía traía una hoja en la mano.

Collet tuvo un gesto de contrariedad; su colega no había comprendido que el dibujo del plano no era más que un pretexto, y que hubiera debido esperar a que Collet le llamase para regresar.

Julieta Larbeau rompió en una carcajada que resonó mal en aquella pieza poco iluminada.

—Ya que pregunta usted tanto, señor — dijo —, ¿por qué no pregunta usted al señor Souverán cuándo y dónde se hirió en la mano derecha?

Y volviéndose hacia su amigo, añadió con tono ligero:

—José, parece que sospechan de que eres tú quien ha disparado contra el señor Nicolle.

El sudamericano extendió su mano, con la palma hacia arriba, y miró primero a Julieta y luego a los dos policías, con aire de estupefacción. Si representaba una comedia, al menos la representaba maravillosamente, tan bien como la misma joven. Sin esperar a que le interrogaran, explicó:

—Ha sido en la *Dinde Dorée*, donde los cuchillos cortan demasiado. Al cortar el pan me arañé el pulgar y he sangrado un poco.

Los policías vieron una pequeña señal roja en el dedo pulgar, el corte debió ser muy superficial.

—¿Cómo estaban ustedes colocados en la *Dinde dorée?*—inquirió Collet.

—Yo sentada en la banqueta — contestó Julieta —, y frente a mí, en una silla, José.

—¿Y sacudió su dedo por debajo de la mesa?

—No me acuerdo.

—¿Es usted zurdo, señor Souverán?

—No.

—Tiene usted, para cortar el pan, el cuchillo en la mano derecha; ¿cómo entonces se ha herido el pulgar de la mano con que manejaba el cuchillo?

—Como me ha sucedido otras veces, en que me he cortado apoyando el dedo sobre la hoja.

El sudamericano contestaba con toda calma, sin manifestar la menor inquietud, desde el momento en que ya no se trataba de cuestiones de dinero y que era sospechoso de haber realizado el crimen. Julieta Larbeau lanzó una mirada irónica hacia Collet. La había ganado la partida. Pero se precipitó demasiado pronto.

—El señor Nicolle le confirmará cuanto le acabo de decir...

En seguida se arrepintió de sus palabras al ver que el rostro de su amante se crispaba, víctima de los celos que le devoraban y que el policía tenía una sonrisa nada tranquilizadora.

Sin abandonar en nada su hipótesis acerca de la culpabilidad del sudamericano, Girardon-Collet comenzaba a entrever una complicidad entre el comerciante y su secretaria, complicidad negativa, ya que se trataba únicamente de dar una falsa pista a la investigación. ¿Por qué razón el señor Nicolle, que era el herido, apoyaba a Julieta Larbeau? Aquí era donde se acumulaban los puntos oscuros. Pero el inspector tomaba interiormente la resolución de interrogar al comerciante, tan pronto como éste pudiera hablar, y antes de dejar que estableciera contacto con la joven.

LA VENGANZA DE NICOLLE

La clínica Champard exhibía sus cinco metros de fachada, sus cuatro pisos y sus altas ventanas, en la calle de la Pompe, entre la avenida de Henri Martin y la de Passy. En la parte posterior de

edificio había un jardín que estaba a la disposición de los internados convalecientes.

El doctor Champard tenía su clientela propia, pero la mayor parte de la clínica estaba a disposición de una decena de médicos cirujanos cuyos enfermos no daban importancia a los precios elevados.

Habiéndose ocupado anteriormente del señor Nicolle el doctor Champard, él mismo se encargó del herido tan pronto como la ambulancia lo condujo a la clínica. Era el doctor un hombre alto, de barba y cabellos rojos, ojos claros y gestos y palabra plácida. Tenía adquirida una reputación de primera línea, debido a la rapidez y seguridad de sus diagnósticos, fama que había reforzado la exactitud de sus intervenciones durante veinte años de práctica quirúrgica.

La extracción de la bala, luego de cloroformizado el paciente, fué cosa sencilla.

—En cuanto a las consecuencias — dijo el cirujano al médico que le asistía y que anestesiaba al herido —, nada podremos ver, con seguridad, hasta que transcurran unos días. La herida no está infectada; en menos de una semana cicatrizará. Y por lo que se refiere a los nervios interesados, no habrá más que la electricidad; el tiempo y la reeducación harán lo demás...

—¿Se le puede poner en un cuarto que dé a la calle?

—Sí, desde luego.

Era que los cuartos que daban al jardín quedaban reservados para los heridos graves.

—De la policía judicial han telefoneado para saber si el herido podría ser interrogado esta tarde.

—¡De ningún modo! — protestó el cirujano, que defendía siempre por principio a sus enfermos —; queda prohibido hacerle hablar antes de mañana. Ponga usted de guardia a Emilio; si piden noticias, que conteste él.

Cuando, hacia las diez de la noche, se despertó el señor Nicolle, antes de recobrar plenamente el sentido de la realidad, su mirada vaga se detuvo en las anchas líneas de luz que se trazaban sobre el blanco muro. El dolor le hizo volver completamente en sí; no sufría mucho, experimentaba más bien, como un penoso entorpecimiento general. Analizó en seguida aquéllas anchas rayas; la luz venía de la calle y pasaba a través de las maderas de las persianas. Los cristales de las ventanas no tenían cortinas.

Lanzó un gemido. Emilio, que estaba hundido en un gran sillón situado a la cabecera del lecho, pero que no dormía, acudió a su lado y le pasó por los labios un algodón humedecido en agua.

—¡Agua! — pidió el herido.

—Todavía no es posible, señor — dijo el enfermero humedeciéndole de nuevo los labios —. No hable usted. Esto no es nada; el doctor Champard me ha encargado que se lo diga así. Trate usted ahora de dormirse.

El señor Nicolle no dijo nada más, pero no se durmió. Cerró los párpados, hasta que el enfermero volvió a su sillón; abriéndolos luego de nuevo, trató de darse cuenta.

Había estado trabajando hasta las seis. Recordaba haber oído las seis campanadas en el reloj de la pieza de Julieta. Esta había entrado casi seguidamente, o, mejor dicho, había asomado la cabeza diciendo:

—Me marcho, ¿no me necesita usted?

Ella no le había tuteado nunca, porque sus relaciones se habían organizado normalmente después de su breve aventura sentimental.

Él le había contestado:

—No; no te necesito. Además, me voy a ir yo también, en seguida. ¿No quieres comer conmigo esta noche?

—Tengo que salir, estoy citada con una persona.

—Pero puedes darme un beso.

Entonces ella había entrado en la habitación, y él, levantándose, había dado la vuelta alrededor de la mesa para ir a su encuentro.

—Estás muy linda — dijo —. El verde te sienta muy bien.

Ella, sonriendo, le había ofrecido los labios... Ahora se contentaba con eso. Antes le había prometido divorciarse y casarse con ella después.

Creía entonces en la fidelidad de su esposa, y la sacrificaba brutalmente, como lo que era, un implacable egoísta. Encargó a una agencia de informaciones que la vigilaran, tan sólo con la idea de dejar confusa a su mujer, haciéndole ver que conocía el empleo de todos sus minutos y poder así atraparle en mentirillas insignificantes. Pero el hombre que la seguía descubrió que su mujer le engañaba; que dos o tres veces por semana iba a encontrarse con Carlos Birmón, su mejor amigo, su salvador. Subía a un auto con él y se iban no se sabía adónde, porque el detective encargado de seguir sus pasos no había podido seguir la pista hasta el final. Las desapariciones eran cortas; jamás excedían de tres horas, y al regresar, Berta Nicolle podía explicárselas siempre por una visita a los grandes almacenes o una sesión de cine.

Aunque Nicolle estaba dispuesto a abandonar a su mujer, no le perdonó que le engañara. Y no perdonó tampoco a Birmón. No pensaba más que en vengarse. Durante una discusión con su mujer, con motivo de volver ella a casa un poco tarde, había él dejado escapar todo lo que sabía, menos el nombre de Birmón. Habló tan sólo de un amante; agarró a su mujer por el cuello y, desencadenada ya su brutalidad, la abofeteó y le machacó el rostro a puñetazos.

Con el rostro ensangrentado, la desdichada perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí, en el mismo sitio en que había caído, en el centro del salón, su marido, que la espiaba resoplando, le dijo con voz sorda:

—He de mataros a los dos.

A ella le faltó el valor para hacer público el escándalo, yendo a la comisaría próxima a denunciar que había sido maltratada; más tarde debía lamentar no haberlo hecho así. Al día siguiente desapareció del hogar.

En cuanto a Nicolle, él no cometió errores: hizo constar el abandono de su mujer y se reservó sus derechos.

No volvió a verla más que una vez, en la calle Réamur, en la vereda, en donde ella le abordó, para pedirle que iniciara las gestiones necesarias para obtener un divorcio rápido.

—El divorcio, jamás —le contestó burlón.

—Yo sabré obligarte a ello — le replicó su mujer.

Había cambiado mucho desde su desaparición. No debía sentirse muy desgraciada, a despecho de su falsa situación. Aunque de menuda estatura, parecía esbelta en medio de la multitud; delgada, con su pequeña cabeza, los ojos vivos, cabellos muy negros, cejas bien dibujadas y largas pestañas, la piel mate; vestida con sobriedad, pero con un conocimiento perfecto de lo que le sentaba bien, era una estatuilla preciosa y frágil, cerca de la figura alta y maciza de su marido.

Lo que había cambiado en ella era su actitud. Nicolle la había visto siempre oscurecida, casi sometida, abrigándose tras la sombra de su formidable estatura. Al replicarle ahora que ella sabría obligarle al divorcio, revelaba una voluntad precisa, disimulaba apenas una amenaza, y se mostraba segura de sí misma.

Separáronse bruscamente, al cabo de algunos minutos. Fué el quien tomó la iniciativa de esta separación, subiendo a su auto y poniendo el motor en marcha. Su partida se asemejaba a una huída.

Hasta el día aquél había dejado correr las cosas, esperando los acontecimientos, deseoso de vengarse, pero sin saber cómo lograrlo.

Pero aquellos minutos de conversación, mantenida sobre la vereda, en medio de toda aquella multitud que caminaba hacia la Bolsa, habían bastado para darle una directiva. Oponiéndose al divorcio, envenenaba la existencia de los dos amantes. Los conocía sobradamente para sospechar que padecían ya con su situación irregular. Su venganza era sencilla y la tenía bien a mano; le sacrificaría hasta sus mismas posibilidades de dicha.

Al día siguiente pudo darse cuenta de lo que esta decisión iba a costarle. Julieta también por su parte conllevaba con impaciencia su misma posición insegura. Tan pronto como él le refirió el encuentro con su mujer, aquella le planteó claramente la cuestión.

—Eso es estúpido — dijo encogiéndose de hombros —. ¿En qué situación me deja a mí esa resolución? Usted me hizo una promesa bien clara: divorciarse y casarse conmigo. El divorcio lo tiene usted al alcance de la mano y en excelentes condiciones, con todas las culpas a cargo de ella; nada mejor podía usted desear. ¡Y ahora, por una mezquina consideración de amor propio de hombre, me sacrifica usted! Libre es de proceder como quiera, y nada le reprocho; pero ya comprenderá que yo tengo que realizar mi vida y que no puedo contentarme con esta situación de espera. Puede usted reemplazarme como secretaria. En cuanto a lo demás, todo ha terminado desde hoy. Cuando se divorcie usted, si yo estoy libre aun, volveremos a hablar de nuestros proyectos.

Faltóle a él valor para separarse definitivamente de ella y le había propuesto una transacción: permanecería a su lado como secretaria, y volverían a sus relaciones de antes de la aventura.

Ambos se adaptaron rápidamente, tras de un breve período molesto. Cuando él se sentía demasiado solo, la invitaba a comer. Ella aceptaba de buen grado o se negaba. Julieta admitía que él continuase asegurándole una vida un poco más amplia de lo que hubieran permitido sus ingresos. Le daba dinero para que no sintiese la tentación de recibirlo de otro, y abrigaba la esperanza de que se contentase con vivir bien sin buscar consuelos sentimentales. Cuando llegó a adivinar que podía tener un amante, tuvo un breve acceso de cólera; pero Julieta cortó bruscamente sus reproches, y él acabó por aceptarlo todo. No desesperaba de que, una vez que hubiera logrado sus fines en lo concerniente a su mujer y a Birmón, podría pasar la esponja sobre este turbio período, y recobrar a la joven, rehaciendo con ella su vida...

Así que ella le había sonreído aquella tarde, ofreciéndole los labios... Un rayo de sol que pasaba a través de un desgarrón de la cortina de la ventana, a medio bajar, iluminó sus rubios cabellos. Le besaba ella de vez en cuando, y si él se lo pedía, pero sin dar ninguna importancia a aquel beso. Sí, ella estaba ante él, con el pensamiento muy lejos, sin duda en su cita, y Nicolle iba a inclinarse hacia ella...

Y aquí surgía una laguna de algunos segundos...

Había vuelto en sí, agitándose con los brazos en el vacío, con la garganta bruscamente seca. Recordaba haber oído el grito de Julieta, que le agarraba por la manga, pero él se desplomaba sobre la alfombra, luchando contra un nuevo desvanecimiento. Su brazo derecho le pesaba terriblemente y algo cálido le corría por el cuello y el pecho. Dióse cuenta de que estaba herido, pensó en la amenaza de Birmón, en los ojos negros de su mujer y no tuvo más que una preocupación: evitar molestias a Julieta, no hacerle faltar a su cita...

—Vete, Julieta —pudo ordenarle al fin—. Esto no es nada. Yo me las arreglaré... Tú no sabes nada... Vete en seguida...

Ella había querido telefonear a un doctor; pero él se lo había prohibido.

—Yo lo haré... Vete. Tú no has visto nada... No es cosa grave.

Deseosa de encontrarse pronto con José Souverán, Julieta había salido, con el mismo egoísmo monstruoso que Nicolle, cuando quería sacrificar a su mujer. Debía estar muy convencida de que la herida no era grave. La sangre no corría en abundancia; se deslizaba bajo el cuello de su camisa en una rayita roja que iba a perderse entre sus ropas.

Y Julieta Larbeau partió sin inquietarse por el origen del drama.

¿De dónde procedía la bala?

Tendido sobre su lecho, con los ojos fijos en las persianas y contando inconscientemente los pocos taxis que pasaban por la calle, el señor Nicolle hacía un esfuerzo para recordar los detalles. Al entrar en la pieza, Julieta había cerrado la puerta. La ventana de la izquierda estaba cerrada; la de la derecha apenas entreabierta. Birmón no estaba en la pieza. Había debido tirar desde el exterior. Pero no había balcón en el cual poder mantenerse. La ventana estaba en el tercer piso. Acaso se había situado en el inmueble de enfrente. ¡Pero aquello era estúpido! Lo primero, porque Birmón no sabía tirar, ni apuntar siquiera. En el jardín de la villa de Saint-Cloud había tirado algunas veces al blanco con carabina; cuando tocaba el cartón era por pura equivocación. ¿Cómo hubiera podido además entrar en la casa de enfrente? Aquello era imposible. Allí, en el tercero y cuarto piso del inmueble de enfrente, estaban las anchas ventanas con cristales, protegidas por rejas de la casa Berlín de tejidos: edificio de cristal, lleno de empleados.

Y sobre todo, que Birmón no podía estar en aquellos lugares. Tenía no poco que hacer, corriendo a la busca de los cuarenta mil francos para su vencimiento del día siguiente. Y en cuanto a su amenaza, ¿es que podía ponerla en ejecución después de la llamada telefónica al comisario?

El señor Nicolle pensó después en los ojos de su mujer, cuando se encontraron en la vereda de la calle de Réamur. Eran los ojos de una mujer resuelta a atacar. Ella era quien había disparado. Simplificaba así la acción de divorcio. Debía haber estado preparando el golpe durante seis meses de silencio. Ella sí que tiraba bien; en el jardín de la villa de Saint-Cloud, iba agrupando hábilmente sus balas en el centro del cartón, tanto con la carabina como con el revólver. ¿Cómo habría podido entrar en las oficinas de los *Tisús Berlín*? La policía aclararía la cosa.

Ya tenía su venganza. El doctor Champard le enviaba a decir que la herida no ponía en peligro su vida, y Nicolle lo esperaba así. La vida sería magnífica, después del juicio ante los tribunales criminales, o mejor dicho, correccionales, en los que su mujer y Birmón se verían cubiertos de lodo.

Pero, ¿por qué había partido tan fácilmente Julieta, sin inquietarse de dónde venía la bala, sin preocuparse del asesino, que podía repetir su atentado si llegaba a darse cuenta de que su víctima no había sido herida de muerte? Es que tenía prisa, y no quería llegar tarde a su cita. Nicolle no había visto nunca a José Souverán, pero conocía su existencia, tenía la descripción del americano en una de las fichas de la agencia de investigaciones privadas. Le asombraba a él no odiarle con la misma intensidad con que odiaba a Birmón; pero no investigaba cuál era la causa de ello. Cuando Julieta partió, había oído sus pasos en la pieza de al lado, y luego cerrarse la puerta. Quiso entonces levantarse, llegar hasta el teléfono, para llamar a su médico, avisar a la policía. Pero había caído de nuevo dentro de aquel vacío en el cual sólo flotaba el recuerdo de algunas pesadillas. Unos hombres inclinados sobre él le habían dado de beber.

Y ahora se encontraba en aquel lecho, contemplando las persianas, mirando las rayas luminosas sobre el blanco muro y sobre el techo, con un enfermero al lado en el sillón, y sintiendo el brazo pesado, un hormigueo en la punta de los dedos, la garganta seca y las vaharadas del éter en la [illegible]

LAS COARTADAS DE LA SEÑORA NICOLLE Y DEL SEÑOR BIRMÓN

Con el receptor al oído, el inspector [illegible]radon-Collet refunfuñó:

—¡Imbécil!

Al otro extremo del hilo, su colega, el inspector Pierre, se sobresaltó.

—¿Qué te pasa? — preguntó.

—No se trata de ti —contestó Collet—, sino de Birmón, que viene a echarlo todo por tierra. No es posible que se haya volatilizado.

Birmón había pasado la noche fuera de su casa; a las once de la mañana no se había presentado aún en su oficina, y no se le había visto por allí en todo el resto de

mañana. Y, sin embargo, debía haber visto los diarios que publicaban dos columnas acerca de "El crimen de la calle Réamur", y saber desde hacía muchas horas, que su amigo había recibido una bala en el cuello, ¡suponiendo que no tuviera él nada que ver con el asunto!

–Acabará por venir; quédate ahí y que no se te escape. Million y Janais se ocupan también él.

–Estoy en la cigarrería de frente a la casa. No me muevo de aquí... ¡Oh, oh! ¡Espera! Me parece que es la pajarita...

–¿La señora Nicolle?

–Sí. Se detiene ante la puerta y levanta la nariz. Sí, son sus señas. Ahora entra... ¿Te la llevo?

–Y rápido... Algo es algo — añadió Collet colgando bruscamente el aparato.

El asunto era en verdad tan sencillo como inconsistente. La pesquisa realizada en casa de José Souverán a las ocho, no había dado ningún resultado. La pieza que habitaba el americano era pequeña y abuhardillada, estaba escasamente amueblada; en el fondo de una de las dos valijas que había en la pieza, entre los libros y las ropas, la policía había encontrado la carabina y las pistolas, pero ningún revólver Colt ni balas.

Desde la ventana se veía la oficina del señor Nicolle, que no estaba frente a aquella, sino a unos veinte metros a la derecha. Para poder acertar a un hombre situado allá abajo, hacía falta ser un magnífico tirador, ¡sobre todo con un revólver! Y más aun, cuando la bala no había ni siquiera rozado los montantes de la ventana y había ido derecha al blanco.

Y Souverán no se reprimía de decir:

–Eso no es imposible..., con un Colt que me fuera familiar yo haría fácilmente ese blanco.

Para añadir en seguida con la mayor calma:

–Pero no he tenido un Colt en mi vida, y no he sido yo quien tiró.

El asunto no le interesaba en lo más mínimo: no debía ya tener importancia para él ni siquiera lo relativo a los préstamos de dinero de Julieta Larbeau, que al principio le habían inquietado y molestado. Estaba entregado completamente a sus celos, y pasaba por una crisis que sólo se exteriorizaba por miradas rápidas lanzadas sobre su amante.

Julieta Larbeau evitaba encontrarse con sus ojos. Sólo quería estar atenta a los cargos que se acumulaban contra él. Discutía su retardo en llegar a la cita del día anterior, le disminuía siempre en algunos segundos y no se perdonaba el haber motivado que la investigación se dirigiera por aquel camino.

El policía debía leer en ella como en un libro abierto. Al regresar a la policía judicial la había acorralado con sus preguntas directas y precisas. Se encerró durante más de una hora a solas con ella, en su oficina, y, sin hacer de nuevo referencia a las tres manchas de sangre de su vestido, había querido atraparla en una contradicción, para conducirla a confesar que ella estaba presente en el estudio de Nicolle cuando éste cayó herido.

–Usted le vió caer; al caer le salpicó con su sangre. Y usted se marchó sin prestarle socorro, sin llamar a un médico, sin avisar a la policía... ¿por qué?

–Yo no estaba allí cuando el señor Nicolle fué herido.

La joven se encerraba en esta negativa. Estaba fatigadísima y se caía de sueño. Al finalizar la madrugada se había quedado adormecida durante una hora, sentada en la silla, y la fatiga la invadía ahora por completo. Se encontraba molestísima con su ropa interior del día anterior, y sin haber podido hacer su *toilette*. Por dos o tres veces se puso de nuevo polvos y rojo en los labios, menos por coquetería que por conservar durante algún tiempo aun su aspecto de mujer independiente y luchar contra aquel hombre, que la interrogaba sin violencia, pero que hacía eternamente las mismas preguntas, que volvía una y otra vez sobre cuestiones desprovistas de importancia, y que montaba todo un edificio sobre naipes.

–Usted se marchó... Eso es que usted le creyó muerto o herido muy levemente. ¿Usted creyó que estaba muerto?

–Yo no estaba allí...

Esa era su única tabla de salvación. Mientras que pudiera seguir afirmándolo, Julieta esperaba sacar a su amante del paso. Pero empezaba a flaquear. Sentía hambre y sed. No le habían dado más que una taza de café, muy cargado, y un vaso de agua.

–¿No le creyó usted muerto? Se habría asegurado de ello, le habría tocado, tendría forzosamente sangre en las manos, algo más que esas tres manchas, tan destacadas...

Julieta Larbeau no intentaba ya seguir afirmando que aquellas manchas de sangre procedían de la herida del pulgar de José Souverán. ¡Había experimentado tal sensación de triunfo cuando recordó la ligera herida del americano! ¿Por qué el policía volvía siempre a ese tema y no la creía? Era, sin embargo, bien admisible.

–Si hubiese usted tenido otras manchas de sangre, hubiera usted examinado toda su ropa... ¿Es que no estaba muerto y que no tenía aspecto de estarlo?... ¿Tampoco estaba gravemente herido? Si hubiera estado herido de gravedad, no le hubiese usted dejado, tendido sobre la alfombra, sin sentido, ¿verdad? Usted tiene aspecto de ser bastante egoísta, pero, sin embargo, le hubiera prestado socorro si hubiese caído sin conocimiento allí, ante usted, ¿no es así?...



—Yo no estaba allí...

—Sí, estaba usted allí. Si no hubiera estado, habría reaccionado, a buen seguro, de manera muy distinta, cuando en el *Poisson bleu* le hice saber que su patrón había sido herido. Aunque es usted bastante dueña de sí misma, no hubiera dejado de pedirme al menos algún detalle del hecho: sólo se ocupó usted de lanzar el nombre de Birmón, que tenía ya preparado... Pero dejemos de lado a Birmón... ¿Así que el señor Nicolle sólo estaba herido levemente? O al menos así lo creyó usted. ¿Se marchó usted porque creyó que podría arreglárselas solo? ¿Pero, por qué no me mira usted de frente?

—Porque estoy muerta de cansancio.

La joven se encogía en su silla, con la cabeza más inclinada cada vez, fijando sus ojos, primero en una pata de la mesa, luego sobre sus propios zapatos; apoyando los brazos sobre las rodillas... No era sólo la fatiga lo que la anonadaba... Es que aquella habitación amarillenta le parecía reducirse en torno suyo..., que las palabras del policía formaban círculos cada vez más estrechos; en medio de esos círculos estaban ella y el drama, y el policía iba acercándose... Aquel hombre insignificante se hacía formidable; decía exactamente lo que ella pensaba; la forzaba a vivir por segunda vez la escena de la oficina para leer en voz alta en su pensamiento... Por eso no quería ella mostrarle sus ojos y miraba a sus pies. Trataba de pensar en otra cosa; se repetía en su fuero interno: "¡Yo no estaba en el estudio! ¡No, no estaba en la pieza cuando Nicolle cayó!... ¡No estaba!...", y se lo repetía mentalmente con la esperanza de que el policía acabase por leer esa misma afirmación en su pensamiento, como parecía leer lo demás.

De pronto rompió a llorar.

—¿Estaba usted allí?

—No, yo no estaba. No, no y no.

Había creído Collet que las lágrimas anunciaban la confesión, y Julieta Larbeau continuaba llorando y diciendo que no. La escena se prolongó durante largo tiempo. El policía daba tres pasos a un lado, tres a otro, de la pieza, infatigablemente. Fumaba sin descanso. Hablaba con una entonación terriblemente monótona y natural. Hablaba y caminaba. No se detenía sino de vez en cuando, para hacer una pregunta.

—Estaba levemente herido... ¿Por qué se marchó usted dejándole así? ¿No podría usted, por lo menos, haber telefoneado a un médico? ¿O es que se aseguró usted de que el señor Nicolle no corría peligro alguno? ¡Eso no es posible! Es que si se hubiera usted quedado allí ya no hubiese podido salir... ¿Por qué se marchó? ¿Por qué la dejó marcharse el señor Nicolle?... Porque es evidente que no se marchó usted por su propia iniciativa... Si él le hubiera dicho que se quedase, que telefonease, usted se hubiese quedado... ¿Fué él quien le dijo que se marchara? ¿Por qué?... ¿Para no comprometerla?... ¿No?... Usted no estaba comprometida. Quedándose a su lado, su situación estaba muy clara, ya que el disparo había venido del exterior... ¿Es tan sólo que quiso evitarle enojosas molestias?... Así es, ¿no?... ¿No es eso?

—Yo no estaba allí...

Las crisis de lágrimas de Julieta no eran de mucha duración. La joven se decidió a abrir su saco, secarse los ojos y empolvarse de nuevo el rostro; después se pasó el peine por los cabellos.

"¡Me fastidié!" — pensó Collet.

Se le escapaba de nuevo, en el preciso momento en que creía haberla atrapado. Pero continuó impertérrito:

—¡Ah, ya caigo! ¿Es que la quería a usted de verdad? ¿Era en algunos momentos sentimental ese tiburón? ¿Le daba a usted dinero y no era usted, sin embargo, su querida!... Y sólo para evitarle a usted molestias fué por lo que le pidió, o le ordenó, que le dejase arreglárselas solo... Es muy posible, después de todo. Ya he conocido yo un tipo de esa clase. Pero, ¿por qué le obedeció usted? Usted no es mujer que se asuste de las molestias y no le tenía una animadversión especial para dejarle herido y tendido sobre el suelo... ¡Y, sin embargo, se marchó usted! Eso es lo formidable, señorita Larbeau. ¡Que usted se marchara! Es que iba de prisa a una cita... Y José Souverán llegó tarde a esa cita...

Julieta no podía dejarle ir más allá en sus deducciones. Sobrado sabía a dónde ellas le conducirían en breves momentos: hasta José Souverán y a la culpabilidad del joven.

En efecto, si ella se había marchado precipitadamente de la oficina, era porque inmediatamente había creído comprender la verdad de lo ocurrido: que Souverán, apostado a su ventana, desde el otro lado de la calle, había visto a Nicolle y a su secretaria darse un beso; que Souverán, probablemente testigo ya de otros besos iguales, esta vez había disparado su revólver, y luego empleaba diez minutos en hacer desaparecer el arma. ¡No es tan fácil hacer desaparecer un arma que ha de ser buscada, de seguro! Por eso, porque había adivinado inmediatamente el gesto de su amante, era por lo que Julieta Larbeau había abandonado al señor Nicolle, por lo que no había insistido en permanecer a su lado ni parecía haberse preocupado de quién fuera el autor del disparo.

Los diez minutos de espera en la esquina de las calles de Aboukir y Montmartre, aquellos diez minutos de retardo de José, habían sido espantosos. Y el americano había llegado sin mostrar la menor emoción, con su sonrisilla habitual, que dejaba ver sus dientes regulares y brillantes. Se había excusado por llegar con retraso; le había hablado de su cuello, de su reloj, que retrasaba. Y Julieta Larbeau había dejado para más tarde el examinar sus propios sentimientos ante aquel hecho nuevo: ¡Souverán matando por celos! Había arrastrado a su amante hasta la calle Víctor Massé, extrañándose de no experimentar ni repulsión ni temor hacia él, sino más bien una sensación de seguridad, puesto que José era tan dueño de sí como ella era dueña de sus nervios.

—Es muy curioso ese retraso de Souverán. ¿Era siempre puntual? ¿Era él siempre quien llegaba el primero?

—Muchas veces ha ocurrido que llegara tarde.

—Que subiera a su casa para dormir la siesta o para cambiar de cuello, es cosa aceptable; pero que su reloj se retrasara..., ¡su reloj, señorita, que es de excelente marca, y podría echarse a pelear en exactitud con el Observatorio! Y ¡zas!, ¡de pronto retrasa diez minutos! Y eso precisamente en el momento en que el señor Nicolle recibía un balazo...

Julieta Larbeau ni siquiera intentó poner de relieve la mala fe del policía. José había explicado claramente este error acerca de la hora. Estaba con su amiga la noche anterior, cuando se dió cuenta de que el reloj se le había parado. Le había dado entonces cuerda, poniéndole en marcha con arreglo a la hora que marcaba el reloj exterior de un relojero del faubourg Montmartre. Si calló Julieta es porque se estaba preparando para el ataque. Lo que ella deseaba en aquel momento era aflojar por lo menos de momento las tenazas, y después dormir.

—Volvamos al punto de partida. El señor Nicolle le manda que se vaya, y que haga como si él hubiese sido herido después que usted se marchó. ¿Por qué obedeció usted con aquella precipitación?

—Porque...

Collet se detuvo de golpe. Aquel "por
era por sí mismo la confesión que él
ba. Pero desconfió en seguida al darse
de la expresión vaga e irresoluta del
de Julieta Larbeau.

—¿Por qué? ¿Porque estaba usted en
to allí cuando fué herido?

—¿Si le digo a usted la verdad, podré
pués dormir?

—Si me dice usted la verdad podrá d
usted y también yo.

—¿En seguida?

—En seguida.

—Pues bien, soy yo quien ha matad
señor Nicolle.

Esta confesión no pareció ni conmove
sorprender al inspector.

—Muy bien, quiero aceptarlo — dijo
algunos segundos de silencio —. Pero,
qué lo mató?

—¡Quiero dormir! — gritó la joven.

A despecho del dominio de sí y de su
gía, sentíase abocada a una crisis ner
y casi la deseaba. Deseaba cualquier
hasta una catástrofe, algo que le perm
escapar a aquel hombre durante alguna
ras.

—No hablemos por ahora de los m
que la hayan impulsado — dijo el polic
Tan sólo voy a hacerle una pregunta
dónde escondió usted el revólver?

—Me ha prometido usted dejarme d

—Se lo prometí si me decía la verdad —
plicó el policía secamente —. Pero está
mintiendo. Y voy a probarle que miente.

—Yo lo maté.

El policía abrió la puerta y salió,
dola tras de sí, y fué a la pieza vecina,
que estaba encerrado Souverán. El ameri
que estaba durmiendo apoyado en el
de una mesa y con la cabeza sepultada
sus brazos, se despertó con dificultad
guió a Collet.

—Señor Souverán — dijo éste cuando
se encontraron juntos en su oficina —, la
ñorita Larbeau acababa de anunciarme
fué ella quien mató al señor Nicolle.

El americano reaccionó en dos etapas
cesivas. Tuvo primero un relámpago de
gría en sus ojos, y en seguida recobró su
pecto firme, y dijo con naturalidad:

—Eso no es verdad.

—Sí, es verdad — gritó Julieta —, ¡fui
fuí yo!...

—Eso no es verdad — repitió José Sou

—¿Y por qué no? — preguntó Collet.

—Porque la bala fué disparada a distan
no a quemarropa.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque usted mismo lo ha dicho,
inspector.

—Disparé desde mi oficina; la puerta
abierta de par en par.

—¿Y qué hizo usted en seguida, inme
mente después?

—Fuí a tirar el revólver... Tomé mi
brero, mi cartera... Y me fuí sin querer
terarme de si el señor Nicolle estaba
o vivo.

—¡Admirable! — dijo el policía —.
sangre salpicó su vestido a través de las
habitaciones... Y no hay más que esas
manchitas en su traje... Eso no es posible
una explicación que usted busca; las
chas, sin duda, las puso usted misma.

Aparentaba burlarse, pero en el fondo
ba descontento. Si no paraba de golpe
mentiras generosas, la investigación se
abocada a meterse en un callejón sin
Él pretendía tan sólo que Julieta La
confesara su presencia junto al señor N
en el momento del atentado; pero nada
La joven no podía haber desempeñado
papel. Al endosarse el crimen pretendía
sólo escapársele. Y durante todo ese ti
Souverán afirmaba sus posiciones de def

Porque el americano era inatacable. Probable era que a base de los resultados primeros de la investigación iniciada, el juez de instrucción a quien correspondiese el asunto aquel mismo día, no vacilase en firmar una orden de detención. Pero, en realidad, no había en contra de Souverán más que presunciones.

—¿Quiere usted decirme dónte tiró el revólver? —preguntó de nuevo el policía.

—Se lo diré cuando haya dormido —replicó Julieta.

—Muy bien. Pues vamos ahora a la calle Réamur.

La amenaza dió en el blanco. Julieta aterróse ante el solo anuncio de este traslado. Ya no podía más. Resolvióse a abandonar la partida.

—No —dijo—. No fuí yo quien disparó. Pero tampoco estaba allí cuando fué herido el señor Nicolle. No estaba. Hágame usted firmar que sí estaba, y lo firmaré. Pero no estaba. No tiene usted derecho a torturarme como lo hace desde ayer y a impedirme dormir. Me quejaré al juez. Yo no estaba allí... No estaba.

Temblaba la joven, cuyos brazos pendían y cuya cabeza se sacudía de un lado a otro. Volvía a su punto de partida y Collet comprendió que ya no obtendría nada de ella.

—Va a usted a dormir —decidió.

Y condujo a Souverán a la habitación vecina, llevando a la joven a otra, sin más mobiliario que un catre sin colchón.

—Duerma usted un poco —dijo—. En seguida volveré a interrogarla.

Cuando la dejó allí, fuése a buscar al comisario Mallard, que era el que se hacía encargado de ir a la clínica Champard para interrogar a Nicolle.

—Es un rico tipo —dijo el comisario—, un verdadero bruto. Acusa terminantemente a Birmón y a su mujer. Creo que es ya hora de que se eche mano a esos dos.

—Pierre se ocupa de Birmón, y Million y Janais de la señora de Nicolle.

—¿No se sabe adónde fué ella después de dejar a su marido?

—No se sabe nada.

—Es fantástico; habrá que pasar una comunicación a todas las comisarías. Porque tiene que haber dejado alguna huella de su paso.

—Ese comunicado fué ya enviado esta mañana, y hasta ahora no dió ningún resultado. Quizá fué a refugiarse al extrarradio o en provincias.

—En cuanto a Nicolle, su declaración es clara. Acababa de marcharse su secretaria. El se levantó, dirigiéndose hacia el clasificador para buscar un expediente. Llegó hasta la mitad de la habitación, y desde ese momento ya no se acuerda de nada más. Y eso es todo.

—En consecuencia —resumió el inspector—, que vamos a tener que dejar en libertad a Julieta Larbeau. Sus declaraciones coinciden con las de su patrón. Ella no estaba allí en el momento del crimen... ¡Y sin embargo estaba! Voy a hacer examinar la sangre de las manchas de su traje y compararla con la de Nicolle y la del americano.

—Eso tendremos de adelantado. ¿No ha dicho usted nada a los periodistas?

—No. Pero el comisario de la Bourse se ha visto obligado a hablar de las amenazas ridículas de Birmón, y en este instante hay ya en la calle de Courcelles una media docena de periodistas que esperan el regreso del presunto asesino.

En efecto, los diarios de la mañana publicaban tan sólo que se estaba sobre la pista del asesino, un amigo de la víctima, que había amenazado al señor Nicolle unas horas antes de ocurrir el drama. En cambio, ninguno hablaba de Julieta Larbeau más que para decir que la joven había salido de la oficina antes del drama, y todos ignoraban hasta la existencia de José Souverán.

—Al menos tenemos por ese lado las manos libres hasta mediodía, acaso hasta la noche —dijo el inspector—. No tenemos sino que dejar a los periodistas calentarse la cabeza con Birmón. Acaso acaben por descubrir, antes que nosotros, a la mujer de Nicolle...

Y volvióse a su oficina, en el preciso momento en que se recibía la llamada telefónica del inspector Pierre, anunciándole que había sido al fin hallada la mujer del comerciante.

Collet consideraba este descubrimiento carente de importancia. La señora Nicolle daría detalles precisos acerca de los disentimientos de su matrimonio, su existencia después de su fuga. Pero no podía aportar ningún nuevo dato, a menos que Birmón hubiera ido a pasar la noche en casa de ella como la cosa más natural del mundo... Pero desde luego no, ya que ella parece que se dirigía en busca de noticias a la casa de Birmón.

Dejóse oír de nuevo el teléfono. Descolgó el inspector el aparato, y desde las primeras palabras pareció interesarse por lo que le decían del otro lado del hilo. Era el portero Lefort quien telefoneaba.

—Hay algo nuevo, señor inspector. Le había dicho a usted que estaba seguro de que después de la salida de los empleados nadie había entrado en la casa, y resulta que la señora Meliard...

—¿Quién es la señora Meliard?

—Una mujer que se dedica a la limpieza y que habita en el piso séptimo... Ayer bajó, mientras yo estaba en las oficinas del primero y segundo piso. Dice que se cruzó al bajar la escalera con un hombre que subía... Según la descripción que de él hace, creo que es el señor Birmón...

—Diga usted a la señora Meliard que venga a verme inmediatamente; que tome un taxi...

Decididamente, el señor Birmón se colocaba otra vez en primer plano.

—Eso me enseñará a hacer hipótesis —gruñó el inspector, pensando en José Souverán.

Este se hundía de golpe en la penumbra. Su actitud, que al inspector le parecía la de un hombre muy seguro, dueño de sus nervios y que ha calculado todos los riesgos y los medios de defensa, aparecía ahora como la de un acusado seguro de su inocencia.

Pero sin dejar de renegar de sus hipótesis acerca de la probable culpabilidad del americano, Collet no podía dar al olvido ninguno de los cargos que sobre él pesaban: la ventana de la buhardilla y la de la oficina de Nicolle; la bala, que llegaba en punto muerto al cuello de éste; las tres manchas de sangre; los visibles celos de Souverán y las mentiras no menos visibles de Julieta Larbeau y del señor Nicolle.

Mientras esperaba la llegada de la señora Meliard y de la de Nicolle, atendió a la cuestión de las manchas de sangre. Telefoneó al laboratorio de la Prefectura, y, cinco minutos después, veía a un joven llegar a su oficina.

—¿Podría usted —preguntó el inspector— determinar si la sangre de una mancha en un vestido es la misma que la de determinada persona?

El joven inclinó la cabeza.

—Podría sencillamente compararlas, y acaso darle una respuesta negativa —contestó—. En todo el globo terráqueo no hay más que cuatro especies de sangre; pero como las cuatro quintas partes de los hombres poseen la misma sangre, usted mismo se dará cuenta de lo improbable del resultado. Pero siempre se puede ensayar.

Collet le llevó a la pieza en donde dormía Julieta Larbeau. Esta ni siquiera se despertó. El joven frotó una de las manchas sobre una lámina de vidrio. Al volver a la pieza de Collet picóse un dedo y dijo riendo:

—Yo pertenezco a la gran categoría —y a la vez recogía una gota de su sangre.

Mezcló una parte de la sangre raspada sobre el vidrio y otro poco de la suya, y examinó la mezcla con la lupa, poniéndose ante la ventana.

—La mancha pertenece a mi categoría —dijo—. Si quiere usted ahora suministrarme la segunda muestra...

Collet fué a arrancar a Souverán de su sueño, y le condujo a su oficina. El americano dejóse picar plácidamente la yema del dedo índice sin decir una palabra y sin manifestar la menor curiosidad.

El empleado repitió la mezcla de sangres, la examinó y lanzó un silbido.

—¡Vaya suerte! —dijo—. Seguramente no habrá en el mundo cincuenta millones de hombres que tengan su misma sangre... Se haría pagar bien para determinadas transfusiones...

—Si comprendo bien —dijo Collet—, eso quiere decir que no son gotas de su sangre las que han manchado este vestido.

—Eso lo puedo afirmar. ¿Es todo lo que usted necesita?

—Habría también que hacer esa experiencia con la sangre de un herido que se halla en la clínica Champard, de la calle de la Pompe...

—La conozco.

—Trátase de un tal señor Nicolle, que ha recibido ayer un balazo en el cuello. ¿Podría usted ir allí?

—¿En seguida?

—Es urgente.

—Entonces, voy ahora mismo.

Salió el joven, y el policía se dirigió agresivo al americano:

—¿Lo oyó usted? —le dijo—. No es la sangre de su dedo sacudida sobre el vestido de Julieta Larbeau..

—Yo no he dicho nunca que hubiera sacudido mi sangre sobre su traje; dije que me había cortado en un dedo...

—¿Sin duda no de una manera deliberada?

—No se corta uno un dedo deliberadamente.

—¿Y si Julieta Larbeau se lo hubiera pedido?

—No me lo pidió.

Era que Collet se imaginaba a la joven descubriendo la existencia de las tres manchas de sangre en su vestido, y, sin tratar de hacerlas desaparecer por medio de una limpieza a la ligera, ya que no ignoraba que los rastros de sangre pueden ser siempre descubiertos por el laboratorio, y le hubiera sido difícil explicar la presencia de aquellas manchas, optaba por hacer como que no las había visto e inventaba lo de la herida de su amante.

Pero no tuvo tiempo para detenerse en esa cuestión accesoria. Un vigilante vino a anunciarle que una tal señora Meliard quería verle. De nuevo Souverán fué a buscar su silla y su sueño, y la mujer de limpieza de la calle Réamur entró en la oficina.

La señora Meliard era una mujer grande, gorda y redonda por todas partes, con las mejillas enrojecidas y ancha nariz. Una gorra de lana gris ocultaba sus cabellos negros, ásperos y muy cortos. Desde su llegada se reveló como el tipo más temido por el inspector: el del testigo charlatán, al que no intimida el aparato de la justicia, y que está encantado de tener un papel que desempeñar en el drama.

—Soy la señora Meliard, señor inspector; el señor Lefort le habrá anunciado mi visita. Voy a decirle todo lo que sé y cómo me encontré en las escaleras con el asesino, seguramente no mucho tiempo antes de que diera el golpe... Yo había regresado a las cinco, o mejor dicho, a las cinco menos diez. Arreglé mi casa, porque tengo que decirle que me ocupo de las de los demás durante todo el día y que sólo tengo la tarde para arreglar la mía. Al igual que todos los demás días, esperé a que salieran todos los empleados, y entonces bajé para comprar las provisiones. Es decir, para ir a comprar el pan, ya que lo otro lo compro siempre entre una y otra casa de las que voy a arreglar...

—¿A qué hora bajó usted?

—A las seis y cuarto, quizá un poco más, porque estaba ya el letrero colgado en la portería del señor Lefort y éste suele ser muy puntual; siempre sube a las siete menos cuarto a recorrer las oficinas. Debía estar aún en el primero, porque vi la puerta entreabierta. Pero yo no estaba en el primero aún, sino en el cuarto, cuando he oído llamar a la puerta de ese pobre señor Nicolle, que está un piso más abajo; sí, he oído la campanilla. Cuando llegué yo al descansillo, el asesino llamaba por segunda vez. Ni siquiera volvió la cabeza, para que pudiera reconocerle; pero le reconocería entre mil. Era más bien bajo que alto, llevaba un sombrero de paja y tenía cara de enfermo; una cara muy mala.

—¿Y cómo pudo usted verle cuando la escalera está oscura?

—¡Oh, señor inspector! Yo tengo la costumbre de lo oscuro. Aparte de que había luz, sí, la que venía de la ventana que da al patio, la del segundo...

—Entonces, ¿cómo era el tipo?

La señora Meliard detalló al desconocido: un hombre bajito, de nariz puntiaguda, mejillas hundidas y mirada brillante.

El policía la escuchaba con impaciencia. El retrato que hacía del desconocido era demasiado minucioso. ¿Qué es lo que habría podido ver en el claroscuro de la escalera, de un hombre que le volvía la espalda o llama-

...una puerta?

—¿Se detuvo usted?

—No, señor inspector; tenía mucha prisa.

El interrogatorio había terminado. ¿Cabría sin embargo poner en duda que la mujer hubiese encontrado realmente a un hombre llamando a la puerta de la oficina del señor Nicolle? La presencia de este hombre, a la hora aproximada del drama, venía a derrumbar todas las hipótesis de Collet. Y si había sido Birmón, difícilmente podría justificarse, sobre todo después de su ausencia, que tanto se parecía a una fuga.

—¿Le reconocería usted si le viera?

—De seguro que sí.

Iba Collet a despedir a la mujer, cuando sonó la campanilla del teléfono; era el inspector Pierre.

—Le hablo otra vez desde el café-cigarrería. La señora de Nicolle acaba de entrar en la casa de enfrente y Birmón ha llegado en seguida de ella. ¿Voy a buscarlos?

—Sí, y tráigalos inmediatamente.

—¿Ha terminado usted, señor inspector? —preguntó la Meliard.

—No; la necesito a usted todavía durante un cuarto de hora. Puede sentarse ahí.

Y le señalaba una silla colocada cerca de la ventana. La señora Meliard obedeció dócilmente, encajándose en la silla y esperando.

Una o dos veces intentó después entablar conversación con Girardon-Collet, pero éste, que reflexionaba, le cortó en seguida la palabra.

—Después, dentro de un rato.

La espera duró veinte minutos; por fin llamaron a la puerta y asomó por ella la cabeza de Pierre.

—¿Puedo hacerles pasar?

Se hizo a un lado para dejar pasar a la señora Nicolle y a Birmón, y entró él también.

—Tenga a bien sentarse, señora, y también usted, señor — dijo Collet, lanzando una mirada oblicua hacia la señora Meliard, que miraba a los visitantes.

La mujer no manifestaba otro sentimiento que el de la curiosidad.

—Bueno, ¿qué hay? — inquirió el policía.

—¿Qué hay? — contestó ella.

—Aquí tiene usted al señor Birmón. ¿Le reconoce usted?

—Claro que le reconozco. Era el que estaba delante de la puerta del piso tercero.

—Le reconoce usted porque yo acabo de decirle que es el señor Birmón. Cuando le dijo usted al portero que había encontrado un hombre en la escalera, hacia las siete de la tarde, ¿no le preguntó a usted el portero: si era bajito, si tenía la cara chupada, la nariz puntiaguda y la mirada vivaz? ¿No le hizo usted la descripción del señor Birmón?

La Meliard estaba roja, tanto de confusión como de rabia.

—Claro que me dijo todo eso, pero yo me acordaba bien de lo que había visto.

—Muchas gracias por su declaración. El juez de instrucción la citará a usted sin duda muy pronto. Puede usted retirarse.

Cuando la mujer hubo salido, el policía concentró su atención sobre la señora de Nicolle y el señor Birmón. Ambos parecían nerviosos y preocupados.

—No deben ustedes ignorar — dijo Collet — que ayer por la tarde fué víctima el señor Nicolle de una tentativa de asesinato. ¿Cuándo y cómo lo supieron ustedes?

Dirigíase especialmente a la señora de Nicolle, que parecía menos emocionada de lo que era de suponer.

—Yo lo he sabido leyendo esta mañana el *[illegible]*.

—¿A qué hora?

—A las nueve.

—¿Y en qué circunstancias?

—Leyendo, como todos los días, el diario que me trae la portera a las siete, al mismo tiempo que el pan y la leche.

—¿Y no leyó el diario hasta las nueve?

—A veces ni lo abro hasta la noche.

—¿Nadie, próximo a usted, la enteró de que su marido había sido herido? Sin embargo es la gran novedad de esta mañana y los diarios traen títulos de dos o tres columnas sobre el asunto.

—Es que todo el mundo que me rodea ignora que yo soy la señora de Nicolle, porque uso en Asnières mi nombre de soltera, Julieta Bertrand, de Asnières. Cuando lo leí, me vestí en seguida y vine a informarme a París.

—¿Y por qué no se dirigió usted inmediatamente a la policía?

—Porque el diario insinuaba que el señor Birmón podía ser el autor de la agresión. Desde luego le aseguro a usted que yo no lo he creído ni por un momento.

—Gracias, Julieta — dijo el señor Birmón.

Este no era precisamente inquietud lo que dejaba traslucir, pero sí una preocupación bien visible.

—¿Y usted, señor Birmón?

—Por mi parte — contestó el negociante —, ignoraba ese acontecimiento. Ha sido ya en el taxi cuando este señor — y designaba con un movimiento de cabeza al inspector Pierre — ha tenido la amabilidad de comunicarme que era sospechoso de haber disparado contra el señor Nicolle.

—¿No había usted leído los diarios?

—No; tenía otras cosas de que preocuparme.

—¿Puede usted indicarme el empleo de su tiempo, después de su visita de ayer a la calle Réamur?

—No es cosa complicada. Cuando me hallé de nuevo en la calle me encontraba completamente sin saber qué hacer. Necesitaba cuarenta mil francos para satisfacer un vencimiento hoy, antes del mediodía. Antes de ir a hablar a Nicolle había visitado ya a todas mis relaciones y amigos. Ninguno de ellos, a causa de la crisis, había podido prestarme esa suma. No sabía a quién dirigirme, cuando pensé en el señor Pierre Lucret, uno de mis amigos, que tiene un importante garage en Nancy. Aunque nuestras relaciones se hubieran debilitado algo en los últimos años, pensé que Lucret me prestaría esos cuarenta mil francos, si podía disponer de ellos. Me dirigí, por tanto, a la oficina de correos de la Bourse, para tratar de hablarle por teléfono. Sólo conseguí ponerme al habla con uno de los empleados, que pudo, por lo menos, asegurarme que Lucret estaba en Nancy. Le rogué entonces que le anunciara mi visita para por la tarde y me dirigí a la estación del Este. Allí no había rápido hasta las seis menos cuarto, que tomé, y llegué a Nancy a las nueve y media de la noche. Inmediatamente me dirigí a casa de mi amigo. Cené con él y con su mujer, porque habían retrasado la hora de comer para esperarme. Desgraciadamente, Lucret está tan apretado como yo, y no ha podido prestarme los cuarenta mil francos que necesito. Esto último le ruego que lo reserve, porque podría perjudicarle. Estuvimos hablando hasta pasada medianoche. Lucret quería que descansara en su casa, al menos unas horas, pero yo preferí partir. Caminé un poco, y hacia las tres de la mañana me dirigí al *buffet* de la estación, donde estuve hasta las seis y media en que tomé el rápido, llegando a la estación del Este a las once menos cuarto. Tomé un taxi para ir a mi casa, y allí, ante la portería, me encontré con la señora de Nicolle. Vi que estaba agitada, pero no llegó a decirme que su marido había sido herido.

—No me decidí, de momento, delante de la portera — explicó la señora de Nicolle.

—Y en el instante llegó este señor, pidiéndonos que le acompañásemos a la policía judicial.

—¿Puede usted darme el número del teléfono del señor Lucret? — dijo Collet.

—De memoria no lo recuerdo, pero lo puede usted encontrar en la guía de Nancy, en garage Lucret.

—¿Quieres ir a telefonear? — encargó Collet al inspector Pierre.

Salió éste, y su colega dirigióse de nuevo a Birmón.

—Comprenderá usted que sus amenazas al señor Nicolle y su desaparición debían proyectar sobre usted las primeras sospechas. Ese viaje a Nancy le dejará a usted completamente al margen, una vez que haya sido comprobado. A menos que toda la investigación no tenga una base falsa y que el señor Nicolle no hubiera sido herido antes de las seis...

—¿No se ha establecido eso ya?

—Conoce usted a la señorita Julieta Larbeau?

—La conozco perfectamente.

—¿Qué entiende usted por perfectamente?

—Que durante cierto tiempo la veía casi todos los días, cuando iba a la calle de Réamur.

—¿Cuáles eran sus relaciones con ella?

—Las corrientes: los buenos días y que me anunciara al señor Nicolle.

—¿Nunca hubo mayor intimidad?

—Nunca.

—Y usted, señora, ¿sabía que Julieta Larbeau había sido la amante de su marido?

—Lo sabía. ¿Es que ya no lo es?

—No; desde el día en que usted dejó el domicilio de su esposo. Es una muchacha honrada a su manera, que sólo consintió en ser la querida de su marido a condición de que su situación fuese rápidamente regularizada. El señor Nicolle le había prometido que se divorciaría de usted, y que se casaría con ella inmediatamente.

—¿Y no quiere ahora hacerlo?

—Lo ignoro. Pero sospecho que al tener conocimiento de sus relaciones y citas con el señor Birmón, ha cambiado de blanco, y no ha pensado ya más que en vengarse de usted.

—Fuí yo la que me vengué — exclamó la señora Nicolle con cierta vehemencia —. El señor Birmón y yo nada teníamos que reprocharnos hasta el día que supe que mi marido había convertido en su querida a su secretaria. Cierto que nos gustaba estar juntos, salir. No diré que no existiera amistad entre nosotros, pero, a pesar de la brutalidad de mi marido, yo no le hubiera engañado jamás si no hubiera comenzado él...

Llamaron a la puerta y entró el inspector Pierre.

—He hablado por teléfono con el señor Lucret — dijo — y es exacto que el señor Birmón llegó a su casa hacia las diez menos cuarto. También hablé con la encargada del *buffet*, que recuerda que un hombre, cuyas señas coinciden con las del señor Birmón, permaneció casi dos horas en la cantina, antes de la salida del tren rápido de la mañana.

—Está usted a salvo, señor Birmón — dijo Collet.

—Nunca me he sentido en peligro — respondió Birmón.

—Pues sin embargo, esa buena mujer que han visto ustedes al entrar, afirmaba haberle visto a usted delante de la puerta del señor Nicolle, a las siete menos cuarto.

Birmón se encogió de hombros. Estaba demasiado preocupado con su vencimiento.

El inspector se dirigió entonces a la señora Nicolle.

—Y usted, señora, ¿quiere indicarme la distribución de su tiempo durante la tarde de ayer?

—Salí de Asnières después del almuerzo, que efectué a las doce y media, poco más o menos. Quería hacer algunas compras, pero al llegar al boulevard de los Italiands me detuve ante el anuncio del programa del Central cinema. Daban en continuado un film acerca del Asia, y entré a verlo...

El policía frunció las cejas.

—Mala salida, el cine — dijo a media voz —. Cualquiera puede pretender que ha pasado tres horas en el cine. Nadie ha podido verle; resulta casi un cargo contra cualquiera sobre el que pese una sospecha.

—Pero — prosiguió la señora Nicolle — la cinta era mala y salí del cine hacia las cuatro. Me fuí a comprar medias a las Grandes Galerías, y regresé a Asnières...

—¿A qué hora?

—Debían ser las cinco y media.

El terreno quedaba despejado por este lado y Collet experimentó una verdadera satisfacción. Iba ya a dejar en libertad al hombre y a la mujer, y sólo le quedaba hacer comprender a los reporteros judiciales que sus diarios se habían equivocado al encarnizarse sobre la pista del señor Birmón. Tan sólo por un último escrúpulo, y también por costumbre, terminó preguntando a sus interlocutores si conocían a alguien que alentara contra el señor Nicolle un odio tal como para querer suprimirle.

—Se había hecho enemigos por sus procedimientos y su brutalidad, desde luego — dijo Birmón —. Yo no le conocía amigos de ninguna clase. Pero de eso a suprimirle... A menos que no le haya hecho a alguien la mala pasada que a mí me ha hecho.

—¿Habría usted llegado hasta poner en práctica sus amenazas?

—No lo sé. Pero acaso sí. Ciertamente que no lo hubiera matado a sangre fría, pero si hubiera estado armado durante una nueva discusión, es probable que no hubiera vacilado en disparar contra él.

—Alguien hubiera sido muy capaz de matarlo — dijo entonces la señora Nicolle —: su primera mujer. Yo fuí sabiendo sólo poco a poco todo lo que le había hecho sufrir. Comparada con la vida que a ella le dió, la mía era un verdadero paraíso. No me pegó más que una vez, y me marché de su lado. Pero ella se quedó. La maltrataba horriblemente. la privaba de todo. Acaso tuviera la excusa de que los asuntos no le marchaban bien en aquella época. Parece que en una ocasión ella llegó a amenazarle con un revólver.

Escuchaban los dos policías asombrados y con interés. Se abría ante sus ojos una nueva pista que jamás hubieran sospechado.

—¿Estaba entonces divorciado ya? — preguntó Collet.

—No; era viudo cuando se casó conmigo. La desgraciada había muerto.

La pista terminaba allí. Pero la señora Nicolle, ya lanzada, continuaba explicando el carácter de su marido.

—Es un hombre raro que engaña al principio. Fué para mí un perfecto marido durante un año. Nuestras discusiones sólo comenzaron a causa de su hijo.

—¿Tiene un hijo?

—Tenía un hijo.

—¿Es que también ha muerto?

—No; pero es casi igual. Cuando yo me casé, José estaba interno en el Liceo de Versalles. Era, en verdad, un muchacho muy poco simpático; perezoso, cazurro y mentiroso. Tres meses después de nuestro matrimonio, se hacía expulsar del Liceo por haber robado dinero a uno de sus camaradas. Entonces vino a vivir con nosotros. Yo no le tenía ningún afecto, pero sin embargo no pude sufrir sin protesta el modo de tratarlo de su padre, que a todas horas le llamaba ladrón, hasta delante de la mucama, y le pegaba. Un día, José se defendió con un bastoncillo de junco. Yo creí entonces que su padre lo mataba. Poco después le quitó tres mil francos de la cartera a mi marido y desapareció durante quince días. Cuando volvió, su padre le echó a la calle. Desde [illegible] no volvimos a saber nada de él. Tan [illegible] día, yendo yo en taxi por la calle [illegible] teadum, le vi sentado en la terraza [illegible] café. Y eso fué todo.

—¿Qué edad tendrá ahora?

—Veinticuatro años.

—¿Se parecía a su padre en la [illegible]

—Nada de eso; es más bien bajito [illegible] cho.

—¿No podría usted darnos alg[illegible] cación que nos ayudase a encontr[illegible]

—Ninguna..

Cuando la señora Nicolle y el [illegible] món se hubieron marchado, el inspec[illegible] rre movió la cabeza.

—Nada de interés, ¿verdad?

—Hay que encontrar al joven [illegible] contestó Collet —; la tía Meliard no [illegible] tado todo lo que dijo. Es imposible [illegible] visto claramente al hombre que llam[illegible] puerta de Nicolle ayer por la tarde, [illegible] es posible que haya visto a alguien, a [illegible] bre de estatura mediana, o bajito, [illegible] del tipo de Birmón. Ese José Nicolle [illegible] muy bien para que no haya pod[illegible] de las suyas, una vez lanzado sin un [illegible] a las calles de París. ¿Quieres ir a [illegible] hay prontuario alguno acerca de él?

EL ESTOR BAJADO

El asunto Nicolle había sido co[illegible] señor Billette, juez de instrucción, [illegible] bre imponente y macizo, que hubie[illegible] mejor como luchador que como m[illegible] tenía el rostro rectangular, la man[illegible] ferior ancha y pesada, el bigote negr[illegible] so cortado al ras del labio y los cab[illegible] pidos y cortados en forma de cepillo. [illegible] no acusaban una inteligencia extr[illegible] pero no andaban con astucias; se ap[illegible] del acusado y le arrancaban todo lo [illegible] pretendía ocultar.

El señor Billette captaba rápidam[illegible] los hilos de un asunto y tomaba [illegible] resueltamente sus decisiones. Hab[illegible] hasta entonces la fortuna de no co[illegible] masiados errores, y de haber obtenid[illegible] bio excelentes resultados.

—En resumen — dijo, una vez [illegible] que el crimen ha sido cometido en [illegible] cuya única abertura en aquel mo[illegible] la rendija de una ventana entreabi[illegible] el examen de la herida y de la b[illegible] que el disparo fué hecho a gran d[illegible]

"Tanto el señor Nicolle como J[illegible] beau, se muestran de acuerdo en d[illegible] el atentado tuvo lugar poco desp[illegible] salida de esta última.

"Entre aquellos que pueden ins[illegible] chas, tenemos: a Julieta Larbeau, [illegible] sional, cuyos móviles habría que [illegible] Acaso Nicolle quería volver con [illegible] amenazara con desacreditarla cer[illegible] amante. Nada indica una lucha en [illegible] Acaso le anunciaba que le retiraba l[illegible] lidades. Pero la joven no parece [illegible] siva y el asesinato no le servía [illegible]

"Y tiene además en su favor que [illegible] biera podido disparar desde muy [illegible]

"José Souverán: crimen pasional. [illegible] que su amante podía seguir siénd[illegible] colle. Desde su ventana, los ve en el [illegible] en que van a abrazarse, sin que J[illegible] beau se oponga lo más mínimo. T[illegible] favor sus negativas, que no cuent[illegible] serían las mismas si fuese culpable. [illegible] contra, tiene el hecho de habitar [illegible] de la oficina, el ser un excelente [illegible] gún confiesa y el haberse hall[illegible] cuarto a la hora probable del cr[illegible] bién está, por el contrario, en su [illegible] no se ha descubierto el arma en [illegible]

"La señora Nicolle: venganza e [illegible] queda libre de su marido y se cas[illegible]

Sólo que a la hora del crimen está ya casa, en Asnières."

lo afirman la portera y dos comer--precisó el inspector Collet, sin dar-portancia e ignorando que se trata de ra de Nicolle.

señor Birmón: venganza. Nicolle no devolverle su dinero. Birmón tiene tra suya sus amenazas de muerte si no a encontrar los cuarenta mil francos necesitaba para salvarse de la quiebra. Pe- en su favor el viaje a Nancy.

Nicolle: interés. También hay la ven- contra su padre, que lo ha echado a la Si su padre muere, él hereda. ¿No le hallado aún?"

le busca; estamos sobre su pista. No escapársenos ni tardar en ser atrapa- Estuvo condenado a un mes de prisión condena condicional, hace dos años, por y heridas a una mujer, Elena Brugnon, que vivía; luego fué también juzgado tribunal correccional, a comienzos del anterior, acusado de encubrimiento en un de sedas, por fué absuelto.

tiene en su contra su propio pasado favor las condiciones especiales del do. ¿Tiene buena puntería?

lo sabemos.

Pero no ha podido tirar desde la calle. en una de las buhardillas de frente oficina de Nicolle?

es que estaba sería oculto. Calculando lo de tiro, tan sólo podía ser desde la de Souverán o, precisamente, la de al una habitación ocupada por una modista madre. La madre no puede moverse; tie- piernas paralíticas; duerme poco, y pasa casi las noches enteras en su sillón. que no vió ni oyó nada; verdad es que poco sorda.

Pero quedan el cuarto piso, y acaso has- tercero, que está más alto que el ter- la casa de oficinas de Nicolle.

el tercero, señor juez, hay veinticinco de ventanas con vidrios fijos; y ni ventana practicable; la ventilación por medio de banderolas situadas a tros y medio de altura. Para disparar allí, hubiera sido necesario subirse a escalera, y ni aun así hubiera sido muy Y además, está todo lleno de emplea- las seis y media. En el cuarto piso lo mismo, con la diferencia que hay ntana en medio de las cristaladas fijas. ntana pertenece a la oficina del direc- hablado con el señor Alfredo Berlín, hombre que me ha parecido muy posi- pasiones y sin nerviosidad. Su her- Carlos, que actualmente viaja por Ru- le parece mucho, según dicen. Están allí desde hace un año, y jamás contacto alguno, ni de lejos, con Ignoran hasta su existencia. Las fa- ambos Berlín habitan en un hotel de la avenida de Villiers; tienen niños. Nadie más que ellos, los dos entran en esa oficina, aparte de la se- por la mañana, para traerles el co- siempre hay allí uno de los dos.

consecuencia — concluyó el juez —, orden de comparecencia para José aunque no tenga ninguna relación casa de tejidos Berlín.

Ninguna, señor juez; allí ignoran hasta re.

cuanto a Souverán, voy a ordenar su preventiva.

spector no hizo ninguna objeción. el arresto de Souverán le producía presión de malestar, era el resultado la primera investigación.

mo que Collet, el juez de instrucción dado importancia alguna a las afir- del señor Nicolle, que acusaba ter- ente a su mujer y a Birmón. Nicolle estaba en su cuarto de la clínica de Champard, tendido en su cama, con una ligera venda alrededor del cuello, y con tan buenos colores casi como la víspera. La herida no le supuraba ya y en breves días se hallaría completamente cicatrizada; pero la cosa era distinta en cuanto a los nervios motores que habían sido cortados por completo; Nicolle tendría que someterse a un tratamiento eléctrico y a una reeducación especial de su brazo.

Como se había quejado de una gran sensibilidad en la piel, habían rodeado su cama con un mosquitero que le protegía contra las pocas moscas que volaban en medio de un rayo de sol.

Desde las primeras preguntas del juez que inquiría si sospechaba de alguien, Nicolle comenzó el ataque:

—No hay más que Birmón, ayudado probablemente por mi mujer, que haya podido realizar la cosa... Me había amenazado de muerte si se hundía, y yo sabía que había buscado el dinero por todas partes, y que no podía encontrarlo... No era nada difícil para él tener una llave de la puerta de mi oficina. Yo oí algún ruido en el cuarto de mi secretaria... Me levanté entonces y cuando llegaba a mitad de la pieza, abrióse la puerta y me sentí herido.

—¿Pero no había usted declarado antes que no vió a nadie, que la puerta estaba cerrada y que cayó usted al suelo sin haber oído nada?

—La puerta estaba cerrada cuando yo me levanté. No he visto al hombre que acababa de llegar, porque todo ocurrió rápidamente; pero sí he visto una silueta y estoy seguro de que era Birmón.

Mentía como un niño, esperando que fingiendo tercamente la ingenuidad acabaría, si no por convencer al juez, por embarullarle al menos. Pero tenía delante de él al juez Billette, que era difícil de conmover y que leía claramente sus intenciones.

—Miente tan tontamente como tontamente ha renunciado a su divorcio inmediato —dijo el juez de instrucción —. Quiere echárselas de listo, pero apenas si es tonto y malo. Me parece que no le sale muy cara la cosa todavía...

La reconstrucción del crimen tuvo lugar el día siguiente a las seis en la calle de Réamur.

Durante diez minutos, y bajo la vigilancia del inspector Pierre, José Souverán repitió en su buhardilla todos los gestos que había realizado el día del hecho, de seis menos cinco a seis y cinco de la tarde. No se acercó a la ventana más que para hacerse el nudo de la corbata delante de un espejito colgado del montante. No lanzó ni una mirada al otro lado de la calle. Pero el inspector Pierre le miraba. Cuando vió a Julieta Larbeau que venía hasta el centro de la pieza de Nicolle, Pierre disparó un revólver al aire y se asomó a la ventana, inclinándose hacia afuera.

En la calle, los coches continuaban rodando; ningún peatón levantó la cabeza; tan sólo algunas personas que caminaban por la vereda miraron sencillamente a izquierda y derecha para buscar de dónde procedía aquella explosión. Por su gesto, era visible que pensaban en el estallido de un neumático.

En la oficina del señor Nicolle todos habían oído perfectamente el disparo, pero era porque lo esperaban todos cuantos estaban allí: Julieta Larbeau, el juez de instrucción, el inspector Girardon-Collet y dos hombres de la Prefectura, excelentes tiradores, que habían sido llevados para que apreciasen las posibilidades del tiro; todos hubieran podido también confundir, en condiciones normales, el disparo con el estallido de un neumático.

Collet era quien había preparado la re-

construcción y fijado el papel de Julieta, por más que ésta continuase afirmando que no se encontraba allí cuando Nicolle fué herido.

Seguía la joven dócilmente las órdenes que le daban. Estaba decepcionada por no haber logrado, a pesar de sus esfuerzos, poner a su amante al margen de todo.

De repente rompió a reír nerviosamente. Encontrábase en medio de la pieza, y el sol iluminaba su rubia cabellera. En el momento en que ella ofrecía sus labios al señor Nicolle, un rayo de sol que penetraba a través de un agujero del estor. le hizo guiñar los ojos. Así es que el estor estaba bajo y toda acusación contra Souverán se venía a tierra. Con aquel estor corrido, el americano no podía ver desde su cuarto lo que pasaba en la oficina. No había podido ver el gesto del beso; no había podido apuntar; no había disparado.

—¿Qué es lo que la hace a usted reír? —preguntó Collet.

—Es el sol —contestó ella.

—¿Tiene el sol alguna relación con el crimen?

A punto estuvo Julieta Larbeau de revelar su observación, pero poseía una inteligencia muy rápida, y calculó en seguida las consecuencias de su confesión.

Lo esencial para ella ahora estaba en que Souverán no había podido verla ofrecer sus labios al señor Nicolle. Con el estor echado, todo lo más que él hubiera podido ver eran los pies del comerciante y de su secretaria. Era, pues, seguro que no había disparado para herir al señor Nicolle, puesto que no le veía. ¡No había disparado! Por eso permanecía tan tranquilo ante la acusación de tentativa de asesinato, y sólo pensaba en sus celos.

La imaginación de Julieta repasó entonces a todas las personas capaces de odiar a muerte al señor Nicolle: ¿su mujer, el señor Birmón?. Uno u otro, juntos o cada uno por su lado, o bien en complicidad. Pero tenían coartadas decisivas y era muy poco verosímil que hubieran apostado a un asesino.

Julieta Larbeau acabó por detener su pensamiento en José Nicolle, que había estado una vez en la oficina en ausencia de su padre, y que, amenazando y gimiendo a medias, le había sacado cien francos. Era en esa época la amante de Nicolle, y no dijo una palabra a éste de la visita, para evitar todo incidente que pudiera enredar su juego. El joven no había vuelto a presentarse, pero Julieta no había olvidado su rostro, continuamente cruzado por tics nerviosos, su agitación y su cara de bribón consumado. También ella pensó que José Nicolle podía haber matado a su padre, tanto por venganza como por interés.

Sus pensamientos eran agitados y giraban en torbellino, en medio de aquel sol dorado. Julieta ya no reía, sonreía solamente. Desde el momento que tenía un culpable posible, podía ya hablar del estor; los policías no se encogerían de hombros ni la acusarían de querer sencillamente mentir una vez más para salvar a su amante.

—Quisiera yo saber —dijo por fin—: quién y cuándo ha levantado el estor.

—¿Estaba echado? —preguntó el policía.

Julieta Larbeau evitó la trampa que se le tendía. Ella debía negar hasta lo último que se encontraba en la pieza en el momento en que su patrón había sido herido.

—Estaba echado cuando yo salí.

—¿Es que el señor Nicolle lo habría levantado después de su salida?

Girardon-Collet esperaba que la joven contestara con una enérgica negativa; pero vióse decepcionado.

—No lo sé —contestó—. Tan sólo puedo afirmar que el estor estaba echado cuando yo partí a las seis. No creo que el señor Nicolle se haya levantado tan sólo para ir a tirar de los cordones. Aparte de que se lo puede usted preguntar, y en tanto, el señor Lefort podrá, sin duda alguna, informarle...

Hablaba muy lentamente para no lanzar palabras peligrosas, pero se expresaba aún con mayor aplomo que antes.

El inspector Collet vacilaba. Aquella historia del estor amenazaba con echarlo todo por tierra. Pero el juez de instrucción decidió la cuestión.

—Que hagan subir al portero —dijo.

El también comprendía la importancia de aquel nuevo hecho. Collet salió de la pieza, llegó al descansillo de la escalera e inclinóse sobre el pasamanos.

—¡Señor Lefort! —llamó.

—¡Aquí estoy! —contestó desde abajo el portero—. Ya subo.

Pero no subió solo. Los cuatro periodistas a los que, por orden del juez, prohibía el acceso a la casa, siguieron sus pasos, y llegaron al tercero a la vez que él.

—Les había prohibido que subieran —dijo para excusarse.

Collet lo hizo entrar, dando con la puerta en las narices a los periodistas, que esperaron pacientemente a que saliera el magistrado.

Al entrar en la oficina, Lefort vaciló en saludar a la joven que le dirigía una sonrisa.

—Señor Lefort —le preguntó el juez de instrucción—, ¿ha tocado usted algo en esta pieza desde el momento en que se encontró con el cuerpo del señor Nicolle?

—Absolutamente nada, señor juez; se lo juro.

—Reflexione usted. Por lo menos tocó este aparato, ya que avisó a la policía por teléfono.

—Yo no llamo a eso haber tocado algo.

—Entonces, repita usted todo lo que hizo.

El portero, al principio desconcertado, recobró todo su aplomo. Salió, cerrando la puerta; llamó, entró en el cuarto, dejando la puerta abierta. Llegó hasta el centro de la alfombra, inclinóse, tendió la mano, como lo había hecho para tocar la mano del señor Nicolle, levantóse y fué hacia el teléfono.

—¿Hace falta que descuelgue y que llame? —preguntó.

—Sí —le contestó el juez.

—Es que no recuerdo lo que dije.

—Descuelgue, sin embargo, y llame a la comisaría. Dirá usted que es para la reconstrucción del crimen y que no se molesten.

Lefort realizó lo que le decían. Cuando colgó de nuevo el receptor, llamaron a la puerta.

—No admito periodistas —dijo el juez.

—Yo me encargo de eso —dijo el inspector.

Los cuatro periodistas y dos de sus colegas, que habían seguido al inspector Pierre, Souverán y su abogado, estaban tranquilamente adosados a la rampa de la escalera, y fumaban a la espera de los acontecimientos.

—Hasta pronto —dijo uno de ellos, riéndose.

Collet hizo entrar al abogado, a Pierre y a Souverán y los hizo detenerse en el umbral del estudio.

—¿Qué hizo usted antes de la llegada del comisario de policía? —preguntó el juez de instrucción.

—Nada —contestó Lefort—. Ni siquiera encendí un cigarrillo.

—¿Permaneció usted al lado de la mesa?

—Sí, casi todo el tiempo. Tan sólo fuí a levantar el estor para que esos señores pudieran ver claramente cuando llegasen.

—¿Vió usted después a Julieta Larbeau?... —preguntó Collet con viveza—. ¿Habló usted con ella?

—¡Ah!, no, señor inspector. No es porque ello me hubiera molestado, porque para mí ella no tiene nada que ver en esto, pero no quería perturbar la investigación.

—¿Quiere usted bajar de nuevo el estor a la misma altura que tenía ese día?

El portero fué hasta la ventana, hizo correr la cuerda y el estor descendió. Desde el centro de la habitación, en el mismo lugar en que se encontraba cuando su patrón había sido herido, Julieta Larbeau seguía la operación con mucho interés, y al ver que Lefort [illegible] e iba a fijar la cuerda, le dijo:

—Un poco más bajo.

—¿Es que tiene usted una señal? —[illegible] el juez.

Julieta vaciló un instante. Tuvo [illegible] su respuesta.

—Sí —dijo al fin—; yo era quien [illegible] cender el estor por las mañanas al [illegible] cuerdo que el día en que el señor [illegible] herido, pasé por aquí para acercarme [illegible] sa, hacia las seis menos diez, y un [illegible] que pasaba por un agujero del estor, [illegible] en un ojo.

—Bájele usted más —dijo el juez.

Lefort obedeció, dejando bajar [illegible] la cuerda mientras miraba a la joven. [illegible] ésta recibió el rayo de sol en un [illegible] tuvo.

—Pero el estor tiene dos agujeros —[illegible] mó Collet.

En efecto, Julieta tenía ahora [illegible] del sol en uno de los ojos, pero [illegible] iluminaba su rubia cabellera.

—¡No había más que uno! —afi[illegible] vi siempre más que uno.

Policía y juez se acercaron a [illegible] Había, en efecto, dos agujeros en [illegible] unos centímetros el uno del otro. [illegible] de arriba era evidentemente antiguo, [illegible] des estaban raídos y descoloridos; [illegible] era más pequeño y reciente.

—Aquí tenemos el camino recorr[illegible] bala —dijo el inspector Collet—. [illegible] Larbeau, situada en donde dice, le [illegible] en un ojo, es que el rayo pasaba [illegible] jero más antiguo. Hay que bajar [illegible]

Dócilmente dejó el portero corre[illegible] más la cuerda. El agujero se enc[illegible] tonces aproximadamente a un metro [illegible] del piso. Collet calculó a ojo la [illegible] que había debido seguir la trayec[illegible] bala, y aplicó un ojo al agujero [illegible] Del otro lado de la calle y en el [illegible] campo visual, vió las vidrieras con [illegible] ventana del cuarto piso de los Tisus-[illegible] del piso quinto, y las dos buhardill[illegible] sido necesario conocer exactamente [illegible] de Nicolle en el momento en que [illegible] zado por el disparo, para poder de[illegible] ventana desde la que habían di[illegible] aquello era imposible. Pero quedaba [illegible] establecido que el disparo había [illegible] una de las tres ventanas.

—El estor —dijo el juez Billette—[illegible] por consiguiente, echado.

Dirigióse hacia el centro de la [illegible] inclinó casi hasta tocar el suelo.

—En ese caso, Souverán no hab[illegible] ver más que los pies del señor Nic[illegible] ni siquiera es seguro.

Lo que se ofrecía como seguro [illegible] presentes era la imposibilidad de [illegible] ricano hubiera podido apuntar a [illegible] Julieta Larbeau se regocijaba ya de[illegible] cuando habló de nuevo el inspector [illegible]

—Si eliminamos la buhardilla de [illegible] dio paralítica y en su sillón, tan só[illegible] dan la ventana de la oficina de [illegible] la del cuarto de Souverán. El señor [illegible] sido en esto contundente: a la hora [illegible] tado sólo él o su hermano, o am[illegible] se encontraban en la oficina. En [illegible] Souverán, situado en la ventana de [illegible] ha podido perfectamente elegir una [illegible] su blanco que pasara por la aber[illegible] ventana y un punto de la pieza. Si [illegible] varios días había concebido el desig[illegible] tar al señor Nicolle, si había colo[illegible] vólver en un punto fijo, al perci[illegible] del señor Nicolle y tirando desde [illegible] tura, estaba casi seguro de hacer [illegible] cabeza o en el pecho de su víctima. [illegible] echado no haría más que establecer [illegible] cia de premeditación y revelaría [illegible] ción del crimen...

El inspector hablaba más para sí [illegible]

los demás; pero, al escucharlo, Julieta ha palidecido, y tuvo que pedir al juez per- para sentarse en una silla, porque las s le flaqueaban. Dirigió a Souverán una a con la que imploraba su perdón. Había o salvarle con lo del estor echado, y sólo a concentrar definitivamente cargos con- a.

Pero buenos estaban los cargos! Al día si- te un diario se encargaba de reducirlos zas.

Nosotros hemos hecho por nuestra parte experiencia —escribía el reportero encar- de la investigación—. Anoche y durante horas, los señores Jeunet, Delarin y , que por sus clasificaciones en el con- internacional de tiro al blanco con revól- son indiscutiblemente los mejores tirado- Europa y acaso del mundo, realizaron salón Brillat pruebas con revólver Colt, distancia semejante a la que separa los bles de la calle Réamur a la altura de cina del señor Nicolle.

Llevamos las precauciones de la recons- ón del hecho, hasta montar las dos ho- una ventana. Los tres campeones mi- la distancia, apuntaron y dispararon. resultado de nuestra experiencia es con- te: es imposible, incluso después de rec- el tiro, estar seguro de alojar a esa dis- una bala por la abertura de una ven- Con mucho mayor motivo sería un in- condenado al fracaso, aun siendo per- ente familiar el arma empleada, el tirar ayo previo.

Lamentamos por el inspector Girardon- que, de ordinario, no suele caer en la de las hipótesis, y que se contenta con sus investigaciones sobre bases menos icas.

No queremos insinuar, y menos demostrar, José Souverán no haya podido efectuar paro, pero nos parece que la investiga- policial se ha encarnizado excesivamente perseguir más que una sola pista. El asunto tiene que volver al punto de . La primera precaución de la policía debido ser sondear en el pasado de la , y buscar en serio si en ese pasado del Nicolle no existían ciertos hechos de tal leza que revelaran determinadas y curio- enemistades.

Ya hemos tenido al señor Birmón y a la Nicolle, cuyas coartadas han sido pro- Pero también existe, según nuestras no- un tal José Nicolle, el cual no peca mente por su rigidez moral."

❦ ❦ ❦

En la policía judicial, el inspector Collet y colega Pierre, con dos inspectores más, habían ciertamente esperado esos consejos buscar a José Nicolle.

Estaban en el prontuario del joven delin- fotografías del servicio antropométrico. consideró inútil ponerlas ante los ojos señora Meliard, que era capaz de ver en hombre que había visto llamando a la de Nicolle el día del crimen, como ha- reconocido antes al señor Birmón. Pero inspector volvió una vez más a la calle , y se hizo anunciar al señor Alfredo

oficina de los dos directores de la casa Berlín era una habitación de veinte metros dos, instalada en medio de un inmenso con tabiques de madera y acristalada. muros de la pieza no eran gruesos; pero sí an la conversación sin miedo a indiscre-

Collet puso una fotografía de José Nicolle los ojos de Alfredo Berlín, quien dijo de examinarla:

—No he visto en mi vida a ese hombre.

—¿Conoce usted a todas las personas que relación con su casa? —dijo el ins-

—Desde luego que no.

—¿No es por tanto imposible que este indi- viduo haya venido a sus almacenes sin que usted le haya visto nunca?

—Es muy posible.

—¿Puede usted hacer circular esa fotogra- fía por las diferentes oficinas preguntando si no han visto nunca a este hombre por aquí?

Alfredo Berlín llamó, y dos minutos más tarde, su secretaria recorría todas las depen- dencias para mostrar la fotografía a los em- pleados. Durante ese tiempo, Collet pedía al director detalles sobre el día del crimen.

—En ese día puede decirse que ni mi herma- no ni yo hemos salido de esta habitación. El partía aquella misma noche en el Oriente- Express, y teníamos todavía muchos detalles que preparar y muchos asuntos que clasificar. Entre las cinco y las seis y media, él o yo hemos ido diferentes veces a las oficinas, pero siempre permaneció aquí uno de ambos. Ha- bría sido imposible que cualquier extraño se introdujera aquí, y, sobre todo, que se hubiera aproximado a la ventana.

No tardó en volver la secretaria, acompa- ñada de un hombre de poblado bigote negro, que mantenía en su mano la fotografía del ser- vicio antropométrico.

—¿Le conoce usted? —preguntó el señor Al- fredo Berlín.

Y presentó a su empleado:

—El señor Lambelle, jefe de inventarios y balances.

—Sí, señor —contestó Lambelle—. Es un vendedor ambulante que se llama José. Ignoro su apellido. Los buhoneros —dijo, volviéndose hacia Collet— compran al contado los saldos de final de las piezas. Los eligen, y pasan a la caja para pagar. Los hay cuyo nombre ni siquiera conozco. Son nuestros únicos clientes directos. Este joven vino cuatro o cinco veces en los últimos seis meses, y compró, pero poca cosa. Creo que debía vender con una valija, en la calle.

—¿Cuándo vino por última vez? —preguntó Collet.

—No hace mucho, pero no podría precisarlo.

—¿No fué el día de la tentativa de asesinato al señor Nicolle? ¿Usted sabe de que se trata?

—Lo supe por los diarios, al día siguiente. Ahora que me habla usted de ello pienso que, en efecto, es posible que el hombre haya ve- nido ese día. Sí, justamente, el jueves. No venía precisamente para comprar, puesto que no traía su valija. Venía para ver lo que ha- bría, en sedas estampadas, para la semana que viene.

—¿Y no ha vuelto?

—No, no volvió.

El dato era precioso, porque permitía res- tringir la investigación al medio de los sal- distas, probablemente entre los vendedores que no pagan derechos, y que abren la valija lle- na de mercaderías en medio de la vereda, es- piando la aparición de un vigilante para esca- par.

No quedaba sino insertar la fotografía del hijo del señor Nicolle en el Boletín semanal de investigaciones policiales, para dar a conocer y señalar al hombre a todos los agentes de París y provincias.

Eso no fué siquiera necesario; al regresar a la jefatura de policía, Collet era llamado por el juez de instrucción, quien le tendió un te- legrama, expedido aquella misma mañana por el comisario de Rennes.

José Nicolle, detenido en Rennes el vier- nes 9 de agosto, con toda una banda.

¡El viernes 9 de agosto, al día siguiente de la tentativa de asesinato! ¿Iba José Nicolle a iniciar la pista segura?

—Es evidente —dijo el juez de instrucción—, que sólo tenemos contra Souverán presuncio- nes, y ni siquiera morales, tan sólo sentimenta- les. Y las experiencias de tiro del salón de Brillat vienen a destruir la principal: su pun- tería con el revólver...

—Pero, señor juez —protestó Collet—; eso será lo mismo para todos, para José Nicolle como para Souverán.

—Voy a citar a la señora Meliard y hacer que traigan a Nicolle de Rennes. Reconstrui- remos el encuentro en la escalera...

—Y ella le reconocerá de seguro aunque no sea él. Por otra parte, ¿qué iba él a hacer a la puerta de la oficina de su padre, a las siete menos cuarto, cuando el crimen se cometió hacia las seis y cinco?... ¿La pretendida nece- sidad imperiosa que experimenta el asesino de volver al lugar del crimen y ver de nuevo a su víctima? Eso no es más que una leyenda. Si contásemos con eso para atrapar a los malhe- chores, ya podíamos pedir el retiro.

—Eso no es, sin embargo, imposible con José Nicolle, en el sentido de que habría vigi- lado la casa, y, no viendo salir a su padre, ha- bría ido a llamar, para asegurarse bien de que estaba muerto.

—Estando Souverán en su cuarto y la para- lítica en su sillón, José Nicolle habría entonces disparado su revólver desde la oficina de los hermanos Berlín. Pero el jefe de inventarios de la casa Berlín me afirmó que José Nicolle se presentó en los almacenes en el preciso mo- mento en que se cerraba, a las seis y media. Si hubiera permanecido en el *hall* desde veinte o veinticinco minutos antes, se sabría. Si me lo permite usted, señor juez, voy a telefonear a Rennes.

—Vaya a telefonear y vuelva.

—Media hora después Collet estaba de nuevo ante el juez de instrucción y con aire casi triunfante.

—José Nicolle —dijo— ha explicado la in- versión de su tiempo, y, a primera vista, pare- ce que no ha tratado de ocultar nada. El día 8 estaba a las cinco y media en la calle Réamur, en donde se encontró con dos tipos que han sido luego detenidos con él. Tenía la intención de ir a sacarle de nuevo dinero a Julieta Lar- beau, que ya le había dado en otra ocasión un billete de cien francos; pero, ignorando si su padre estaba aún allí, prefirió esperar a la salida de las oficinas. Fué entonces cuando se encontró con sus dos cómplices. Los tres se instalaron en un pequeño bar, en la casa que ocupan los tejidos Berlín. Tomaron cerveza en el mostrador, y jugaron en una de las má- quinas automáticas, hasta las seis y cuarto. Debió distraerse un momento, pues no vió salir a Julieta Larbeau. A las seis y cuarto en punto salió del bar. Será cosa fácil de compro-

bar, puesto que salió después de haber dicho la hora al dueño del bar, que ponía en marcha su reloj. En tanto que los otros dos se instalaban en la habitación de dentro del bar, para jugar, él aprovechó que estaba en la calle Réamur para dar una vuelta por los Tissus Berlín; aunque no tenía dinero, podía tenerlo la semana entrante. A las seis y media volvió al bar, miró cómo jugaban los otros, y se dedicó por último, a ir a la oficina de su padre para llamar, aunque estaba casi seguro de que Julieta se le había escapado; pero tenía alguna probabilidad de que aun no hubiera bajado. Como la portería estaba cerrada, subió hasta el tercero; el camino le es conocido. Cuando volvió junto a los otros dos, es cuando éstos le propusieron ir a la feria de Rennes para vender allí cosas robadas con el concurso de otros; pero al descender del tren en Rennes, fueron detenidos por la policía, avisada por la de Rouen de dónde procedía la mercadería robada.

—Necesitaríamos — dijo el juez de instrucción — saber exactamente la hora precisa en que fué herido Nicolle y la posición que ocupaba en la habitación.

—Eso precisamente es lo difícil, porque tanto él como Julieta Larbeau ocultan la verdad. ¡Ah! ¡Si la ventana no hubiera estado entreabierta!

—Sí, ¡y si no hubiera un segundo agujero en el estor! ¡Y si la bala hubiera atravesado el cuello de parte a parte! No es con *si, si, si* como el asunto adelantará.

El juez se interrumpió para descolgar el aparato telefónico que llamaba en aquel momento.

—¿Quién?... ¿Quién habla?... Sí, aquí está... ¿Cómo dice usted?... Vamos en seguida a la calle de la Pompe.

Y agregó después de colgar el aparato:

—Es su colega Pierre el que llama. Muchó me temo que tengamos que dejar en paz definitivamente a Souverán... Acaban de intentar nuevamente asesinar a Nicolle.

EL VIDRIO ROTO

—Deben estar divertidos los clientes de la clínica Champard — dijo el inspector Collet, al descender del taxi en pos del juez de instrucción, Billette.

El policía aludía al estrépito que reinaba en la calle, cuyo pavimento estaba en reparación; en el instante en que llegaban ambos, una taladradora actuaba a todo impulso, movida por los obreros. Como la calle estaba levantada en una extensión de cien metros, el auto tuvo que dejarlos en una calle transversal.

Collet levantó la cabeza e inspeccionó con la vista la fachada de la clínica. En la ventana de la pieza ocupada por el señor Nicolle estaba roto el vidrio de uno de los recuadros.

En la calle, en medio de los montones de madera del pavimento, y de arena, un grupo de unas treinta personas comentaba el suceso. Entre los papanatas había también algunos obreros de la reparación, que habían abandonado su trabajo y que daban explicaciones a los otros. El juez y Collet oyeron al pasar algunas frases.

Ninguno de los que estaban en la calle había sido testigo del atentado.

—Con el ruido de la taladradora, un disparo no lo oye nadie. Hubiéramos continuado trabajando sin enterarnos de nada, si las gentes de la casa no se hubieran asomado a la ventana. Creyeron al principio que era un guijarro lo que había roto el vidrio de la ventana. Pero, según parece, encontraron inmediatamente después la bala, que estaba destinada a Nicolle, el tipo que resultó medio muerto en el atentado de la calle Réamur...

Dos agentes apostados ante la puerta de la clínica, se apartaron para dejar paso al juez y al inspector. Una vez dentro, el portero les anunció que la policía estaba en el cuarto del señor Nicolle.

La clínica parecía un hormiguero. Enfermeras y enfermos iban de una a otra de las piezas, para tranquilizar a los enfermos. Como había observado Collet, no debía ser aquello muy divertido para los enfermos. Desde las últimas veinticuatro horas, en que la taladradora funcionaba sin descanso, a todos les habían tapado los oídos con algodones, pero, a pesar de ello, el ruido era insufrible para los desdichados.

En la sala de operaciones trinaba el doctor Champard. Menos mal que el ruido llegaba algo en sordina a los cuartos que daban sobre el jardín, y que, con la ayuda de los algodones en los oídos, los operados más graves estaban al abrigo del estruendo. Habían tenido que transportar a algunos de los enfermos del lado de la fachada a la parte trasera del edificio, pero quedaban todavía muchos en las habitaciones que daban a la calle.

Protegido de las moscas por su mosquitero, el señor Nicolle era de los que al principio había acogido con más resignación la novedad del ruido. Pero cuando el policía y el señor Billette entraron en su cuarto, observaron en el negociante cierta agitación. Ambos vieron en seguida a Julieta Larbeau, que estaba al lado del lecho. Collet frunció las cejas. Hubiera preferido que estuviera a diez kilómetros de allí.

—¿Estaba usted aquí cuando ha ocurrido la cosa? — le preguntó antes de que el juez hubiera dirigido la menor pregunta al comisario.

—No — le contestó ella —. Había bajado para ir a comprar un bloque de papel y un lápiz, porque el señor Nicolle tenía que dictarme algo.

—¿Hace mucho que llegó usted a la clínica?

—Una hora, poco más o menos. Tan sólo estuve fuera unos minutos. Hay una papelería a treinta metros, en la vereda de enfrente, y oí el ruido del vidrio roto en el momento en que volvía.

—A pesar del ruido de la taladradora...

—Sí; es un ruido completamente distinto. Llegué casi en seguida aquí; el señor Nicolle se había tirado de la cama, y se arrastraba hacia la puerta.

Nicolle apretó los dientes.

—¡Está usted herido! — exclamó el policía.

Veía sangre, en el nacimiento del cuello, bajo la venda. En aquel momento entró el doctor Champard, que se dirigió directamente al herido.

—¡Una herida que estaba ya tan bien! — refunfuñó.

El señor Nicolle no tenía ninguna otra herida. Era la primera, que se había abierto, bajo su vendaje, al realizar el esfuerzo de tirarse de la cama y arrastrarse en dirección a la puerta.

—Vamos a llevarle a la sala de operaciones, si no ven ustedes inconveniente en ello — dijo el doctor—. Espero que todo quedará reducido a un nuevo vendaje. Voy a cambiarle a usted de cuarto, señor Nicolle — añadió —; hay uno en la parte de atrás en la planta baja. Será menos alegre que éste, pero podré impedir mejor que nadie se acerque.

Fué hacia la puerta, hizo entrar a dos enfermeros, que trajeron hasta la cama una camilla con ruedas, y colocaron en ella, con cuidado, al negociante.

—¿Quiere usted que le acompañe? — preguntó Julieta Larbeau.

Nicolle la contempló, dudando, unos instantes.

—Sí — dijo por fin.

—Después — intervino el inspector Collet —. Ahora la necesitamos a usted, señorita.

—Entonces, hasta luego, señor Nicolle — dijo la joven, mientras que los enfermeros empujaban la camilla por el pasillo hasta el ascensor.

—¿Qué ha pasado? — preguntó el juez al comisario de policía del barrio.

Collet pareció desinteresarse del relato de los hechos; acababa de descubrir un [illegible] en la blancura del muro, enfrente de la [illegible]na, en el ángulo opuesto a aquel en [illegible] encontraba el lecho. Midió aproxima[illegible] la altura, empinándose para ello sobre la [illegible]ta de los pies, apoyado en el muro y [illegible]do la mano. Pero no pudo alcanzar el [illegible]ro, que estaba al lado de la cornisa.

Después examinó los trozos de vid[illegible] cuclillas en el suelo, reunió primero [illegible] dazos grandes; en cuanto a los pequeños [illegible] difícil agruparlos para reconstruir la [illegible]ra; pero parecía claro que la bala hab[illegible] en la parte alta del cristal, casi al lado [illegible] barra del bastidor.

El policía se enderezó, dirigiéndose a la [illegible]tana calculó la inclinación y la direcc[illegible] agujero, desde el muro del cristal, pro[illegible] línea imaginaria hacia la calle, y llegó, [illegible] mirada, por el lado opuesto de la calle, [illegible] una puerta cochera y dos almacenes, [illegible] ellos de alimentación y el otro de mod[illegible]tonces volvió junto al grupo que fo[illegible] comisario, el juez de instrucción, el [illegible] Pierre, y, un paso más allá, Julieta L[illegible] A pesar de todo no se le había esca[illegible] una palabra de lo que decía el comisa[illegible]

—Yo no sé sino lo que la señorita [illegible] dicho — contestó aquél al señor Billette — [illegible] llegaba ella a la puerta del inmueble [illegible] oyó ruido de vidrios rotos. No prestó [illegible] a ello y subió aquí, sin más pensamie[illegible] encontrarse de nuevo con su patrón. E[illegible] al señor Nicolle en el suelo, allí, cerca [illegible] puerta. Entonces vió los trozos del cri[illegible]

—¿Pensó usted en seguida que se tra[illegible] un atentado? — preguntó el juez vo[illegible] hacia la joven.

—No, señor juez — contestó ella — [illegible] que era una piedra que habían arroja[illegible]

—Eso es lo que me han dicho todos [illegible]do llegué — dijo el comisario —. Me [illegible] por teléfono y vine en diez minutos. [illegible]mediatamente descubrí la bala al lado [illegible] puerta, y encontré el agujero. Aquí está [illegible]

Y se la tendió al juez de instrucción[illegible]

—Está un poco aplastada. Ha pene[illegible] los dos centímetros de yeso que form[illegible]vestimiento, y ha debido de chocar [illegible] piedra; el choque la ha hecho retro[illegible] caer al suelo.

—¿Cuánto tiempo transcurrió entre [illegible]mento en que oyó el ruido del crist[illegible] encontró usted al señor Nicolle? — pre[illegible] juez a Julieta Larbeau.

—El tiempo justo que tardé en sub[illegible] porque no tomé el ascensor; apenas [illegible]nuto.

Iba Collet a hacer una pregunta, [illegible] pronto dirigióse hacia la puerta exclam[illegible]

—En seguida vuelvo.

Salió, descendió al piso bajo y se h[illegible]ducir en la sala de operaciones por [illegible]fermera. En aquel instante acababan de [illegible] el vendaje del cuello al señor Nicolle; [illegible] un vendaje más voluminoso que el prim[illegible]

—Perdone usted — dijo Collet —; pe[illegible]dispensable que el señor Nicolle me di[illegible]to tiempo transcurrió entre el instante [illegible] oyó romperse el vidrio y el regreso de [illegible]ñorita Larbeau.

—No lo sé — dijo Nicolle —; llegó [illegible]mediatamente.

Estaba mohino y trataba al inspec[illegible] a un adversario.

—¿Qué hizo usted entonces? — ins[illegible]llet.

—Me pregunté qué es lo que suc[illegible] seguida pensé que trataban de nuevo [illegible]tarme. Tuve miedo del agujero de la [illegible] y de una nueva bala. Llamé; pero con [illegible] que hacían en la calle, nadie podía o[illegible] qué el timbre. Tuve la impresión de [illegible] no funcionaba, pero era tan sólo una [illegible] porque la enfermera le había oído y [illegible]pués, en el momento en que mi secre[illegible]lía a pedir auxilio. Entonces decidí [illegible]

solo. Me corrí hasta el borde de la cama y luego me dejé caer afuera. Allí me sentí ya más seguro, pero preferí ir hasta el pasillo.

—Todo eso no ha sido instantáneo, señor Nicolle.

—Evidente. Pero yo reflexionaba rápidamente y todo no ha debido durar más de tres o cuatro minutos. Llegó entonces Julieta, y me dijo que debía haber sido una piedra...

—¿Le habló usted entonces de un nuevo atentado?

—No. Ella no pensó sino en mí, y me dijo al verme en el suelo, que era una locura cometer semejante imprudencia por una piedra lanzada contra la ventana. Los enfermeros me llevaron entonces a la cama.

El policía subió a reunirse con el juez de instrucción.

—Creo —dijo— que la señorita Larbeau puede bajar junto al señor Nicolle. Han terminado ya de vendarle y debe de estar en su nueva habitación.

—Puede usted retirarse — consintió el juez. Tan pronto como salió la joven, el juez enseñó la bala al policía.

—La entregaremos para su examen al experto, pero a simple vista me parece que es del mismo calibre que la primera.

—Yo estoy seguro — dijo Collet.

—Podría entonces admitirse que ambas han sido disparadas con la misma arma. Lo que explicaría que no hayamos encontrado el revólver en la calle Réamur, ni en casa de Souverán, ni en las oficinas de Nicolle, ni en los alrededores.

Collet era de la misma opinión. La experiencia le había demostrado que no hay que conceder demasiado maquiavelismo a los asesinos. El que había disparado la primera vez contra el señor Nicolle había guardado el arma. Si era el autor del segundo atentado, era normal que se hubiera servido del mismo revólver. Si no era él, el nuevo asesino no hubiera llevado la cautela hasta servirse de un arma análoga. Todo lo más, sería admisible una coincidencia. Pero lo cierto era que no se había hallado el primer revólver.

—En consecuencia — prosiguió el juez —, la situación está bastante clara. Hay un hombre y una mujer, que odian a muerte a Nicolle. Han efectuado dos tentativas, que le han fallado. La segunda aparta las presunciones de culpabilidad con relación a José Souverán y a José Nicolle, que están detenidos. Quedan dentro del círculo de los que nos son conocidos, la señora Nicolle, Carlos Birmón y Julieta Larbeau. Habría que ocuparse de los dos primeros inmediatamente.

Collet hizo una seña al inspector Pierre, que comprendiendo sin más explicaciones, salió en seguida.

—Respecto de Julieta Larbeau —continuó el señor Billette—, la cosa es diferente. Estaba en el lugar en el momento del atentado. Eso es a la vez una acusación y una presunción de inocencia. ¿Qué piensa usted, señor Collet?

El inspector se había dirigido al otro lado del cuarto, en el lugar donde se encontraba Julieta Larbeau cuando entraron ellos en la pieza, y tomó de encima de la silla que ocupaba la joven, un bloque de notas, un lápiz con la punta afilada y una cartera, todo ello olvidado, sin duda por Julieta.

—No pienso nada todavía, señor juez — contestó mientras abría la cartera.

Esta era de cuero, bastante grande y usada. En el interior no había gran cosa: un pañuelo, una cajita de polvos, el lápiz de los labios, llaves, un carnet de direcciones y un espejo.

—Yo no puedo imaginarme a esa mujer plantándose al otro lado de la calle y disparando un arma en las narices de veinte personas que estaban trabajando o viendo manejar la taladradora. Por otra parte, Julieta Larbeau estaba al margen en el primer atentado. ¿No es ésa su opinión?

—Respecto del primer atentado, sí — contestó Collet, cerrando la cartera y volviendo a dejarla donde la había tomado —. En cuanto a la audacia de la persona que ha tirado hoy, es otra cosa.

Acercóse a la ventana seguido por el juez.

—Parece como si el tiro hubiera partido de allí enfrente. Interrogaremos a las personas de los dos comercios. Contestarán, seguramente, que no es de sus casas de donde han tirado. ¡Lo sabrían! Es, por lo tanto, del porche, diez metros a la derecha. El que lo ha hecho es persona de rápidas decisiones. Se ha aprovechado de la ocasión que le brindaba la taladradora. Adentrado tres pasos en el porche, nadie, como no fuera uno que pasara, podía verle, porque los obreros estaban veinte metros más arriba y en medio de la calle.

—Siempre hubiera habido alguien que observara si Julieta Larbeau entró bajo el porche y salió luego.

—No es cosa segura; preguntaremos, sin embargo, a los obreros. Lo importante es que Julieta Larbeau pretende que sólo tardó un minuto en subir hasta aquí, mientras que su patrón habla de tres o cuatro minutos. Claro que el señor Nicolle puede equivocarse. En semejantes circunstancias, el tiempo parece mucho más largo de lo que en realidad es; pero, no obstante, me parece que se acerca mucho a la verdad. No se precipitó inmediatamente desde la cama al suelo. Necesitó comprender, gritar, llamar, bajar del lecho, arrastrarse. En ese caso, Julieta Larbeau miente y miente deliberadamente. No ha empleado tres minutos para subir dos pisos, ni siquiera dos. De consiguiente no estaba en la puerta de la clínica en el momento en que ha sido roto el cristal...

Collet dió algunos pasos.

—Suponiendo que sea ella quien ha disparado, en un solo minuto habría sido forzosamente vista. Hubiera tenido que cruzar rápidamente la calle, incluso corriendo; y una mujer que se apresura es siempre observada, inclusive por obreros que estén absortos en su trabajo. Pero si emplea tres minutos, sale del fondo del porche tan tranquilamente como ha entrado. Una rápida mirada a la calle le ha permitido comprobar que nadie ha destacado el disparo ni oído romperse el cristal en medio de ese ruido de la calle. Nada indica tampoco que en la clínica se hayan dado absolutamente cuenta de nada. Entonces no se apresura; hasta hace quizá un desvío de veinte metros para atravesar la calle y llega aquí, precisamente antes de que surja la enfermera, llamada por la campanilla de Nicolle.

—Sí, sí — dijo el juez de instrucción, poco convencido —; todo eso a condición de que sea ella quien tiró. Y yo no veo el móvil por ninguna parte. ¿Es que usted le ve?

Vaciló el inspector. El veía claramente el móvil, ¡pero era tan romántico!

—Habrá querido — dijo al fin — probar que su amante no tenía nada que ver en el crimen de la calle de Réamur.

—Y lo habría conseguido — exclamó el juez —. ¿Cómo mantenerle detenido después de lo de hoy?

Collet encogióse de hombros y encendió un cigarrillo. Aquel asunto carecía de consistencia. Estaba todo él formado por matices y medias tintas; el suelo se hundía bajo sus pies. Se trataba de algo muy sencillo o extremadamente complicado. Sin el tiro de la calle Réamur, sólo hubiera habido allí una atmósfera de drama, atmósfera pesada, penosa, en la que evolucionaban con gestos vagos y lentos todos aquellos personajes más o menos tortuosos; pero no hubiera habido drama.

Lógicamente tenía que ser el americano quien disparase estúpidamente desde la ventana de su buhardilla. Y el imbécil ni siquiera se defendía. Se limitaba a decir: "No, no he sido yo". La continuación no le interesaba. Lógicamente también, era su amante quien acababa de tirar contra la ventana del señor Nicolle. La cosa

Ingenua



—Quiero apostar al caballo que siempre le ponen un collar de flores después de la carrera.

era sencilla, estaba clara, pero era inconsistente.

Julieta Larbeau se defendía ásperamente y a su manera. No protestaba, puesto que no tenía que defenderse contra una acusación precisa, pero se la sentía al acecho de todos los incidentes y moviendo determinados hilos de la tragedia.

—Pero tanto ella como su bala, si es que es la suya, arriesgaban mucho en esta ocasión, lo mismo podían hacer un herido que un muerto — dijo el señor Billette, contemplando la bala en el hueco de su mano.

—No arriesgaba absolutamente nada. No se trataba de matar al señor Nicolle, que estaba en su lecho, en el fondo de una pieza del segundo piso, cuando el autor del disparo estaba en la planta baja. Se trataba tan sólo de demostrar que la misma mano había disparado aquí y en la calle Réamur, y que, en consecuencia, teníamos que eliminar, sea a José Souverán, sea a José Nicolle. Y este último ni siquiera era sospechoso el día en que su padre fué herido, a pesar de su presencia en la calle Réamur.

Girardon-Collet no estaba, sin embargo, muy satisfecho de su lógica, porque la base no era sólida. ¿Y si no fuese José Souverán el que había tirado en la calle Réamur? Habría que empezar de nuevo, y ninguna de las personas de quienes se sospechaba hasta el momento tendría nada de común con el atentado de la calle Réamur, y probablemente con éste.

Pero antes que nada había que encontrar el arma. Por eso mismo, el inspector había abierto la cartera de Julieta Larbeau, que era demasiado grande para lo que contenía. Había esperado un olvido por parte de aquella mujer, que era tan dueña de sus nervios, y que quizá se estaba burlando de los investigadores. Si fuese ella quien tiró, debía haberse deshecho del arma. Para esa finalidad los medios eran muy limitados; no había más que el pasillo del porche de enfrente, la calle y la clínica, tres lugares en los que fatalmente se encontraría el revólver, si es que no se dejaba el campo libre a Julieta Larbeau para que fuera a recogerle.

—Voy a buscar — dijo Collet.

El pasillo, del que a todas luces, había partido el tiro, no tenía ningún escondrijo; medía tres metros por ocho y estaba completamente cerrado. Al frente la ancha puerta de dos hojas, al fondo una única puerta de cristales, que

daba sobre un descansillo, limitado por la portería y el arranque de la escalera. Allí estaba la portera ocupada en explicar el suceso a dos mujeres de la casa. El policía no pudo sacar gran cosa en limpio

—Yo estaba en la escalera — dijo la buena mujer —. La puerta de mi departamento estaba cerrada con llave. Nadie hubiera podido pasar sin que yo le viera. Y si hubiese tirado aquí algún objeto, en seguida lo hubiera visto... No, no había ningún tacho en el pasillo. Mi marido lo lleva a la cueva a las ocho, después que pasan los de la basura.

En la calle, Collet interrogó a los trabajadores, quienes detuvieron el funcionamiento de la infernal taladradora. ¿Que si habían visto pasar a una mujer, cuyas señas coincidían con las de Julieta Larbeau? Acaso, sí. Dos lo afirmaron; un tercero dijo que al levantar la cabeza la había visto parada delante de la tienda de papelería. No, no había corrido. A una mujer que corre por la calle se la ve en seguida. ¡Ah! ¡Si se pudiera establecer si Julieta había empleado el minuto que la dejaba libre de sospecha, o los tres minutos que podían anonadarla, al ir a reunirse con su patrón, después de la rotura del vidrio!

Pensó Collet en los sumideros, en los cuales es fácil deshacerse de muchos objetos comprometedores. Pero desde la víspera, todas las bocas de alcantarilla habían sido condenadas en una longitud de cien metros, durante la marcha de los trabajos.

Tuvo, sin embargo, una esperanza. En la vereda, a cinco metros del almacén de comestibles, habían abierto un tonel de alquitrán; aquello era un magnífico escondite para un caso de urgencia. Claro es que los obreros que utilizaban el alquitrán encontrarían dentro de unos días un revólver, si es que había sido arrojado allí. Pero el criminal habría ganado tiempo, que era lo esencial, y acaso pudiera hacer desaparecer el tonel una de las próximas noches o ir a buscar el arma. La cosa continuaba siendo muy sencilla y muy complicada a la vez. Pero Collet no desdeñaba ninguna hipótesis y apoyó un dedo sobre la masa negra y brillante del alquitrán. Estaba duro como una piedra. Regresó a la clínica, dió la vuelta a un paragüero que había en el vestíbulo. Todo estaba blanco y limpio; la escalera arrancaba inmediatamente de la entrada.

Al regresar a la antigua pieza del señor Nicolle, Collet comenzó a dudar.

—Habrá que buscar por otro lado — murmuró.

Ese otro lado era el pasado del señor Nicolle, que parecía resueltamente decidido a no hacer nada para ayudar a la policía, y que se obstinaba en acusar a su mujer y al señor Birmón.

En el segundo piso encontró la puerta de la habitación entreabierta. Dentro no estaba más que Julieta Larbeau, que se preparaba a marchar. Tenía bajo el brazo su cartera y el bloque, que había ido a recoger.

—Esos señores están abajo con el señor Nicolle — dijo.

Apartóse a un lado Collet, para dejarla pasar, y su mirada la siguió hasta la escalera. Tampoco sobre ella sería posible hallar el arma que había permitido romper el vidrio. La joven llevaba un traje sastre que le ceñía el cuerpo.

Julieta Larbeau conocía perfectamente todas las entradas y salidas de la casa a la que venía por tercera vez a pedido del señor Nicolle. Descendió la escalera orgullosa de no haber pestañeado bajo la mirada del policía, y en el piso bajo entró en la nueva habitación que ocupaba el señor Nicolle. El juez de instrucción, acompañado del comisario, había venido tan sólo para hacer al negociante algunas preguntas de poca importancia, y ambos no tardaron mucho en retirarse. Julieta Larbeau se había sentado en una silla, del otro lado del lecho, con su cartera y su bloque sobre las rodillas.

—¿Lo tienes? — preguntó el señor Nicolle.

—Sí; pero creo que sería preferible hablar de ello al menos al doctor Champard.

—¡No! — contestó secamente el herido —. Capaz sería de negarse, y yo tengo necesidad de defenderme. Pero quiero pedirte que me traigas esta tarde un cofre, una caja que cierre con llave. ¿Puedes colocar la mesita de luz a la derecha?

—Si no es muy pesada...

Julieta Larbeau dió vuelta alrededor del lecho, levantó la mesita, cubierta con piedra de mármol, y la llevó al otro lado.

Abrióse la puerta y entraron dos enfermeras, con los brazos cargados con el mosquitero que habían ido a descolgar en la pieza de arriba. Tardaron un cuarto de hora en fijarlo en el nuevo lecho. Cuando se marcharon, abrió Julieta su cartera y sacó de ella un revólver de gran tamaño, que depositó en el cajón de la mesita de luz.

—Me ha dado un vuelco el corazón hace un instante — dijo —. Un minuto más, y el inspector Collet me sorprende en el momento en que le sacaba de debajo del colchón.

—¿Y Birmón? — preguntó el señor Nicolle.

—Hay un policía encargado de buscarle. Pero no creo que sea él quien ha tirado contra la ventana. Birmón es un rabioso que le mataría a usted en un momento de cólera, pero no le creo capaz de ello a sangre fría...

—Pero es que está mi mujer...

—De todos modos, esta vez, en pleno día y desde la calle, ¡sería un suicidio!

—Te digo que es él, empujado por mi mujer. ¿No han buscado en la casa de enfrente? Es bien fácil, sin embargo. Con ponerle delante de la portera, ella le reconocería.

Julieta Larbeau estaba desconsolada de tanta candidez.

Cuando durante su visita del día anterior, el señor Nicolle le había pedido que le trajese un arma, había protestado y rehusado; luego acabó por consentir.

—Si estuviera en pie — le dijo el señor Nicolle — no le temería yo a nadie; pero aquí, clavado en el lecho, y bajo este tul, estoy a merced suya. Y estoy seguro de que vendrán; de que empezarán de nuevo. Y quiero estar en situación de defenderme. Puedo tirar con la mano izquierda. Tú no conoces a mi mujer; es tan terca como yo. ¿Comprendes? Yo les amargo la existencia; tienen la felicidad al alcance de la mano, y sin embargo es como la fruta prohibida. Ella es como tú, siente la necesidad de una situación respetable; de otro modo acabaría por reventar. Y por eso me odia.

Le había dado a Julieta las llaves de su departamento y ella había ido a su casa, a buscar el arma que reclamaba. Cuando se la entregó, se dieron cuenta de una dificultad: ¿dónde ocultar el revólver? Las enfermeras lo descubrirían al hacer la cama.

Por eso el señor Nicolle pedía una caja que estuviera cerrada con llave.

Cuando una hora más tarde se despidió Julieta, él le dijo:

—Empiezo a tener miedo, Julieta. Ven aquí lo más pronto que puedas y quédate conmigo todo el tiempo que te sea posible.

Tenía en efecto miedo, porque, cuando se quedaba a solas, se sentía mucho menos convencido de la culpabilidad de su mujer y de Birmón. También él pensaba en su hijo. Y además en otros, en los que en horas tormentosas de su existencia había tratado de engañar o con los cuales se había conducido brutalmente. En otros tiempos había casi arruinado a un tal Brownstein, de la calle Sentier, con un pedido de sedas quemadas. Aquel hombre pequeñito, de perilla, había venido a amenazarle con un revólver. Nicolle le había agarrado por los hombros, tras de haberle arrebatado su arma, y lo había echado a la calle. ¿Sería Brownstein el autor del disparo de la calle Réamur y del de aquí?

El disparo contra el cristal de la ventana ... estúpido, puesto que lo habían hecho desde ... planta baja. ¿Habrían querido asustarle y ... tener en él un pavor creciente? Nicolle ... laba. Y tenía que contenerse, para no dar a ... policías el nombre de Brownstein. Quería, ... bre todo, comprometer a su mujer y a ... món y sacar todo el mayor partido posible ... las circunstancias.

Pero, como acababa de confesarlo a Ju... tenía miedo, porque estaba inmovilizado ... su mosquitero, y los otros podían elegir ... hora.

También había comenzado por sospechar ... Julieta Larbeau y de José Souverán. Pero ... ra ya no sospechaba. Recordaba perfecta... te que el estor de su oficina estaba ec... cuando se sintió herido. Y conocía adem... Julieta, verdaderamente egoísta, capaz de ... fender por toda clase de medios su felic... pero que no alimentaba odio alguno contra ... y a la que tenía sobre todo por el interés ... era quien aseguraba su medio lujo sin p... nada en cambio; y si ella lo perdía, lo p... todo. La misma joven se lo había confe... con franqueza.

A través de los barrotes del pie de ... ma, examinaba el cuadro de la ventana, el ... de jardín, a veinte metros, el seto de ... dendros que limitaba la vista y ocultaba ... muro. Si su asesino volvía, sería por allí ... donde llegase.

Sin cambiar de postura, el señor Nicolle ... tendió el brazo, separó el mosquitero, abr... cajón de la mesita de luz y tomó el rev... le sacó el seguro, apuntó a la ventana y ... vió a guardar el arma.

—Todo está bien — dijo.

EL DESCARRIADO

En el pasillo de los juzgados de ins... ción, y sentados en los dos bancos que ... a uno y otro lado de la puerta del estud... M. Billette, dos grupos esperaban a ser ... mados: a la derecha, el formado por la ... Nicolle y el señor Birmón, que hablab... vez en cuando, en voz baja, y contemp... la ventana que estaba ante ellos; en el ... izquierda, Julieta Larbeau y José Souver... te ya sin las esposas y sin vigilante. A... amantes hablaban a media voz.

Un joven abogado, de rosadas mejillas, ... bigote cortado a ras del labio y que ... trataba de aparentar diez años más ... veinticinco que contaba, iba y venía por ... sillo. Ya no tenía nada más que decir, ... pués de haber confiado a Souverán que ... visita al juez de instrucción sería la ... que haría en concepto de detenido, y ... señor Billette había firmado ya la orden ... su libertad provisional.

Los cortos días de prisión sufrida hab... neficiado al americano, que al fin había ... en serio la inculpación que pesaba so... dejando pasar sus celos a segundo plano. ... dad es que aun quedaban huellas de ... que miraba de una manera especial y a ... dillas a Julieta Larbeau. Pero después de ... tado de la calle Réamur había sido ta... la actitud de la joven, y tan claras y ... tes sus negativas, en lo que concernía ... relaciones con Nicolle, que Souverán ... visto disiparse sus sospechas, y aspir... nuevo a tomar a Julieta entre sus bra... vez puesto en libertad, a acariciarla y ... hablarle más que de amor, como en ... meros días de sus relaciones.

En cambio se preocupaba más de las ... cusiones en su país de la noticia de ... to. Pensaba en su padre, que era ... rado comerciante en ganado, y al que ... ticia deshonrosa podía anonadar, a ... de sus preocupaciones por la crisis y ...

Ambas parejas hablaban del mismo ... del segundo disparo hecho contra Nic... lieta Larbeau se lo había relatado a J...

Souverán, y éste lanzaba miradas hacia Birmón y su compañera.

—¿Quién crees tú que puede haber sido, él o ella?

Julieta Larbeau se manifestaba evasivamente.

—No se hubieran atrevido a eso, José. Estaban en buena situación para quedarse tranquilos, pues la coartada de ambos era inatacable en cuanto al atentado de la calle Réamur. No serían tan tontos que se metieran en ese avispero. Hay que buscar por otro lado.

—¿Pero, quién entonces?

La joven hizo un gesto vago con la mano.

—No veo quién pueda ser — respondió.

No le interesaba caer contra José Nicolle, puesto que ya no era necesario para salvar a su amante. Pero ambos pensaban en el hijo del negociante, y su pensamiento iba siempre de nuevo hacia él.

En el otro banco, Birmón hablaba también de Nicolle hijo.

—¡Mi pobre Luciana, en qué familia viniste a caer! Pero yo haré que olvides todo eso.

Luciana Nicolle le dedicó una mirada enternecida y emocionante.

—Qué bueno eres, Carlos — murmuró.

En seguida, adoptó de nuevo su aire resuelto.

—Ya no puede volverse atrás, después de ese escándalo. Iré a verle a la clínica de Champard.

Birmón no trató de oponerse a ese designio. Sacó su pañuelo, y se secó el sudor que brillaba en su puntiaguda nariz.

—¿Y tú? — replicó la señora Nicolle —. No me dices nada de tu situación; estoy inquieta.

También estaba él inquieto, aunque al lado de la mujer que amaba afectase optimismo. Había presentado en el juzgado su balance, tras de haber logrado, luego de liquidar de manera desastrosa dos asuntos, pagar la famosa letra de cuarenta mil francos. Esperaba poder escapar a la quiebra y obtener del tribunal el concordato transaccional. Sabría a qué atenerse dentro de cuarenta y ocho horas.

—¿Crees necesario decir al juez que estabas en la calle de La Tour el martes por la mañana? — preguntó la señora Nicolle.

Habían ya discutido el caso. El martes, a la misma hora en que saltaba en pedazos el vidrio de la pieza ocupada por Nicolle en la clínica Champard, Carlos Birmón estaba a doscientos metros de allí, en la casa de Luc Perrin y Cía., clientes suyos. No había permanecido con el jefe de compras más que un cuarto de hora, y fácilmente podía haber ido en un salto hasta la calle de la Pompe.

—Sí, es preciso — dijo con mucho menos aplomo del que sentía por la mañana y la víspera, al recibir la citación del juez de instrucción —. Terminaría por saberse, y entonces no podría justificarme.

—Acaso tengas razón — convino la señora Nicolle.

Había cierta reticencia en sus palabras cuando hablaba del segundo atentado contra su marido. La presencia de Birmón no lejos de la clínica, la inquietaba. Le había dirigido francamente la pregunta:

—¿Fuiste tú quien disparó?

Le había contestado que no fué él; que si algún día disparaba un arma contra Nicolle, ya se las arreglaría para no errarle y no se limitaría a arañar el muro con sus balas. No era, por tanto, él; pero a pesar de todo, la señora Nicolle conservaba una vaga aprensión.

—¡Y sin embargo, no puede ser José! — dijo. —Está preso en Rennes.

—¡Ahí está! ¡El es! — exclamó ella.

Por el extremo del pasillo, llegaban dos hombres: un inspector de la brigada móvil, hombre joven, vestido con cierta elegancia, con un rostro sin característica alguna; que acompañaba a una especie de compadrito, con galerita echada sobre la oreja, de traje bastante usado, que no llevaba ni cuello ni corbata y tenía la camisa muy sucia: era José Nicolle.

No era más alto que el señor Birmón, tan flaco como él, y resultaba comprensible que, visto de espaldas, en una escalera oscura, hubiera podido confundírsele con él y que la mucama de la calle Réamur, hubiese sufrido confusión entre ambos.

A despecho de sus antecedentes, no parecía anonadado por la situación. Ello era así, porque, si bien el inspector le llevaba ante el juez de instrucción, en virtud de una orden de comparecencia del mismo, José Nicolle había quedado inmediatamente fuera del campo de la instrucción en el asunto de Rennes. Desde que fué arrestado afirmó que no conocía el origen de la mercancía cuya venta iba a realizar; que al salir de París, creía que sus compañeros la habían adquirido fácil, pero legalmente. Los otros confirmaron sus afirmaciones.

—¿No sabía usted que iba a vender telas robadas? — le habían preguntado.

Y había jurado que no, por su honor. Aunque su honor no valiera gran cosa, le habían dejado en libertad.

Mejor dicho, le habían puesto en manos de un inspector, encargado de conducirle a París, ante el juez de instrucción señor Billette.

El haber salido indemne del asunto de Rennes daba un aire de aplomo a José Nicolle. Caminaba como un hombre libre, andando con gesto desembarazado junto al inspector. Hasta se permitía gastar algunas bromas.

Tenía, además, una charla fácil y un bagaje inagotable de historias. Tan pronto como las vió desde lejos, reconoció a Julieta Larbeau y a la señora Nicolle, y levantando los brazos, con muestras de asombro, apretó el paso.

—¡Cómo nos volvemos a encontrar! — exclamó al verse ante ellas, vacilando aún si dirigirse a una o la otra —. ¡Qué asunto! Perdonen que me presente así. Es que en Rennes los camaradas del señor inspector me han manifestado de una manera demasiado viva su interés; rompiéndome el cuello postizo y la corbata. Y ni siquiera he podido afeitarme. En fin, una vergüenza. No estoy muy correcto, ¿verdad? Pero deben saber que lo de Rennes ha terminado. Se ha reconocido que yo no tenía nada que ver en el robo de Rouen. Lo que es, por otra parte, una lástima, porque los camaradas han debido esconder algo bueno antes de dejarse prender. Pero, por mi parte, salgo de esto con las manos limpias.

La señora Nicolle se sentía muy molesta; Julieta Larbeau no tanto, pero temía llegase el momento en que José Nicolle le dirigiese directamente la palabra. Souverán se mostraba indiferente; en cuanto al señor Birmón, no ocultaba su desprecio y su repulsión. No estaba él tan seguro por su parte de que José no tuviera nada que ver en el primer atentado contra el señor Nicolle, en su oficina de la calle de Réamur; y si él admitía perfectamente la idea de matar a su antiguo amigo, el pensar en un parricidio le sublevaba por completo.

De nuevo vaciló José Nicolle a cuál de las dos mujeres dirigirse directamente, y prefirió continuar hablando en tono impersonal.

—¡Pobre papá, a pesar de todo! ¡Cómo ha debido conmoverle eso! Cuando supe la cosa en Rennes no puedo decir que no me importase lo más mínimo, pero en cuanto a afirmar que la noticia me haya anonadado y hecho derramar lágrimas, eso es también un cuento Y si lo hubieran despachado definitivamente hubiese sido seguramente para mí, como si no hubiera ocurrido nada

Estas palabras provocaron como un leve sobresalto en todos los que tenía delante

—Ve a sentarte allá, más lejos — ordenó el inspector

—¡Vamos, es que no puede uno ni hablar ahora! — protestó José Nicolle —. Parece que les asombra que no diga ternezas acerca del tío Nicolle. Usted no le conoce, señor inspector. Probablemente si le conociera, me dejaría decir dos palabritas más. ¿Por qué no pregunta usted a mi madre, que está aquí, su opinión?

Apuesto un franco a que no hubiera ido a llevarle flores a su tumba. ¿No es verdad, madre?

Luciana Nicolle volvió la cabeza hacia otro lado. No estaba preparada para semejante escena, y el oírse llamar madre por aquel delincuente, ante todos los que estaban presentes, la hacía enrojecer. Birmón apretó los puños.

—Vamos, vete allí, más lejos — ordenó de nuevo el inspector.

—La avergüenzo a usted, bien lo veo — dijo José Nicolle, dirigiéndose hacia el banco, adonde lo empujaba el inspector —. Pero yo no la quiero a usted mal, a pesar de presentarme sin cuello y sin corbata y mal afeitado. Usted fué siempre buena para mí. Por eso no puedo decir nada, y tengo que guardarme la lengua. Pero en cuanto a mi padre, lo que me asombra es que, dada su reconocida bondad para conmigo, no haya tenido la piadosa idea de denunciarme como autor si supo que yo me encontraba en las cercanías de su oficina cuando trataban de despacharlo. A mi juicio, el que tiró contra él no ha robado su libertad provisional.

E inclinándose, guiñó un ojo primero hacia Souverán y luego hacia Birmón.

—¡Qué lástima — agregó mirando a la pared — que haya sido tan poco hábil! Hubiera librado a la humanidad de un mal padre, que tiene los bolsillos llenos de *biyuya* y deja que su único hijo se muera de hambre. ¿Es que eso puede ser visto con paciencia? ¿Es que debería estar permitido?

Aquello hubiera sido cómico, si no fuese monstruoso. Ninguno pensaba en reírse, a pesar de aquel pronunciado acento de arrabal. Dos abogados se habían aproximado a su colega y le pedían informes acerca de aquel curioso personaje. Dos periodistas aguzaban el oído; no tomaban nota alguna, pero grababan cuidadosamente en la memoria las palabras de José Nicolle. Un fotógrafo instaló descaradamente su máquina, preparó la carga de magnesio y enfiló a los tres bancos. Julieta Larbeau volvióse hacia la pared y Luciana Nicolle escondió la cara tras de su cartera, mientras que José Nicolle se ofrecía a la placa bien de frente y con una sonrisa.

—¡Para lo que a mí me molesta eso — dijo al policía —. Lo primero, porque en la sección de antropometría tienen ya mi fotografía, y después, porque como ahora tendré que estarme quieto y no tomar parte en combinacio-

nes peligrosas, ¡poco me importa que me fotografíen o no! ¡Hasta ahora no se me había ocurrido que el viejo podía reventar! Era mucho más sólido que yo; pero desde el momento en que hay alguien que quiere ayudar a despenarle a fogonazos, tengo muchas más probabilidades. Y como soy su único hijo, a poco que le acierten a la tercera vez, me encontraré con todo su *gato* en los bolsillos...

En el estudio del juez de instrucción, el señor Billette y el inspector Girardon-Collet, revisaban el asunto Nicolle.

—No hay nada a que poder agarrarse—confesaba el policía —. Creo no estar lejos de la verdad, tanto en el caso de la calle Réamur como en el del cristal roto de la clínica Champard. Para mí, Julieta Larbeau estaba presente cuando fué herido su patrón.

—Pero ambos están de acuerdo en decir lo contrario.

—Eso no tiene por otra parte la menor importancia, ya que no será posible acorralar demasiado a la víctima y que parece que la secretaria no puede ser directamente culpable, y que el que disparó lo ha hecho contra la voluntad de ella. Pero respecto a lo de la clínica Champard, estoy persuadido de que fué ella y que lo ha hecho únicamente para obligarnos a libertar a su amante.

—A menos que no haya sido Birmón.

—¿Birmón?

Collet encogióse de hombros, pero el juez de instrucción abrió una carpeta y sacó de ella una carta enviada por expreso que tendió al policía.

Eran unas líneas escritas por el director de compras de los Establecimientos Luc Perrin et Cie.

"Señor juez — decía —, *creo mi deber comunicarle que el señor Birmón, cuyo nombre ha sido pronunciado con motivo de la tentativa de asesinato perpetrado contra el señor Nicolle, en la calle Réamur, estaba en mi oficina aproximadamente a la hora en que tuvo lugar el segundo atentado contra el señor Nicolle. Se lo comunico, en interés de la justicia. He intentado en vano ponerme al habla por teléfono con el señor Birmón, pero le escribo, anunciándole que informo a usted de esta circunstancia*".

El inspector leyó la dirección de Luc Perrin: calle de la Tour.

—No está muy lejos de allí la clínica Champard — dijo, doblando la carta y entregándola al señor Billette —. Pero no creo que el señor Birmón fuese tan cándido como para hacerse atrapar a doscientos metros del señor Nicolle, en el momento en que partían el vidrio. Hasta si llegase a silenciar su presencia en las inmediaciones a aquella hora, eso no significaría otra cosa sino que no era muy inteligente.

—Las sospechas de usted acerca del primer crimen recaen siempre sobre Souverán.

—Sí, lógicamente, señor juez. Pero la lógica no tiene cabida en este asunto. El estor echado destruye toda la hipótesis. ¡Y sin embargo — agregó con rabia —, la primera bala no vino por sí sola!

—Voy a proceder al interrogatorio de José Nicolle.

—¡Un buen sinvergüenza!

—Sí; pero de eso al parricidio hay un gran trecho. Y creo que habrá que dejarle al margen...

Al entrar en el gabinete del juez de instrucción, José Nicolle perdió su jactancia, pero conservó su aplomo. Cuando el que tiene alguna cuenta con la justicia, cae entre las manos de la policía, aunque sea inocente de un nuevo delito, no está muy seguro de mantener el silencio por mucho tiempo. Sabe que habrá un momento malo que pasar y tiene siempre algo sobre la conciencia. Pero una vez que entra en la vía normal de la justicia, cuando sólo tiene que entenderse con los magistrados, cuando puede apoyarse en un abogado, estímase salvado y recobra toda su serenidad.

Apenas cambiadas las primeras frases, José Nicolle no demoró en caer sobre su tema favorito, que era el hablar muy mal de su padre y hacer gala de un cinismo desconcertante. Pero el señor Billette puso rápido punto a su desbordamiento y le obligó a precisar el empleo de su tiempo durante la hora en que su padre fué herido en la calle de Réamur. No obtuvo ningún nuevo indicio. José Nicolle repitió la declaración que había hecho ya en Rennes: que estaba bebiendo con sus amigos; que había ido a dar una vuelta, después de las seis y cuarto, a la casa Berlín; que había regresado al bar y que por último había ido a llamar y golpear a la puerta de la oficina de su padre. El portero no estaba entonces en la portería; una mujer había bajado por la escalera, mientras que él estaba ante la puerta. ¡Y eso era todo!

—Y como yo desconfío mucho de mí mismo, porque soy de movimientos un poco vivos, tengo la costumbre de no llevar jamás armas encima, ni revólver ni cuchillo. Lo que tiene la ventaja de no impulsarme a prolongar las discusiones con camaradas que van armados.

Salió en libertad del gabinete del juez de instrucción. Al llegar al pasillo, estrechó la mano del inspector de policía que le había traído desde Rennes, le dijo que era un excelente tipo, y le pidió un cigarrillo. Después, volvióse hacia la señora Nicolle, y le dijo, mientras se sacaba el sombrero:

—¡Hasta la vista, madre, y buena suerte!

Ella tuvo el valor necesario para murmurar:

—Adiós, José.

Este volvióse hacia Julieta Larbeau.

—Le doy a usted otra vez las gracias por los cien francos que me prestó la última vez que la vi, y espero que mi padre se los habrá devuelto...

—Sí, sí — contestó la joven, que prefirió mentir y verse libre de aquel individuo comprometedor.

—¡Pero es magnífico! — exclamó José Nicolle, golpeándose la pierna con la mano —. No creía que fuese tan sencillo. Le pido dinero prestado a usted, y mi padre se lo devuelve. Su amor propio queda a salvo, y yo me las arreglo. Acaso podría usted hacerse devolver por él otros cien francos, porque yo me encuentro ahora seco; tieso como una aguja...

—No vas a darle dinero — murmuró el americano al oído de Julieta Larbeau.

Esta acató la orden. Irguióse, apretó con ambas manos la cartera, y dijo:

—No puedo darle a usted nada.

José Nicolle saludó.

—No se enfade usted, señorita. He hecho mal y lo reconozco. Vale más no tener intermediarios en las cuestiones de dinero. Y, por otra parte, hace un instante, en el gabinete del juez, la sola idea de que mi padre hubiera podido desaparecer sin perdonarme, me ha destrozado el corazón. Por tanto, prefiero ir a verle y echarme a sus pies, o bien a los pies de su cama si es que está acostado...

EL LADRON DEL MUSEO ROBIN-LASALLE

Era la una de la madrugada. Dos empleados nocturnos de la sociedad "La Vigilante", que aseguraba la ronda de algunos inmuebles y propiedades del barrio de Auteil, descendían lentamente por la Avenida de Versalles. Una vez llegados a la Porte de Saint Cloud, volvieron a la derecha y subieron por la calle de Michel-Ange.

Al llegar al ferrocarril de cintura, se encontraron con dos agentes ciclistas, que, apoyados contra el muro, fumaban un cigarrillo. Los cuatro hombres se conocían, se estrecharon las manos y volvieron a emprender la ruta todos juntos.

Rodaban las cuatro bicicletas en una sola línea de fondo, silenciosamente, y con las linternas apagadas. Los hombres bajaron por tres veces de sus bicicletas para acercarse a la

puerta de algunas propiedades. La noche,
luna, era límpida, el cielo estaba comp
mente estrellado, y el aire era suave. No
nada inquietante en el horizonte; desde
tres semanas reinaba en el barrio una
chicha.

Pero cincuenta metros más allá de la
ción del subte de Michel-Ange-Molitor,
de los agentes tendió el brazo y echó
tierra.

—¿Visteis?

—¿El qué?

—Una luz en la ventana del segundo

Y el agente señalaba con la mano hac
inmueble de tres pisos, un hotel parti
oculto tras de una verja de hierro y a
metros de césped. Sobre una columna
entrada, se destacaba una lápida de m
blanco que decía en letras doradas: "
Robin-Lasalle".

Robin-Lasalle, personaje muerto hacía
tro años, había sido un poderoso azuc
que a su muerte legó al Estado sus colec
de cuadros, esculturas, vasos y joyas, todo
luado en un centenar de millones de fr
con la condición de que en su hotel,
Auteil, del que hacía igualmente donac
Estado, se instalase un museo que llev
nombre, para lo que dejaba también un
de 1.800.000 francos, destinado al sosten
to del mismo.

El Estado había tardado tres años en
el legado y sus condiciones, y en ins
museo, cuya inauguración había tenido
dos meses antes. Las salas estaban abie
público, desde las 10 a las 19. El señor
brozart, de la Academia de Bellas Artes,
sido nombrado conservador. Durante la
no había en el museo más que un solo
te, el tío León, antiguo portero de Ro
salle, que en su testamento pidió que c
se confiada a él la guarda de la casa.

Los vigilantes no tenían por misión
del museo, pero los cuatro perman
silenciosos, mirando hacia arriba, y
una nueva aparición de la luz.

—Será quizá el guarda, que hace
da — dijo al fin uno de los vigilantes,
niéndose a partir.

Lo que era muy probable.

—Pero en ese caso se volverá a ver la

Esto era también bastante lógico.

—A menos — dijo su colega — que
sido un reflejo del exterior.

Pero estaba tan poco convencido de
decía, que dejó su bicicleta apoyada
la acera y se acercó a la verja. Vac
embargo, antes de llamar.

—Pero llama de una vez — dijo otro
do también su bicicleta junto a la
acercándose a él.

El agente pulsó el timbre. No se
ruido de la llamada en el interior, pero
nuto después iluminóse el *hall* de
tras de la puerta de hierro forjado, y
ésta, apareciendo el tío León. Era un
de unos sesenta años, alto y derecho,
militar, y con cabellos y bigote
blancos.

—Policía — dijo un agente a media

El guardián llegóse hasta la verja y
cló los uniformes.

—¿Qué pasa? — preguntó.

—Que hemos visto una luz en el
piso — contestó un agente —, y cre
practicaba usted una ronda.

—Hice mi última ronda de incen
diez, y no la vuelvo a hacer hasta la
Así que no era yo, pero ¿están ustedes

—He podido confundirme; pero se
ble que vayamos a ver.

—Sí; es preferible. ¿Quieren uste
pañarme?

—Naturalmente.

El tío León sacó una llave del b
pantalón, que se había endosado
sobre el camisón de dormir, y abr

—Nosotros nos quedaremos aquí — dijo uno de los vigilantes.

Entraron los dos agentes, y el guarda cerró de nuevo con llave. Los tres llegaron al *hall*, cuya puerta cerraron luego también, y emprendieron metódicamente la visita de la casa.

La planta baja estaba destinada a la escultura; sus salas fueron recorridas rápidamente. En el primer piso, aparte de algunos asientos destinados al público, no había más que unos centenares de cuadros, colgados de los muros. El tío León iba cerrando cuidadosamente tras de sí todas las puertas.

Al llegar a la gran sala de vitrinas que contenían las joyas, instaladas en el segundo piso, lanzó una exclamación. Un ladrón había operado allí, sin preocuparse de borrar las huellas de su paso: en medio de la sala, sobre el piso encerado, estaba extendida una gamuza, encima de la cual el ladrón había reunido ya el botín: dos copas y un cáliz de oro, collares antiguos, sortijas de esmeraldas, diamantes y rubíes; todo formaba un montoncito que brillaba a la luz y representaba una fortuna. Habían sido forzadas sin precaución alguna las cerraduras de las vitrinas horizontales y verticales, que aparecían a medio arrancar; las puertas estaban abiertas. Pero en el interior de las vitrinas y sobre las bandas de cristal no había desorden alguno. El ladrón debía tener ya hecha su elección, tomando aquello que, según el catálogo, representaba mayor valor.

Los policías no se detuvieron a considerar la importancia del robo. Debían ocuparse sin pérdida de tiempo del ladrón, que seguramente no había tenido tiempo de escapar, ya que desde que la luz fué descubierta eran cuatro a vigilar los alrededores del hotel.

Pero la búsqueda fué vana. El segundo piso estaba vacío. En el tercero habían sido amontonados en ocho piezas vacías varios muebles. Los agentes removieron los sillones, abrieron todos los armarios. ¡Nada! Y arriba, donde se hallaban las antiguas piezas de la servidumbre, todo estaba vacío.

La primera idea de los policías, a medida que su búsqueda resultaba vana, fué que el ladrón hubiera entrado y huído por allí. Pero las ventanas, así como las de los pisos inferiores y las de la planta baja, estaban cerradas por el interior con la falleba. El ratero no podía haber salido cerrando las ventanas. Uno de los agentes comenzó a abrigar ciertas sospechas.

—¿Dormía usted desde las diez? — preguntó bruscamente al tío León.

—Desde las diez y media, como todos los días — contestó con sencillez el tío León.

Pero su rostro enrojeció claramente bajo el pelo blanco. Comprendía que si no se encontraba al ladrón se sospecharía de él. Todo lo abrumaba: la casa estaba completamente cerrada, y desde el momento en que los policías habían visto la luz en el piso segundo, era imposible que ningún hombre hubiera tenido tiempo de salir; y él estaba solo en el inmueble.

El pensamiento de los tres hombres seguía el mismo curso: el tío León robaba al museo que estaba encargado de guardar; una vez hecha su elección, iba a poner en lugar seguro el botín, y a continuación se ocupaba de preparar la escena, fracturaría una puerta o una ventana del piso bajo, y a las cuatro de la mañana, al efectuar su segunda ronda, descubriría el robo.

Es verdad que había aceptado rápidamente el ofrecimiento que le hicieron los agentes de acompañarle para verificar una visita en la casa. Pero no podía obrar de otro modo, sin condenarse sin remisión, ya que las vitrinas estaban descerrajadas. Tan sólo hablaba en favor suyo el cuidado que había tenido de ir cerrando tras de sí todas las puertas. Acaso esperaba poder abrir subrepticiamente una ventana para hacer creer que por allí se había escapado el ladrón, mientras que él contestaba a la llamada de los agentes e iba a abrir la verja.

—Como caiga en mi mano — gruñó el tío León.

Los agentes hicieron como si no le oyeran, y un silencio penoso reinó entre los tres hombres; este silencio se hizo más pesado a medida que descendían uno tras otro los pisos. Todas las salidas estaban cerradas al exterior.

—Aquí no está — dijo por último uno de los agentes.

—¿No hay sótanos en la casa? — preguntó el otro.

—Sí, sí... — contestó, precipitadamente, el guarda.

Hubo un momento de esperanza, que se disipó pronto. Al sótano se llegaba por una puerta que daba al antiguo *ofice*, en la planta baja; pero esta puerta estaba cerrada con llave y la llave puesta en la cerradura. El tío León hizo un esfuerzo mental para recordar si aquella puerta estaba ya cerrada con llave cuando pasaron por allí al comienzo de la pesquisa.

—Sí, estaba cerrada con llave — dijo con abatimiento.

Descendieron, sin embargo, a los sótanos, que tenían toda la extensión de la casa; recorrieron los montones de carbón, miraron la estufa, sin encontrar nada. Las claraboyas estaban cerradas por placas de palastro fijadas en el interior; y, además, todas tenían barrotes.

Cuando todos se hallaron de nuevo en el *hall* de entrada, el tío León sudaba la gota gorda.

—Y, sin embargo, no ha podido salir volando — dijo.

—Evidentemente — asintió uno de los agentes —. Y ni volando no hubiera podido salir de la casa. ¿Tiene usted teléfono?

—Sí; aunque el de la oficina del conservador no ha sido aún colocado, funciona el de la portería.

Los condujo a las dos piezas que ocupaba él, cerca de la puerta de acceso. La primera de ellas era más bien una antecámara, amueblada con una mesa de trabajo, algunas sillas y una carpeta. En la pared y por encima de la mesa, estaba fijado el teléfono. El guarda dormía en la segunda pieza, en la que se había instalado una pequeña cocina al transformarse la casa en museo.

—¿Permiten ustedes que vaya a vestirme un poco? — preguntó el guarda, mientras que uno de los agentes iba a telefonear a la policía judicial.

Entró en su pieza. El agente que estaba al teléfono dijo en voz baja a su colega:

—Vigílale.

No era cosa difícil. El tío León había dejado la puerta abierta de par en par tras de él, y el agente pudo ver que se vestía al lado de la cama.

El tío León tenía los ojos llenos de lágrimas y murmuraba palabras ininteligibles. Estaba ya a medio vestir, cuando dió un salto brusco a través de la pieza y desapareció detrás de la puerta, lanzando un aullido. El agente precipitóse en el interior de la habitación. Su colega, que no podía obtener contestación de la telefonista, dejó el tubo colgando, y corrió también.

Al principio no comprendieron lo que ocurría. Temían que el guarda, creyéndose perdido y abandonando la lucha, intentara suicidarse; pero le sorprendieron, de rodillas, apretando con una mano la cortina que acababa de arrancar de su base, mientras que golpeándola con el puño, repetía.

—¡Bandido! ¡Ah, bandido!

Detrás de él se agitaban dos piernas y vagos gemidos salían de debajo de la cortina. Ambos agentes se apoderaron del tío León, y, agarrándole por los hombros, le obligaron a levantarse, mientras que el guarda les suplicaba:

Los niños terribles



—Si dentro de diez minutos no pasa un gato, te devuelvo la plata.

—No le dejen escapar.

Bajo la cortina el hombre no se movía ya. El guarda debía haberle golpeado y apretado un poco fuerte. Uno de los agentes levantó la tela, mientras que el tío León resoplaba, reía nerviosamente y exclamaba:

—Han creído ustedes que había sido yo, ¿eh? Ahora ya pueden decirlo. He pasado un momento terrible... ¡Ah, el cochino!

Y tendía el puño hacia el hombre tendido en el suelo; era un tipo flaco, vestido correctamente, con un terno marrón, con puños y cuello muy blancos; el rostro pálido era delgado y estaba encuadrado por una corta barba rojiza.

Un policía le tomó por la muñeca y examinó su pulso.

—No lo ha estrangulado usted por completo — dijo —; pero ha recibido una buena rociada. No tiene aspecto de ser un profesional...

Arrodillado al lado del cuerpo, dispúsose a examinar sus bolsillos. No encontró más que un atado de cigarrillos corrientes, un encendedor barato y muy usado y unos cincuenta francos en billetes y moneditas, un boleto del subte, emitido en la estación de la Opera, y un pañuelo a cuadros azules. No llevaba pieza alguna de identidad.

Muy nervioso, el tío León no podía callarse.

—Me preguntaba qué es lo que podía yo hacer. Bien veía que sospechaban ustedes de que yo hubiera dado el golpe, y que no había manera de justificarse. Tenía mi revólver en el cajón de la mesa de luz. Seguramente que me hubiese sido fácil apoderarme de él y descerrajarme un tiro en la cabeza. Pero ¿y después? ¿Qué no hubieran dicho los diarios? Uno se suicida cuando es culpable, ¿no? Y yo no era culpable. Aunque era como si lo fuese. Me daba bien cuenta de que no había nada que hacer, y que iban ustedes a llevarme detenido. Y en ese instante, en el momento en que me abrochaba el cuello postizo, ¿qué es lo que veo? Un par de zapatos, que no eran los míos, y que asomaban por debajo de la cortina. Felizmente que la cortina es corta, si no, estaba listo. ¡Y yo que quería alargarla! Pero ¿cuándo habrá podido venir a esconderse ahí dentro?

—Probablemente, cuando fué usted hasta la reja — contestó el agente, que se levantaba.

—Tuve miedo de que escapara; acaso le apreté demasiado fuerte, bajo la cortina. Pero no quería que se me escapase, porque estaba en juego mi honor, ¡qué demonio!

—Déme usted un vaso de agua — pidió el agente.

El tío León fué a la cocina, abrió la canilla de la fregadera y volvió con una cacerola llena de agua. El policía inundó el rostro del ladrón, y éste dió señales de vida. Dos cachetadas le hicieron abrir los ojos.

Eran unos ojos aterrados y espantados.

Sin esperar a que se le instara a ello, el flacucho ladrón se enderó penosamente sobre sus piernas. Los dos agentes le agarraron, cada uno por un brazo, y pusieron a contribución su estado de semiinconsciencia y su visible terror, para extraer el máximo de informaciones.

—¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?

—Pierre Champion — balbuceó, penosamente, el ladrón.

—Sí; campeón del robo y el asalto.

—¿Dónde vives?

—No lo recuerdo.

—¿Dónde vives?

Los dos se aplicaban a sacudirle, apretarle los brazos y hacerle gritar.

—No lo sé — repitió.

—¿Eres tú el que has fracturado las vitrinas de arriba?

—Sí, soy yo.

—¿Dónde vives?

—No lo sé.

—¿Fuiste tú quien fracturó la puerta de entrada?

—No, no fuí yo. Yo me dejé encerrar pasada la hora de visitas.

—A otro con ese cuento. ¿Fuiste tú quien forzó la puerta de entrada?

—No lo sé.

—¿Habías preparado ya el golpe? ¿Has venido ya en otra ocasión?

El tío León, que inclinaba la cabeza a izquierda y derecha para ver bien al prisionero y que no entendía nada de aquello de la puerta fracturada, intervino, exclamando:

—¿Si ha venido alguna vez? ¡Ya lo creo! Ahora que está en pie le reconozco. Ha venido casi a diario, desde hace una semana. Reconozco perfectamente su barba. Yo creía que era un pintor de Montparnasse.

—¡Déjenos usted en paz! — le gritó uno de los agentes.

Plantó su enorme puño ante las narices del ladrón, cuyos ojos se bizcaron.

—Vas a hablar o te rompo la cara — le dijo.

—Sí, sí; hablaré.

—¿Dónde vives?

—En ninguna parte. Duermo donde puedo. No tenía ya dinero para pagar una pieza...

—¡Y te pagas el planchado de cuellos! ¡Y de puños! ¡Y te arreglas la barba! Ya conozco yo bien a esos que duermen bajo los puentes, o sobre las banquetas de los cafés y de las salas de espera... Sus ropas se hallan en estado muy distinto al de las tuyas...

—¡Vamos, vamos! — dijo el otro agente con tono bonachón —. ¿De qué te vale hacerte el imbécil? Mañana se sabrá quién eres, aunque nunca hayas pasado por la antropometría. Tu fotografía estará en todos los diarios y siempre habrá un camarada que te reconozca. ¿Cómo te llamas?

—Pablo Champion.

—Hace un momento eras Pedro y ahora eres Pablo. ¡Vamos! Mira mozo, desembucha todo lo que sabes o si no seremos dos a sacudirte.

En vez de contestar directamente, el malhechor, de pronto, rompió a llorar mientras gemía:

—¡Mi padre! ¡Mi pobre padre!

Las lágrimas tardaron en aparecer, y muy escasas; pero él las sorbió con gran estrépito.

—¡Muy bien! — dijo uno de los agentes —. Si lloras es que no careces de sentimientos. Siéntate y cuéntanos cómo te las has arreglado.

Diciendo esto, quitó de una silla las prendas del tío León e hizo sentar al joven asaltante.

—Más te vale hablar; te será tenido en cuenta después.

El otro dedicó todavía un instante a lloriquear; después se pasó la mano por los ojos, bajo la cabeza, y con tono monocorde fué haciendo su relato.

Era de buena familia; su padre era negociante en París; pero no había vacilado en dejar a su hijo en la mayor miseria, y él se había dejado impresionar por los diarios que habían hablado del museo.

—Decían que había aquí millones, tan sólo en sortijas antiguas. Lo que me dió la idea del robo fué un diario que decía que el museo no estaba quizá lo suficientemente guardado para las riquezas que encerraba.

"Vine entonces hace una semana, y seguí luego viniendo a diario. Estudiaba la casa; había un guarda en cada piso, pero sabía que no había ninguno en el tercero y en las buhardillas. Si lograba dejarme encerrar dentro, sería fácil salir por una ventana del piso bajo, y no habría de ser difícil saltar la verja.

"Ayer vine con un cortafríos en el bolsillo, a tentar fortuna. Me entretuve en el segundo piso; por dos veces me acerqué a la nueva puerta que da a la escalera del piso tercero. Pero me exponía a ser visto. Una caravana de ingleses llegó media hora antes de que cerrasen. El guarda les siguió hasta las vitrinas; entonces aproveché el momento; pude abrir la puerta, salir y volverla a cerrar. Esperé, escuchando durante un minuto; y después subí.

"A las diez, cuando el portero hace su ronda, me escondí en el baúl de la segunda pieza. Luego esperé dos horas largas, a que estuviese bien dormido. Sabía ya que no volvería a pasar hasta las cuatro de la mañana; le había vigilado durante muchas noches, y conocía sus costumbres. Tenía tiempo suficiente por delante.

"Sin embargo, procedí rápidamente. A la una había ya forzado todas las vitrinas y sacado todo lo que había elegido en los días precedentes. Entonces oí la campanilla, bajé al primer piso y vi iluminado el *hall;* descendí un piso más; vi que la puerta estaba abierta; pensé entonces que si volvía a subir, me atraparían de seguro.

"Me vine aquí, con el propósito de escapar en cuanto ustedes subieran. Pero el guarda había cerrado la puerta con llave, y yo no tenía la llave. Fuí hacia una ventana, y vi a dos hombres con bicicletas y cascos; entonces preferí esperar. Creía que todo volvería a estar tranquilo, y que podría aprovecharme del nuevo sueño del guarda o de su futura ronda para escapar por una ventana.

—¿Dónde vive tu padre?

El malhechor, que se había dejado arrastrar a una confesión completa, tuvo en aquel momento un estremecimiento.

—No se lo diré a ustedes — aseguró con firmeza —. Además no está en su casa. Se encuentra enfermo y es atendido en una clínica.

—Pero, imbécil, lo sabrá en seguida, en cuanto los diarios den cuenta del robo.

—¡No puedo! ¡No puedo! Mátenme si quieren, pero no puedo...

La nueva de la tentativa de robo en el museo Robin-Lasalle llegó al *Eclaireur* en el momento en que se cerraba la novena edición. La telefoneaba sucintamente el reportero adscrito a la prefectura de policía, pidiendo a la vez que se enviase a la comisaría de Auteil un redactor y un fotógrafo. Se redactaron rápidamente diez líneas para la edición que estaba a punto de salir, y se enviaron a la platina, mientras que el jefe de informaciones llamaba por teléfono al secretario general, que en aquel momento terminaba la primera página, y que comenzó a vociferar:

—¿Y no se ha llevado nada? ¿Y ha sido detenido? ¡Pues muy bien, perfecto! Yo no tengo lugar para nada; el suicidio de Nicolle me basta.

—Le envío a usted, sin embargo, diez
— contestó con placidez el jefe de in
ciones —. El museo Robin-Lasalle es,
de todo, algo que tiene su importancia.
A despecho de su decisión, encontró
cretario general el medio de hacer un
en su página para dar acogida a la infor
del asaltante del museo. Para lograrlo,
quince líneas de uno de los sucesos im
tes del día, aquel cuyo título decía a
lumnas:

EN PLENO MISTERIO

El señor Nicolle, víctima de dos
de asesinato, se suicida en la clínica C
Antes había disparado su arma co
agresor desconocido, que desapareció
huellas y que se cree debió resultar

EL MIEDO POSTRERO DEL SE NICOLLE

El calor había sido sofocante dura
el día. Había vuelto a manifestarse
mente la víspera, después de dos sem
suave fin del estío. Por la tarde, y
tres horas, Julieta Larbeau se había
en vano en calmar a su patrón, que co
en el lecho, debajo de su mosquitero...
Estaba enervado el señor Nicolle;
tenía alguna participación en su esta
también había la angustia, que se a
de él a partir del segundo atentado
fué víctima, así como la inquietud de
se curado bastante de prisa.
El doctor Champard le había preve
embargo, de que la cosa sería larga, y
tratamiento eléctrico duraría alguno
La herida del cuello se había cicatri
rápidamente, que el señor Nicolle
un milagro para su brazo y su piern
pesaban cada vez más. Esta era
saco de plomo, que le clavaba en el
en cuanto al brazo, solía agarrarlo con
izquierda, para levantarlo, haciendo
para mantenerle en el aire, pero el br
como una masa. No obstante, había
miembro alguna mejoría, pues los d
menzaban de nuevo a obedecerle y a
asidos los objetos durante algunos se
—Me curaré, Julieta — le decía —;
estoy seguro de ello; pero es demasi
Tengo miedo. ¿De qué? No lo sé c
tud. La casa está bien guardada, ya
doctor Champard me lo ha dicho; y
licías que rondan continuamente alr
la clínica. Y, sin embargo, presiento
verá...
—¿Quién?
—No puedo saberlo. El que me h
oficina. He pasado noches sin do
todas las noches. Y en cuanto me qu
mecido tengo pesadillas. Está allí,
veo más que un revólver y una man
más no lo veo. Si llegara a distinguir
mi temor se acabaría; sabría exactam
es el que me odia... Nunca hubie
que ella me tuviera tal odio; pero yo
tribuyo con creces. Ella es quien p
sino, porque no es Birmón quien d
dentemente. Pero pagan al otro, al
conozco yo... La mano surge ahí,
su revólver, y no tengo tiempo de
mío que está en la caja. Por eso h
ches que lo pongo debajo de mi al
Y, sin embargo, tampoco me da tiem
no dispara el arma y yo me despier
dome... Es terrible, Julieta.
Había hecho ya diez veces el re
pesadillas, y Julieta le escuchaba co
de enternecimiento. El se daba per
ta de ello, y en vez de fingir val
cerraba en una flojera, asombrosa e
bre como él.
—¿Qué cosa tan estúpida, eh, J
que una bala bien colocada pued
hacer de un hombre como yo: un

quiero dormir durante la noche; quiero re- al asesino con un balazo en la cabeza...

—Y acertará usted a matar a un enfermero haya tenido la ocurrencia de venir a ver todo va bien en su cuarto.

—¡Ah! ¡Si pudiera enderezarme sobre mis ...! Ya podrían entonces venir todos jun- ¡Sabría recibirlos! Pero cuando está uno arriba ¿qué es lo que puede hacer? ¡Te- miedo! Felizmente que me dejan la lám- de noche. Cuando me despierto, la débil dibuja grandes sombras que danzan y pro- mi pesadilla, pero estoy al menos más ...lo. Así estoy seguro de ver al otro en ...... Y estoy aquí, como en una jaula, merced suya... El doctor Champard me ha ...tido dejarme marchar dentro de unos cuando pueda mantener un lápiz entre dedos durante unos minutos. Esta mañana llegado a sostenerlo durante sesenta y cinco ...dos... Julieta, ¿vendrás a vivir conmigo que esté curado completamente?

Pero Julieta evitó contestarle.

A las cinco estalló una violenta tormenta; ...ia azotó los cristales y distendió los ner- del herido, que pudo dormirse. La joven había prometido quedarse allí hasta las seis ...dia. Tomó un libro y estuvo leyendo ...e una hora.

El señor Nicolle despertóse sin pesadillas.

—Debía sentir tu presencia a mi lado —di- porque he dormido, y ahora me encuen- mejor. ¿Qué tonterías te digo, verdad, Ju-?

—No es usted razonable.

—¿Y José?

—La enfermera me ha dicho que no ha vuel- a venir. Pero que si vuelve le pondrán en ...erta, sin más explicaciones.

Un mes antes, el mismo día en que fuera ...gado por el juez de instrucción y de- en libertad, José Nicolle había cumplido ...bra: había ido a la clínica, después de tomado la precaución de afeitarse y ...ar un cuello y una corbata. Fué sin preconcebido, sencillamente porque ha- ...nciado que iría a echarse a los pies de padre para hacerse perdonar por éste. En ...d, abrigaba en su fuero interno la es- ...a de sacarle algún dinero al herido.

En la clínica, en donde no estaban muy al ...te de los acontecimientos, le bastó des- un poco de elocuencia para ser intro- en la pieza de su padre. Nicolle dor- en aquel momento.

—Voy a sentarme para esperar a que se des- — propuso.

No se vió inconveniente alguno; una enfer- lo condujo a la habitación, y él instalóse ...lamente en una silla. Pero tan pronto la puerta se cerró y él se dió cuenta de su padre en efecto dormía, fué a regis- ...enciosamente el cajón de la mesilla de ... Encontró allí la cartera del señor Nicolle, que aligeró del peso de 1.800 francos que ...ía, volviendo a colocarla en su lugar. ... a marcharse sin esperar más, cuando su ... se despertó.

El señor Nicolle salía de una pesadilla, que siempre la misma. Medio inconsciente aun, ...o un violento esfuerzo, sentóse sobre la ... y, tendiendo el brazo, arrancó a medias mosquitero de tul, en su esfuerzo para al- ... el cofre en que encerraba el revólver, ... a gritar:

—¡Socorro! ¡Al asesino!

... más tarde pudo darse cuenta de que ...sino hubiera tenido tiempo para ma- ... diez veces.

—Pero si soy yo, papá —dijo José Nicolle.

—¡Vete de aquí! —gritó el herido.

... José Nicolle no pensaba en eso. Si ...ía, después de los gritos lanzados por ..., sería detenido en el pasillo, y los ochocientos francos que se había metido en el bolsillo podrían jugarle una mala ... Prefirió quedarse y esperar a pie fir- me, en tanto que trataba de calmar a su pa- dre.

—Soy yo... He venido a pedirte perdón...

—¡Vete de aquí!

Dos enfermeros y una enfermera abrieron la puerta. Mientras la mujer se acercaba al herido y le obligaba a tenderse de nuevo en la cama, los dos hombres no sabían qué hacer.

—¡Que se vaya! — ordenó el señor Nico- lle —. ¡Echenlo! ¡Lo maldigo!

—Es mejor que se marche, señor — le acon- sejó un enfermero.

José Nicolle hizo un gesto compungido que le salió muy bien, y salió sin apresurarse. Mien- tras estuvo a la vista de la clínica no apretó el paso, pero al cabo de cincuenta metros echó a correr para llegar a la próxima estación del subterráneo.

Fué Julieta Larbeau la que, una hora des- pués de esta escena, descubrió el robo. Ni- colle estuvo a punto de sufrir una nueva cri- sis; pero se calmó rápidamente. Tenía la es- peranza de que su hijo no volvería más, y mil ochocientos francos no era un precio muy alto por verse libre de él.

Pero desde entonces, preguntaba todos los días si su hijo no había aparecido de nuevo por la clínica. Y, no obstante la oposición de Julieta Larbeau, resolvió no cerrar con lla- ve su cofre durante el día.

A las seis y media retiróse Julieta Larbeau, llevando su bloque en la cartera. Trabajaba por las mañanas en la calle de Réamur y ve- nía por las tardes a la clínica. Sentía impacien- cia por escapar a la tiranía llorona de Nicolle, y buscaba otra colocación. Estaba ya harta de desenvolverse en esta atmósfera de drama, y temía un estallido de Souverán, quien le repro- chaba estar demasiado a menudo cerca de su patrón. La situación del americano había me- jorado. Vacilaban aún en darle ocupación en el "Poisson bleu", después de su salida de pri- sión, cuando el gerente de "El Mandarín", otra *boite* de la calle Henri Monnier, le pro- puso tomarle como bailarín profesional. Tuvo desde las primeras noches cierto éxito. Ade- más, su padre le había enviado algún dinero, mostrándole su agradecimiento por no haber deshonrado su nombre.

Ayudado por una enfermera, comió el se- ñor Nicolle a las siete; hasta las diez estuvo leyendo revistas ilustradas, y el enfermero que venía apagando las lámparas, le dió las bue- nas noches.

En la blanca pieza, ardía la lamparilla co- locada sobre una mesita, en un rincón. Al principio habían instalado una lámpara eléctri- ca de escasa potencia, recubierta por un papel transparente. Pero como la tercera noche ce- rraron el contador eléctrico durante una tor- menta, el señor Nicolle había pedido que le instalasen una lamparilla de las de antaño: un vaso de agua con una cucharada de aceite y una mecha, cuya luz amarillenta oscilaba.

No quería dormirse y trataba de analizar los últimos ruidos. A las once el silencio en- volvió toda la casa. Apenas si se oía el ruido ahogado y lejano del cláxon de algún auto, que pasaba por la calle.

El señor Nicolle miraba hacia la ventana, cosa que podía realizar sin el menor esfuerzo. Por detrás de los cristales sin visillos, conta- ba y recontaba las hojas de las persianas de forma antigua; un gancho permitía cerrarlas por completo, o separar entre sí las hojas. El señor Nicolle hubiera preferido persianas me- tálicas, fijas y con un cierre de falleba. Sentía siempre un miedo irracional del jardín, de aquellos pocos metros de césped, conserva- dos con gran trabajo entre los altos muros. Durante el día veía allí a los convalecientes ensayar sus primeros pasos, o permanecer ten- didos en sus sillas, ante los rododendros. A partir de las siete de la tarde, todos los en- fermos se recogían, y ya no quedaba más que aquel espacio vacío que sólo volvía a animarse por la mañana, porque era por allí por donde

Ultimo repaso



—Enfermera, ¿quiere traerme el trata- do sobre las operaciones al apéndice?

se entraba el carbón y se sacaban los tachos.

Sin darse cuenta de ello, el señor Nicolle se durmió un poco después de las once. Su descanso fué tranquilo. Sus sueños le condu- jeron a los primeros días de su segundo ma- trimonio. Pero bruscamente, tras de la ima- gen de su mujer, surgieron primero, dos revól- veres, después su hijo y Birmón. Este le decía:

—¡Te mataré, ladrón!

El señor Nicolle se sentía inmovilizado por invisibles ligaduras; no podía ni hablar ni mo- ver un dedo. Y se despertó instantáneamente, con el cerebro claro, pero siempre víctima de aquella angustia que ya no le abandonaba nunca.

Nada había cambiado en el cuarto: la luz amarillenta de la lamparilla, oscilaba, hacien- do moverse ligeramente la sombra del lecho sobre las dos paredes y sobre la ventana. El herido permanecía en la sombra.

De pronto fijó su vista en la ventana, y lo que vió allí le dejó paralizado durante unos segundos: un objeto deslizado por entre dos hojas de la persiana llegaba a levantar sin ruido el gancho, haciéndole caer de igual manera.

El señor Nicolle había calculado ya que en caso de peligro haría tres cosas: llamar, to- mar su revólver de debajo de la almohada y gritar con todas sus fuerzas. Pero en aquel instante sólo pensó en su revólver. Tenía la ventaja a su favor, puesto que se había des- pertado a tiempo. Tomó el arma de debajo del almohadón, le sacó el seguro y apuntó hacia el segundo vidrio, a la altura de un hombre que se hallase en el jardín.

Sólo entonces pensó en la campanilla. Pero era demasiado tarde. Hubiera tenido que sol- tar el revólver para agarrar la perilla, que col- gaba por encima de su cabeza. En cuanto a gritar, bien sabía que de su garganta, que brus- camente se había secado, no saldrían más que gritos apagados... ¿Qué resultado darían? ¿Asustar al hombre o precipitarlo a la ac- ción? Los enfermeros tardarían mucho en llegar.

Abrióse lentamente y sin ruido la persiana; surgió entre las dos líneas blancas una gran raya negra que terminaba en lo alto por un trozo de cielo estrellado.

Cuando la persiana se abrió por completo, no apareció en principio nada tras de los cris- tales. Luego apareció una silueta delgada, una cabeza descubierta, dos ojos que parecían enor- mes, por encima de un trozo de tela, que ocul-

taba el rostro y dos hombros estrechos. Una mano tanteó el vidrio.

El señor Nicolle aulló:

—¡Birmón!

Y disparó su revólver. El ruido de la detonación se confundió con el del vidrio saltado, y un segundo disparo estalló a continuación.

El enfermero de guardia, que estaba leyendo una novela, pegó un salto, y sacudió a su colega, que dormía sobre un diván.

—¡Pedro, Pedro! —exclamó.

Y precipitóse en línea recta hacia el número 5, la pieza de Nicolle. Llegaba allí sin arma ninguna, pero no vaciló en abrir la puerta, empujándola.

No observó nada anormal; el señor Nicolle estaba tendido sobre el lecho y parecía dormir; la sábana se había deslizado hasta medio cuerpo; pero en cuanto dió la luz, vió el enfermero en el lado derecho, debajo del pecho, una mancha roja que se extendía sobre la camisa, agrandándose ante sus ojos. En tres zancadas acercóse al lecho; apartó el mosquitero y asió la muñeca del enfermo. No sintió el pulso latir bajo sus dedos, pero podía equivocarse.

Pronto se le unió su colega, y después el interno de hospitales, que hacía la guardia de noche, y a continuación todo el personal del establecimiento, hombres y mujeres, vestidos apresuradamente y arrancados a su primer sueño. La pieza estuvo pronto llena de gente.

El interno cruzó al otro lado del lecho, y vió el revólver en el suelo; bajóse para recogerle, pero uno de los enfermeros le hizo observar que sería preferible dejar todo como estaba, para las averiguaciones de la policía. El interno tomó la mano izquierda que pendía fuera del lecho. El pulso, en efecto, no latía: el señor Nicolle estaba muerto, alcanzado por una bala en el corazón.

Avisados por teléfono llegaron, diez minutos después, un brigadier y un agente de la comisaría. En el instante en que les llegó la noticia, un periodista hacía su información, y telefoneó inmediatamente a su diario que el señor Nicolle había muerto de un balazo.

—¿Asesinato o suicidio? —le preguntaron.

—No se sabe aún. Parece más bien un suicidio.

Desde el comienzo de la investigación, pareció confirmarse la versión del suicidio. El enfermero de guardia expuso lo que sabía:

—Estaba leyendo, cuando oí al mismo tiempo un tiro, el ruido del cristal roto y casi inmediatamente un segundo disparo...

El brigadier tenía el revólver Colt en la mano y comprobó la carga: habían sido hechos dos disparos.

—¿Está usted seguro de que no oyó más que dos disparos?

—Completamente seguro.

Dos enfermeras confirmaron lo dicho; también ellas habían oído los dos disparos, muy claramente, en medio de la noche tranquila.

Una hora después, y ante el comisario, al que se había avisado en la sala de espectáculos en que pasaba la noche, el médico forense hacía la misma pregunta.

—La dirección de la herida es anormal para un suicidio. Verdad es que el herido estaba en una posición especial. Puede también que se trate sólo de un accidente. Que después de haber disparado contra la ventana, haya dejado escapar su revólver, haya querido recogerle cuando el cañón apuntaba hacia él, y haya apoyado sobre el gatillo...

Los investigadores habían reparado perfectamente en la persiana abierta de par en par, detrás del vidrio roto. Antes que ellos, el personal de la casa se había asombrado por ello.

—Yo mismo —dijo el enfermero Pedro— he cerrado, en el jardín, todas las persianas del piso bajo.

La enfermera del señor Nicolle creía recordar haber echado el gancho desde el interior, pero lo había hecho maquinalmente, como todas las noches, y en su emoción no pudo afirmar nada.

La explicación del drama era en ese caso muy sencilla. El señor Nicolle sufría de espantosas pesadillas, que le arrebataban la claridad del juicio durante los primeros segundos de su despertar. La persiana se habría abierto, ya por su propio peso, ya por un golpe de viento, después de las diez de la noche, por más que el tiempo estuviera tranquilo después de la tormenta de por la tarde. Al salir de una de sus pesadillas, el señor Nicolle habría creído ver una sombra tras de la ventana. Y cansado de temblar a todas horas, se habría disparado luego un tiro en el pecho.

La conclusión del médico era que se trataba de un suicidio, porque si el señor Nicolle hubiera disparado por accidente, como se suponía un instante antes, estando el revólver sobre él, se hubiesen hallado trazas del fogonazo en la camisa. Mientras que tratándose de suicidio, el negociante había podido tener el arma lo suficientemente alejada, para alojarse la bala por encima del corazón, y tirando oblicuamente, de alto abajo.

—Es una posición bastante rara, pero yo las he visto más raras aun.

El comisario se atenía a las dos balas disparadas, que faltaban en el revólver.

—Era un poco inquieto —dijo el enfermero Pedro refiriéndose al señor Nicolle.

La investigación en el jardín, practicada a la luz de bujías, no reveló ningún dato. Podía esperarse encontrar huellas después de la lluvia de por la tarde —en el improbable caso de que alguien hubiera venido a atacar al señor Nicolle—. Desdichadamente, lo que sobraban eran huellas. En seguida del drama, varios enfermeros habían recorrido el jardín, pasando y repasando por la estrecha banda de tierra que rodeaba el muro.

La entrada y salida del malhechor podían haber tenido lugar por la puertecilla del jardín, que daba a un pasaje, por detrás del seto de rododendros; por allí era por donde pasaban los proveedores. La puerta permanecía cerrada casi todo el tiempo. Sólo estaba abierta durante la mañana, entre las seis y las nueve. La cerradura no era realmente muy complicada: una cerradura con una gran llave. El comisario reservóse, sin embargo, el hacerla examinar interiormente, para descubrir las huellas eventuales que hubiera dejado un instrumento distinto de la llave.

Tan sólo la presencia del revólver en el cuarto era misteriosa. Cuando condujeron al herido en la clínica, no tenía ningún arma; enfermeros y enfermeras se mostraron de acuerdo en aquel extremo. Pensóse entonces en el cofre de caoba, y, uniendo sus recuerdos a los de Pedro, la enfermera que cuidaba al señor Nicolle pudo fijar con exactitud la fecha en que lo trajeron a la clínica: lo había traído la secretaria del herido, a aquella misma pieza, la tarde del día que había seguido al segundo atentado.

Citada por teléfono a la comisaría, al día siguiente, a las nueve, Julieta Larbeau confirmaba el hecho.

—Me suplicó que le trajera su revólver para defenderse —explicó—, y traérselo sin que nadie lo supiera. Al hacerle ver que se descubriría en seguida el arma y que no se la dejarían, tuvo la idea del cofre. Creí obrar bien al obedecerle. Y no se equivocaba él, puesto que han acabado por matarle.

—¿Usted no cree en el suicidio? —le preguntó el comisario.

—No lo creo en absoluto; el señor Nicolle amaba demasiado la vida para quitársela.

—Sin embargo, ha disparado dos balas; y la ventana estaba cerrada...

—Sí, pero la persiana estaba abierta.

El comisario encogióse de hombros, y permitió a la joven que se retirara. Media hora más tarde, recibía la visita del inspector Girardon-Collet, quien se encargaba del asunto y
desde las primeras horas de la mañana
trabajado de firme.

Con el propósito de no perder un
y ventear la pista en caliente, había ido,
de recibir órdenes y apenas leyó la info
ción en su diario, a la clínica Champard.

Tampoco él creía en el suicidio.

—Aunque todo tiende a probarlo —
el comisario—. Y sería una cosa clara
agua de arroyo, si no existieran los dos
tados precedentes, sobre todo el primero,
fué una maquinación de mano maestra. La
balas que faltan en el revólver me dejan
plejo y son bastante convincentes. He
ya a todas las personas del primer ate
La investigación irá de prisa, si es que
portan como imbéciles por cuestiones
mentales.

Al mediodía había ya recibido e inte
do a aquellos con los que tuvo que ente
se cuando el atentado de la calle Réamur.
vez, el señor Birmón no se hallaba a do
tos metros del lugar del drama, sino en
nolet, en casa de unos amigos, donde
jugado al bridge hasta la una de la maña
la señora Nicolle le había abierto la pue
calle la portera, hacia las doce y cuarto;
pasado la noche en un teatro. Conserva
davía el boleto de la platea 198 que hab
pado, y no sería difícil encontrar a sus
nos. José Souverán y Julieta Larbeau no
bían movido de "El Mandarín", desde la
de la noche hasta las cuatro de la maña
faltaba a la convocación más que José
lle, que había cambiado de hotel
más, desde hacía casi un mes; pero sería
encontrarle.

Se le encontró en seguida. Los diar
mediodía publicaban, en efecto, con
titulares, lo siguiente:

"En tanto que su padre se suicidaba
clínica Champard, José Nicolle robaba
Museo Robin-Lasalle".

A la primera búsqueda de antecede
los servicios de la antropometría, habían
to la mano sobre la ficha del ladrón de
bita corta y rojiza. Era José Nicolle.

Este no había tratado de negar. Dec
todo le era indiferente, después de hab
bido aquella mañana la muerte de su pa

—¡No quiso perdonarme; me maldijo
toy maldito!

Y hacía lo imposible para adoptar
mente un aire trágico o afligido. Pero,
de sus esfuerzos, no lograba hacer bro
lágrima de sus ojos. Lo confesó todo.

Le quité mil ochocientos francos de
tera el día que fuí a la clínica para
perdón. ¡Y ni siquiera me denunció
carecía de oficio y quería volver a ser
definitivamente. Al leer los diarios me
si tenía éxito en el robo del museo, sería
timo. Cambiaría de piel y sería rico.
me hice detener estúpidamente.

Por la tarde fué interrogado por
pector Collet, al que repitió de buen
declaración de la mañana. El policía
obtener de él otra cosa que manifesta
arrepentimiento. Era evidente que el
que a consecuencia de la muerte de su
iba a encontrarse, si no rico, al menos
cursos importantes capaces de asegur
lla honradez a la que aseguraba as
tanta vehemencia, intentaría, por su
durante la instrucción del juicio, de
con el mínimo de pena. ¡Y una vez
dos esos meses de prisión, vendría
vida!

Pero Collet cortó en seco su facu
los codos puestos sobre la mesa, el
aun no encendido entre los labios,
jugaba con una plegadera, le dijo bru

—Fuiste tú quien lo mató.

—¿Quiere usted burlarse?

—Cierra la boca ahora. Es cierto que
te al museo Robin-Lasalle durante

está abierto al público; que te dejaste encerrar durante la noche, que te ocultaste en el ... del tercero..., pero no te quedaste allí desde las diez a las doce de la noche. Has ...

—No, no salí. Y si hubiera salido con todo lo que apañé en el museo, no hubiera sido tan ... para hacerme prender.

—¡Oh! ¡Oh! Razonas y no razonas mal. No había pensado en eso. Yo no creo que hayas matado a tu padre por odio o por venganza, sino por interés. Ahora bien, los diamantes, las perlas y el oro que han sido hallados sobre la ...za, en el segundo piso del museo, representan diez, veinte, acaso cincuenta veces quizá lo que poseía y podía dejarte tu padre. ¡Es indiscutible!

José Nicolle comenzaba a adoptar un aire de modestia, al lograr por efecto de su ..., haber llevado al policía a una com...sión más sana de las cosas, cuando Collet se levantó, dió la vuelta a la mesa y vino a ...r pesadamente su mano sobre el hombro de José.

—Tú sabías perfectamente que jamás hubieras podido vender nada de lo que hubieses robado en el museo Robin-Lasalle. Cualquiera de esas piezas es conocida en el mundo entero, y los encubridores sólo se arriesgan cuando no hay peligro. No habrías sacado ni mil francos de todo eso. Te lo aseguro yo y tú lo sabes perfectamente. Y, además, aunque lo repities sin cesar, como una cacatúa, era verdad ... sentías la necesidad de prepararte, a tu manera, un exterior de hombre honrado. Te habías dado cuenta de que eso era lo que te faltaba para llegar a ser un gran bribón. Porque tú tienes ambiciones, ¿no José? Y no eres ... tonto. El golpe del museo lo demuestra. ... soberbiamente preparado. Después de esto ... contarás cómo te las has arreglado en la ... de Réamur para tirar tan bien por entre las hojas de una ventana. ¡Oh! Tan sólo para conocimiento personal. Lo de la calle Réamur pesará poco en la balanza al lado de lo de la clínica Champard. ¡Tú has matado a tu padre! ¡Fuiste a matarle, fríamente, para heredar! Preparabas tu asesinato desde hace un ... Desde que le robaste los mil ochocientos francos, te dejaste crecer la barba. Como no ... lo suficientemente larga, te preparaste una ... imitando a un pintor, a la moda de ... Te vestiste correctamente, para poder ...r sin llamar la atención por el barrio de ...

En aquel momento llamaron a la puerta y ... el inspector Pierre.

—¿No te molesto? — preguntó a Collet.

—Entra, entra — contestó éste —, y mira a ... magnífico racimo de horca.

El racimo de horca, tras de haber intentado ...r la indignación y la estupefacción, afec... ahora una actitud digna e indiferente. La ... que iba trazando el policía parecía no ...sarle.

—Es el hijo de Nicolle — dijo Collet.

—Ya le conozco — contestó Pierre —. ¡Un ...!

—Es su asesino!

El inspector Pierre dejó oír un prolongado ..., casi admirativo, ante la amplitud de la ...

—Hace un mes que no pierde el tiempo — ...ió Collet —. Ha tenido todas las ocasiones para pasar por la callejuela, detrás de la clínica Champard, tomar la marca de la ...ura, que hubiera podido abrirse con una ...; pero él es demasiado vivo: la huella ... ganzúa se descubre siempre; y prefirió ... una llave...; antes de eso, estuvo en la ... de la clínica, donde su padre no podía ... de la cama. A la vez que le birlaba ...ochocientos francos, no descuidaba tomar ... del lugar, de la ventana, el jardín y los ...ndros. Compró un revólver de gran tamaño, un Colt, del calibre indicado por todos ...rios, como el empleado, tanto en la calle de Réamur como para el vidrio saltado de la calle de la Pompe. ¿Se da usted cuenta? ¡Una tercera bala del mismo calibre! Eso acabaría por afirmar su inocencia, ya que al ocurrir el segundo atentado estaba preso en Rennes y era visible que el asesino disparaba con la misma arma. Y llegado el día propicio, liquidaba a su papá, y dos meses después, una vez pagados los gastos de la sucesión, cobraba un buen pellizco. ¿No está mal, eh?

—No está mal combinado — afirmó el inspector Pierre, balanceándose sobre sus piernas.

—Lo más difícil era la coartada. No podía fiarse en la docena de sinvergüenzas con los que consumaba sus raterías o se tomaba el aperitivo ante el mostrador. Todos hubieran jurado que estaba con ellos en su barrio a la hora del crimen; pero siempre hubiese habido alguno que se desinflara y dejara ver algo Por eso, el señor prefirió fabricarse él solito su coartada, una de primera mano, con su sello, ¡y se ha ido a robar al museo Robin-Lasalle!

—¡Es imposible! — exclamó el inspector Pierre, que sin embargo estaba muy bien enterado del asunto —. ¿Es el señor entonces el que fué a separar para él las alhajas viejas?

—Como te lo estoy diciendo, querido Pierre. Y era la cosa más sencilla del mundo. A las siete de la tarde se deja encerrar dentro del museo; espera que el guarda haya hecho la ronda de las diez y que se duerma. ¡Oh, no mucho tiempo! A las diez y media ya está él fuera. Sale por la ventana de una de las salas del piso bajo, empuja la persiana y sale fácilmente por la verja, levantando el cerrojo y haciendo un ligero esfuerzo para empujar las dos hojas. ¡Y ya está en libertad!

"Fíjate bien en que habría podido echar mano a las alhajas, y desaparecer con ellas. Pero eso de las alhajas es para la galería. No se deja dominar por la tentación. Corre al galope hacia la clínica, entra por el pasadizo, detiénese un momento tras de los rododendros, y escruta la ventana detrás de la cual su padre duerme. Se acerca al fin, levanta el gancho de la persiana con un trozo de madera que introduce entre las hojas, y entreabre las persianas.

"Su padre, que parecía esperar a pie firme, hablando simbólicamente, tira, rompe el vidrio y no le acierta. Su hijo dispara a su vez, a través del hueco entreabierto, y tiene la suerte de alcanzar a su padre en mitad del corazón. No se detiene, vuelve por la puertecilla, que cierra, y corre otra vez hacia el museo. Cierra la verja, haciendo como antes algún esfuerzo, penetra en la casa, cierra otra vez ventana y persiana, y regresa al segundo piso del museo, en donde destroza las cerraduras de las vitrinas.

"Allí no tiene ya ninguna prisa. Se toma todo el tiempo necesario; se quedará, si es preciso, hasta la próxima ronda del tío León, que es a las cuatro de la mañana. De vez en cuando, si ve pasar alguna persona por la calle, envía un rayo de luz a la ventana; aquella luz acabará por llamar a alguien la atención. Y lo logra. Lo más curioso es que estuvo a punto de meter en un lío, en su lugar, al tío León. ¡Eso sí que hubiera sido el colmo! ¿Qué dices a eso, José?

—Digo sólo que haría falta ser no poco inteligente, para hacer la mitad siquiera de todo lo que usted dice...

—Pero es que yo te tengo por muy inteligente, al menos en ese aspecto. Sólo que cuando uno es tan inteligente, no deja tras de sí huellas, después de semejante hazaña. Ya sé que es muy difícil no dejar huellas, pero tú las has sembrado por todas partes. No me refiero ya a la de tus zapatos, bajo la ventana que ocupaba tu padre, porque ésas han sido machacadas por los enfermeros; pero al pasar por la ventana del piso bajo del museo Robin-Lasalle, deberías, al menos, haber tenido cuidado con los canteros y acordarte de que había llovido a las cinco de la tarde.

José Nicolle reprimió a duras penas una carcajada.

—¿Qué es lo que te da risa? — preguntó Collet.

—Eso de los canteros. He estado yendo durante ocho días al museo, y hubiera tenido que estar ciego para no darme cuenta de que el piso de junto al muro tiene losas de un ancho de metro y medio; y además, la avenida que conduce hasta la puerta es de cascarilla.

—Eso era lo que te quería hacer confesar.

Lo que en realidad hacía era retroceder y hasta perder algunos puntos, si es que en verdad se hallaba ante el culpable. Pero, sin embargo, continuó:

—Y hay, además, la llave. Y el revólver. Todo eso es de acero. ¡Y no se ha volatilizado! ¿Adónde has echado todo eso?

José Nicolle dejó caer sus brazos con gesto anonadado.

—¡Si cree usted que no tengo ya bastante a cuestas con lo del museo! Los diarios hacen ya suficiente ruido sobre ello para que no me cueste el máximum... Pero en cuanto a mi padre, pierde usted el tiempo. Lo lamento menos que esta mañana, a causa de las molestias que me proporciona. Pero no me hará usted jamás decir que he sido yo, porque yo no he sido.

Un vigilante de guardia entró en aquel momento presentando a Collet una tarjeta que decía: "Charles Berlín".

—¿Berlín? ¡Ah, sí!; los tejidos de la calle de Réamur.

—¿Quieres llevarte a este granuja y sacarle lo que esconde dentro? — dijo a Pierre el inspector Collet.

Este no anduvo con miramientos; agarró a José Nicolle por el cuello de su abrigo y le alzó en alto.

—Cuenta conmigo — dijo a su compañero, mientras arrastraba al ladrón, que no reaccionaba más de lo que lo hubiera hecho un maniquí.

—Haga usted entrar a ese señor — dijo al vigilante.

El que entró no era el Berlín que él conocía, sino su hermano, un hombre de elevada estatura y anchas espaldas, con aspecto de oficial de caballería vestido de paisano, con espeso bigote sin guías y cabellos negros muy ásperos, cortados en forma de cepillo: una hermosa cabeza de hombre recto.

—¿El señor Girardon-Collet? Usted tuvo ya ocasión de hablar con mi hermano, con motivo del deplorable y triste asunto de la calle de Réamur: me refiero a la heridas del señor Nicolle.

—Sí, en efecto — contestó amablemente el policía —; tenga la bondad de sentarse.

—Vengo como un culpable, o casi culpable — contestó el negociante, sentándose en la silla—; porque soy yo quien hirió al señor Nicolle.

—¿Cómo?

Collet había dado un salto de estupefacción en su silla.

—Su hermano me dijo que ustedes no conocían al señor Nicolle ni habían tenido jamás asuntos con él.

—Lo que es exacto; pero a pesar de eso, soy yo quien le hirió con éste revólver.

Y sacó de la cartera de papeles que llevaba consigo al entrar, un revólver del mismo modelo del que había sido encontrado en el lecho de Nicolle, en la clínica.

—¡Y van dos! — pensó Girardon-Collet —, que se había repuesto de la sorpresa.

Tomó el arma y la depositó sobre su mesa. M. Charles Berlín habló sin esperar a que le invitasen

—Tenía yo que tomar el Oriente Express para Rumania, a las nueve de la noche; estaba en mi oficina, mientras que mi hermano daba una vuelta por los almacenes. Durante toda la tarde habíamos estado arreglando los asuntos, porque cuando estoy en París soy yo quien

principalmente me ocupo de la administración. Había traído de mi casa una pequeña valija para meter en ella algunos expedientes, antes de ir a recoger mi equipaje. También había traído conmigo este revólver, que ya se había encasquillado una vez, hace dos años, en ocasión en que me ejercitaba en tirar al blanco en el bosque de Fontainebleau, sin que jamás hubiera tenido tiempo de hacerle reparar por un armero y le tenía en la calle Réamur con la esperanza de encontrar un momento para hacerle arreglar; lo saqué de la valijita, para poder arreglar bien los expedientes en el fondo; luego lo tomé en la mano con negligencia. No sé si es que puse el dedo en el gatillo con fuerza, o que por el defecto de hace dos años funcionó solo; el caso es que partió el disparo.

"El ruido de la detonación quedó ahogado en el de la calle. Eran aproximadamente las seis, porque el carillón de mi estudio había sonado hacía unos minutos.

"En ese instante, si hubiera creído haber provocado un accidente o algún daño, puede usted creer que hubiera afrontado mis responsabilidades. Miré entonces por la ventana. Al otro lado de la calle no se notaba nada. El disparo no debía haber tocado ningún cristal; era evidente. Tampoco debía haber alcanzado a nadie, puesto que no había movimiento alguno en las ventanas. Creí que la bala habría ido a alojarse en el muro. Entonces descargué el arma, con toda la prudencia necesaria, y le hice funcionar de nuevo, ya descargada, y como andaba bien, la puse de nuevo en la valijita; empleé justamente el tiempo necesario para esperar el regreso de mi hermano y marchar a mi casa, en la avenida de Villiers, con el fin de cenar y salir. Juzgué inútil decir a mi hermano nada acerca del incidente de la bala, que hubiera podido inquietarle.

"Ya en Rumania, sólo una vez pude leer un diario de Francia; aunque encontré unas líneas acerca del atentado contra el señor Nicolle, jamás se me ocurrió relacionarle con mi disparo. Por otra parte, mi hermano en sus cartas, sólo me hablaba de asuntos comerciales y no se refirió ni a la visita de usted ni al drama de la calle de Réamur. Estoy de regreso desde las diez de la mañana de hoy, y sólo después de almorzar mi hermano me habló de este asunto.

"¡Y aquí estoy! He preferido venir a ver a usted antes de entregarme al juez de instrucción, ya que así me lo aconsejó mi hermano. ¿Qué debo hacer ahora?

—Ir a ver al juez de instrucción — dijo Girardon-Collet con aire distraído.

Ni por un instante puso en duda la sinceridad del relato del negociante. A las primeras palabras, había adivinado la continuación, y ahora volvía a tomar en pensamiento todo el hilo del asunto, los tres atentados, sus sospechas y sus hipótesis.

Hacía un instante, y ante la actitud de José Nicolle, había experimentado la penosa impresión, que ya le era familiar desde el comienzo, de que pisaba un suelo poco sólido. Todo lo que él había reconstruído en su imaginación, en los tres casos sucesivos, podía ser la rigurosa verdad, pero también un error total. Con respecto al atentado de la calle Réamur había razonado acertadamente hasta llegar al culpable. Si no se había obstinado en enviar a Souverán ante la justicia, los cargos que había acumulado sobre él eran todavía muy pesados. La dirección de la bala, la distancia, el arma, todo era exacto. Pero la investigación pecaba por su base. Se había equivocado al buscar un móvil. No había habido móvil y sí sólo un simple accidente.

El relato de Charles Berlín rompía el misterio; desanudaba los lazos entre los tres atentados; el terreno hacíase así más sólido.

—Si, señor — dijo levantándose —; creo preferible que vaya usted sin demora a presentarse al juez de instrucción, al señor Billette, que es el encargado del asunto Nicolle.

Salió Berlín, apenas cerraba la puerta, Girardon-Collet tuvo un gesto extraño en él.

—Al segundo — dijo canturreando.

Pidió por teléfono la estación del Louvre, y marcó el número de Nicolle en la calle de Réamur. Escuchó en vano la llamada. No había nadie en la oficina. Pidió entonces la clínica Champard, con la esperanza, que se confirmó, de que Julieta Larbeau acabase de llegar allí.

¡Qué extraña muchacha! Se preocupaba todavía de su patrón, ya muerto; de sus últimos deberes; de lo que dejaba tras de sí. Se ocupaba de ello por deber, en beneficio del granuja de la barba corta, al que el inspector Pierre se ocupaba de confesar a su vez. Y, sin embargo, arriesgaba mucho con su abnegación, porque su actividad podía inquietar a su amante.

Collet le pidió que pasara sin demora por la policía judicial. Una media hora después llegaba la joven al Muelle de los Orfebres y era llevada a la oficina del inspector.

El hecho de haber estado mezclados tan de cerca a los trágicos acontecimientos de las últimas semanas, hízoles sentir instantáneamente que les unía un lazo de mutua simpatía. Julieta Larbeau había olvidado la espantosa noche pasada en aquella misma oficina, y Collet sentía hacia ella una vaga ternura fraternal. El acento de sus primeras palabras lo dejó sentir.

Le hizo sentarse en la misma silla que había ocupado durante las horas de aquella noche, mientras que él permanecía de pie en esta ocasión. Encendió un cigarrillo, y, sin vacilar, abordó la cuestión. Julieta dióse cuenta de que su voz era amistosa, de que en aquel momento no le tendía lazo alguno.

—Señorita — dijo Collet —: voy a pedirle que esta vez se confíe a mí sin reserva alguna. No arriesga usted con ello otra cosa que molestias muy insignificantes, si se las compara con las que ha sufrido; y le aseguro a usted que, por mi parte, haré cuanto esté en mi mano por reducirlas a cero. Conocemos ya quién ha disparado contra el señor Nicolle en la calle de Réamur.

—¿Quién ha sido?

No había en su pregunta más que curiosidad; pero una curiosidad ardiente en quien tanto había luchado para salvar a un hombre, en los momentos en que ella actuaba en medio del más impenetrable misterio.

—No se trata de un crimen, sino de un simple accidente. Uno de los hermanos Berlín, de los Tisús, que están enfrente de su oficina, acaba de venir aquí. Su revólver se le disparó por azar, y no se dió cuenta del drama que había desatado. Salió aquella tarde para Rumania, y sólo al regresar esta mañana se enteró de las consecuencias que había tenido el incidente. Ese primer punto queda definitivamente liquidado, y el señor José Souverán totalmente fuera de la cuestión.

Pero quedan los otros dos atentados. El segundo no tiene importancia, ya que es seguro que no pudo tener consecuencias graves. Yo continúo creyendo que fué usted quien hizo el disparo. ¿Cómo? No lo sé; pero es preciso que me lo explique usted. No, no me conteste todavía, porque seguiría negando. Tiene usted todavía razones para desconfiar Quiero darle la seguridad de que no tiene nada que temer, y que la menor condena por ese gesto, me disgustaría tanto como a usted misma. Lo que importa para mí, es tener la seguridad de que fué usted quien disparó para arrancar a Souverán de la prisión. El vidrio roto en el segundo piso de la clínica no tiene importancia ninguna. Lo que la tiene es la muerte del señor Nicolle. ¿Continúa usted sin creer en el suicidio?

—No creo en suicidio.

—Luego hay un criminal. En consecuencia, el señor Nicolle no disparó dos veces su revólver. Yo tengo que detener al criminal y entregarlo a los jurados del tribunal del Sena, y sólo usted puede permitirme descubrirlo. Yo no conozco sus sentimientos hacia él; [illegible] cuanto a mí, le considero un monstruo, [illegible] quiera que sea, porque se ha aprovechado [illegible] dos circunstancias, casi fortuitas, para [illegible] trar, no ya un asesinato espontáneo, moti[illegible] por el odio o el interés, sino un asesinato [illegible] gamente meditado y preparado.

"Compréndame usted bien; yo no pre[illegible] engañarla. No puedo decirle: si confie[illegible] garantizo a usted que no tiene nada que te[illegible] de la justicia. Al contrario, estoy seguro [illegible] que tendrá que comparecer ante la justicia [illegible] rreccional y que será usted condenada [illegible] mente; pero yo haré cuanto esté en mi [illegible] para que la condena sea condicional, y [illegible] aplique.

"Se trata ahora de saber si esa condena, [illegible] rica en suma, supone para usted algún p[illegible] cio. ¿Qué es lo que para usted importa? [illegible] Souverán y sólo él? Pues bien. ¿Es que p[illegible] reprocharle a usted una condena, que ca[illegible] bre su cabeza tan sólo por amor hacia él? [illegible] puedo creerlo; o, en caso contrario, sería [illegible] digno de su dicha, y yo sería el primero [illegible] aconsejar a usted que le dejara fríamente [illegible] estacada. Pero después de cuanto he vis[illegible] comprendido, creo que la quiere a usted, [illegible] supiera que usted hizo eso por él, interpr[illegible] su gesto como la mejor prueba de amor.

Julieta Labeau había venido dispuesta [illegible] char de nuevo, a debatirse en medio [illegible] sombras y contra peligros imprevistos. [illegible] entonces había considerado al policía co[illegible] un enemigo. Pero de pronto sentía fla[illegible] su resistencia y fundirse sus reservas de [illegible] gía. Había sido fuerte mientras había [illegible] que defender su amor y a su amante. Ahora [illegible] éste estaba fuera de peligro, porque é[illegible] dudaba del relato del policía, como éste [illegible] bía puesto en duda el del señor Berlín. [illegible] sentía la necesidad de confesarse. Bien sab[illegible] no arriesgaba gran cosa, con su inofensi[illegible] enviada al cristal de la ventana de la c[illegible] la Pompe, desde el instante en que la [illegible] del señor Nicolle pasaba al primer plano.

Por un resto de prudencia, no podía, s[illegible] bargo, arriesgarse a revelar su presencia [illegible] del señor Nicolle en el momento en q[illegible] había sido herido en su oficina. Adem[illegible] que semejante confesión no podía más q[illegible] judicarla sin ofrecer utilidad alguna [illegible] justicia. En cambio, respecto al vidri[illegible] decidió no ocultar ningún detalle.

—Fué cuando llevé al señor Nicolle [illegible] vólver que él me pidió le fuera a busc[illegible] departamento. Se lo llevé en mi carter[illegible] de. Al día siguiente de mi tercera visita, [illegible] do de la perforadora me dió la idea de [illegible] la inocencia de José Souverán. Esper[illegible] las balas del revólver del señor Nicolle [illegible] del mismo calibre que la que habían [illegible] del cuello al herido. Había escondido [illegible] entre los dos colchones, porque durante [illegible] primeros días no movían apenas la cama [illegible] ñor Nicolle, limitándose a estirarle las [illegible] y mullir las almohadas y el almoha[illegible] arreglé para tomar el revólver y, prete[illegible] necesidad de comprar un bloque de no[illegible] lapicero, salí; fuí a la papelería, de[illegible] haber elegido el rincón más favorable [illegible] efectuar el disparo: el pasillo de entr[illegible] inmueble de enfrente.

"Todo pasó exactamente como usted [illegible] dicho. Di la vuelta a la perforadora pa[illegible] sar; los obreros continuaban trabajand[illegible] había oído el disparo ni el ruido del vi[illegible]

"Pero no contaba con el miedo que [illegible] bitamente al señor Nicolle. Antes de q[illegible] el enfermero, me las arreglé para volv[illegible] lizar de nuevo el revólver entre los do[illegible] nes. Acostaron otra vez al señor Nic[illegible] el comisario y luego usted; se llevaro[illegible] Nicolle para rehacer su vendaje y [illegible] de pieza.

"En presencia de usted yo no podí[illegible] allí el revólver. Entonces dejé mi c[illegible] bloque de notas y el lápiz encima de [illegible]

a fin de tener un pretexto para volver a la pieza cuando usted se marchara. Usted me sorprendió en el instante en que iba a salir del cuarto, y me causó un miedo terrible. Me parecía que podía usted ver a través del cuero de mi cartera. Pero todo resultó bien.

Una vez abajo, el señor Nicolle me pidió que le trajera un cofre. Fuí a comprárselo a un bazar, a primera hora de la tarde. ¿Qué podía decir yo cuando se descubrió que habían sido disparadas dos balas? Tuve que dejar que las cosas siguieran su curso, prefiriendo renunciar a ayudar al descubrimiento del asesino, antes que someter a Souverán y a mi misma a las molestias de la policía y del juez...

—¿Así que Nicolle no disparó más que una vez? — dijo Collet.

—En efecto. No se dió cuenta de que yo había disparado ya otra. ¡Y lo han matado!

Collet se paseó a lo largo de la estrecha pieza durante cinco minutos, mientras fumaba su cigarrillo, que volvió a encender cuatro veces. Luego vino a plantarse delante de la joven.

—La conozco a usted bien — dijo —. ¿Es usted muy capaz de guardarse cuanto me ha dicho para usted misma y de no hablar de ello a nadie?

—¡Oh! Ahora que he podido decirlo por fin, me basta. Enmudeceré para siempre, si usted lo desea así.

—No — protestó el policía —; para siempre no. Se trata de algo que no puede ocultarse al juez de instrucción. Sólo le pido a usted que se lo calle hasta que yo se lo indique. ¿Me lo promete usted?

—Se lo prometo...

Poco después, Girardon-Collet recibía a la señora de Nicolle y al señor Birmón. La alegría que ninguno de ambos lograba ocultar por completo, desde que se sabían en condiciones de rehacer su vida juntos, disgustó un poco al policía, que no esperaba de ellos ninguna revelación.

Después reclamó del inspector Pierre a José Nicolle, luego de haber arreglado un poco la escena que preparaba. Había puesto sobre la mesa el revólver del señor Nicolle y el de Charles Berlín. Y sin perder un minuto, comenzó su ataque contra el ladrón del museo Robin-Lasalle.

—¡No ha hecho falta mucho tiempo, eh, Pepito! ¡Ya ha aparecido tu pistolón!

Pero tenía que entendérselas con alguien que era fuerte en su género.

—¿Cuál es? — preguntó.

—Ese — contestó el policía, señalando el arma que le había entregado Berlín.

—¿Y dónde lo han encontrado ustedes?

—Tú debes saberlo; exactamente en el sitio en donde lo tiraste.

—Pienso — dijo con sencillez José Nicolle — que si lo tiré debe haber tocado la tierra.

—Probablemente.

—¿Y entonces, la ha limpiado usted para que brille como una moneda nuevecita?

El inspector miró largo rato, sin pronunciar palabra, a José Nicollè; sonrió después penosamente, y dijo al fin:

—Decididamente, José, eres más inteligente de lo que parece. Pero desconfía de ti mismo muchacho; irás demasiado lejos.

LA BROWNING

El inspector Girardon-Collet no se concedía a sí mismo más que un solo cumplido, y aun ése por vía indirecta, refugiándose detrás de la corporación.

—La policía — solía decir — no abandona jamás un asunto. Puede la justicia declarar concluso un expediente, pronunciar un *no ha lugar*, pero en tanto que el culpable no haya sido descubierto, la policía le sigue la pista. Parece olvidar un drama o un robo durante años, y he aquí que, de pronto, los diarios anuncian una detención. Es que la policía se ha quedado al acecho. Sucede lo más a menudo que sea el culpable quien se descubre a sí mismo. Algunas veces, aunque raramente, es un policía, que se ha prometido triunfar y que ha seguido una pista.

"De ordinario basta con abrir un expediente cerrado durante meses y meses o años, y preguntarse: ¿qué ha sido de estos personajes? Se les busca y se les encuentra en situaciones muy diferentes de las que tenían en el momento en que surgieron en la escena pública. Y se descubre entonces que un pobre tipo del que no se había sospechado, que sólo apareció como un testigo desdibujado, goza, de repente, de buenas rentas, o que se ha casado con la viuda de la víctima. Habrá nueve probabilidades contra diez de que él sea el ladrón o el autor del crimen antaño misterioso, y que sólo era un crimen pasional. El individuo es severamente investigado, y, si es culpable, está perdido.

Girardón-Collet tenía más perseverancia aun que la policía misma. Volvía a ocuparse en oportunidades, como un aficionado, y por su propia cuenta, de las investigaciones que no habían dado resultado. Sus colegas le daban bromas por esta manía; pero él seguía con sus métodos. No era ningún hombre extraordinario, y, sin embargo, había llegado, tan sólo por su obstinación, a adquirir la reputación de un detective de primer orden.

—Los criminales y los malhechores — decía— son imbéciles que carecen de paciencia. Se le vienen a uno a la mano como peras maduras. La desgracia es que la opinión pública exige que se ande de prisa. Que se detenga a un inocente, al que se deberá dejar en libertad tres meses después, o al que se enviará a presidio; eso carece para ella de importancia. Lo indispensable es detener a alguien y publicar su fotografía. Menos mal que un asunto suele ir tras de otro, así que con tal que de tres asuntos uno sea aclarado pronto, puede gozarse de tranquilidad para hacer un buen trabajo en los otros dos.

Así había ocurrido con el asunto Nicolle. Los diarios se habían dividido en dos campos: la mayoría había adoptado la tesis del suicidio, que era la tesis oficial, consagrada además por una liquidación completa del asunto, a continuación de las revelaciones de Charles Berlín, que había sido acusado de heridas por imprudencia y absuelto por el tribunal. Pero, en cambio, algunos diarios se habían obstinado en continuar hablando a sus lectores de una misteriosa silueta que aparecía por detrás de la ventana y que disparaba contra el herido, alcanzándole mortalmente.

Tenían en su misma contra estos diarios el no parecer muy convencidos de lo que decían. ¿Cómo habían podido saber que Julieta Larbeau había disparado una de las dos balas del revólver de Nicolle? Era ése uno de los misterios de la información. Julieta no se había confiado a nadie más que a Girardón-Collet, y éste no había dejado transparentar ni palabra de la confidencia. Y, sin embargo, la cosa había trascendido. El señor Billette había citado a la joven que le hizo un relato sincero del acontecimiento. Pero en el momento en que el interés renacía, cuando aparecía claro que Nicolle no había podido hacer más que un disparo, de los dos oídos en la noche, la prensa, bruscamente requerida por el descubrimiento de un paquete humano descubierto en la estación del Norte, dejaba caer en el olvido el drama de la clínica de Champard.

Sólo el inspector no le olvidó. Incluso le dedicó un mayor celo, ya que realizó entre sus horas de servicio una serie de largas y fatigosas actuaciones.

Tenía tiempo por delante: Julieta Larbeau y José Souverán, por su lado; y Birmón y la señora Nicolle por el suyo, se entregaban de lleno al amor y habían olvidado totalmente aquel suceso para no pensar más que en sus próximos matrimonios; y en cuanto a José Nicolle, cumplía los tres meses de prisión a que el Tribunal, indulgente ante sus lágrimas y su arrepentimiento, le había condenado por su tentativa de robo al museo Robin-Lasalle.

Durante todo un mes, Girardón-Collet recorrió el distrito diez y nueve y el veinte de la ciudad; visitó en ellos a todos los cerrajeros y armeros. Vigiló la calle de la Pompe, la Avenida Mozart y la calle de Michel-Ange; penetró en algunas propiedades aisladas, dejando de lado las casas de departamentos, y reunió a todos los obreros del alcantarillado de aquellos sectores. Durante cuatro semanas llevó una vida de perros, comiendo mal y durmiendo apenas. Y, de pronto, cerró su expediente del asunto Nicolle, lo sepultó en un cajón y pareció olvidarlo por completo...

El 27 de diciembre el diario *Eclaireur*, publicaba una breve información:

"En la mañana de hoy fué puesto en libertad José Nicolle, cuya triste odisea no habrán olvidado nuestros lectores. Su conducta ha sido ejemplar durante su detención. El trágico fin de su padre habrá contribuído, sin duda, a llevarle al buen camino".

—Y también la herencia — refunfuñó en su oficina Collet, estrujando el diario entre las manos.

Al día siguiente, el diario el *Quotidien*, insertaba una entrevista mantenida por un periodista con el inspector.

—El asunto Nicolle — decía al redactor encargado de la encuesta — tiene muchas probabilidades de permanecer para siempre en el más profundo misterio. No estoy muy convencido de la sinceridad de la confesión de Julieta Larbeau. Esa historia de un balazo disparado desde la calle por esa joven, tan sólo para arrancar a su amante de prisión, no tiene lógica alguna. Por mi parte, creo en el suicidio del señor Nicolle; y continuaré creyendo en él, en tanto que no se descubra el revólver de que haya podido servirse el fantasmagórico asesino.

"¡Ah, si se descubriese el revólver! Entonces todo cambiaría de aspecto y yo mismo no vacilaría en pensar de otra manera. Sería el primero en dedicarme a descubrir al malhechor. Y no sería entonces difícil su descubrimiento. Pero si, en efecto, existiese el asesino, hubiera tenido mil medios para hacer desaparecer definitivamente un arma que ya no sería peligrosa sino para él."

A las cinco de la tarde, muy enfundado en un grueso abrigo y con el cuello rodeado por una bufanda, Girardón-Collet salió de la Prefectura y caminó a pie hasta la Bolsa. Allí tomó el ómnibus de Passy. Había bastante niebla y los mecheros eléctricos aparecían rodeados de grandes halos rojos y amarillos

—Lindo tiempo — comentó Collet, que, abandonando su cigarrillo, había encendido una pipa.

Descendió del vehículo en las proximidades de la calle de la Pompe, y dirigióse hacia la avenida de Mozart, a través de estrechas callejuelas. No entró resueltamente en la avenida; detúvose en la esquina de la calle Ranelagh, observó atentamente a los peatones durante un cuarto de hora, y después se encaminó a la calle Pajou; permaneció inmóvil durante unos minutos en el ángulo de una puerta, introdujo a tientas y de espaldas una llave en la cerradura, y desapareció sin ser notado.

Había penetrado por la puerta de servicio de una casa, cuya fachada de dos pisos daba a la avenida de Mozart, quedando separada de la vereda por algunos metros de jardín. Debía conocer perfectamente el lugar, porque no encendió luz alguna, sino que avanzó en medio de la oscuridad, mientras que silbaba bajito. Llegó a un *hall* iluminado vagamente por la luz de uno de los reverberos de la avenida; pero, en vez de llegar hasta la puerta de cristales, delante de la cual estaba la verja de hierro forjado, volvióse por donde había venido, salió a un pasillo, descorrió el cerrojo de una puerta, y salió a la calle, sin dejar de silbar. Se encontraba ahora a uno de los lados de la casa, cerca de un *garage* particular.

AVENTURAS DE DON LINO

APROVECHÓ LOS SOPORTES por **BARTA**









Un silbido respondió entonces al suyo.

—¿Eres tú Pierre? — preguntó en voz baja.

—No, Pierre está delante — le contestó una voz.

El hombre que le contestaba se escondía también en el hueco de una puerta. Tres cajones vacíos, superpuestos bastaban para ocultarle; pero la oscuridad se encargaba además de ello.

—¿Hay alguna novedad?

—No, nada de nuevo.

Collet marchó otra vez, pegado al muro; al llegar a la esquina se agachó. A uno y otro lado de una calle de árboles de pocos metros de largo, elevábanse las ramas de los arbustos despojados de sus hojas. El pie no se hundía allí en el césped, sino en la hierba mojada por la humedad. Durante el verano las hojas de los árboles y arbustos debían aislar suficientemente las proximidades de la casa. Pero una vez caídas las hojas, el muro del recinto, sobre el que había una verja, estaba al alcance de la mano.

—Pierre — murmuró Collet.

—Aquí estoy — contestaron cerca del muro.

Collet dió la vuelta al jardinillo, para seguir la línea de la verja agazapado con el fin de escapar a la luz muy tenue de la calle.

Encontró al inspector Pierre agazapado en el rincón, oculto también detrás de unos cajones de madera, superpuestos. Ni estos cajones ni los que ocultaban al policía que estaba cerca del *garage*, habían sido llevados allí para esta circunstancia, sino que fueron abandonados por los propietarios del hotelito, cuando salieron para sus vacaciones; pero allí encontrados simplificaban la tarea de los policías, que sin ellos no hubieran podido contar más que con la oscuridad.

—Creo, sin embargo, que habría que apagar la luz de la calle — dijo Collet.

—Ya está acordado así con los dos agentes del barrio, que están de guardia esta noche. La apagarán en seguida de la salida de los teatros.

—¿No hay nada sospechoso en los alrededores?

—No, desde aquí no podemos darnos cuenta. Pero Emilio, que está en una taberna, a cincuenta metros, no ha avisado nada.

No dijeron una palabra más y se apelotonaron detrás de las cajas vacías. Collet ni siquiera fumaba ya su pipa. Sabía que la espera y la guardia serían largas, pero no quería correr ni el más pequeño riesgo que comprometiera el éxito de la empresa.

Hacia las nueve de la noche sacó del bolsillo dos sandwiches, y ofreció uno a su colega. Pero no hacía más que terminar de comerse el suyo, cuando murmuró un "¡idiota", y volvió a emprender el camino que lo trajo a la avenida, pero tomando aún mayores precauciones.

Acababa de acordarse del cerrojo. ¿Qué pensaría el visitante a quien esperaba, al encontrar el cerrojo descorrido y la puerta abierta? Había pocas probabilidades de que el que aguardaba penetrase por la casa, pero era posible. El riesgo era mucho menor, puesto que la casa estaba abandonada, y nadie ignoraba ese detalle en el barrio.

Collet entró en la casa, echó el cerrojo y volvió al *hall*. Sacó una llave de su bolsillo y abrió la puerta principal. Con ello se arriesgaba mucho, pero no podía obrar de otra manera. Abrió lo más rápidamente que pudo, cerró con igual presteza, hizo girar la llave dos veces y se hundió en la sombra. Minutos después volvía a ocultarse al lado del inspector Pierre. En la marcha había sentido calor y se desató la bufanda.

Ambos hombres oyeron sucesivamente sonar las horas. La humedad los traspasaba; era una suerte que no tuvieran tendencia al resfrío de

cabeza. A partir de las nueve, no hubo ya en
avenida más tránsito que el de los autom
les. Hacia media noche hubo afluencia que
ró una media hora; los peatones pasaron
lo largo del muro; los taxis circularon en
yor número. Luego todo volvió a caer en
silencio. A la una oyóse el paso de dos h
bres que se acercaban, y la luz apagóse en
calle. Reinó una oscuridad casi completa, y
pasos se alejaron pausadamente.

La inmovilidad se hacía ya casi dolorosa.
cia las tres de la mañana, cuando el insp
Pierre intentaba una vez más estirar sus
nas, Collet le tocó en un brazo. Pierre no
nada. Contempló lo alto de la verja, que se
tacaba de modo bastante perceptible, y des
la casa. Al principio no distinguió casi
pero luego, bruscamente, sobre el muro
sáceo de la casa, movióse una masa negra
se dirigió, en medio de la sombra, hacia la
mas de los arbustos. Los dos policías hundi
la mano en sus bolsillos y sacaron los re
veres.

Durante algunos minutos reinaron de n
en el jardín el silencio y la inmovilidad.
go, y sin que un solo ruido hubiera po
revelar la presencia del desconocido, un cir
de luz iluminó la hierba, a tres pasos de
inspectores. La lucecita vagó sobre un
cuadrado de terreno y después, una mano
avanzó en medio del cono luminoso de la
para eléctrica, fué a recoger un objeto
de entre la hierba. En el mismo instante
extinguió la luz, pero simultáneamente el
bre lanzó un rugido, a la vez que sobre su
se proyectaba violentamente el foco de
lámpara eléctrica que el inspector Collet
funcionar.

Era José Nicolle. En sus ojos había más
bia que miedo. Trató de arrancarse a la
sión del inspector Pierre, que le había ro
por la cintura, pero no era hombre de f
suficientes para ello. Había dejado caer
lámpara y lo que vino a buscar entre la h
un revólver Colt enterrado ya en parte por
lluvias y que estaba medio enmohecido.
en tanto que su colega ponía los esposas
muñecas del prisionero, Collet, agach
recogía ambos objetos y se los metía
bolsillo.

—Ya te dije que lo que te daría mala
no sería el ser demasiado inteligente,
no serlo en absoluto — dijo mientras se
rezaba —. ¡Luis! — llamó —: el pájaro ha
puedes ir a buscar un coche.

El otro inspector, que hasta entonces
había movido, acudió.

—Menos mal — dijo —; ya empezaba a
los pies helados.

—Pasa por la casa; está abierta — le di
llet —. Te esperaremos en la avenida.
— agregó tendiéndole las llaves —; ci
puerta detrás de ti. Vamos, Pierre.

Agarró sin contemplaciones a José
por un brazo, y le arrastró hacia la pu
la verja, que abrió como había abierto
la casa. Cerró de nuevo, y los tres homb
peraron con él en la vereda la llegada
taxi.

José Nicolle estaba anonadado. No
prendía aún cómo había podido caer
trampa, que ahora veía claramente, en
monstruosa simplicidad. Mientras estuvo
prisión, habíase prometido no volver a
se del revólver. La misma víspera, en su
día de libertad, estaba resuelto a no
un solo punto de contacto con su p
cambiar de piel por completo, a no
ver más a ninguno de sus antiguos ami
disfrutar de la herencia de su padre.
vólver? Se reía de él. Sabía exactamente
lo había tirado, cuando volvía al museo,
ya con anterioridad había reparado en

FIN DE "LA JAUL

casa, cuyos habitantes estaban ausentes ¿Qué arriesgaba si alguien le descubría? ¡Nada! ¡Absolutamente nada! Así se lo había repetido mil veces; se lo repetía ahora, y entonces, ¿por qué había venido a buscarle? A causa de aquellas estúpidas líneas publicadas en el *Quotidien*, que era la primera fase de esta trampa, como lo veía claramente ahora, un poco tarde.

Aquella afirmación de Collet, tan extraña, que de repente admitía el suicidio, después de haberlo rebatido con todas sus fuerzas durante la investigación... ¡Pero si estaba clarísimo! ¡Y él se había dejado atrapar! Cuando todo había sido tan bien calculado hasta entonces; su misma actitud de arrepentimiento ante los jueces, su conducta ejemplar en la prisión ¡y ahora se había dejado engañar como un tonto!

Embutido en el asiento del coche entre los dos inspectores, teniendo frente a él al detective, que exultaba de alegría, José Nicolle no cesaba de llamarse a sí mismo imbécil. A la vez, iba calculando su conducta futura. Explicaría que había pretendido robar al hotel; lo pagaría, pero ya se las arreglaría para crear las suficientes dudas como para evitar que el asunto pasara a juicio de jurados, como hasta ahora lo había logrado. Ciertamente que había sido detenido en el momento en que recogía el arma con la que había dado muerte a su padre. ¿Pero quién podría probar de manera irrefutable que era de aquel revólver del que había partido la bala que fué a alojarse en el corazón del negociante?

Cuando le hicieron descender, también sin contemplaciones, ante la Jefatura de policía, había ya recobrado el suficiente aplomo como para erguir la cabeza. Collet sorprendió su cambio de actitud, pero sonrió; sabía de antemano lo que le reservaba al parricida.

No le dejó tiempo para respirar; apenas en su oficina, cayó sobre él, diciendo:

—¿Has necesitado volver allí, eh, José? Allí te esperábamos desde que diste el primer paso fuera de la prisión. Pero tú no hubieras ido nunca por tu propia iniciativa, de seguro. Ha habido que atraerte. Diez líneas en un diario, y te decidiste... No te hagas ilusiones... Basta con lo de esta noche para llevarte a la guillotina. Pero estáte tranquilo, porque hay algo más. ¿Conoces a Bederiot, el cerrajero algo especializado de la calle de Flandre, y a Marchal, el armero de la calle de la Chapelle?... Ellos te conocen a ti muy bien. En la cerradura del pasaje que conduce a la clínica Champard se encontraron huellas de ganzúa. ¡Claro! Tenías la llave. ¿Cuántas veces habrás entrado por allí, a fin de conocer bien el sitio y no fallar el golpe?... ¿Y este juguetito que faltaba en la colección de los tres Colt? Lo pagaste bien caro, pero era regalado, para lo que debía producirte. A mí me ha bastado un mes de investigaciones, para encontrar al cerrajero y al armero. Pero no lamento el trabajo que me costó. Ahora es seguro que quisieras saber cómo he podido encontrar tu Colt... Pero lo sabrás mañana, por los diarios. Antes vas a prepararte, y de prisa..

Efectivamente, al día siguiente, el inspector Girardón-Collet, al que sin embargo no preocupaba nunca con exceso el reclamo de los diarios, no vacilaba en confiar al reportero del *Quotidien* que le había servido tan admirablemente, el relato de sus investigaciones.

—El hijo, sorprendido robando un museo a la hora aproximada en que su padre era asesinado, era una cosa demasiado espectacular, demasiado clásica.

"Desde el momento en que el señor Charles Berlin me reveló su infortunado y accidental disparo del arma, y que Julieta Larbeau confesó la comedia de la calle de la Pompe, vi que no había más que un culpable posible: aquel que se aprovechara de lo que llamaré los dos primeros accidentes, para obtener provecho o venganza del señor Nicolle.

"¿Era Birmón? De seguro que éste hubiera matado a su antiguo amigo como a un perro, pero no lo hubiese hecho ocultándose. ¿La señora de Nicolle? Con las mujeres nunca se está seguro; pero ésta tenía magníficas coartadas. Julieta Larbeau tenía interés en que su patrón viviera, al menos durante algún tiempo. ¿Souverán? Este se encontraba en el mismo caso que el señor Birmón, puesto que no era él quien disparó el tiro en la calle de Réamur.

"Quedaba este canalla de José Nicolle. Tenía en su favor la coartada del robo en el museo, que habría convencido a todos los jueces y jurados, si no se hubieran reunido un montón de pruebas en contra suya: yo busqué al cerrajero que hizo la llave; lo encontré fácilmente, porque es raro que los delincuentes no se dirijan a cerrajeros especializados. Busqué al armero que había vendido el arma. Hubiera revuelto para ello todo París; pero tuve la suerte de tropezar en seguida con él.

"Más, ¿qué había sido del revólver? El asesino, si era José Nicolle, había tenido que darse prisa para salvar la distancia que media entre la clínica Champard y el museo Robin-Lasalle; había debido tomar el camino más corto: la calle de la Pompe, la avenida de Mozart y le calle de Michel-Ange. No habría seguramente cometido la ingenuidad de lanzar su revólver en el primer tacho de basura o en el de un trapero, donde podría ser descubierto la misma noche y ponernos sobre su pista. Podía haberle tirado a una alcantarilla. Pregunté a los poceros, que lo buscaron, porque un arma de semejante peso tenía que haber caído recta, y no podía haber ido muy lejos. La búsqueda no dió resultado alguno.

"Por último, lo más probable era que el asesino hubiera tirado el arma por encima de un muro, en un jardín. Las casas con jardín no abundan en el recorrido. Bien pronto las recorrí y rebusqué entre la hierba. Sólo me costó mayor trabajo con respecto a la propiedad en que hemos atrapado al fin a José Nicolle.

"Los propietarios, que salieron en viaje, estaban por Escocia. No pude dar con ellos y obtener una respuesta, hasta transcurridas tres semanas. Me enviaron las llaves y en interés de la justicia me autorizaron para que hiciera todo lo necesario. Allí, en medio de la hierba descubrí inmediatamente el revólver. Tuve buen cuidado de dejarlo donde estaba, contentándome con hacer vigilar la finca, pues José Nicolle podía también haber pedido a uno de sus camaradas que fuera a hacer desaparecer la pieza de convicción. Esto era poco probable. Pero no había más camino que esparar a que saliera de prisión y a prepararle la ratonera..."

Pero Girardón no confió sin embargo a la prensa todas las reflexiones que hizo a su colega Pierre, al día siguiente de la detención, y después de la confesión completa de José Nicolle, diciéndole:

—Pasamos por avisados, y en el fondo no hemos sido muy fuertes. En fin de cuentas, sólo por casualidad hemos tenido la clave del enigma...

—No exageres — protestó Pierre.

—No exagero nada. Yo había calculado bien en los tres atentados.. .

—Menos en lo de Souverán...

—No, también respecto a Souverán. No había sido él, pero todos los detalles eran exactos. ¿Podía uno imaginarse y tener en cuenta esa bala perdida y que llegó tan bien a destino? Pero esto ha sido una lección, y desde ahora me propongo ser tan circunspecto, que abrigo hasta dudas acerca de la culpabilidad de ese canalla de Nicolle hijo.

—¿Es que bromeas? — dijo Pierre.

—No del todo, viejo — contestó Collet.

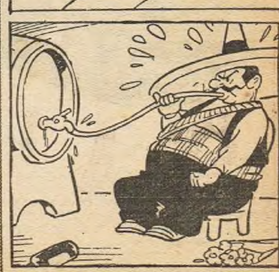
PANCHO SOMBRERO

PARA OLVIDAR por TOONDER

COP. DIANA - EDITION - AMSTERDAM









LA ILUSTRE FREGONA

TEXTO INTEGRO
de la novela ejemplar de
CERVANTES
ILUSTRACIÓN DE BERNABÓ

En Burgos, ciudad ilustre y famosa, no ha muchos años que en ella vivían dos caballeros principales y ricos: el uno se llamaba don Diego de Carriazo, y el otro, don Juan de Avendaño. El don Diego tuvo un hijo, a quien llamó de su mismo nombre, y el don Juan otro, a quien puso don Tomás de Avendaño. A estos dos caballeros mozos, como quien han de ser las principales personas de este cuento, por excusar y ahorrar letras, los llamaremos con solos los nombres de Carriazo y de Avendaño. Trece años, o poco más, tendría Carriazo cuando, llevado de una inclinación picaresca, sin forzarle a ello algún mal tratamiento que sus padres le hiciesen, sólo por su gusto y antojo, se desgarró, como dicen los muchachos, de casa de sus padres, y se fué por ese mundo adelante, tan contento de la vida libre, que en la mitad de las incomodidades y miserias que trae consigo no echaba menos la abundancia de la casa de su padre, ni el andar a pie le cansaba, ni el frío le ofendía, ni el calor le enfadaba; para él todos los tiempos del año le eran dulce y templada primavera; tan bien dormía en parvas como en colchones; con tanto gusto se soterraba en un pajar de un mesón como si se acostara entre dos sábanas de Holanda. Finalmente, él salió tan bien con el asunto de pícaro, que pudiera leer cátedra en la facultad al famoso de Alfarache.

En tres años que tardó en aparecer y volver a su casa aprendió a jugar a la taba en Madrid, y al rentoy en las ventillas de Toledo, y a presa y pinta en pie en las barbacanas de Sevilla; pero con serle anejo a este género de vida la miseria y estrecheza, mostraba Carriazo ser un príncipe en sus cosas: a tiro de escopeta, en mil señales, descubría ser bien nacido, porque era generoso y bien partido con sus camaradas. Visitaba pocas veces las ermitas de Baco, y aunque bebía vino, era tan poco, que nunca pudo entrar en el número de los que llaman desgraciados, que con alguna cosa que beban demasiada, luego se les pone el rostro como si se lo hubiesen jalbegado con bermellón y almagre. En fin, en Carriazo vió el mundo un pícaro virtuoso, limpio, bien criado y más que medianamente discreto. Pasó por todos los grados de pícaro, hasta que se graduó de maestro en las almadrabas de Zahara, donde es el *finibusterrae* de la picaresca.

¡Oh pícaros de cocina, sucios, gordos y lucios, pobres fingidos, tullidos falsos, cicateruelos de Zocodover y de la plaza de Madrid, vistosos oracioneros, esportilleros de Sevilla, mandilejos de la hampa, con toda la caterva innumerable que se encierra debajo de este nombre *pícaro!* Bajad el toldo, amainad el brío, no os llaméis pícaros si no habéis cursado dos cursos en la academia de la pesca de los atunes. ¡Allí, allí, que está en su centro el trabajo junto con la poltro[illegible] Allí está la suciedad limpia, la gordu[illegible] lliza, la hambre pronta, la hartura abun[illegible] sin disfraz el vicio, el juego siempre, las [illegible] dencias por momentos, las muertes por [illegible] tos, las pullas a cada paso, los bailes co[illegible] bodas, las seguidillas como en estampa, [illegible] mances con estribos, la poesía sin [illegible]



Aquí se canta, allí se reniega, acullá se riñe, acá se juega, y por todo se hurta. Allí campea la libertad y luce el trabajo; allí van, o envían, muchos padres principales a buscar a sus hijos, y los hallan; y tanto sienten sacarlos de aquella vida como si los llevaran a dar la muerte.

Pero toda esta dulzura que he pintado tiene un amargo acíbar que la amarga, y es no poder dormir sueño seguro sin el temor de que en un instante los trasladan de Zahara a Berbería. Por esto las noches se recogen a unas torres de la marina, y tienen sus atajadores y centinelas, en confianza de cuyos ojos cierran ellos los suyos, puesto que tal vez ha sucedido que centinelas y atajadores, pícaros, mayorales, barcos y redes, con toda la turbamulta que allí se ocupa, han anochecido en España y amanecido en Tetuán. Pero no fué parte este temor para que nuestro Carriazo dejase de acudir allí tres veranos a darse buen tiempo. El último verano le dijo tan bien la suerte, que ganó a los naipes cerca de setecientos reales, con los cuales quiso vestirse, y volverse a Burgos y a los ojos de su madre, que habían derramado por él muchas lágrimas. Despidióse de sus amigos, que los tenía muchos y muy buenos; prometióles que el verano siguiente sería con ellos, si enfermedad o muerte no lo estorbase; dejó con ellos la mitad de su alma, y todos sus deseos entregó a aquellas secas arenas, que a él le parecían más frescas y verdes que los Campos Elíseos. Y por estar ya acostumbrado de caminar a pie, tomó el camino en la mano, y sobre dos alpargates se llegó desde Zahara hasta Valladolid, cantando "Tres ánades, madre". Estúvose allí quince días para reformar la color del rostro, sacándola de mulata a flamenca, y para trastejarse y sacarse del borrador de pícaro y ponerse en limpio de caballero. Todo esto hizo según y como le dieron comodidad quinientos reales con que llegó a Valladolid, y aun de ellos reservó ciento para alquilar una mula y un mozo, con que se presentó a sus padres honrado y contento. Ellos le recibieron con mucha alegría, y todos sus amigos y parientes vinieron a darles el parabién de la buena venida del señor don Diego de Carriazo, su hijo. Es de advertir que en su peregrinación don Diego mudó el nombre de Carriazo por el de Urdiales, y con este nombre se hizo llamar de los que el suyo no sabían.

Entre los que vinieron a ver el recién llegado fueron don Juan de Avendaño y su hijo don Tomás, con quien Carriazo, por ser ambos de una misma edad y vecinos, trabó y confirmó amistad estrechísima. Contó Carriazo a sus padres, y a todos, mil magníficas y luengas mentiras de cosas que le habían sucedido en los tres años de su ausencia; pero nunca tocó, ni por pienso, en las almadrabas, puesto que en ellas tenía de continuo puesta la imaginación, especialmente cuando vió que se llegaba el tiempo donde había prometido a sus amigos la vuelta. Ni le entretenía la caza, en que su padre le ocupaba, ni los muchos, honestos y gustosos convites que en aquella ciudad se usan le daban gusto; todo pasatiempo le cansaba, y a todos los mayores que se le ofrecían anteponía el que había recibido en las almadrabas.

Avendaño, su amigo, viéndole muchas veces melancólico e imaginativo, fiado en su amistad, se atrevió a preguntarle la causa, y se obligó a remediarla, si pudiese y fuese menester, con su sangre misma. No quiso Carriazo tenérsela encubierta, por no hacer agravio a la grande amistad que profesaban; y así, le contó punto por punto la vida de la jábega y cómo todas sus tristezas y pensamientos nacían del deseo que tenía de volver a ella; pintósela de modo que Avendaño, cuando le acabó de oír, antes alabó que vituperó su gusto. En fin, el de la plática fué disponer Carriazo la voluntad de Avendaño de manera que determinó de irse con él a gozar un verano de aquella felicísima vida que le había descrito, de lo cual quedó sobremodo contento Carriazo, por parecerle que había ganado un testigo de abono que calificase su baja determinación. Trazaron asimismo de juntar todo el dinero que pudiesen; y el mejor modo que hallaron fué que de allí a dos meses había de ir Avendaño a Salamanca, donde por su gusto tres años había estado estudiando las lenguas griegas y latina, y su padre quería que pasase adelante y estudiase la facultad que él quisiese, y que del dinero que le diese habría para lo que deseaban.

En este tiempo propuso Carriazo a su padre que tenía voluntad de irse con Avendaño a estudiar a Salamanca. Vino su padre con tanto gusto en ello, que, hablando al de Avendaño, ordenaron de ponerles juntos casa en Salamanca, con todos los requisitos que pedía ser hijos suyos. Llegóse el tiempo de la partida; proveyéronles de dineros, y enviaron con ellos un ayo que los gobernase, que tenía más de hombre de bien que de discreto. Los padres dieron documentos a sus hijos de lo que habían de hacer y de cómo se habían de gobernar para salir aprovechados en la virtud y en las ciencias, que es el fruto que todo estudiante debe pretender sacar de sus trabajos y vigilias, principalmente los bien nacidos. Mostráronse los hijos humildes y obedientes; lloraron las madres; recibieron la bendición de todos; pusiéronse en camino con mulas propias y con dos criados de casa, amén del ayo, que se había dejado crecer la barba por que diese autoridad a su cargo.

En llegando a la ciudad de Valladolid, dijeron al ayo que querían estarse en aquel lugar dos días para verlo, porque nunca lo habían visto ni estado en él. Reprendióles mucho el ayo, severa y ásperamente, la estada, diciéndoles que los que iban a estudiar con tanta prisa como ellos no se habían de detener una hora a mirar niñerías, cuanto más dos días, y que él formaría escrúpulo si los dejaba detener un solo punto, y que se partiesen luego, y si no, que sobre eso, morena.

Hasta aquí se extendía la habilidad del señor ayo, o mayordomo, como más nos diere gusto llamarle. Los mancebitos, que tenían ya hecho su agosto, y su vendimia, pues habían ya robado cuatrocientos escudos de oro que llevaba su mayor, dijeron que sólo los dejase aquel día, en el cual querían ir a ver la fuente de Argales, que la comenzaban a conducir a la ciudad por grandes y espaciosos acueductos. En efecto, aunque con dolor de su ánima, les dió licencia, porque él quisiera excusar el gasto de aquella noche, y hacerle en Valdeastillas, y repartir las diez y ocho leguas que hay desde Valdeastillas a Salamanca en dos días, y no las veinte y dos que hay desde Valladolid; pero, como uno piensa el bayo y otro el que lo ensilla, todo le sucedió al revés de lo que él quisiera.

Los mancebos, con sólo un criado y a caballo en dos muy buenas y caseras mulas, salieron a ver la fuente de Argales, famosa por su antigüedad y sus aguas, a despecho del Caño Dorado y de la reverenda Priora, con paz sea dicho de Leganitos y de la extremadísima Fuente Castellana, en cuya competencia pueden callar Corpa y la Pizarra de la Mancha. Llegaron a Argales, y cuando creyó el criado que sacaba Avendaño de las bolsas del cojín alguna cosa con que beber, vió que sacó una carta cerrada, diciéndole que luego al punto volviese a la ciudad y se la diese a su ayo, y que en dándosela los esperase en la Puerta del Campo. Obedeció el criado, tomó la carta, volvió a la ciudad, y ellos volvieron las riendas, y aquella noche durmieron en Mojados, y de allí a dos días, en Madrid, y en otros cuatro se vendieron las mulas en pública plaza, y hubo quien les fiase por seis escudos de prometido, y aun quien les diese el dinero en oro por sus cabales. Vistiéronse a lo payo, con capotillos de [illegible] faldas, hazones y zaragüelles y medias de paño pardo. Ropero hubo que por la [illegible]ñana les compró sus vestidos, y a la noche los había mudado de manera que no [illegible] conociera la propia madre que los había [illegible]rido. Puestos, pues, a la ligera y del [illegible] que Avendaño quiso y supo, se pusieron [illegible] camino de Toledo *ad pedem litterae* y [illegible] espadas: que también el ropero, aunque [illegible] atañía a su menester, se las había compra[illegible]

Dejémoslos ir, por ahora, pues van con[illegible]tentos y alegres, y volvamos a contar lo [illegible] el ayo hizo cuando abrió la carta que el [illegible]do le llevó, y halló que decía de esta [illegible]nera:

"Vuestra merced será servido, señor Pe[illegible] Alonso, de tener paciencia y dar la vuel[illegible] Burgos, donde dirá a nuestros padres [illegible] habiendo nosotros sus hijos, con madura [illegible]sideración, considerado cuán más propias [illegible] de los caballeros las armas que las letras, [illegible]bemos determinado de trocar a Salam[illegible] por Bruselas, y a España por Flandes. [illegible] cuatrocientos escudos llevamos, las mulas [illegible]samos vender. Nuestra hidalga intención [illegible] largo camino es bastante disculpa de nue[illegible] yerro, aunque nadie le juzgará por tal, [illegible] es cobarde. Nuestra partida es ahora; la [illegible]ta será cuando Dios fuere servido, el [illegible] guarde a vuestra merced como puede y [illegible] sus menores discípulos deseamos. De la [illegible]te de Argales, puesto ya el pie en el [illegible] para caminar a Flandes. — *Carriazo y A[illegible]daño*".

Quedó Pedro Alonso suspenso en leyen[illegible] la epístola, y acudió a su valija, y el ha[illegible] vacía le acabó de confirmar la verdad de [illegible] carta; y luego al punto, en la mula que [illegible] había quedado, se partió para Burgos a [illegible] las nuevas a sus amos con toda presteza, [illegible] que con ella pusiesen remedio y diesen [illegible] de alcanzar a sus hijos; pero de estas [illegible] no dice nada el autor de esta novela, [illegible] que así como dejó puesto a caballo a Pe[illegible] Alonso, volvió a contar de lo que les su[illegible] a Avendaño y a Carriazo a la entrada [illegible] Illescas, diciendo que al entrar de la p[illegible] de la villa encontraron dos mozos de [illegible] al parecer andaluces, en calzones de [illegible] anchos, jubones acuchillados de anjeo, [illegible] coletos de ante, dagas de ganchos y espadas [illegible] tiros; al parecer, el uno venía de Sevilla [illegible] otro iba a ella. El que iba estaba diciend[illegible] otro:

—Si no fueran mis amos tan adelante, [illegible]davía me detuviera algo más, a pregu[illegible] mil cosas que deseo saber; porque me [illegible] maravillado mucho con lo que me has [illegible]tado de que el conde ha ahorcado a Al[illegible] Genís y a Ribera, sin querer otorgarle[illegible] apelación.

—¡Oh, pecador de mí — replicó el [illegible] llano —. Armóles el conde zancadilla, y [illegible]giólos debajo de su jurisdicción, que era[illegible] dados, y por contrabando se aprovech[illegible] ellos, sin que la Audiencia se los pudiese [illegible]tar. Sábete, amigo, que tiene un Berceb[illegible] el cuerpo este conde de Puñonrostro, que [illegible] mete los dedos de su puño en el alma: [illegible]da está Sevilla y diez leguas a la redond[illegible] jácaros; no para ladrón en sus contornos; [illegible]dos le temen como al fuego; aunque [illegible] suena que dejará presto el cargo de asis[illegible] porque no tiene condición para verse a [illegible] paso con dimes y diretes con los seño[illegible] la Audiencia.

—¡Vivan ellos mil años — dijo el que [illegible] Sevilla —; que son padres de los miser[illegible] amparo de los desdichados! ¡Cuántos po[illegible] están mascando barro no más de por la [illegible] de un juez absoluto, de un corregidor, [illegible] informado, o bien apasionado! Más ven [illegible]chos ojos que dos: no se apodera tan [illegible] el veneno de la injusticia de muchos [illegible]nes como se apodera de uno solo.

—Predicador te has vuelto — dijo el de [illegible]

dijo—, y según llevas la retahila, no acabarás tan presto, y yo no te puedo aguardar; y esta noche no vayas a posar donde sueles, sino a la posada del Sevillano, porque verás en ella la más hermosa fregona que se sabe: Marinilla la de la venta Tejada es asco en su comparación; no te digo más sino que hay fama que el hijo del corregidor bebe los vientos por ella. Uno de esos mis amos que allá van jura que al volver que vuelva al Andalucía se ha de estar dos meses en Toledo, y en la misma posada, sólo por hartarse de mirarla. Ya le dejo yo en señal un pellizco, y me llevo en contracambio un gran torniscón. Es dura como un mármol, y zahareña como villana de Sayago, y áspera como una ortiga; pero tiene una cara de pascua y un rostro de buen año: en una mejilla tiene el sol, y en la otra la luna; la una es hecha de rosas y la otra de claveles, y entrambas hay también azucenas y jazmines. No te digo más sino que la veas, y verás que no te he dicho nada, según lo que te pudiera decir, acerca de su hermosura. En las dos mulas rucias que sabes que tengo mías la dotara de buena gana si me la quisieran dar por mujer; pero yo sé que no me la darán: que es joya para un arcipreste, o para un conde. Y otra vez torno a decir que allá lo verás. Y adiós que me mato.

Con esto se despidieron los dos mozos de mulas, cuya plática y conversación dejó mudos a los dos amigos que escuchado la habían, especialmente a Avendaño, en quien la simple relación que el mozo de mulas había hecho de la hermosura de la fregona despertó en él un intenso deseo de verla. También le despertó en Carriazo; pero no de manera que no desease más llegar a sus almadrabas que detenerse a ver las pirámides de Egipto, u otra de las siete maravillas, o todas juntas.

En repetir estas palabras de los mozos, y en remedar y contrahacer el modo y los ademanes con que las decían, entretuvieron el camino hasta Toledo; y luego, siendo la guía Carriazo, que ya otra vez había estado en aquella ciudad, bajando por la Sangre de Cristo, dieron con la posada del Sevillano; pero no se atrevieron a pedirla allí, porque su traje no lo pedía. Era ya anochecido, y aunque Carriazo importunaba a Avendaño que fuesen a otra parte a buscar posada, no le pudo quitar de la puerta de la del Sevillano, esperando si acaso parecía la tan celebrada fregona. Entrábase la noche y la fregona no salía; desesperábase Carriazo, y Avendaño se estaba quedo; el cual, por salir con su intención, con excusa de preguntar por unos caballeros de Burgos que iban a la ciudad de Sevilla, se entró hasta el patio de la posada; y apenas hubo entrado, cuando de una sala que en el mismo patio estaba vió salir una moza al parecer de quince años, poco más o menos, vestida como labradora, con una vela encendida en un candelero.

No puso Avendaño los ojos en el vestido y traje de la moza, sino en su rostro, que le parecía ver en él los que suelen pintar de los ángeles; quedó suspenso y atónito de su hermosura, y no acertó a preguntarle nada: tal era su suspensión y embelesamiento. La moza, viendo a aquel hombre delante de sí, le dijo:

—¿Qué busca, hermano? ¿Es por ventura criado de alguno de los huéspedes de casa?

—No soy criado de ninguno, sino vuestro —respondió Avendaño, todo lleno de turbación y sobresalto.

La moza, que de aquel modo se vió responder, dijo:

—Vaya, hermano, norabuena; que las que servimos no hemos menester criados.

Y llamando a su señor, le dijo:

—Mire, señor, lo que busca este mancebo.

Salió su amo y preguntóle que qué buscaba. El respondió que a unos caballeros de Burgos que iban a Sevilla, uno de los cuales era su señor, el cual le había enviado delante por Alcalá de Henares, donde había de hacer un negocio que le importaba, y que junto con esto le mandó que viniese a Toledo y le esperase en la posada del Sevillano, donde vendría a apearse, y que pensaba que llegaría aquella noche, o otro día, a más tardar. Tan buen color dió Avendaño a su mentira, que a la cuenta del huésped pasó por verdad, pues le dijo:

—Quédese, amigo, en la posada; que aquí podrá esperar a su señor hasta que venga.

—Muchas mercedes, señor huésped — respondió Avendaño —, y mande vuestra merced que se me dé un aposento para mí y un compañero que viene conmigo, que está allí fuera; que dineros traemos para pagarlo tan bien como otro.

—En buen hora — respondió el huésped.

Y volviéndose a la moza, dijo:

—Costancica, di a Argüello que lleve a estos dos galanes al aposento del rincón, y que les eche sábanas limpias.

—Sí haré, señor — respondió Costanza, que así se llabama la doncella.

Y haciendo una reverencia a su amo, se les quitó delante, cuya ausencia fué para Avendaño lo que suele ser al caminante ponerse el sol y sobrevenir la noche lóbrega y oscura. Con todo esto, salió a dar cuenta a Carriazo de lo que había visto y de lo que dejaba negociado; el cual por mil señales conoció como su amigo venía herido de la amorosa pestilencia; pero no le quiso decir nada por entonces, hasta ver si lo merecía la causa de quien nacían las extraordinarias alabanzas y grandes hipérboles con que la belleza de Costanza sobre los mismos cielos levantaba.

Entraron, en fin, en la posada, y la Argüello, que era una mujer de hasta cuarenta y cinco años, superintendente de las camas y aderezo de los aposentos, los llevó a uno que ni era de caballeros ni de criados, sino de gente que podía hacer medio entre los dos extremos. Pidieron de cenar; respondióles Argüello que en aquella posada no daban de comer a nadie, puesto que guisaban y aderezaban lo que los huéspedes traían de fuera comprado; pero que bodegones y casas de estado había cerca, donde sin escrúpulo de conciencia podían ir a cenar lo que quisiesen. Tomaron los dos el consejo de Argüello, y dieron con sus cuerpos en un bodegón, donde Carriazo cenó lo que le dieron, y Avendaño lo que con él llevaba, que fueron pensamientos e imaginaciones.

Lo poco o nada que Avendaño comía admiraba mucho a Carriazo. Por enterarse del todo de los pensamientos de su amigo, al volverse a la posada le dijo:

—Conviene que mañana madruguemos, porque antes que entre la calor estemos ya en Orgaz.

—No estoy en eso — respondió Avendaño —; porque pienso, antes que de esta ciudad me parta, ver lo que dicen que hay famoso en ella, como es el Sagrario, el artificio de Juanelo, las Vistillas de San Agustín, la Huerta del Rey y la Vega.

—Norabuena — respondió Carriazo —: eso en dos días se podrá ver.

—En verdad que lo he de tomar de espacio; que no vamos a Roma a alcanzar una vacante.

—¡Ta, ta! — replicó Carriazo —. A mí me maten, amigo, si no estáis vos con más deseo de quedaros en Toledo que de seguir nuestra comenzada romería.

—Así es la verdad — respondió Avendaño —; y aun tan imposible será apartarme de ver el rostro de esta doncella como no es posible ir al cielo sin buenas obras.

—¡Gallardo escarecimiento — dijo Carriazo —, y determinación digna de un tan generoso pecho como el vuestrò! ¡Bien cuadra un don Tomás de Avendaño, hijo de don Juan de Avendaño, caballero lo que es bueno, rico lo que basta, mozo lo que alegra, discreto lo que admira, con enamorado y perdido por una fregona que sirve en el mesón del Sevillano!

—Lo mismo me parece a mí que es — respondió Avendaño — considerar un don Diego de Carriazo, hijo del mismo, caballero del hábito de Alcántara el padre, y el hijo a pique de heredarle con su mayorazgo, no menos gentil en el cuerpo que en el ánimo, y con todos estos generosos atributos, verle enamorado, ¿de quién, si pensáis? ¿De la reina de Ginebra? No, por cierto, sino de la almadraba de Zahara, que es más fea, a lo que creo, que un miedo de santo Antón.

—¡Pata es la traviesa, amigo! — respondió Carriazo —. Por los filos que te herí me has muerto; quédese aquí nuestra pendencia y vámonos a dormir, y amanecerá Dios, y medraremos.

—Mira, Carriazo: hasta ahora no has visto a Costanza; en viéndola, te doy licencia para que me digas todas las injurias o reprensiones que quisieres.

—Ya sé yo en qué ha de parar esto — dijo Carriazo.

—¿En qué? — replicó Avendaño.

—En que yo me iré con mi almadraba, y tú te quedarás con tu fregona — dijo Carriazo.

—No seré yo tan venturoso — dijo Avendaño.

—Ni yo tan necio — respondió Carriazo — que por seguir tu mal gusto deje de conseguir el bueno mío.

En estas pláticas llegaron a la posada, y aun se les pasó en otras semejantes la mitad de la noche; y habiendo dormido, a su parecer, poco más de una hora, los despertó el son de muchas chirimías que en la calle sonaban. Sentáronse en la cama y estuvieron atentos, y dijo Carriazo:

—Apostaré que es ya de día y que debe de hacerse alguna fiesta en un monasterio de Nuestra Señora del Carmen, que está aquí cerca, y por eso tocan estas chirimías.

—No es eso — respondió Avendaño —, porque no ha tanto que dormimos que pueda ser ya de día.

Estando en esto, sintieron llamar a la puerta de su aposento, y preguntando quién llamaba, respondieron de fuera diciendo:

—Mancebos, si queréis oír una brava música, levantaos y asomaos a una reja que sale a la calle, que está en aquella sala frontera; que no hay nadie en ella.

Levantáronse los dos, y cuando abrieron no hallaron persona, ni supieron quién les había dado el aviso; mas porque oyeron el son de una arpa, creyeron ser verdad la música, y así, en camisa como se hallaron, se fueron a la sala, donde ya estaban otros tres o cuatro huéspedes puestos a las rejas; hallaron lugar, y de allí a poco, al son de la arpa y de una vihuela, con maravillosa voz oyeron cantar este soneto, que no se le pasó de la memoria a Avendaño:

Raro, humilde sujeto, que levantas
A tan excelsa cumbre la belleza,
Que en ella se excedió naturaleza
A sí misma, y al cielo la adelantas;
Si hablas, o si ríes, o si cantas,
Si muestras mansedumbre o aspereza
(Efecto sólo de tu gentileza),
Las potencias del alma nos encantas.
Para que pueda ser más conocida
La sin par hermosura que contienes
Y la alta honestidad de que blasonas,
Deja el servir, pues debes ser servida
De cuantos ven tus manos y sus sienes
Resplandecer por cetros y coronas.

No fué menester que nadie les dijese a los dos que aquella música se daba por Costanza, pues bien claro lo había descubierto el soneto, que sonó de tal manera en los oídos de Avendaño, que diera por bien empleado, por no haberle oído, haber nacido sordo y estarlo todos los días de la vida que le quedaba, a causa que desde aquel punto le comenzó a tener tan mala como quien se halló

traspasado el corazón de la rigurosa lanza de los celos; y era lo peor que no sabía de quién debía o podía tenerlos. Pero presto le sacó de este cuidado uno de los que a la reja estaban, diciendo:

—¡Que tan simple sea este hijo del corregidor, que se ande dando músicas a una fregona...! Verdad es que ella es de las más hermosas muchachas que yo he visto, y he visto muchas; mas no por esto había de solicitarla con tanta publicidad.

A lo cual añadió otro de los de la reja:

—Pues en verdad que he oído yo decir por cosa muy cierta que así hace ella cuenta de él como si no fuese nadie: apostaré que se está ella ahora durmiendo a sueño suelto detrás de la cama de su ama, donde dicen que duerme, sin acordársele de músicas ni canciones.

—Así es la verdad — replicó el otro —, porque es la más honesta doncella que se sabe; y es maravilla que con estar en esta casa de tanto tráfago, y donde hay cada día gente nueva, y andar por todos los aposentos, no se sabe de ella el menor desmán del mundo.

Con esto que oyó Avendaño tornó a servir y a cobrar aliento para poder escuchar otras muchas cosas que al son de diversos instrumentos los músicos cantaron, todas encaminadas a Costanza, la cual, como dijo el huésped, se estaba durmiendo sin ningún cuidado. Por venir el día, se fueron los músicos, despidiéndose con las chirimías. Avendaño y Carriazo se volvieron a su aposento, donde durmió el que pudo hasta la mañana: la cual venida, se levantaron los dos, entrambos con deseo de ver a Costanza; pero el deseo del uno era deseo curioso, y el del otro, deseo enamorado. Pero a entrambos se los cumplió Costanza saliendo de la sala de su amo, tan hermosa, que a los dos les pareció que todas cuantas alabanzas le había dado el mozo de mulas eran cortas y de ningún encarecimiento. Su vestido era una saya y corpiños de paño verde, con unos ribetes del mismo paño. Los corpiños eran bajos; pero la camisa, alta, plegado el cuello, con un cabezón labrado de seda negra, puesta una gargantilla de estrellas de azabache sobre un pedazo de una columna de alabastro: que no era menos blanca su garganta; ceñida con un cordón de San Francisco, y de una cinta pendiente, al lado derecho, un gran manojo de llaves. No traía chinelas, sino zapatos de dos suelas, colorados, con unas calzas que no se le parecían sino cuanto por un perfil mostraban también ser coloradas. Traía trenzados los cabellos con unas cintas blancas de hiladillo; pero tan largo el trenzado, que por las espaldas le pasaba de la cintura; el color salía de castaño y tocaba en rubio; pero, al parecer, tan limpio, tan igual y tan peinado, que ninguno, aunque fuera de hebras de oro, se le pudiera comparar. Pendíanle de las orejas dos calabacillas de vidrio, que parecían perlas; los mismos cabellos le servían de garbín y de tocas.

Cuando salió de la sala se persignó y santiguó, y con mucha devoción y sosiego hizo una profunda reverencia a una imagen de Nuestra Señora que en una de las paredes del patio estaba colgada; y alzando los ojos, vió a los dos que mirándola estaban, y apenas los hubo visto, cuando se retiró y volvió a entrar en la sala, desde la cual dió voces a Argüello que se levantase.

Resta ahora por decir qué es lo que le pareció a Carriazo de la hermosura de Costanza; que de lo que le pareció a Avendaño, ya está dicho, cuando la vió la vez primera. No digo más sino que a Carriazo le pareció tan bien como a su compañero, pero enamoróle mucho menos; y tan menos, que quisiera no anochecer en la posada, sino partirse luego para sus almadrabas. En esto, a las voces de Costanza salió a los corredores la Argüello, con otras dos mocetonas, también criadas de casa, de quien se dice que eran gallegas, y el haber tantas lo requería la mucha gente que acude a la posada del Sevillano, que es una de las mejores y más frecuentadas que hay en Toledo. Acudieron también los mozos de los huéspedes a pedir cebada; salió el huésped de casa a dársela, maldiciendo a sus mozas, que por ellas se le había ido un mozo que la solía dar con muy buena cuenta y razón, sin que le hubiese hecho menos, a su parecer, un solo grano. Avendaño, que oyó esto, dijo:

—No se fatigue, señor huésped; déme el libro de la cuenta, que los días que hubiere de estar aquí, yo la tendré tan buena en dar la cebada y paja que pidieren, que no eche menos al mozo que dice que se le ha ido.

—En verdad que os lo agradezca, mancebo — respondió el huésped —, porque yo no puedo atender a esto, que tengo otras muchas cosas a que acudir fuera de casa. Bajad; daros he el libro, y mirad que estos mozos de mulas son el mismo diablo y hacen trampantojos un celemín de cebada con menos conciencia que si fuese de paja.

Bajó al patio Avendaño y entregóse en el libro, y comenzó a despachar celemines como agua, y a asentarlos por tan buen orden, que el huésped, que lo estaba mirando, quedó contento; y tanto, que dijo:

—Pluguiese a Dios que vuestro amo no viniese y que a vos os diese gana de quedaros en casa; que a fe que otro gallo os cantase. Porque el mozo que se me fué vino a mi casa habrá ocho meses, roto y flaco, y ahora lleva dos pares de vestidos y muy buenos, y va gordo como una nutria. Porque quiero que sepáis, hijo, que en esta casa hay muchos provechos, amén de los salarios.

—Si yo me quedase — replicó Avendaño —, no repararía mucho en la ganancia; que con cualquiera cosa me contentaría a trueque de estar en esta ciudad, que me dicen que es la mejor de España.

—A lo menos — respondió el huésped —, es de las mejores y más abundantes que hay en ella; mas otra cosa nos falta ahora, que es buscar quien vaya por agua al río, que también se me fué otro mozo que con un asno que tengo famoso me tenía rebosando las tinajas, y hecha un lago de agua la casa; y una de las causas por que los mozos de mulas se huelgan de traer sus amos a mi posada es por la abundancia de agua que hallan siempre en ella; porque no llevan su ganado al río, sino dentro de casa beben las cabalgaduras en grandes barreños.

Todo esto estaba oyendo Carriazo, el cual, viendo que ya Avendaño estaba acomodado y con oficio en casa, no quiso él quedarse a buenas noches, y más, que consideró el gran gusto que haría a Avendaño si le seguía el humor; y así, dijo al huésped:

—Venga el asno, señor huésped; que tan bien sabré yo cincharlo y cargarlo como sabe mi compañero asentar en el libro su mercancía.

—Sí — dijo Avendaño —, mi compañero Lope Asturiano servirá de traer agua como un príncipe, y yo le fío.

La Argüello, que estaba atenta desde el corredor a todas estas pláticas, oyendo decir a Avendaño que él fiaba a su compañero, dijo:

—Dígame, gentilhombre, ¿y quién le ha de fiar a él? Que en verdad que me parece que más necesidad tiene de ser fiado que de ser fiador.

—Calla, Argüello — dijo el huésped —; no te metas donde no te llaman; yo los fío a entrambos, y por vida de vosotras que no tengáis dares ni tomares con los mozos de casa; que por vosotras se me van todos.

—¡Pues qué! — dijo otra moza —, ¿ya se quedan en casa estos mancebos? Para mi santiguada que si yo fuera camino con ellos, que nunca les fiara la bota.

—Déjese de chocarrerías, señora Gallega — respondió el huésped —, y haga su hacienda, y no se entremeta con los mozos, que la [...]leré a palos.

—¡Por cierto sí! — replicó la Galleg[...] ¡Mirad qué joyas para codiciarlas! Pues [...] verdad que no me ha hallado el señor [...] amo tan juguetona con los mozos de [...] ni de fuera, para tenerme en la mala [...] que me tiene: ellos son bellacos, y se [...] cuando se les antoja, sin que nosotras les [...]mos ocasión alguna. ¡Bonica gente es [...] por cierto, para tener necesidad de ap[...] que los inciten a dar un madrugón con [...] amos cuando menos se percatan!

—Mucho habláis, Gallega hermana — [...]pondió su amo —; punto en boca, y at[...] a lo que tenéis a vuestro cargo.

Ya en esto tenía Carriazo enjaezado el [...] y subiendo en él de un brinco, se encam[...] río, dejando a Avendaño muy alegre de [...] visto su gallarda resolución.

He aquí tenemos ya — en buena hor[...] cuente — a Avendaño hecho mozo del [...]són, con nombre de Tomás Pedro, que así [...] que se llamaba, y a Carriazo, con el de [...] Asturiano, hecho aguador: transforma[...] dignas de anteponerse a las del narigudo [...]ta. A malas penas acabó de entender la [...]güello que los dos se quedaban en casa, [...]do hizo designio sobre el Asturiano, y le [...]có por suyo, determinándose a regalarle [...] suerte que, aunque él fuese de condición [...]va y retirada, le volviese más blando qu[...] guante. El mismo discurso hizo la Ga[...] melindrosa sobre Avendaño, y como las [...] por trato y conversación y por dormir [...] fuesen grandes amigas, al punto declaró la [...] a la otra su determinación amorosa, y [...] aquella noche determinaron de dar prin[...] a la conquista de sus dos desapasionados [...]tes. Pero lo primero que advirtieron fu[...] que les habían de pedir que no les h[...] de pedir celos por cosas que les viesen [...] de sus personas; porque mal pueden re[...] las mozas a los de dentro si no hacen [...]tarios a los de fuera de casa. "Callad, he[...]nos, decían ellas — como si los tuvieran [...]sentes y fueran ya sus verdaderos m[...]bos o amancebados —; callad y tapa[...] ojos, y dejad tocar el pandero a quien [...] y que guíe la danza quien la entiende, [...] habrá par de canónigos en esta ciudad [...] regalados que vosotros los seréis de est[...]butarias vuestras".

Estas y otras razones de esta sustan[...] jaez dijeron la Gallega y la Argüello, [...] tanto, caminaba nuestro buen Lope A[...]no la vuelta del río, por la cuesta del [...]men, puestos los pensamientos en sus [...]drabas y en la súbita mutación de su [...] O ya fuese por esto, o porque la suer[...] lo ordenase, en un paso estrecho, al ba[...] la cuesta, encontró con un asno de un [...]dor, que subía cargado; y como él des[...] y su asno era gallardo, bien dispuesto y [...] trabajado, tal encuentro dió al cansado [...]co que subía, que dió con él en el su[...] por haberse quebrado los cántaros se de[...] también el agua, por cuya desgracia el [...]dor antiguo, despechado y lleno de [...] arremetió al aguador moderno, que [...] estaba caballero, y antes que se desen[...]se y apease le había pegado y asentad[...] docena de palos tales, que no le supier[...] al Asturiano. Apeóse, en fin, pero co[...] malas entrañas, que arremetió a su en[...] y asiéndole con ambas manos por la g[...]ta dió con él en el suelo, y tal golpe d[...] la cabeza sobre una piedra, que se le [...] por dos partes, saliendo tanta sangre [...] pensó que le había muerto.

Otros muchos aguadores que allí [...] como vieron a su compañero tan mal [...] arremetieron a Lope y tuviéronle asido [...]temente, gritando:

—¡Justicia, justicia! ¡Que este agua[...] muerto a un hombre!

Y a vuelta de estas razones y gritos le [...]

a mojicones y a palos. Otros acudieron al ruido y vieron que tenía hendida la cabeza y que casi estaba expirando. Subieron las voces de boca en boca por la cuesta arriba, y en la plaza del Carmen dieron en los oídos de un alguacil, el cual, con dos corchetes, con más ligereza que si volara, se puso en el lugar de la pendencia, a tiempo que ya el herido estaba atravesado sobre un asno, y el de Lope asido, y Lope rodeado de más de veinte aguadores, que no le dejaban mover, antes le brumaban las costillas de manera que más se pudiera temer de su vida que de la del herido, según menudeaban sobre él los puños y las varas aquellos vengadores de la ajena injuria.

Llegó el alguacil, apartó la gente, entregó a sus corchetes al Asturiano, y antecogiendo a su asno, y al herido sobre el suyo, dió con ellos en la cárcel, acompañado de tanta gente y de tantos muchachos que le seguían, que apenas podía hender por las calles. Al rumor de la gente, salió Tomás Pedro y su amo a la puerta de casa, a ver de qué procedía tanta grita, y descubrieron a Lope entre los dos corchetes, lleno de sangre el rostro y la boca; miró luego por su asno el huésped y viole en poder de otro corchete que ya se les había juntado; preguntó la causa de aquellas prisiones; fuéles respondida la verdad del suceso; pesóle por su asno, temiendo que le había de perder, o a lo menos hacer más costas por cobrarle que él valía. Tomás Pedro siguió a su compañero, sin que le dejasen llegar a hablarle una palabra: tanta era la gente que lo impedía y el recato de los corchetes y del alguacil que le llevaba. Finalmente, no le dejó hasta verle poner en la cárcel, y en un calabozo, con dos pares de grillos, y al herido en la enfermería, donde se halló a verle curar, y vió que la herida era peligrosa, y mucho, y lo mismo dijo el cirujano. El alguacil se llevó a su casa los dos asnos, y más cinco reales de a ocho que los corchetes habían quitado a Lope.

Volvióse a la posada lleno de confusión y tristeza; halló al que ya tenía por amo con no menos pesadumbre que él traía, a quien dijo de la manera que quedaba su compañero, y del peligro de muerte en que estaba el herido, y del suceso de su asno. Díjole más, que a su desgracia se le había añadido otra de no menor fastidio, y era que un grande amigo de su señor le había encontrado en el camino y le había dicho que su señor, por ir muy de prisa y ahorrar dos leguas de camino, desde Madrid había pasado por la barca de Azeca, y que aquella noche dormía en Orgaz, y que le había dado doce escudos que le diese, con orden de que se fuese a Sevilla, donde le esperaba.

—Pero no puede ser así — añadió Tomás —, pues no será razón que yo deje a mi amigo y camarada en la cárcel y en tanto peligro: mi amo me podrá perdonar por ahora; cuanto más que él es tan bueno y honrado, que dará por bien cualquier falta que le hiciere, a trueque que no la haga a mi camarada. Vuesa merced, señor amo, me la haga de tomar este dinero y acudir a este negocio; y en tanto que esto se gasta, yo escribiré a mi señor lo que pasa, y sé que me enviará dineros que basten para sacarnos de cualquier peligro.

Abrió los ojos de un palmo el huésped, alegre de ver que en parte iba saneando la pérdida de su asno. Tomó el dinero, y consoló a Tomás, diciéndole que él tenía personas en Toledo de tal calidad que valían mucho con la justicia, especialmente una señora monja, parienta del corregidor, que le mandaba con el pie; y que una lavandera del monasterio de la tal monja tenía una hija que era grandísima amiga de una hermana de un fraile muy familiar y conocido del confesor de la dicha monja, la cual lavandera lavaba la ropa en casa.

—Y como ésta pida a su hija, que sí pedirá, hable a la hermana del fraile que hable a su hermano que hable al confesor, y el confesor a la monja, y la monja guste de dar un billete — que será cosa fácil — para el corregidor, donde le pida encarecidamente mire por el negocio de Tomás, sin duda alguna se podrá esperar buen suceso. Y esto ha de ser con tal que el aguador no muera y con que no falte ungüento para untar a todos los ministros de la justicia; porque, si no están untados, gruñen más que carretas de bueyes.

En gracia le cayó a Tomás los ofrecimientos del favor que su amo le había hecho y los infinitos y revueltos arcaduces por donde le había derivado; y aunque conoció que antes lo había dicho de socarrón que de inocente, con todo eso le agradeció su buen ánimo y le entregó el dinero, con promesa que no faltaría mucho más, según él tenía la confianza en su señor, como ya le había dicho. La Argüello, que vió atraillado a su nuevo cuyo, acudió luego a la cárcel a llevarle de comer; mas no se lo dejaron ver, de que ella volvió muy sentida y mal contenta; pero no por esto desistió de su buen propósito. En resolución, dentro de quince días estuvo fuera de peligro el herido, y a los veinte declaró el cirujano que estaba del todo sano, y ya en este tiempo había dado traza Tomás como le viniesen cincuenta escudos de Sevilla y sacándolos él de su seno, se los entregó al huésped con cartas y cédula fingida de su amo; y como al huésped le iba poco en averiguar la verdad de aquella correspondencia, cogía el dinero, que por ser en escudos de oro le alegraba mucho.

Por seis ducados se apartó de la querella el herido; en diez, y en el asno y las costas, sentenciaron al Asturiano. Salió de la cárcel; pero no quiso volver a estar con su compañero, dándole por disculpa que en los días que había estado preso le había visitado la Argüello y requerídole de amores, cosa para él de tanta molestia y enfado que antes se dejara ahorcar que corresponder con el deseo de tan mala hembra; que lo que pensaba hacer era, ya que él estaba determinado a seguir y pasar adelante con su propósito, comprar un asno y usar el oficio de aguador en tanto que estuviesen en Toledo; que con aquella cubierta no sería juzgado ni preso por vagabundo, y que con sola una carga de agua se podía andar todo el día por la ciudad a sus anchuras, mirando bobas.

—Antes mirarás hermosas que bobas en esta ciudad, que tiene fama de tener las más discretas mujeres de España, y que andan a una su discreción con su hermosura; y si no, míralo por Costancica, de cuyas sobras de belleza puede enriquecer, no sólo a las hermosas de esta ciudad, sino a las de todo el mundo.

—Paso, señor Tomás — replicó Lope —; vámonos poquito a poquito en esto de las alabanzas de la señora fregona, si no quiere que, como le tengo por loco, le tenga por hereje.

—¿Fregona has llamado a Costanza, hermano Lope? — respondió Tomás —. Dios te lo perdone y te traiga a verdadero conocimiento de tu yerro.

—Pues ¿no es fregona? — replicó el Asturiano.

—Hasta ahora le tengo por ver fregar el primer plato.

—No importa — dijo Lope — no haberle visto fregar el primer plato, si le has visto fregar el segundo, y aun el centésimo.

—Yo te digo, hermano — replicó Tomás —, que ella no friega ni entiende en otra cosa que en su labor, y en ser guarda de la plata labrada que hay en casa, que es mucha.

—Pues ¿cómo la llaman por toda la ciudad — dijo Lope — *la fregona ilustre*, si es que no friega? Mas sin duda debe de ser que como friega plata, y no loza, le dan el nombre de ilustre. Pero, dejando esto aparte, dime, Tomás: ¿en qué estado están tus esperanzas?

—En el de perdición — respondió Tomás —; porque en todos estos días que has estado preso nunca le he podido hablar una palabra, y a muchas que los huéspedes le dicen, con ninguna otra responde que con bajar los ojos y no desplegar los labios: tal es su honestidad y su recato, que no menos enamora con su recogimiento que con su hermosura. Lo que me trae alcanzado de paciencia es saber que el hijo del corregidor, que es mozo brioso y algo atrevido, muere por ella y la solicita con músicas, que pocas noches se pasan sin dársela, y tan al descubierto, que en lo que cantan la nombran, la alaban y la solemnizan. Pero ella no las oye, ni desde que anochece hasta la mañana no sale del aposento de su ama, escudo que no deja que me pase el corazón la dura saeta de los celos.

—¿Pues qué piensas hacer con el imposible que se te ofrece en la conquista de esta Porcia, de esta Minerva y de esta nueva Penélope, que en figura de doncella y de fregona te enamora, te acobarda y te desvanece?

—Haz la burla que de mí quisieres, amigo Lope, que yo sé que estoy enamorado del más hermoso rostro que pudo formar naturaleza, y de la más incomparable honestidad que ahora se puede usar en el mundo. Costanza se llama, y no Porcia, Minerva o Penélope; en un mesón sirve, que no lo puedo negar; pero ¿qué puedo yo hacer, si me parece que el destino con oculta fuerza me inclina, y la elección con claro discurso me mueve a que la adore? Mira, amigo: no sé cómo te diga — prosiguió Tomás — de la manera con que Amor el bajo sujeto de esta fregona, que tú llamas, me la encumbra y levanta tan alto, que viéndola no la vea, y conociéndola la desconozca. No es posible que, aunque lo procuro, pueda un breve término contemplar, si así se puede decir, en la bajeza de su estado, porque luego acuden a borrarme este pensamiento su belleza, su donaire, su sosiego, su honestidad y el recogimiento, y me dan a entender que debajo de aquella rústica corteza debe de estar encerrada y escondida alguna mina de gran valor y de merecimiento grande. Finalmente, sea lo que se fuere, yo la quiero bien, y no con aquel amor vulgar con que a otras he querido, sino con amor tan limpio, que no se extiende a más que a servir y a procurar que ella me quiera, pagándome con honesta voluntad lo que a la mía, también honesta, se debe.

A este punto dió una gran voz el Asturiano, y, como exclamando, dijo:

—¡Oh amor platónico! ¡Oh fregona ilustre! ¡Oh felicísimos tiempos los nuestros, donde vemos que la belleza enamora sin malicia, la honestidad enciende sin que abrase, el donaire da gusto sin que incite, y la bajeza del estado humilde obliga y fuerza a que le suban sobre la rueda de la que llaman Fortuna! ¡Oh pobres atunes míos, que os pasáis este año sin ser visitados de este tan enamorado y aficionado vuestro! Pero el que viene yo haré la enmienda de manera que no se quejen de mí los mayorales de las mis deseadas almadrabas.

A esto dijo Tomás:

—Ya veo, Asturiano, cuán al descubierto te burlas de mí. Lo que podías hacer es irte norabuena a tu pesquería, que yo me quedaré en mi caza, y aquí me hallarás a la vuelta. Si quisieras llevarte contigo el dinero que te toca, luego te lo daré, y ve en paz, y cada uno siga la senda por donde su destino le guiare.

—Por más discreto te tenía — replicó Lope —; ¿y tú no ves que lo que digo es burlando? Pero ya que sé que tú hablas de veras, de veras te serviré en todo aquello que fuere de tu gusto. Una cosa sola te pido, en recompensa de las muchas que pienso hacer en tu servicio, y es que no me pongas en ocasión de que la Argüello me requiebre ni

solicite; porque antes romperé con tu amistad que ponerme a peligro de tener la suya. Vive Dios, amigo, que habla más que un relator y que le huele el aliento a rasuras desde una legua; todos los dientes de arriba son postizos, y tengo para mí que los cabellos son cabellera; y para adobar y suplir estas faltas, después que me descubrió su mal pensamiento, ha dado en afeitarse con albayalde, y así se jalbega el rostro, que no parece sino mascarón de yeso puro.

—Todo eso es verdad —replicó Tomás—, y no es tan mala la Gallega que a mí me martiriza. Lo que se podrá hacer es que esta noche sola estés en la posada, y mañana comprarás el asno que dices y buscarás dónde estar, y así huirás los encuentros de Argüello y yo quedaré sujeto a los de la Gallega y a los irreparables de los rayos de la vista de mi Costanza.

En esto se convinieron los dos amigos, y se fueron a la posada, adonde de la Argüello fué con muestras de mucho amor recibido el Asturiano. Aquella noche hubo un baile a la puerta de la posada, de muchos mozos de mulas que en ella y en las convecinas había. El que tocó la guitarra fué el Asturiano; las bailadoras, amén de las dos gallegas y de la Argüello, fueron otras tres mozas de otra posada. Juntáronse muchos embozados, con más deseo de ver a Costanza que el baile; pero ella no pareció ni salió a verlo, con que dejó burlados muchos deseos. De tal manera tocaba la guitarra Lope, que decían que la hacía hablar. Pidiéronle las mozas, y con más ahinco la Argüello, que cantase algún romance; él dijo que como ellas lo bailasen al modo como se canta y baila en las comedias, que lo cantaría, y que para que no lo errasen, que hiciesen todo aquello que él dijese cantando, y no otra cosa.

Había entre los mozos de mulas bailarines, y entre las mozas, ni más ni menos. Mondó el pecho Lope, escupiendo dos veces, en el cual tiempo pensó lo que diría, y como era de presto, fácil y lindo ingenio, con una felicísima corriente de improviso comenzó a cantar de esta manera:

Salga la hermosa Argüello,
Moza una vez, y no más,
Y haciendo una reverencia
Dé dos pasos hacia atrás.

De la mano la arrebate
El que llaman Barrabás,
Andaluz mozo de mulas,
Canónigo del Compás.

De las dos mozas gallegas
Que en esta posada están,
Salga la más carigorda
En cuerpo y sin devantal.

Engarráfela Torote,
Y todos cuatro a la par,
Con mudanzas y meneos
Den principio a un contrapás.

Todo lo que iba cantando el Asturiano hicieron al pie de la letra ellos y ellas; mas cuando llegó a decir que diesen principio a un contrapás, respondió Barrabás, que así le llamaban por mal nombre al bailarín mozo de mulas:

—Hermano músico, mire lo que canta y no moteje a nadie de mal vestido, porque aquí no hay nadie con trapos, y cada uno se viste como Dios le ayuda.

El huésped, que oyó la ignorancia del mozo, le dijo:

—Hermano mozo, contrapás es un baile extranjero y no motejo de mal vestidos.

—Si eso es —replicó el mozo—, no hay para qué nos metan en dibujos; toquen sus zarabandas, chaconas y folías al uso, y escudillen como quisieren que aquí hay personas que les sabrán llenar las medidas hasta el gollete.

El Asturiano, sin replicar palabra, prosiguió su canto, diciendo:

Entren, pues, todas las ninfas
Y los ninfos que han de entrar,
Que el baile de la chacona
Es más ancho que la mar.

Requieran las castañetas
Y bájense a refregar
Las manos por esa arena
O tierra del muladar.
Todos lo han hecho muy bien.
No tengo qué les rectar;
Santigüense, y den al diablo
Dos higas de su higueral.
Escupan al hideputa
Porque nos deje holgar,
Puesto que de la chacona
Nunca se suele apartar.
Cambio el son, divina Argüello,
Más bella que un hospital;
Pues eres mi nueva musa,
Tu favor me quieres dar.
El baile de la chacona
Encierra la vida bona.

Hállase allí el ejercicio
Que la salud acomoda,
Sacudiendo de los miembros
A la pereza poltrona.
Bulle la risa en el pecho
De quien baila y de quien toca,
Del que mira y del que escucha
Baile y música sonora.
Vierten azogue los pies,
Derrítese la persona
Y con gusto de sus dueños
Las mulillas se descorchan.
El brío y la ligereza
En los viejos se remoza,
Y en los mancebos se ensalza
Y sobremodo se entona.
Que el baile de la chacona
Encierra la vida bona.

¡Qué de veces ha intentado
Aquesta noble señora,
Con la alegre zarabanda,
El pésame y perramora,
Entrase por los resquicios
De las casas religiosas
A inquietar la honestidad
Que en las santas celdas mora!
¡Cuántas fué vituperada
De los mismos que la adoran!
Porque imagina el lascivo,
Y al que es necio se le antoja.
Que el baile de la chacona
Encierra la vida bona.

Esta indiana amulatada,
De quien la fama pregona
Que ha hecho más sacrilegios
E insultos que hizo Aroba;
Esta, a quien es tributaria
La turba de las fregonas,
La caterva de los pajes
Y de lacayos las tropas,
Dice, jura y no revienta,
Que, a pesar de la persona
Del soberbio zambapalo,
Ella es la flor de la olla.
Y que sola la chacona
Encierra la vida bona.

En tanto que Lope cantaba, se hacían rajas bailando la turbamulta de los mulantes y fregatrices del baile, que llegaban a doce; y en tanto que Lope se acomodaba a pasar adelante cantando otras cosas de más tono, sustancia y consideración de las cantadas, uno de los muchos embozados que el baile miraban dijo sin quitarse el embozo:

—¡Calla, borracho! ¡Calla, cuero! ¡Calla, odrina, poeta de viejo, músico falso!

Tras esto, acudieron otros diciéndole tantas injurias y muecas, que Lope tuvo por bien de callar; pero los mozos de mulas lo tuvieron tan mal, que si no fuera por el huésped, que con buenas razones los sosegó, allí fuera la de Mazagatos; y aun con todo eso, no dejaran de menear las manos si a instante no llegara la justicia y los recoger a todos.

Apenas se habían retirado, cuando lleg los oídos de todos los que en el barrio piertos estaban una voz de un hombre sentado sobre una piedra, frontero de la sada del Sevillano, cantaba con tan sa y suave armonía, que los dejó y les obligó a que le escuchasen hasta Pero el que más atento estuvo fué Pedro, como aquel a quien más le toc sólo el oír la música, sino entender la que para él no fué oír canciones, sino de excomunión que le acongojaban el porque lo que el músico cantó fué mance:

¿Dónde estás, que no pareces,
Esfera de la hermosura,
Belleza a la vida humana
De divina compostura?
Cielo impíreo, donde amor
Tiene su estancia segura;
Primer moble que arrebata
Tras sí todas las venturas;
Lugar cristalino donde
Transparentes aguas puras
Enfrían de amor las llamas,
Las acrecientan y apuran;
Nuevo hermoso firmamento,
Donde dos estrellas juntas,
Sin tomar la luz prestada,
Al cielo y al suelo alumbran;
Alegría que se opone
A las tristezas confusas
Del padre que da a sus hijos
En su vientre sepultura;
Humildad que se resiste
De la alteza con que encumbra
El gran Jove, a quien influye
Su benignidad, que es mucha.
Red invisible y sutil.
Que pone en prisiones duras
Al adúltero guerrero
Que de las batallas triunfa;
Cuarto cielo y sol segundo,
Que el primero deja a obscuras
Cuando acaso deja verse;
Que el verle es caso y ventura;
Grave embajador, que hablas
Con tan extraña cordura
Que persuades callando
Aún más de lo que procuras;
Del segundo cielo tienes
No más que la hermosura,
Y del primero, no más
Que el resplandor de la luna;
Esta esfera sois, Costanza,
Puesta, por corta fortuna,
En lugar que por indigno
Vuestras venturas deslumbra.
Fabricad vos vuestra suerte
Consintiendo se reduzca
La entereza a trato al uso,
La esquividad a blandura.
Con esto veréis, señora,
Que envidian vuestra fortuna
Las soberbias por linaje,
Las grandes por hermosura.
Si queréis ahorrar camino,
La más rica y la más pura
Voluntad en mí os ofrezco
Que vió Amor en alma alguna.

El acabar estos últimos versos y el volando dos medios ladrillos fué todo que si como dieron junto a los pies sico le dieran en mitad de la cab facilidad le sacaran de los cascos la y la poesía. Asombróse el pobre, y dió rrer por aquella cuesta arriba con tant que no le alcanzara un galgo. ¡Infeliz de los músicos, murciélagos y lechuzos pre sujetos a semejantes lluvias y desm todos los que escuchado habían la apedreado les pareció bien; pero a qui jor, fué a Tomás Pedro, que admiró la

el romance; mas quisiera él que de otra que Costanza naciera la ocasión de tantas músicas, puesto que a sus oídos jamás llegó ninguna. Contrario de este parecer fué Barrabás, el mozo de mulas, que también estuvo atento a la música; porque así como vió huir al músico, dijo:

—¡Allá irás, mentecato, trovador de Judas, que pulgas te coman los ojos! ¿Y quién diablos te enseñó a cantar a una fregona cosas de esferas y de cielos, llamándola lunes y martes, y de ruedas de fortuna? Dijérasle, noramala para ti y para quien le hubiere parecido bien tu trova, que es tiesa como un espárrago, entonada como un plumaje, blanca como una leche, honesta como un fraile novicio, melindrosa y zahareña como una mula de alquiler, y más dura que un pedazo de argamasa; que como esto le dijeras, ella lo entendiera y se holgara; pero llamarla embajador, y red, y móble, y alteza, y bajeza, más es para decirlo a un niño de la doctrina que a una fregona. Verdaderamente que hay poetas en el mundo que escriben trovas que no hay diablo que las entienda. Yo, a lo menos, aunque soy Barrabás, éstas que ha cantado este músico de ninguna manera las entrevo: ¡miren qué haría Costancica! Pero ella lo hace mejor; que se está en su cama haciendo burla del mismo Preste Juan de las Indias. Este músico, a lo menos, no es de los del hijo del corregidor; que aquéllos son muchos, y una vez que otra se dejan entender; pero éste, ¡voto a tal que me deja mohíno!

Todos los que escucharon a Barrabás recibieron gran gusto, y tuvieron su censura y parecer por muy acertado.

Con esto, se acostaron todos, y apenas estaba sosegada la gente, cuando sintió Lope que llamaban a la puerta de su aposento muy paso; y preguntando quién llamaba, fuéle respondido con voz baja:

—La Argüello y la Gallega somos: ábrannos, que nos morimos de frío.

—Pues en verdad —respondió Lope— que estamos en la mitad de los caniculares.

—Déjate de gracias, Lope —replicó la Gallega—; levántate y abre, que venimos hechas unas archiduquesas.

—¿Archiduquesas, y a tal hora? —respondió Lope—. No creo que ellas; antes entiendo que sois brujas, o unas grandísimas bellacas: idos de ahí luego; si no, por vida de... hago juramento que si me levanto, que con los hierros de mi pretina os tengo de poner las posaderas como unas amapolas.

Ellas, que se vieron responder tan acerbamente y tan fuera de aquello que primero imaginaron, temieron la furia del Asturiano, y defraudadas sus esperanzas y borrados sus designios se volvieron tristes y malaventuradas a sus lechos; aunque antes de apartarse de la puerta dijo la Argüello, poniendo los hocicos por el agujero de la llave:

—No es la miel para la boca del asno.

Y con esto, como si hubiera dicho una gran sentencia y tomado una justa venganza, se volvió, como se ha dicho, a su triste cama.

Lope, que sintió que se habían vuelto, dijo a Tomás Pedro, que estaba despierto:

—Mirad, Tomás: ponedme vos a pelear con dos gigantes y en ocasión que me sea forzoso desquijarar por vuestro servicio media docena o una de leones, que yo lo haré con más facilidad que beber una taza de vino; pero que me pongáis en necesidad que me tome a brazo partido con la Argüello, no lo consentiré si me asaetan. ¡Mirad qué doncellas de Dinamarca nos había ofrecido la suerte esta noche! Ahora bien, amanecerá Dios, y medraremos.

—Ya te he dicho, amigo —respondió Tomás—, que puedes hacer tu gusto, o ya en irte a tu romería, o ya en comprar el asno y hacerte aguador, como tienes determinado.

—En lo de ser aguador me afirmo —respondió Lope—. Y durmamos lo poco que queda hasta venir el día; que tengo esta cabeza mayor que una cuba y no estoy para ponerme ahora a departir contigo.

Durmiéronse, vino el día, levantáronse, y acudió Tomás a dar cebada, y Lope se fué al mercado de las bestias, que es allí junto, a comprar un asno que fuese tal como bueno.

Sucedió, pues, que Tomás, llevado de sus pensamientos y de la comodidad que le daba la soledad de las siestas, había compuesto en algunas unos versos amorosos y escritolos en el mismo libro donde tenía la cuenta de la cebada, con intención de sacarlos aparte en limpio y romper o borrar aquellas hojas; pero antes que esto hiciese, estando él fuera de casa y habiéndose dejado el libro sobre el cajón de la cebada, le tomó su amo para ver cómo estaba la cuenta, dió con los versos, que, leídos, le turbaron y sobresaltaron. Fuése con ellos a su mujer, y antes que se los leyese llamó a Costanza, y con grandes encarecimientos, mezclados con amenazas, le dijo si Tomás Pedro, el mozo de la cebada, le había dicho algún requiebro o alguna palabra descompuesta o que viese indicio de tenerle afición. Costanza juró que la primera palabra, en aquella o en otra materia alguna, estaba aún por hablarla, y que jamás, ni aun con los ojos, le había dado muestras de pensamiento malo alguno. Creyéronla sus amos, por estar acostumbrados a oírla siempre decir verdad en todo cuanto le preguntaban. Dijéronle que se fuese de allí, y el huésped dijo a su mujer:

—No sé qué me diga de esto. Habréis de saber, señora, que Tomás tiene escritas en este libro de la cebada unas coplas que me ponen mala espina que está enamorado de Costancica.

—Veamos las coplas —respondió la mujer—, que yo os diré lo que en eso debe de haber.

—Así será, sin duda alguna —replicó su marido—: que como sois poeta, luego daréis en su sentido.

—No soy poeta —respondió la mujer—; pero ya sabéis vos que tengo buen entendimiento y que sé rezar en latín las cuatro oraciones.

—Mejor haríais de rezarlas en romance: que ya os dijo vuestro tío el clérigo que decíais mil gazafatones cuando rezabais en latín y que no rezabais nada.

—Esa flecha, de la aljaba de su sobrina ha salido; que está envidiosa de verme tomar las horas de latín en la mano, e irme por ellas como por viña vendimiada.

—Sea como vos quisierais —respondió el huésped—. Estad atenta, que las coplas son éstas:

¿Quién de amor venturas halla?
El que calla.
¿Quién triunfa de su aspereza?
La firmeza.
¿Quién da alcance a su alegría?
La porfía.
De ese modo, bien podría
Esperar dichosa palma
Si en esta empresa mi alma
Calla, está firme y porfía.

¿Con qué se sustenta amor?
Con favor.
¿Y con qué mengua su furia?
Con la injuria.
¿Antes con desdenes crece?
Desfallece.
Claro en esto se parece
Que mi amor será inmortal,
Pues la causa de mi mal
Ni injuria ni favorece.

Quien desespera, ¿qué espera?
Muerte entera.
Pues, ¿qué muerte el mal remedia?
La que es media.
Luego, ¿bien será morir?
Mejor sufrir.
Porque se suele decir,
Y esta verdad se reciba,
Que tras la tormenta esquiva
Suele la calma venir.

¿Descubriré mi pasión?
En ocasión.
¿Y si jamás se me da?
Sí hará.
Llegará la muerte en tanto.
Llegue a tanto
Tu limpia fe y esperanza,
Que en sabiéndolo Costanza
Convierta en risa tu llanto.

—¿Hay más? —dijo la huéspeda.

—No —respondió el marido—; pero ¿qué os parece de estos versos?

—Lo primero —dijo ella—, es menester averiguar si son de Tomás.

—En eso no hay que poner duda —replicó el marido—, porque la letra de la cuenta de la cebada y de las coplas toda es una, sin que se pueda negar.

—Mirad, marido —dijo la huéspeda—: a lo que yo veo, puesto que las coplas nombran a Costancica, por donde se puede pensar que se hicieron para ella, no por eso lo habemos de afirmar nosotros por verdad como si se las viéramos escribir; cuanto más que otras Costanzas que la nuestra hay en el mundo; pero ya que sea por ésta, ahí no le dice nada que la deshonre, ni le pide cosa que le importe. Estemos a la mira, y avisemos a la muchacha; que si él está enamorado de ella, a buen seguro que él haga más coplas y que procure dárselas.

—¿No sería mejor —dijo el marido— quitarnos de esos cuidados y echarle de casa?

—Eso —respondió la huéspeda— en vuestra mano está; pero en verdad que, según vos decís, el mozo sirve de manera que sería conciencia el despedirle por tan liviana ocasión.

—Ahora bien —dijo el marido—: estaremos alerta, como vos decís, y el tiempo nos dirá lo que habemos de hacer.

Quedaron en esto, y tornó a poner el huésped el libro donde lo había hallado. Volvió Tomás, ansioso, a buscar su libro, hallólo, y porque no le diese otro sobresalto, trasladó las coplas y rasgó aquellas hojas, y propuso de aventurarse a descubrir su deseo a Costanza en la primera ocasión que se le ofreciese. Pero como ella andaba siempre sobre los estribos de su honestidad y recato, a ninguno daba lugar a mirarla, cuanto más de ponerse a pláticas con ella; y como había tanta gente y tantos ojos, de ordinario, en la posada, se aumentaba más la dificultad de hablarle, de que se desesperaba el pobre enamorado.

Mas habiendo salido aquel día Costanza con una toca ceñida por las mejillas, y dicho a quien se lo preguntó que por qué se la había puesto que tenía un gran dolor de muelas, Tomás, a quien sus deseos avivaban el entendimiento, en un instante discurrió lo que sería bueno que hiciese, y dijo:

—Señora Costanza, yo le daré una oración en escrito, que a dos veces que la rece se le quitará como con la mano su dolor.

—Norabuena —respondió Costanza—; que yo la rezaré, porque sé leer.

—Ha de ser con condición —dijo Tomás— que no la ha de mostrar a nadie; porque la estimo en mucho, y no será bien que por saberla muchos se menosprecie.

—Yo le prometo —dijo Costanza—, Tomás, que no la dé a nadie; y démela luego, porque me fatiga mucho el dolor.

—Yo la trasladaré de la memoria —respondió Tomás—, y luego se la daré.

Estas fueron las primeras razones que Tomás dijo a Costanza y Costanza a Tomás en todo el tiempo que había que estaba en casa, que ya pasaban de veinticuatro días. Retiróse Tomás, y escribió la oración, y tuvo lugar de dársela a Costanza sin que nadie lo viese, y ella, con mucho gusto y más devoción, se

entró en un aposento a solas, y abriendo el papel vió que decía de esta manera:

"Señora de mi alma: Yo soy un caballero natural de Burgos; si alcanzo de días a mi padre, heredo un mayorazgo de seis mil ducados de rentas. A la fama de vuestra hermosura, que por muchas leguas se extiende, dejé mi patria, mudé vestido, y en el traje que me veis vine a servir a nuestro dueño; si vos lo quisierais ser mío, por los medios que más a vuestra honestidad convengan, mirad qué pruebas queréis que haga para enteraros de esta verdad; y enterada en ella, siendo gusto vuestro, seré vuestro esposo y me tendré por el más bien afortunado del mundo. Sólo, por ahora, os pido, señora mía, que no echéis tan enamorados y limpios pensamientos como los míos en la calle; que si vuestro dueño los sabe y no los cree, me condenará a destierro de vuestra presencia, que sería lo mismo que condenarme a muerte. Dejadme, señora, que os vea hasta que me creáis, considerando que no merece el riguroso castigo de no veros el que no ha cometido otra culpa que adoraros. Con los ojos podréis responderme, a hurto de los muchos que siempre os están mirando: que ellos son tales, que airados matan y piadosos resucitan."

En tanto que Tomás entendió que Costanza se había ido a leer su papel, le estuvo palpitando el corazón, temiendo y esperando, o ya la sentencia de su muerte o la restauración de su vida. Salió en esto Costanza, tan hermosa, aunque rebozada, que si pudiera recibir aumento su hermosura con algún accidente, se pudiera juzgar que el sobresalto de haber visto en el papel de Tomás otra cosa tan lejos de la que pensaba, había acrecentado su belleza. Salió con el papel entre las manos, hecho menudas piezas, y dijo a Tomás, que apenas se podía tener en pie:

—Hermano Tomás, esta tu oración más parece hechicería y embuste que oración santa, y así, yo no la quiero creer ni usar de ella, y por eso la he rasgado, porque no la vea nadie que sea más crédula que yo. Aprende otras oraciones más fáciles, porque ésta será imposible que te sea de provecho.

En diciendo esto, se entró con su ama, y Tomás quedó suspenso, pero algo consolado, viendo que en sólo el pecho de Costanza quedaba el secreto de su deseo; pareciéndole que, pues no había dado cuenta de él a su amo, por lo menos no estaba en peligro de que le echasen de casa. Parecióle que en el primer paso que había dado en su pretensión había atropellado por mil montes de inconvenientes, y que en las cosas grandes y dudosas la mayor dificultad está en los principios.

En tanto que esto sucedió en la posada, andaba el Asturiano comprando el asno donde los vendían; y aunque halló muchos, ninguno le satisfizo, puesto que un gitano anduvo muy solícito por encajarle uno que más caminaba por el azogue que le había echado en los oídos que por la ligereza suya; pero lo que contentaba con el paso desagradaba con el cuerpo, que era muy pequeño y no del grandor y talle que Lope quería, que le buscaba suficiente para llevarle a él por añadidura, ora fuesen vacíos o llenos los cántaros.

Llegóse a él en esto un mozo, y díjole al oído:

—Galán, si busca bestia cómoda para el oficio de aguador, yo tengo un asno aquí cerca, en un prado, que no lo hay mejor ni mayor en la ciudad; y aconséjole que no compre bestia de gitanos, porque aunque parezcan sanas y buenas, todas son falsas y llenas de dolamas; si quiere comprar la que le conviene, véngase conmigo y calle la boca.

Creyóle el Asturiano, y díjole que guiase a donde estaba el asno que tanto encarecía. Fuéronse los dos mano a mano, como dicen, hasta que llegaron a la Huerta del Rey, donde a la sombra de una azuda hallaron muchos aguadores, cuyos asnos pacían en un prado que allí cerca estaba. Mostró el vendedor su asno, tal, que le hinchó el ojo al Asturiano, y de todos los que allí estaban fué alabado el asno, de fuerte, de caminador y comedor sobremanera. Hicieron su concierto, y sin otra seguridad ni información, siendo corredores y medianeros los demás aguadores, dió diez y seis ducados por el asno, con todos los adherentes del oficio.

Hizo la paga real en escudos de oro. Diéronle el parabién de la compra y de la entrada en el oficio, y certificáronle que había comprado un asno dichosísimo, porque el dueño que lo dejaba, sin que se le mancase ni matase, había ganado con él en menos tiempo de un año, desde vestidos y más aquellos diez y al asno honradamente, dos partes de vestidos y más aquellos diez y seis ducados, con que pensaba volver a su tierra, donde le tenían concertado un casamiento con una media parienta suya.

Amén de los corredores del asno estaban otros cuatro aguadores jugando a la primera, tendidos en el suelo, sirviéndoles de bufete la tierra y de sobremesa sus capas. Púsose el Asturiano a mirarlos, y vió que no jugaban como aguadores, sino como arcedianos, porque tenía de resto cada uno más de cien reales en cuartos y en plata. Llegó una mano de echar todo el resto, y si uno no diera partido a otro, él hiciera mesa gallega. Finalmente, a los dos en aquel resto se les acabó el dinero y se levantaron; viendo lo cual el vendedor del asno dijo que si hubiera cuarto, que él jugara, porque era enemigo de jugar en tercio. El Asturiano, que era de propiedad del azúcar, que jamás gastó menestra, como dice el italiano, dijo que él haría cuarto. Sentáronse luego, anduvo la cosa de buena manera, y queriendo jugar antes el dinero que el tiempo, en poco rato perdió Lope seis escudos que tenía, y viéndose sin blanca dijo que si le querían jugar el asno, que él jugaría. Aceptáronle el envite, e hizo de resto un cuarto del asno, diciendo que por cuartos quería jugarlo. Díjole tan mal, que en cuatro restos consecutivamente perdió los cuatro cuartos del asno, y ganóselos el mismo que se lo había vendido; y levantándose para volverse a entregarse en él, dijo el Asturiano que advirtiesen que él solamente había jugado los cuatro cuartos del asno, pero la cola, que se la diesen, y se lo llevasen norabuena.

Causóles risa a todos la demanda de la cola, y hubo letrados que fueron de parecer que no tenía razón en lo que pedía, diciendo que cuando se vende un carnero u otra res alguna no se saca ni quita la cola, que con uno de los cuartos traseros ha de ir forzosamente. A lo cual replicó Lope que los carneros de Berbería ordinariamente tienen cinco cuartos, y que el quinto es de la cola, y cuando los tales carneros se cuartean, tanto vale la cola como cualquier cuarto; y que a lo de ir la cola junto con la res que se vende viva y no se cuartea, que lo concedía; pero que la suya no fué vendida, sino jugada, y que nunca su intención, fué jugar la cola, y que al punto se la volviesen luego con todo lo a ella anejo y concerniente, que era desde la punta del cerebro, con toda la osamenta del espinazo, donde ella tomaba principio y descendía, hasta parar en los últimos pelos de ella.

—Dadme vos —dijo uno— que ello sea así como decís, y que os la den como la pedís, y sentaos junto a lo que del asno queda.

—¡Pues así es! —replicó Lope—. Venga mi cola; si no, por Dios que no me llevan el asno si bien viniesen por él cuantos aguadores hay en el mundo; y no piensen que por ser tantos los que aquí están me han de hacer superchería, porque soy yo un hombre que me sabré llegar a otro hombre y meterle dos palmos de daga por las tripas sin que sepa de quién, por dónde, o cómo le vino; y más, que no quiero que me paguen la cola rata por cantidad, sino que quiero que me la den en ser y la cor[illegible] del asno, como tengo dicho.

Al ganancioso y a los demás les pareció [illegible] ser bien llevar aquel negocio por fuerza, p[illegible] que juzgaron ser de tal brío el Asturiano [illegible] no consentiría que se la hiciesen; el cual, c[illegible] estaba hecho al trato de las almadrabas, d[illegible] se ejercita todo género de rumbo y jácara y [illegible] extraordinarios juramentos y boatos, volcó [illegible] el capelo y empuñó un puñal que debajo [illegible] capotillo traía, y púsose en tal postura, que [illegible] fundió temor y respeto en toda aquella a[illegible] dora compañía. Finalmente, uno de ellos, [illegible] parecía de más razón y discurso, los conc[illegible] en que se echase la cola contra un cuarto [illegible] asno a una quínola o a dos y pasante. F[illegible] contentos, ganó la quínola Lope, picóse el [illegible] echó el otro cuarto, y a otras tres manos q[illegible] sin asno. Quiso jugar dinero; no quería L[illegible] pero tanto le porfiaron todos, que lo hubo [illegible] hacer, con que hizo el viaje del despos[illegible] dejándole sin un solo maravedí; y fué [illegible] la pesadumbre que de esto recibió el p[illegible] doso, que se arrojó en el suelo y comen[illegible] darse de calabazadas por la tierra. Lope, c[illegible] bien nacido y como liberal y compasivo, lo [illegible] vantó y le volvió todo el dinero que le h[illegible] ganado, y los diez y seis ducados del asno, [illegible] aun de los que él tenía repartió con los c[illegible] cunstantes, cuya extraña liberalidad pasmó [illegible] todos; y si fueran los tiempos y las ocas[illegible] de Tamerlán, le alzaran por rey de los a[illegible] dores.

Con grande acompañamiento volvió Lope [illegible] la ciudad, donde contó a Tomás lo suce[illegible] y Tomás asimismo le dió cuenta de sus [illegible] nos sucesos. No quedó taberna, ni bode[illegible] ni junta de pícaros donde no se supiese el [illegible] go del asno, el desquite por la cola, y el [illegible] y la liberalidad del Asturiano; pero como [illegible] mala bestia del vulgo, por la mayor part[illegible] mala, maldita y maldiciente, no tomó de [illegible] moria la liberalidad, brío y buenas partes [illegible] gran Lope, sino solamente la cola; y así, [illegible] nas hubo andado dos días por la ciudad [illegible] do agua, cuando se vió señalar de muchos [illegible] el dedo, que decían: "Este es el aguador [illegible] la cola". Estuvieron los muchachos [illegible] supieron el caso, y no había asomado L[illegible] por la entrada de cualquier calle, cuando [illegible] toda ella le gritaban, quién de aquí y qui[illegible] allí: "¡Asturiano, daca la cola! ¡Daca [illegible] cola, Asturiano!". Lope, que se vió [illegible] de tantas lenguas y con tantas voces, d[illegible] callar, creyendo que en su mucho silenc[illegible] anegara tanta insolencia; mas ni por esas, [illegible] mientras más callaba, más los muchachos [illegible] taban; y así, probó a mudar su pacienc[illegible] cólera, y apeándose del asno dió a palos [illegible] los muchachos, que fué afinar el polvo[illegible] ponerle fuego, y fué otro cortar las c[illegible] de la serpiente, pues en lugar de una [illegible] quitaba, apaleando a algún muchacho, [illegible] en el mismo instante, no otras siete, sino [illegible] cientas, que con mayor ahinco y menu[illegible] pedían la cola. Finalmente, tuvo por b[illegible] retirarse a una posada que había tomado [illegible] de la de su compañero, por huir de la A[illegible] llo, y de estarse en ella hasta que la infl[illegible] de aquel mal planeta pasase, y se borra[illegible] la memoria de los muchachos aquella d[illegible] mala de la cola que le pedían.

Seis días se pasaron sin que saliese de [illegible] si no era de noche, que iba a ver a Tom[illegible] preguntarle del estado en que se hall[illegible] cual le contó que después que había d[illegible] papel a Costanza nunca más había podi[illegible] blarle una sola palabra, y que le parec[illegible] andaba más recatada que solía, puesto que [illegible] una vez tuvo lugar de llegar a hablarle, [illegible] dolo ella, le había dicho antes que [illegible] "Tomás, no me duele nada; y así, ni [illegible] necesidad de tus palabras ni de tus or[illegible] conténtate que no te acuso a la Inquis[illegible] no te canses"; pero que estas razones [illegible] sin mostrar ira en los ojos, ni otro [illegible] miento que pudiera dar indicio de r[illegible]

alguna. Lope le contó a él la prisa que le daban los muchachos pidiéndole la cola porque él había pedido la de su asno, con que hizo el famoso desquite. Aconsejóle Tomás que no saliese de casa, a lo menos sobre el asno, y que si saliese, fuese por las calles solas y apartadas, y que cuando esto no bastase, bastaría dejar el oficio, único remedio de poner fin a tan poco honesta demanda. Preguntóle Lope si había acudido más la Gallega. Tomás dijo que no; pero que no dejaba de sobornarle la voluntad con regalos y presentes de lo que hurtaba en la cocina a los huéspedes. Retiróse con esto a su posada Lope, con determinación de no salir de ella en otros seis días, a lo menos con el asno.

Las once serían de la noche, cuando de improviso y sin pensarlo vieron entrar en la posada muchas varas de justicia y, al cabo, el corregidor. Alborotóse el huésped, y aun los huéspedes; porque así como los cometas cuando se muestran siempre causan temores de desgracias e infortunios, ni más ni menos la justicia, cuando de repente y de tropel se entra en una casa, sobresalta y atemoriza hasta las conciencias no culpadas. Entróse el corregidor en una sala, y llamó al huésped de casa, el cual vino temblando a ver lo que el señor corregidor quería. Y así como le vió el corregidor, le preguntó con mucha gravedad:

—¿Sois vos el huésped?

—Sí, señor —respondió él—, para lo que vuestra merced me quisiera mandar.

Mandó el corregidor que saliesen de la sala todos los que en ella estaban y que le dejasen solo con el huésped. Hiciéronlo así, y quedándose solos, dijo el corregidor al huésped:

—Huésped, ¿qué gente de servicio tenéis en esta vuestra posada?

—Señor —respondió él—, tengo dos mozas gallegas, y una ama, y un mozo que tiene cuenta con dar la cebada y paja.

—¿No más? —replicó el corregidor.

—No, señor —respondió el huésped.

—Pues decidme, huésped —dijo el corregidor—: ¿dónde está una muchacha que dicen que sirve en esta casa, tan hermosa que por toda la ciudad la llaman *la ilustre fregona*, y aun me han llegado a decir que mi hijo don Periquito es su enamorado y que no hay noche que no le dé músicas?

—Señor —respondió el huésped—: esa *fregona ilustre* que dicen, es verdad que está en esta casa; pero ni es mi criada, ni deja de serlo.

—No entiendo lo que decís, huésped, en eso de ser y no ser vuestra criada la fregona.

—Yo he dicho bien —añadió el huésped—; y si vuestra merced me da licencia, le diré lo que hay en esto, lo cual jamás he dicho a persona alguna.

—Primero quiero ver a la fregona que saber otra cosa; llamadla acá —dijo el corregidor.

Asomóse el huésped a la puerta de la sala, y dijo:

—¿Oíslo, señora? Haced que entre aquí Costancica.

Cuando la huéspeda oyó que el corregidor llamaba a Costanza, turbóse y comenzó a torcerse las manos, diciendo:

—¡Ay desdichada de mí! ¡El corregidor a Costanza, y a solas! Algún gran mal debe de haber sucedido: que la hermosura de esta muchacha trae encantados los hombres.

Costanza, que lo oía, dijo:

—Señora, no se congoje, que yo iré a ver lo que el señor corregidor quiere, y si algún mal hubiere sucedido, esté segura vuestra merced que no tendré yo la culpa.

Y en esto, sin aguardar que otra vez la llamasen tomó una vela encendida sobre un candelero de plata, y con más vergüenza que temor fué donde el corregidor estaba.

Así como el corregidor la vió, mandó al huésped que cerrase la puerta de la sala; lo cual hecho, el corregidor se levantó, y tomando el candelero que Costanza traía, llegándole la luz al rostro, la anduvo mirando toda de arriba abajo; y como Costanza estaba con sobresalto, habíasele encendido la calor del rostro, y estaba tan hermosa y tan honesta, que al corregidor le pareció que estaba mirando la hermosura de un ángel en la tierra; y después de haberla bien mirado, dijo:

—Huésped, ésta no es joya para estar en el bajo engaste de un mesón, desde aquí digo que mi hijo Periquito es discreto, pues tan bien ha sabido emplear sus pensamientos. Digo, doncella, que no solamente os pueden y deben llamar *ilustre*, sino *ilustrísima;* pero estos títulos no habían de caer sobre el nombre de *fregona*, sino sobre el de una duquesa.

—No es *fregona*, señor —dijo el huésped—, que no sirve de otra cosa en casa que de traer las llaves de la plata, que por la bondad de Dios tengo alguna, con que se sirven los huéspedes honrados que a esta posada vienen.

—Con todo eso —dijo el corregidor—, digo, huésped, que ni es decente ni conviene que esta doncella esté en un mesón. ¿Es parienta vuestra, por ventura?

—Ni es parienta ni es mi criada; y si vuestra merced gustare de saber quién es, como ella no esté delante, oirá vuestra merced cosas que, juntamente con darle gusto, le admiren.

—Sí gustaré —dijo el corregidor—; y sálgase Costancica allá fuera, y prométase de mí lo que de su mismo padre pudiera prometerse; que su mucha honestidad y hermosura obligan a que todos los que la vieren se ofrezcan a su servicio.

No respondió palabra Costanza, sino con mucha mesura hizo una profunda reverencia al corregidor, y salióse de la sala, y halló a su ama desalada esperándola, para saber de ella qué era lo que el corregidor le quería. Ella le contó lo que había pasado y como su señor quedaba con él para contarle no sé qué cosas que no quería que ella las oyese. No acabó de sosegarse la huéspeda, y siempre estuvo rezando hasta que se fué el corregidor y vió salir libre a su marido; el cual, en tanto que estuvo con el corregidor, le dijo:

—Hoy hacen, señor, según mi cuenta, quince años, un mes y cuatro días que llegó a esta posada una señora en hábito de peregrina, en una litera, acompañada de cuatro criados de a caballo, y de dos dueñas y una doncella, que en un coche venían. Traía asimismo dos acémilas cubiertas con dos ricos reposteros y cargadas con una rica cama y con aderezos de cocina; finalmente, el aparato era principal, y la peregrina representaba ser una gran señora; y aunque en la edad mostraba ser de cuarenta o pocos más años, no por eso dejaba de parecer hermosa en todo extremo. Venía enferma y descolorida, y tan fatigada, que mandó que luego le hiciesen la cama, y en esta misma sala se la hicieron sus criados. Preguntáronme cuál era el médico de más fama de esta ciudad. Díjeles que el doctor de la Fuente. Fueron luego por él, y él vino luego; comunicó a solas con él su enfermedad, y lo que de su plática resultó fué que mandó el médico que se le hiciese la cama en otra parte y en lugar donde no le diesen ningún ruido. Al momento la mudaron a otro aposento que está aquí arriba apartado, y con la comodidad que el doctor pedía. Ninguno de los criados entraba donde su señora, y solas las dos dueñas y la doncella la servían. Yo y mi mujer preguntamos a los criados quién era la tal señora y cómo se llamaba, de dónde venía y adónde iba; si era casada, viuda o doncella, y por qué causa se vestía aquel hábito de peregrina. A todas estas preguntas, que le hicimos una y muchas veces, no hubo alguno que nos respondiese otra cosa sino que aquella peregrina era una señora principal y rica de Castilla la Vieja, y que era viuda, y que no tenía hijos que la heredasen; y que porque había algunos meses que estaba enferma de hidropesía había ofrecido de ir a Nuestra Señora de Guadalupe en romería, por la cual promesa iba en aquel hábito. En cuanto a decir su nombre, traían orden de no llamarla sino la señora peregrina. Esto supimos por entonces; pero a cabo de tres días que, por enferma, la señora peregrina se estaba en casa, una de las dueñas nos llamó a mí y a mi mujer de su parte; fuimos a ver lo que quería, y a puerta cerrada y delante de sus criadas, casi con lágrimas en los ojos, nos dijo, creo que en estas mismas razones: "Señores míos, los cielos me son testigos que sin culpa mía me hallo en el riguroso trance que ahora os diré. Yo estoy preñada, y tan cerca del parto, que ya los dolores me van apretando. Ninguno de los criados que vienen conmigo saben mi necesidad ni desgracia; a estas mis mujeres ni he podido ni he querido encubrírselo. Por huir de los maliciosos ojos de mi tierra y porque esta hora no me tomase en ella, hice voto de ir a Nuestra Señora de Guadalupe; ella debe de haber sido servida que en esta vuestra casa me tome el parto; a vosotros está ahora el remediarme y acudirme, con el secreto que merece la que su honra pone en vuestras manos. La paga de la merced que me hiciereis, que así quiero llamarla, si no respondiere al gran beneficio que espero, responderá a lo menos, a dar muestra de una voluntad muy agradecida; y quiero que comiencen a dar muestras de mi voluntad estos doscientos escudos de oro que van en este bolsillo". Y sacando debajo de la almohada de la cama un bolsillo de aguja, de oro y verde, se lo puso en las manos de mi mujer, la cual, como simple y sin mirar lo que hacía, porque estaba suspensa y colgada de la peregrina, tomó el bolsillo, sin responderle palabra de agradecimiento ni de comedimiento alguno. Yo me acuerdo que le dije que no era menester nada de aquello: que no éramos personas que por interés más que por caridad nos moviamos a hacer bien cuando se ofrecía. Ella prosiguió, diciendo: "Es menester, amigos, que busquéis dónde llevar lo que pariere luego, luego, buscando también mentiras que decir a quien lo entregareis; que por ahora será en la ciudad y después quiero que se lleve a una aldea. De lo que después se hubiere de hacer, siendo Dios servido de alumbrarme y de llevarme a cumplir mi voto, cuando de Guadalupe vuelva lo sabréis, porque el tiempo me habrá dado lugar de que piense y escoja lo mejor que me convenga. Partera no la he menester, ni la quiero; que otros partos más honrados que he tenido me aseguran que con sola la ayuda de estas mis criadas facilitaré sus dificultades y ahorraré de un testigo más de mis sucesos".

"Aquí dió fin a su razonamiento la lastimada peregrina, y principio a un copioso llanto, que en parte fué consolado por las muchas y buenas razones que mi mujer, ya vuelta en más acuerdo, le dijo. Finalmente, yo salí luego a buscar dónde llevar lo que pariese, a cualquier hora que fuese, y entre las doce y la una de aquella misma noche, cuando toda la gente de casa estaba entregada al sueño, la buena señora parió una niña, la más hermosa que mis ojos hasta entonces habían visto, que es esta misma que vuestra merced acaba de ver ahora. Ni la madre se quejó en el parto, ni la hija nació llorando: en todos había sosiego y silencio maravilloso, y tal cual convenía para el secreto de aquel extraño caso. Otros seis días estuvo en la cama, y en todos ellos venía el médico a visitarla, pero no porque ella le hubiese declarado de qué procedía su mal; y las medicinas que le ordenaba nunca las puso en ejecución, porque sólo pretendió engañar a sus criados con la visita del médico. Todo esto me dijo ella misma después que se vió fuera de peligro, y a los ocho días se levantó con el mismo bulto, o con otro que se parecía a aquel con que se había echado.

"Fué a su romería, y volvió de allí a veinte días, ya casi sana, porque poco a poco se iba quitando del artificio con que después de parida se mostraba hidrópica. Cuando volvió estaba ya la niña dada a criar por mi orden, con

nombre de mi sobrina, en una aldea dos leguas de aquí. En el bautismo se le puso por nombre Costanza, que así lo dejó ordenado su madre; la cual, contenta de lo que yo había hecho, al tiempo de despedirse me dió una cadena de oro, que hasta ahora tengo, de la cual quitó seis trozos, los cuales dijo que traería la persona que por la niña viniese. También cortó un blanco pergamino a vueltas y a ondas, a la traza y manera como cuando se enclavijan las manos y en los dedos se escribe alguna cosa, que estando enclavijados los dedos se puede leer y después de apartadas las manos queda dividida la razón, porque se dividen las letras, que en volviendo a enclavijar los dedos se juntan y corresponden de manera que se pueden leer continuamente; digo que el un pergamino sirve de alma del otro, y encajados se leerán, y divididos no es posible, si no es adivinando la mitad del pergamino; y casi toda la cadena quedó en mi poder, y todo lo tengo, esperando la contraseña hasta ahora, puesto que ella me dijo que dentro de dos años enviaría por su hija, encargándome que la criase no como quien ella era, sino del modo que se suele criar una labradora. Encargóme también que si por algún suceso no le fuese posible enviar tan presto por su hija, que aunque creciese y llegase a tener entendimiento no le dijese del modo que había nacido, y que le perdonase el no decirme su nombre ni quién era, que lo guardaba para otra ocasión más importante. En resolución, dándome otros cuatrocientos escudos de oro y abrazando a mi mujer con tiernas lágrimas, se partió, dejándonos admirados de su discreción, valor, hermosura y recato. Costanza se crió en el aldea dos años, y luego la traje conmigo, y siempre la he traído en hábito de labradora, como su madre me lo dejó mandado. Quince años, un mes y cuatro días ha que aguardo a quien ha de venir por ella, y la mucha tardanza me ha consumido la esperanza de ver esta venida; y si en este año que estamos no vienen, tengo determinado de prohijarla y darle toda mi hacienda, que vale más de seis mil ducados, Dios sea bendito.

"Resta ahora, señor corregidor, decir a vuestra merced, si es posible que yo sepa decirlas, las bondades y las virtudes de Costancica. Ella, lo primero y principal, es devotísima de Nuestra Señora; confiesa y comulga cada mes; sabe escribir y leer; no hay mejor randera en Toledo canta a la almohadilla como unos ángeles; en ser honesta no hay quien la iguale. Pues en lo que toca a ser hermosa, ya vuestra merced lo ha visto. El señor don Pedro, hijo de vuestra merced, en su vida le ha hablado; bien es verdad que de cuando en cuando le da alguna buena música, que ella jamás escucha. Muchos señores y de título han posado en esta posada, y aposta, por hartarse de verla, han detenido su camino muchos días; pero yo sé bien que no habrá ninguno que con verdad se pueda alabar que ella le haya dado lugar de decirle una palabra sola ni acompañada. Esta es, señor, la verdadera historia de *la ilustre fregona*, que no friega, en la cual no he salido de la verdad un punto."

Calló el huésped, y tardó un gran rato el corregidor en hablarle: tan suspenso le tenía el suceso que el huésped le había contado. En fin, le dijo que le trajese allí la cadena y el pergamino, que quería verlo. Fué el huésped por ello, y trayéndoselo, vió que era así como le había dicho: la cadena era de trozos, curiosamente labrada; en el pergamino estaban escritas, una debajo de otra, en el espacio que había de henchir el vacío de la otra mitad, estas letras: E T E L S Ñ V D D R, por las cuales letras vió ser forzoso que se juntasen con las de la mitad del otro pergamino para poder ser entendidas. Tuvo por discreta la señal del conocimiento, y juzgó por muy rica a la señora peregrina que tal cadena había dejado al huésped; y teniendo en pensamiento de sacar de aquella posada la hermosa muchacha cuando hubiese concertado un monasterio donde llevarla, por entonces se contentó de llevar sólo el pergamino, encargando al huésped que si acaso viniesen por Costanza, le avisase y diese noticia de quién era el que por ella venía, antes que le mostrase la cadena, que dejaba en su poder. Con esto se fué, tan admirado del cuento y suceso de *la ilustre fregona* como de su incomparable hermosura.

Todo el tiempo que gastó el huésped en estar con el corregidor, y el que ocupó Costanza cuando la llamaron estuvo Tomás fuera de sí, combatida el alma de mil varios pensamientos, sin acertar jamás con ninguno de su gusto; pero cuando vió que el corregidor se iba y que Costanza se quedaba, respiró su espíritu y volviéronle los pulsos, que ya casi desamparado le tenían. No osó preguntar al huésped lo que el corregidor quería, ni el huésped lo dijo a nadie sino a su mujer, con que ella también volvió en sí, dando gracias a Dios que de tan grande sobresalto la había librado.

El día siguiente, cerca de la una, entraron en la posada, con cuatro hombres de a caballo, dos caballeros ancianos de venerables presencias, habiendo primero preguntado uno de dos mozos que a pie con ellos venían si era aquélla la posada del Sevillano; y habiéndole respondido que sí, se entraron todos en ella. Apeáronse los cuatro, y fueron a apear a los dos ancianos, señal por donde se conoció que aquellos dos eran señores de los seis. Salió Costanza con su acostumbrada gentileza a ver los nuevos huéspedes, y apenas la hubo visto uno de los dos ancianos, cuando dijo el otro:

—Yo creo, señor don Juan, que hemos hallado todo aquello que venimos a buscar.

Tomás, que acudió a dar recado a las cabalgaduras, conoció luego a dos criados de su padre, y luego conoció a su padre y al padre de Carriazo, que eran los dos ancianos a quien los demás respetaban; y aunque se admiró de su venida, consideró que debían de ir a buscar a él y a Carriazo a las almadrabas: que no habría faltado quien les hubiese dicho que en ellas, y no en Flandes, los hallarían; pero no se atrevió a dejarse conocer en aquel traje; antes, aventurándolo todo, puesta la mano en el rostro, pasó por delante de ellos, y fué a buscar a Costanza, y quiso la buena suerte que la hallase sola y aprisa y con lengua turbada, temeroso que ella no le daría lugar para decirle nada, le dijo:

—Costanza, uno de estos caballeros ancianos que aquí han llegado ahora es mi padre, que es aquel que oyeres llamar don Juan de Avendaño: infórmate de sus criados si tiene un hijo que se llama don Tomás de Avendaño, que soy yo, y de aquí podrás ir coligiendo y averiguando que te he dicho verdad en cuanto a la calidad de mi persona y linaje y que te la diré en cuanto de mi parte te tengo ofrecido. Y quédate a Dios; que hasta que ellos se vayan no pienso volver a esta casa.

No le respondió nada Costanza, ni él aguardó a que le respondiese; sino volviéndose a salir, cubierto como había entrado, se fué a dar cuenta a Carriazo de cómo sus padres estaban en la posada. Dió voces el huésped a Tomás que viniese a dar cebada; pero como no pareció, dióla él mismo. Uno de los ancianos llamó aparte a una de las dos mozas gallegas, y preguntóle cómo se llamaba aquella muchacha hermosa que habían visto, y que si era hija o parienta del huésped o huéspeda de casa. La Gallega le respondió:

—La moza se llama Costanza; ni es parienta del huésped, ni de la huéspeda, ni sé lo que es; sólo digo que la doy a la mala landre; que no sé qué tiene que no deja hacer baza a ninguna de las mozas que estamos en esta casa. ¡Pues en verdad que tenemos nuestras facciones como Dios nos las puso! No entra huésped que no pregunte luego quién es la hermosa, y que no diga: "Bonita es; bien parece; a fe que no es mala; mal año para las más pintadas; nunca peor me la depare la fortuna;" y a nosotras no hay quien nos diga: "¿Qué tenéis [illegible] diablos o mujeres, o lo que sois?"

—Luego esta niña, a esa cuenta — replic[illegible] caballero —, debe de dejarse manosear y re[illegible] brar de los huéspedes.

—¡Sí — respondió la Gallega —: tened[illegible] pie al herrar! ¡Bonita es la niña para eso! [illegible] Dios, señor, si ella se dejara mirar siqu[illegible] manara en oro; es más áspera que un eriz[illegible] una tragaavemarías; labrando está todo e[illegible] y rezando. Para el día que ha de hacer [illegible] gros quisiera yo tener un cuento de rent[illegible] ama dice que trae un silencio pegado [illegible] carnes ¡tome qué, mi padre!

Contentísimo el caballero de lo que [illegible] oído a la Gallega, sin esperar a que le qu[illegible] las espuelas llamó al huésped, y retirándose [illegible] él aparte en una sala, le dijo:

—Yo, señor huésped, vengo a quitaros [illegible] prenda mía que ha algunos años que ten[illegible] vuestro poder; para quitárosla os traig[illegible] escudos de oro y estos trozos de cadena y [illegible] pergamino.

Y diciendo esto, sacó los seis de la se[illegible] la cadena que él tenía. Asimismo conoc[illegible] pergamino, y alegre sobremanera con el [illegible] cimiento de los mil escudos respondió:

—Señor, la prenda que queréis quit[illegible] en casa; pero no está en ella la cadena [illegible] pergamino con que se ha de hacer la prue[illegible] la verdad que yo creo que vuestra merce[illegible] ta; y así, le suplico tenga paciencia, qu[illegible] vuelvo luego.

Y al momento fué a avisar al corregi[illegible] lo que pasaba y de cómo estaban dos cab[illegible] en su posada que venían por Costanza.

Acababa de comer el corregidor, y c[illegible] deseo que tenía de ver el fin de aquella [illegible] ria subió luego a caballo y vino a la pos[illegible] Sevillano, llevando consigo el pergamino [illegible] muestra. Y apenas hubo visto a los dos c[illegible] ros cuando, abiertos los brazos, fué a [illegible] al uno, diciendo:

—¡Válgame Dios! ¿Qué buena venida [illegible] señor don Juan de Avendaño, primo y [illegible] mío?

El caballero le abrazó asimismo, dic[illegible]

—Sin duda, señor primo, habrá sido [illegible] mi venida, pues os veo, y con la salud qu[illegible] pre os deseo. Abrazad, primo, a este c[illegible] que es el señor don Diego de Carriaz[illegible] señor y amigo mío.

—Ya conozco al señor don Diego — [illegible] dió el corregidor —, y le soy muy servi[illegible]

Y abrazándose los dos, después de [illegible] recibido con grande amor y grandes co[illegible] se entraron en una sala, donde se q[illegible] solos con el huésped, el cual ya tenía [illegible] la cadena, y dijo:

—Ya el señor corregidor sabe a lo qu[illegible] tra merced viene, señor don Diego de C[illegible] zo; vuestra merced saque los trozos qu[illegible] a esta cadena, y el señor corregidor [illegible] el pergamino, que está en su poder y [illegible] la prueba que ha tantos años que [illegible] que se haga.

—De esa manera — respondió don D[illegible] no habrá necesidad de dar cuenta de [illegible] señor corregidor de nuestra venida, p[illegible] se verá que ha sido a lo que vos, señ[illegible] ped, habréis dicho.

—Algo me ha dicho; pero mucho me [illegible] por saber. El pergamino, helo aquí.

Sacó don Diego el otro, y juntando [illegible] partes se hicieron una, y a las letras [illegible] tenía el huésped, que, como se ha dich[illegible] E T E L S Ñ V D D R, respondían [illegible] a éstas S A S A E AL ER A E A, q[illegible] juntas decían: ESTA ES LA SEÑAL [illegible] DADERA. Cotejáronse luego los tro[illegible] cadena, y hallaron ser las señas verd[illegible]

—¡Esto está hecho! — dijo el corre[illegible] Resta ahora saber, si es posible, quié[illegible] padres de esta hermosísima prenda.

—El padre — respondió don Diego — [illegible] soy; la madre ya no vive; basta saber [illegible] tan principal, que pudiera yo ser criad[illegible]

que como se encubre su nombre no se encubra su fama, ni se culpe de lo que en ella parece manifiesto error y culpa conocida, se ha de saber que la madre de esta prenda, siendo viuda de un gran caballero, se retiró a vivir a una aldea suya, y allí, con recato y con honestidad grandísima, pasaba con sus criados y vasallos una vida sosegada y quieta. Ordenó la suerte que un día, yendo yo a caza por el término de su lugar, quise visitarla, y era la hora de siesta cuando llegué a su alcázar, que así se puede llamar su gran casa; dejé el caballo a un criado mío; subí sin topar con nadie hasta el mismo aposento donde ella estaba durmiendo la siesta sobre un estrado negro. Era por extremo hermosa, y el silencio, la soledad, la ocasión, despertaron en mí un deseo más atrevido que honesto, y sin ponerme a hacer discretos discursos cerré tras mí la puerta, y llegándome a ella la desperté, y teniéndola asida fuertemente le dije: "Vuestra merced, señora mía, no grite, que las voces que diere serán pregoneras de su deshonra: nadie me ha visto entrar en este aposento; que mi suerte, para que la tenga bonísima en gozaros, ha llovido sueño en todos vuestros criados, y cuando ellos acudan a vuestras voces no podrán más que quitarme la vida, y esto ha de ser en vuestros mismos brazos, y no por mi muerte dejará de quedar en opinión vuestra fama". Finalmente, yo la gocé contra su voluntad y a pura fuerza mía: ella, cansada, rendida, o turbada, o no pudo o no quiso hablarme palabra, y yo, dejándola como atontada y suspensa, me volví a salir por los mismos pasos donde había entrado, y me vine a la aldea de otro amigo mío, que estaba dos leguas de la suya. Esta señora se mudó de aquel lugar a otro, y sin que yo jamás la viese, ni lo procurase, se pasaron dos años, al cabo de los cuales supe que era muerta y podrá haber veinte días que con grandes encarecimientos, escribiéndome que era cosa que me importaba en ella el contento y la honra, me envió a llamar un mayordomo de esta señora. Fuí a ver lo que me quería, bien lejos de pensar en lo que me dijo; halléle a punto de muerte, y, por abreviar razones, en muy breves me dijo cómo al tiempo que murió su señora le dijo todo lo que conmigo le había sucedido y cómo había quedado preñada de aquella fuerza, y que por encubrir el suceso había venido en romería a Nuestra Señora de Guadalupe, y como había parido en esta casa una niña, que se había de llamar Costanza. Dióme las señas con que la hallaría, que fueron las que habéis visto de la cadena y pergamino, y dióme asimismo treinta mil escudos de oro, que su señora dejó para casar a su hija. Díjome asimismo que el no habérmelos dado luego como su señora había muerto, ni declarádome lo que ella encomendó a su confianza y secreto, había sido por pura codicia y por poderse aprovechar de aquel dinero; pero que ya estaba a punto de ir a dar cuenta a Dios, por descargo de su conciencia me daba el dinero y me avisaba dónde y cómo había de hallar a mi hija. Recibí el dinero y las señas, y dando cuenta de esto al señor don Juan de Avendaño, nos pusimos en camino de esta ciudad.

A estas razones llegaba don Diego, cuando oyeron que en la puerta de la calle decían a grandes voces:

—Díganle a Tomás Pedro, el mozo de la cebada, como llevan a su amigo el Asturiano preso; que acuda a la cárcel, que allí le espera.

A la voz de *cárcel* y de *preso* dijo el corregidor que entrase el preso y el alguacil que le traía. Dijeron al aguacil que el corregidor, que estaba allí, le mandaba entrar con el preso, y así lo hubo de hacer.

Venía el Asturiano todos los dientes bañados en sangre, y muy mal parado, y muy bien asido del alguacil; y así como entró en la sala, conoció a su padre y al de Avendaño. Turbóse, y, por no ser conocido, con un paño, como que se limpiaba la sangre, se cubrió el rostro. Preguntó el corregidor que qué había hecho aquel mozo que tan mal parado le llevaban. Respondió el alguacil que aquel mozo era un aguador que le llamaban el Asturiano, a quien los muchachos por las calles decían: "¡Daca la cola, Asturiano; daca la cola!", y luego en breves palabras contó la causa por que le pedían la tal cola, de que no rieron poco todos. Dijo más: que saliendo por la puente de Alcántara, dándole los muchachos prisa con la demanda de la cola, se había apeado del asno, y dando tras todos, alcanzó a uno, a quien dejaba medio muerto a palos; y que queriéndole prender, se había resistido, y que por eso iba tan malparado.

Mandó el corregidor que se descubriese el rostro, y porfiando a no querer descubrirse, llegó el alguacil y quitóle el pañuelo, y al punto le conoció su padre, y dijo todo alterado:

—Hijo don Diego, ¿cómo estás de esta manera? ¿Qué traje es éste? ¿Aun no se te han olvidado tus picardías?

Hincó las rodillas Carriazo, y fuése a poner a los pies de su padre, que, con lágrimas en los ojos, le tuvo abrazado un buen espacio. Don Juan de Avendaño, como sabía que don Diego había venido con don Tomás, su hijo, preguntóle por él; a lo cual respondió que don Tomás de Avendaño era el mozo que daba cebada y paja en aquella posada. Con esto que el Asturiano dijo se acabó de apoderar la admiración en todos los presentes, y mandó el corregidor al huésped que trajese allí al mozo de la cebada.

—Yo creo que no está en casa — respondió el huésped —, pero yo le buscaré.

Y así, fué a buscarle.

Preguntó don Diego a Carriazo que qué transformaciones eran aquéllas y qué les había movido a ser él aguador y don Tomás mozo de mesón. A lo cual respondió Carriazo que no podía satisfacer aquellas preguntas tan en público y que él respondería a solas.

Estaba Tomás Pedro escondido en su aposento, para ver desde allí, sin ser visto, lo que hacían su padre y el de Carriazo. Teníale suspenso la venida del corregidor y el alboroto que en toda la casa andaba. No faltó quien le dijese al huésped como estaba allí escondido; subió por él, y más por fuerza que por grado le hizo bajar; y aun no bajara si el mismo corregidor no saliera al patio y le llamara por su nombre, diciendo:

—Baje vuestra merced, señor pariente, que aquí no le aguardan osos ni leones.

Bajó Tomás, y con los ojos bajos y sumisión grande se hincó de rodillas ante su padre, el cual le abrazó con grandísimo contento, a fuer del que tuvo el padre del Hijo Pródigo cuando le cobró de perdido.

Ya en esto había venido un coche del corregidor, para volver en él, pues la gran fiesta no permitía volver a caballo. Hizo llamar a Costanza, y tomándola de la mano se la presentó a su padre, diciendo:

—Recibid, señor don Diego, esta prenda, y estimadla por la más rica que acertárais a desear. Y vos, hermosa doncella, besad la mano a vuestro padre y dad gracias a Dios, que con tan honrado suceso ha enmendado, subido y mejorado la bajeza de vuestro estado.

Costanza, que no sabía ni imaginaba lo que le había acontecido, toda turbada y temblando, no supo hacer otra cosa que hincarse de rodillas ante su padre, y tomándole las manos se las comenzó a besar tiernamente, bañándoselas con infinitas lágrimas que por sus hermosísimos ojos derramaba.

En tanto que esto pasaba, había persuadido el corregidor a su primo don Juan que se viniesen todos con él a su casa; y aunque don Juan lo rehusaba, fueron tantas las persuasiones del corregidor, que lo hubo de conceder; y así, entraron en el coche todos. Pero cuando dijo el corregidor a Costanza que entrase también en el coche, se le anubló el corazón, y ella y la huéspeda se asieron la una a otra y comenzaron a hacer tan amargo llanto, que quebraba los corazones de cuantos le escuchaban. Decía la huéspeda:

—¿Cómo es esto, hija de mi corazón, que te vas y me dejas? ¿Cómo tienes ánimo de dejar a esta madre, que con tanto amor te ha criado?

Costanza lloraba, y le respondía con no menos tiernas palabras. Pero el corregidor, enternecido, mandó que asimismo la huéspeda entrase en el coche, y que no se apartase de su hija, pues por tal la tenía, hasta que saliese de Toledo. Así, la huéspeda y todos entraron en el coche, y fueron a casa del corregidor, donde fueron bien recibidos de su mujer, que era una principal señora. Comieron regalada y suntuosamente, y después de comer contó Carriazo a su padre como por amores de Costanza don Tomás se había puesto a servir en el mesón, y que estaba enamorado de tal manera de ella, que sin que le hubiera descubierto ser tan principal como era siendo su hija, la tomara por mujer en el estado de fregona. Vistió luego la mujer del corregidor a Costanza con unos vestidos de una hija que tenía la misma edad y cuerpo de Costanza, y si parecía hermosa con los de labradora, con los cortesanos parecía cosa del cielo: tan bien le cuadraban, que daba a entender que desde que nació había sido señora y usado los mejores trajes que el uso trae consigo.

Pero entre tantos alegres, no pudiendo faltar un triste, que fué don Pedro, el hijo del corregidor, que luego se imaginó que Costanza no había de ser suya; y así fué la verdad; porque entre el corregidor y don Diego de Carriazo y don Juan de Avendaño se concertaron en que don Tomás se casase con Costanza, dándole su padre los treinta mil escudos que su madre le había dejado, y el aguador don Diego de Carriazo casase con la hija del corregidor, y don Pedro, el hijo del corregidor, con una hija de don Juan de Avendaño que su padre se ofrecía a traer dispensación del parentesco.

De esta manera quedaron todos contentos, alegres y satisfechos, y la nueva de los casamientos y de la ventura de *la fregona ilustre* se extendió por la ciudad, y acudía infinita gente a ver a Costanza en el nuevo hábito, en el cual tan señora se mostraba como se ha dicho. Vieron al mozo de la cebada Tomás Pedro vuelto en don Tomás de Avendaño y vestido como señor; notaron que Lope Asturiano era muy gentilhombre después que había mudado vestido y dejado el asno y las aguaderas; pero, con todo eso, no faltaba quien, en el medio de su pompa, cuando iba por la calle, no le pidiese la cola.

Un mes estuvieron en Toledo, al cabo del cual se volvieron a Burgos don Diego de Carriazo y su mujer, su padre y Costanza, con su marido, don Tomás, y el hijo del corregidor, que quiso ir a ver a su parienta y esposa. Quedó el Sevillano rico con los mil escudos y con muchas joyas que Costanza dió a su señora: que siempre con este nombre llamaba a la que la había criado. Dió ocasión la historia de *la fregona ilustre* a que los poetas del dorado Tajo ejercitasen sus plumas en solemnizar y en alabar la sin par hermosura de Costanza, la cual aun vive en compañía de su buen mozo de mesón; y Carriazo, ni más ni menos, con tres hijos, que sin tomar el estilo del padre ni acordarse si hay almadrabas en el mundo, hoy están todos estudiando en Salamanca; y su padre, apenas ve algún asno de aguador, cuando se le representa y viene a la memoria el que tuvo en Toledo, y teme que cuando menos se cate ha de remanecer en alguna sátira el "¡Daca la cola, Asturiano! ¡Asturiano, daca la cola!"

FIN DE "LA ILUSTRE FREGONA"



CHARADAS

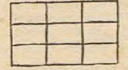
Tres dos *tres* de *tres* palomas,
tres dos tres de *tres* gallinas
tres dos tres de *tres* perdices
y *tres* de *tres* tortolitas,
primera que estén abajo,
primera que estén arriba,
dice todo que no dejan
de ser dos *tres* muy distintas.

—¿Qué *prima prima tercera*
que tropiezo con los pies?
—Son dos *segunda primera*
de sogas de *una dos tres.*

(Los soluciones en el próximo número)

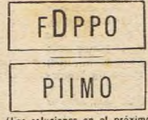
PROBLEMA: COMBINACION SILABICA

Colocar en cada casilla una sílaba, de modo que se lea, horizontal y verticalmente, lo siguiente:
1º Nombre de un profeta del Islam.
2º Nombre de un poeta griego.
3º Cuerda de cáñamo o alambre.



(La solución en el próximo número)

JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS



FDPPO

PIIMO

(Las soluciones en el próximo número)

COMO ANUNCIAR UNA SUMA ANTES DE CONOCER LOS SUMANDOS

Esta pequeña prueba puede ser realizada fácilmente, y es de efectos notables entre los que la presencian.

Usted, lector, anuncia que antes de conocer los sumandos va a dar el resultado de la operación aritmética. Para mayor seriedad anota el resultado en un papel y se lo da a guardar a uno de los presentes. En ese papel habrá anotado el número 29.997.

Veamos un ejemplo práctico: Ruegue a una persona que escriba en otro papel un número de cuatro cifras, a su capricho, y una vez verificado, usted escribirá el segundo sumando, formado por el complemento aritmético del primero, es decir, por el número que falta a cada cifra para hacer 9.

Supongamos, pues, que el primer sumando sea	2.941
El segundo que usted pondrá, será	7.058
Le ruega a otra persona que coloque el tercer sumando, que será, por ejemplo	3.628
Y repitiendo la operación anterior, usted pondrá	6.371
Un tercer espectador escribirá a capricho	9.364
Y usted, formando 9, como hizo antes, pondrá	0.635
Una vez sumados, resultará lo que se había anunciado	29.997

En una palabra, realizando la operación tal como aquí se hace, siempre dará el mismo resultado: 29.997. Como se nota, cuando haya que colocar el sumando, sólo habrá que formar 9 con cada una de las cifras que ponga la persona a quien se le solicite. Si pone, por ejemplo, 3.628, se coloca, debajo del número respectivo, 6 (3 más 6 = 9), 3 (6 más 3 = 9), 7 (2 más 7 = 9), 1 (8 más 1 = 9); y así con los demás.

PROBLEMA ARITMETICO

Se trata de descomponer el ... 134 en cuatro partes, de modo ... mando una de ellas con 1, restando ... otra 2, multiplicando otra por ... vidiendo otra por 4, dé un mism... sultado.

Con un poco de paciencia p... garse a resolver este problema ... prendente resultado.

(La solución en el próximo ...)

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

DE LOS "JEROGLIFICOS"

CONTRASTE

DOS VIVEN ARRIBA Y SEIS ABAJO

PARENTESIS

ACERO

DE LAS "CHARADAS"

NOVELA

AMERICANA

RAMONA

Del "Problema Numérico"



Del "Problema Gráfico"



DE LA "ORDENACION"



PALABRAS CRUZADAS

HORIZONTALES

1. Nombre de una consonante.
3. Terminación de verbo.
5. Cabeza del tallo de la cardencha.
8. Remontar a tal o cual fecha.
11. Personaje de "La Tempestad", de Shakespeare.
12. Cabecera de partido de la provincia de Sevilla.
13. Movimiento que hace con las manos el magnetizador.
14. Quita.
15. Bebida preparada con miel y especias.
17. Sensación molesta de una parte del cuerpo.
18. Hacer don.
19. Preposición inseparable que significa contra o desde.
20. Preposición que indica el medio o la manera de hacer alguna cosa.
22. Cólera, enojo.
24. Dignidad de cardenal.
27. Tela de algodón ligera y rala.
28. Surco que hacen en la tierra las ruedas.
30. Dícese del Polo Norte y de lo relativo a él.
32. Bejuco.
33. Será arrastrado un cuerpo de arriba abajo por su propio peso.
34. Apócope.
35. Pronombre personal de segunda persona en ambos géneros y número plural, en dativo y acusativo.
36. Sufijo de forma masculina y femenina, que denota aumentativo en los radicales a que se aplica.
37. Tribu del Somaliland inglés, una de las dos grandes ramas de la raza somalí.
39. Existe.
40. Iniciales del nombre y apellido de un célebre agrónomo francés, autor del "Tratado de agricultura"; introdujo en Francia el cultivo de la morera.

VERTICALES

1. Pez de agua dulce, de la familia de los ciprínidos.
2. Tierra sin cultivar ni labrar.
3. Cuerpo de arquitectura que disimula el tejado.
4. Hender, agrietar.
5. ¡Quiá!
6. Quitara el mal olor.
7. Dícese del verso castellano de catorce sílabas, dividido en dos hemistiquios.
8. Curaran la opilación.
9. Que causa o da dolor.
10. Divinidad egipcia.
16. Terminación de verbo.
17. Hace don.
20. Elegante, pulido, currutaco.
21. (de Beaujeu), hija mayor de Luis XI y regente durante la menor edad de su hermano Carlos VIII.
23. Moldura que se hace en las escuadras y tableros de las puertas y ventanas.
25. Pronombre.
26. Lepidóptero de China, parecido al gusano de seda, que produce unos capullos muy grandes.
29. Parte lateral de alguna cosa (plural).
31. Circunstancia, lance.
34. Forma reflexiva del pronombre personal de tercera persona, en dativo y acusativo de ambos géneros y número.
38. Moneda romana antigua.

(La solución en el próximo número)

¡Aquí le contestamos!

En esta sección contestamos todas las preguntas de carácter general que nos formulen nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellos. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeralda 116, Buenos Aires.

LECTOR EMPEDERNIDO, *Mar del Plata.* — 1º: Tomamos nota de su pedido, que procuraremos complacer a medida que lo permita nuestro plan de publicaciones. 2º: He aquí una buena fórmula para preparar vinagre para encurtidos: vinagre de cerveza, 4 litros; pimienta negra molida, 120 grs.; jengibre machacado, 60 grs.; pimiento picante, 30 grs.; nuez moscada, 60 grs.; sal, 60 grs. Se cuecen las especias en el vinagre y, al cabo de un día de maceración, se cuela y se agrega la sal, etc.

AFICIONADO, *Capital.* — En el número 145 de LEOPLÁN se publicó una nota gráfica titulada "Cómo se fabrica y cómo se graba un disco fonográfico", que lo ilustrará a usted respecto a la pregunta que nos hace.

T. V., *Sancti Spiritu.* — 1º: Ha olvidado mencionar el empleo que dará a la brocha. No obstante, he aquí un apresto general para preparar las cerdas: Se prepara un baño con un litro de agua caliente, 30 grs. de ácido tartárico, 30 grs. de carbonato de sodio cr... y 2,5 grs. de amarillo ... Las cerdas, limpias y ... sadas, se mantienen e... durante 1 hora. Luego ... san, se secan y, final... necesario tratarlas con ... lución de 3 grs. de goma de tragacanto ... de glicerina en 1 litro de agua. 2º P... las cerdas en las brochas, se usa el si... miento: laca, 2 partes; gutapercha, 1 ... derrite la mezcla, agitando contin... luego se echa en agua fría. De esta ... forma una masa negra y elástica que ... da con el calor para usarla.